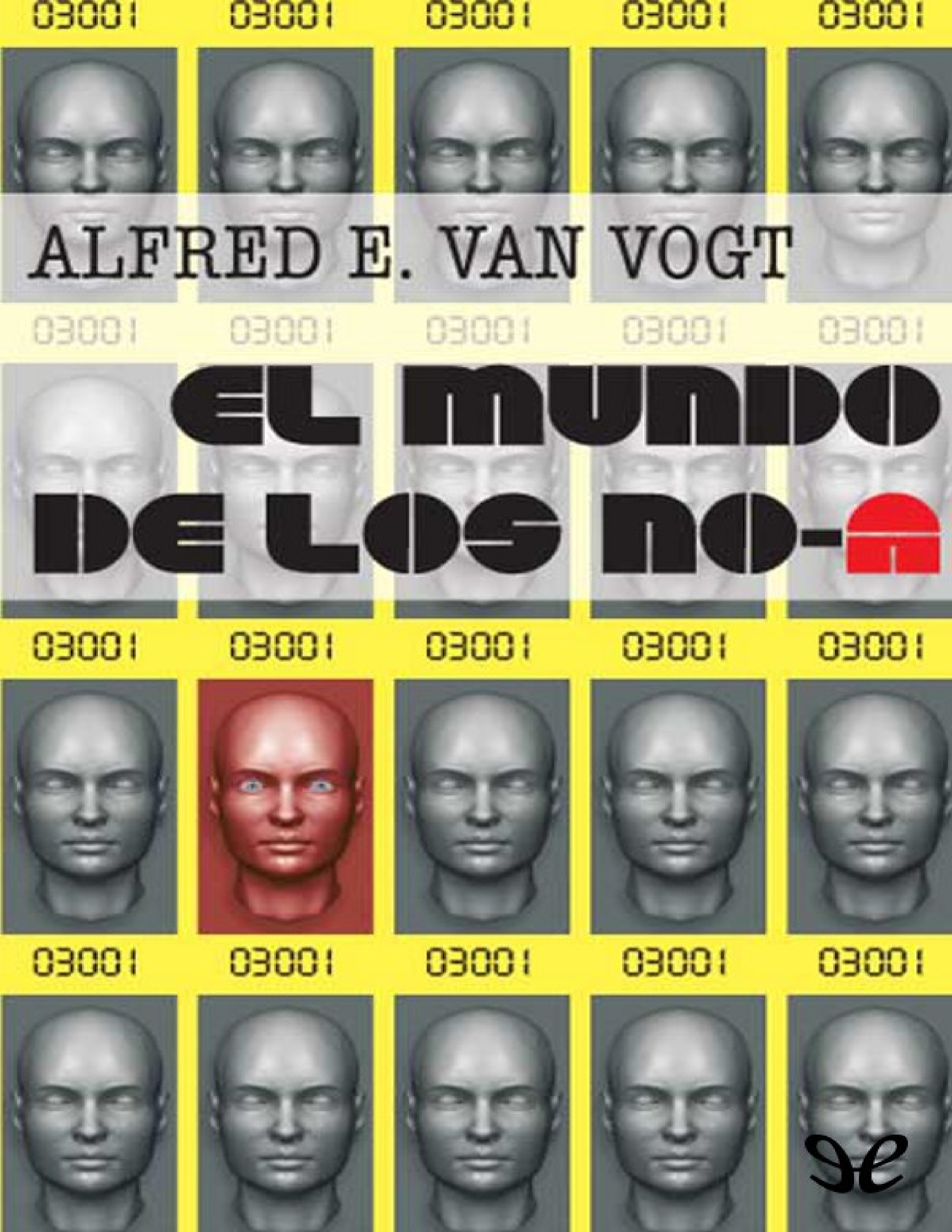

03001
03001
03001
03001
03001
ALFRED E. VAN VOGT
03001
03001
03001
03001
03001
EL MUNDO
DE LOS NO-A
03001
03001
03001
03001
03001
03001
03001
03001
03001
03001

Gilbert Gosseyn había abandonado aquella misma madrugada Cress Village, su pueblo natal, para acudir a la Ciudad de la Máquina, participar en los Juegos, e intentar conseguir así un confortable estatus en su sociedad e incluso, tal vez, obtener el derecho a ir a Venus, la meta máxima de todo ser humano. Pero, mientras descendía al vestíbulo del hotel para reunirse con sus compañeros de los Juegos, no sabía que abajo le aguardaba el inicio de la más terrible de las pesadillas. Y que aquel simple encuentro con uno de sus vecinos de Cress Village haría desmoronarse todo su universo, enfrentándole con el hecho de que nunca había existido ningún Gilbert Gosseyn en su pueblo natal, y de que su esposa Patricia, muerta hacía un mes, no estaba en absoluto muerta, nunca había sido su esposa, ¡y era nada menos que la hija del propio presidente Hardie!

«El mundo de los No–A» ha conocido innumerables ediciones (entre otros muchos galardones cuenta el de haber sido el primer libro de ciencia ficción publicado en edición de lujo en todo el mundo, haber sido seleccionado por el «Manuscripters Club», y haber sido clasificado entre los cien mejores libros del año por la Biblioteca de Nueva York), y ha sido traducido a casi todos los idiomas, siendo uno de los libros que abrieron brecha en la ciencia ficción como género literario de calidad en toda Europa. En 1970, y en plena vigencia del libro, Van Vogt hizo una revisión general del mismo.



A. E. van Vogt

El mundo de los No-A

ePUB r1.2
arthor 31.01.14

Título original: *The World Of Null–A*
A. E. van Vogt, 1945
Traducción: Jose María Aroca

Editor digital: arthor
Corrección de erratas: Pickman (r1.1), ifilzm (r1.2)
ePub base r1.0



A John W. Campbell, Jr.

INTRODUCCIÓN

Lector, tienes en tus manos una de las novelas más polémicas —y de mayor éxito— de toda la literatura de ciencia–ficción.

En estas observaciones preliminares voy a hablar de algunos de los éxitos y también a detallar lo que los principales críticos dijeron sobre El Mundo de los No–A. *Permíteme que me apresure a decir que lo que vas a leer no es ninguna defensa mordaz. De hecho, he decidido tomarme las críticas en serio y en consecuencia he revisado cuidadosamente la primera edición y he añadido las explicaciones que durante mucho tiempo creí innecesarias.*

Antes de hablar de los ataques, me propongo enumerar rápidamente unos cuantos de los éxitos de El Mundo de los No–A:

Fue la primera novela de ciencia–ficción encuadernada en tela publicada por un editor importante después de la Segunda Guerra Mundial (Simon y Schuster, 1948).

Ganó el premio del Manuscripters Club.

La asociación de libreros de la región de Nueva York la incluyó entre las cien mejores novelas de 1948.

Jacques Sadoul, en Francia, editor de Editions OPTA, ha afirmado que El Mundo de los No–A*, al ser publicada, dio origen al mercado francés de ciencia–ficción. De la primera edición se vendieron más de 25.000 ejemplares. Sadoul ha afirmado también que continúo siendo —en 1969 — el escritor más popular en Francia en términos de ejemplares vendidos.* [1]

Su publicación estimuló el interés por la Semántica General. Los estudiantes afluyeron al Instituto de Semántica General de Lakewood, Connecticut, para recibir lecciones del Conde Alfred Korzybski… el cual permitió que le fotografiaran leyendo El Mundo de los No–A. *Hoy, la Semántica General, que entonces era una ciencia en mantillas, se enseña en centenares de Universidades.*

El Mundo de los No–A ha sido traducida a nueve idiomas.

Dicho esto, pasemos a los ataques. Como podrás ver, son más divertidos, enloquecen más a los autores, y excitan a los lectores.

He aquí lo que Sam Moskowitz, en su breve biografía del autor, [2] *dijo en su libro* Seekers of Tomorrow *(Buscadores de Futuro), acerca de los fallos de* El Mundo de los No–A*: «…El desconcertado Gilbert Gosseyn, mutante con una mente doble, no sabe quién es y se pasa toda la novela tratando de descubrirlo». La novela apareció originalmente en forma de serial en Astounding Sciencie Fiction, y después de publicarse el capítulo final (continúa Mr. Moskowitz), «empezaron a llover cartas de lectores quejándose de que no habían entendido absolutamente nada de aquella historia. Campbell (el editor) les aconsejó que esperasen unos cuantos días rumiando lo que habían leído, transcurridos los cuales lo verían todo mucho más claro. Los días se convirtieron en meses, pero la claridad no llegó…»*

Hay que admitir que la crítica no puede ser más demoledora. Pero, con toda su ruda

franqueza, Sam Moskowitz, cuyo conocimiento de la historia de la ciencia–ficción y cuya biblioteca de ciencia–ficción sólo son superados probablemente por los de Forrest Ackerman (en todo el universo), está en un error. El número de lectores que escribieron cartas «de queja» al editor puede ser contado con los dedos de una mano y media.

Sin embargo, Moskowitz puede argüir que lo que cuenta no es la cantidad de quejosos, sino la calidad. Y en esto le doy la razón.

Poco después de que El Mundo de los No–A *apareciera en forma de serial en 1945, un aficionado a la ciencia–ficción, hasta entonces desconocido para mí, escribió en un fanzine de ciencia–ficción un largo y convincente artículo atacando mi novela en particular y toda mi obra en general. El artículo, si mal no recuerdo (cito de memoria), terminaba con la frase: «Van Vogt es en realidad un escritor pigmeo que trabaja con una máquina de escribir gigante».*

La riqueza en imágenes de aquel artículo, a pesar de su insubstancialidad en aquel caso concreto, me indujo a incluir en mi artículo de réplica en un número posterior del mismo fanzine —artículo que se ha perdido para la posteridad— la observación de que preveía una brillante carrera de escritor para el joven que había escrito un ataque tan poético.

Aquel joven escritor se convirtió eventualmente en el genio de la ciencia–ficción Damon Knight, el cual —entre sus numerosas realizaciones— organizó hace unos años la Science–Fiction Writers of America (Escritores de ciencia–ficción de América), la cual (aunque parezca imposible) continúa siendo una organización viable.

Del ataque de Knight de hace tanto tiempo, el crítico del Galaxy Magazine Algis Budrys escribió en su columna de reseña de libros en diciembre de 1967: «En esta edición (de ensayos críticos) el lector encontrará entre otras golosinas de la versión anterior, la famosa destrucción de A. E. Van Vogt que labró la reputación de Damon».

¿Existen otros juicios críticos desfavorables sobre El Mundo de los No–A*? No, ninguno. Es un hecho. Sin ayuda de nadie, Knight la emprendió contra esta novela y mi obra a la edad de 23 años y medio, y, tal como dice Algis Budrys, provocó mi «destrucción».*

De modo que, ¿cuál es el problema? ¿Por qué estoy revisando El Mundo de los No–A*? ¿Estoy haciendo todo esto por un crítico?*

Sí.

Pero, ¿por qué?, preguntará el lector.

Bueno, en este planeta hay que reconocer dónde está el poder.

¿Lo tiene Knight?

Lo tiene Knight.

En un sentido más profundo, desde luego, estoy haciendo esta defensa del libro, y revisándolo, debido a que la Semántica General es un tema importante, con valiosas implicaciones, no sólo en el año 2560 de la Era Cristiana en el que se desarrolla mi historia, sino aquí y ahora.

La semántica General, tal como la definió el difunto Conde Alfred Korzybski en su famoso libro Science and Sanity*, es un supervocablo para sistemas No–Aristotélicos y No–Newtonianos. No hay que dejarse impresionar por esas palabras. No–Aristotélico significa que no está de acuerdo con el pensamiento solidificado por los seguidores de Aristóteles durante casi dos mil*

años. No–Newtoniano se refiere a nuestro universo esencialmente einsteiniano, tal como lo acepta la ciencia de nuestros días. No–Aristotélico conduce a No–A.

De ahí los títulos El mundo de… *y* Los jugadores de… No–A.

La Semántica General tiene que ver con el Significado del Significado. En este sentido, trasciende de la nueva ciencia de la Lingüística. La idea esencial de la Semántica General es la de que el significado sólo puede ser comprendido cuando han sido preparados para ello los sistemas nervioso y de percepción —los de un ser humano— a través de los cuales se filtra.

Debido a las limitaciones de su sistema nervioso, el Hombre sólo puede ver una parte de la verdad, nunca la totalidad de ella. Al describir la limitación, Korzybski acuñó el término «escala de abstracción». La «abstracción», tal como él la utilizaba, no es un concepto mental abstruso ni simbólico. Significa «abstraer de», es decir, tomar una parte del total de algo. Su supuesto: al observar un proceso de la naturaleza, sólo se puede abstraer —o sea, percibir— una parte de él.

Ahora bien, si yo fuese un escritor que se limitara a presentar ideas de otro hombre, dudo que tuviera problemas con mis lectores. Creo que presenté los hechos de la Semántica General tan bien, y tan hábilmente, en El Mundo de los No–A *y su secuela, que los lectores pensaron que aquello era lo único que debería hacer. Pero la verdad es que yo, el autor, vi una paradoja más profunda.*

A partir de la teoría de la relatividad de Einstein, aparece el concepto de que hay que tener en cuenta al observador. Siempre que he hablado de este tema con otras personas, he observado que no eran capaces de apreciar lo elevado de ese concepto. Parecían pensar en el observador como en una unidad esencialmente algebraica. No importaba quién fuese.

En ciencias tales como la química y la física, los métodos eran tan precisos que, aparentemente, no importaba quién fuese el observador. Japoneses, alemanes, rusos, católicos, protestantes, hindúes e ingleses llegaban todos a las mismas conclusiones impecables, superando aparentemente sus prejuicios raciales, personales y religiosos. Sin embargo, todas las personas con las que hablaba estaban convencidas de que, en cuanto los miembros de aquellas diversas nacionalidades o grupos religiosos escribían historia, la cosa cambiaba y teníamos una historia distinta (y muy distinta) de cada uno de los individuos.

Aunque acabo de decir que «aparentemente» no importa en las ciencias físicas, o «ciencias exactas» como suele llamárselas, lo cierto es que también en ellas importa. Cada científico individual está limitado en su capacidad de abstraer datos de la Naturaleza por el lavado de cerebro a que ha sido sometido por sus padres y en la escuela. Como diría el Semántico General, cada investigador científico «arrastra su historia» en todo proyecto de investigación. Así, un físico con menos rigidez educativa o personal puede resolver un problema que estaba por encima de la capacidad (de abstraer) de otro físico.

En resumen, el observador siempre es, y siempre tiene que ser, un «yo»… una persona específica.

En consecuencia, al inicio de El Mundo de los No–A, *mi héroe —Gilbert Gosseyn— adquiere consciencia de que no es quien cree ser. Tiene una falsa creencia acerca de sí mismo.*

Ahora bien, pensemos: analógicamente, esto puede aplicarse a todos nosotros. Con la

diferencia de que nosotros hemos llegado tan lejos en la falsedad, aceptando tan pasivamente nuestro limitado papel, que nunca nos planteamos la cuestión.

…Continuando con la historia de El Mundo de los No–A*: No sabiendo quién es, sin embargo, mi protagonista se familiariza gradualmente con su «identidad». Lo cual significa esencialmente que abstrae significado de los acontecimientos que se producen y les confiere poder sobre él. De pronto empieza a sentir que la parte de su identidad que ha abstraído es la totalidad.*

Esto se demuestra en la segunda novela, Los Jugadores de los No–A. [3] *En ella, Gilbert Gosseyn rechaza todas las tentativas de ser alguien distinto. Dado que no está abstrayendo conscientemente en esta zona (de identidad), sigue siendo un peón. Para una persona que está rígidamente atada por identificaciones con lo que podríamos llamar el ruido del universo, el mundo es rico y animado, no él. Su identidad parece ser algo debido a que registra la enorme cantidad de impactos del entorno.*

La suma total de abstracciones del entorno de Gosseyn —incluyendo sus percepciones propioceptivas de su propio cuerpo— constituye su memoria.

Así, en esas historias presenté la idea de que memoria equivale a identidad.

Pero no lo dije. Lo dramaticé.

Por ejemplo: al final del primer tercio de El Mundo de los No–A, *Gosseyn muere violentamente. Pero ahí está de nuevo al comienzo del capítulo siguiente, aparentemente la misma persona pero en otro cuerpo. Debido a que tiene los recuerdos del cuerpo anterior, acepta que es la misma identidad.*

Un ejemplo a la inversa: al final de Los Jugadores de No–A, *el principal protagonista, que cree en una religión específica, mata a su dios. Es una realidad demasiado horrible para enfrentarse con ella, de modo que tiene que olvidarla. Pero, para olvidar algo tan significativo, tiene que olvidar todo lo que sabía. Y olvida quién es.*

En resumen, nomemoria equivale a noego.

Cuando leas El Mundo y Los Jugadores, verás con cuanta consistencia está adherida a ellas esta idea, y —ahora que ha sido expuesto a tu atención— cuan preciso es el desarrollo.

En este momento no puedo recordar ninguna novela escrita antes que El Mundo de los No–A *que tuviera un significado más profundo que el que aparecía en la superficie. La ciencia–ficción parece a menudo ya tan complicada en sí misma cuando se escribe directamente, sin insinuaciones ni sutiles inferencias a más de un nivel, que parece sumamente cruel en un escritor añadir una oculta dimensión adicional. Un reciente ejemplo de novela de ciencia–ficción con dos niveles es la primera del género escrita por un filósofo existencialista británico, Colin Wilson, titulada* Los Parásitos de la Mente. *El protagonista de Los Parásitos era uno de los Hombres Nuevos… un existencialista, en una palabra.*

En El Mundo de los No–A *tenemos al hombre No–A (No–Aristotélico), que piensa en una escala gradual, no en blanco y negro… aunque sin convertirse en un rebelde ni en un cínico, ni en un conspirador, en ninguna de las acepciones corrientes del vocablo. Pongamos un poco de esto en las jerarquías comunistas, en Asia y África en general, y en nuestros propios Wall Street y Oscuro Sur, y en otras zonas de pensamiento… y no tardaremos en tener un planeta más*

progresivo.

Últimamente, los escritores de ciencia–ficción parecen muy preocupados por la personificación en las novelas del género. Unos cuantos autores han logrado incluso convencernos de que su ciencia–ficción posee esta inapreciable cualidad.

Para fijar claramente mi posición en esta polémica: en las historias de los No–A personifico a la propia identidad.

Pero, lo que es más importante que cualquier escaramuza entre un escritor y sus críticos, la Semántica General continúa teniendo un significativo mensaje para el mundo de hoy.

¿Leíste en los periódicos cómo resolvió S. I. Hayakawa los disturbios de la Universidad de San Francisco en 1968–69? Fueron de los primeros, y los más graves: incontrolados y peligrosos. El rector de la Universidad dimitió. Hayakawa fue nombrado rector interino. ¿Qué hizo? Bien, el Profesor Hayakawa es actualmente Mr. No–A en persona, el presidente electo de la Sociedad Internacional para la Semántica General. Se movió entre aquellos disturbios con el seguro convencimiento de que en tales situaciones la comunicación es la clave. Pero uno debe comunicarse en relación con las normas por las que se rige en su actuación la parte contraria.

Las peticiones justas de las personas con auténticos motivos de queja, fueron atendidos inmediatamente sobre la base de una mejor comprensión. Pero los conspiradores continúan ignorando lo que acabó con ellos y por qué perdieron su ímpetu inicial.

Algo de esto ocurre en la fábula de Gilbert GoSANE en El Mundo de los No–A. [4]

A. E. VAN VOGT

I

El sentido común, haga lo que haga, no puede evitar el ser sorprendido ocasionalmente. El objetivo de la ciencia es el de evitar esa emoción y crear hábitos mentales tan de acuerdo con los hábitos del mundo como para garantizar que nada será inesperado.

B. R.

Los ocupantes de cada uno de los pisos del hotel, deben, como de costumbre durante los juegos, formar sus propios grupos protectores…"

Gosseyn miró con aire sombrío a través de la arqueada ventana de la esquina de su habitación del hotel. Desde aquella altura de treinta pisos podía ver la ciudad de la Máquina extendiéndose debajo de él. El día era brillante y claro, y el campo visual de Gosseyn enorme. A su izquierda podía ver un río azulnegro centelleando con las olas azotadas por la brisa del atardecer. Al norte, las bajas colinas se erguían incisivas contra el cielo azul.

Aquella era la periferia visible. Dentro de los límites de las montañas y el río, los edificios que podía ver se apiñaban a lo largo de las anchas calles. En su mayor parte eran hogares con brillantes tejados que resplandecían entre palmeras y árboles semitropicales. Pero aquí y allá había otros hoteles, y edificios más altos no identificables a primera vista.

La Máquina se erguía sobre la nivelada cresta de una montaña.

Era una flecha plateada y brillante elevándose hacia el cielo casi a ocho kilómetros de distancia. Sus jardines, y la mansión presidencial junto a ella, estaban parcialmente ocultos detrás de los árboles. Pero Gosseyn no estaba interesado en el entorno. La Máquina en sí borraba todo lo demás en su campo de visión.

Era un espectáculo inmensamente estimulante. A pesar de sí mismo, a pesar de su sombrío humor, Gosseyn experimentó una sensación de maravilla. Aquí estaba, por fin, para participar en los juegos de la Máquina: los juegos que significaban riqueza y posición para los que obtuvieran un éxito parcial, y *el* viaje a Venus para el grupo especial que ganara los más altos honores.

Durante años había deseado venir, pero había tenido que morir *ella* para hacerlo posible. Todo tenía su precio, pensó Gosseyn con amargura. En todos sus sueños de este día, nunca había sospechado que ella no estaría a su lado, compitiendo también por los grandes premios. En aquellos días, cuando habían planeado y estudiado juntos, tenían puestas sus esperanzas en el poder y la posición. Ni Patricia ni él habían sido capaces de imaginar el viaje a Venus, y nunca pensaron en aquella posibilidad. Ahora, para él solo, el poder y la riqueza no significaban nada. Lo que le atraía era lo remoto, lo impensable, lo misterioso de Venus, con su promesa de olvido. Se sentía distanciado del materialismo de la Tierra. En un sentido completamente arreligioso, anhelaba la cesación espiritual.

Una llamada a la puerta interrumpió sus pensamientos. La abrió y miró al muchacho que

acababa de llamar. El muchacho dijo:

—Me envían a decirle que el resto de los huéspedes de este piso se encuentran ya en el salón.

Gosseyn enarcó las cejas.

—¿Y qué? —preguntó.

—Están hablando de la protección de las personas de este piso, señor, durante los juegos.

—¡Oh! —exclamó Gosseyn.

Le disgustó haberlo olvidado. El anuncio previo a través de los comunicadores del hotel acerca de tal protección le había intrigado. Pero resultaba difícil de creer que la mayor ciudad del mundo quedara sin ninguna protección de la policía ni de los tribunales durante el período de los juegos. En ciudades remotas, en todos los otros pueblos, aldeas y comunidades, permanecía la continuidad de la ley. Aquí, en la ciudad de la Máquina, durante un mes no habría ninguna ley excepto la negativa ley defensiva de los grupos.

—Me pidieron que le dijera —le informó el muchacho— que los que no asistan a la reunión no gozarán de ninguna protección durante el período de los juegos.

—Iré inmediatamente —sonrió Gosseyn—. Diles que soy un recién llegado y que lo olvidé. Y gracias.

Le dio una propina al muchacho y le despidió. Cerró la puerta, hizo lo mismo con las tres ventanas de material plástico y colocó un avisador en su videófono. Luego, cerrando la puerta tras él, salió al pasillo.

Al entrar en el salón, vio a un hombre de su propia localidad, el dueño de una tienda llamado Nordegg, de pie junto a la puerta. Gosseyn inclinó la cabeza saludándole y sonrió. El hombre le miró con aire de curiosidad, pero no le devolvió ni la sonrisa ni el saludo. Como si no le conociera. Lo extraño del hecho se borró de la mente de Gosseyn al ver que otros del numeroso grupo presente le estaban mirando.

Vivacidad y simpatía en los ojos, curiosidad y simpatía en los rostros, con un leve asomo de cálculo en ellos: esa fue la impresión que recibió Gosseyn. Reprimió una sonrisa. Todo el mundo estaba sopesando mentalmente a sus vecinos, tratando de determinar qué posibilidades tenían de ganar en los juegos. Vio que un anciano sentado ante un escritorio al lado de la puerta le hacía señas. Gosseyn se dirigió hacia allí. El hombre dijo:

—Tengo que inscribir su nombre y sus datos personales en nuestro libro.

—Me llamo Gosseyn —dijo Gosseyn—. Gilbert Gosseyn, de Cress Village, Florida, edad treinta y cuatro años, estatura un metro ochenta y cinco, peso ochenta y cuatro kilos, ninguna señal particular característica.

El anciano le miró, sonriendo, con ojos chispeantes.

—Eso es lo que usted cree —dijo—. Si su cerebro está de acuerdo con su aspecto, llegará usted muy lejos en los juegos. —Y añadió—: He observado que no decía usted si estaba casado.

Gosseyn vaciló, pensando en una mujer muerta.

—No —dijo finalmente, en voz baja—. No estoy casado.

—Bien, parece usted un hombre listo. Ojalá que los juegos demuestren que es usted digno de Venus, señor Gosseyn.

—Gracias —dijo Gosseyn.

Cuando se giró para alejarse, Nordegg, el otro hombre de Cress Village, le rozó al pasar por su lado y se inclinó sobre el escritorio. Cuando Gosseyn miró hacia atrás un momento después, Nordegg estaba hablando en tono excitado con el anciano, el cual parecía protestar. Gosseyn les contempló, intrigado, pero les olvidó mientras un hombre bajito, de aspecto jovial, se encaminaba hacia un espacio abierto en el atestado salón y levantaba una mano.

—Damas y caballeros —empezó—, creo que deberíamos entrar en materia. Todas las personas interesadas en la protección del grupo han tenido tiempo más que suficiente para presentarse. En consecuencia, en cuanto termine el período de recusación ordenaré que se cierren las puertas y empezaremos.

»En beneficio de los que han venido por primera vez a los juegos y no saben a qué me refiero al hablar de período de recusación, explicaré el procedimiento. Como ustedes saben, todos los aquí presentes serán requeridos para que repitan ante el detector de mentiras la información que han dado al conserje. Pero antes de empezar con eso, si tienen ustedes alguna duda acerca de la legitimidad de la presencia de alguien, les ruego que lo declaren ahora. Tienen ustedes derecho a recusar a cualquiera de los presentes. Por favor, manifiesten cualquier sospecha que tengan, aunque no posean ninguna prueba específica. Recuerden, sin embargo, que el grupo se reunirá todas las semanas y que pueden formularse recusaciones en cada una de las reuniones. Bien, ¿alguna recusación?

—Sí —dijo una voz detrás de Gosseyn—. Recuso la presencia aquí de un hombre que se llama a sí mismo Gilbert Gosseyn.

—¿Eh? —dijo Gosseyn. Giró sobre sí mismo y miró a Nordegg con aire de incredulidad.

El hombre sostuvo su mirada, y luego desvió sus ojos hacia los rostros situados más allá de Gosseyn. Dijo:

—Cuando Gosseyn entró en el salón, me saludó como si me conociera, de modo que me acerqué a examinar el libroregistro para enterarme de su nombre, creyendo que podría recordar de quién se trataba. Quedé asombrado al oírle decir que procedía de Cress Village, Florida, que es precisamente el lugar del cual procedo yo. Cress Village, damas y caballeros, es un pueblecito más bien famoso, pero sólo tiene trescientos habitantes. Yo soy el dueño de una de las tres tiendas, y conozco a todo el mundo, absolutamente a todo el mundo, en el pueblo y sus alrededores. Ni en Cress Village ni en sus alrededores vive ninguna persona llamada Gilbert Gosseyn.

Para Gosseyn, la primera tremenda impresión había llegado y desaparecido mientras Nordegg estaba hablando. La sensación posterior fue la de que estaba siendo dejado en ridículo con algún oscuro fin. La acusación principal, por otra parte, parecía completamente insustancial.

—Todo esto parece muy absurdo, Mr. Nordegg —dijo. Hizo una pausa—. Se llama usted así, ¿no es cierto?

—Sí —asintió Nordegg—, y me pregunto cómo ha podido averiguarlo.

—Su tienda en Cress Village —insistió Gosseyn— se encuentra al final de una hilera de nueve casas, en un cruce de cuatro caminos.

—No hay duda de que conoce usted Cress Village —dijo Nordegg—, bien porque haya estado

allí personalmente, bien porque lo haya visto en fotografías.

El tono afectado del hombre irritó a Gosseyn. Dominó su cólera mientras decía:

—A unos dos kilómetros al oeste de su tienda hay una casa que tiene una forma más bien curiosa.

—¡Lo llama «casa»! —exclamó Nordegg—. ¡El mundialmente famoso hogar en Florida de la familia Hardie!

—Hardie —dijo Gosseyn— era el apellido de soltera de mi difunta esposa. Murió hace aproximadamente un mes. Patricia Hardie. ¿Le recuerda algo ese nombre?

Vio que Nordegg sonreía de un modo odioso a los interesados rostros que les rodeaban.

—Bien, damas y caballeros, juzguen ustedes por sí mismos. Dice que Patricia Hardie era su esposa. Ese es un matrimonio del que creo que todos nosotros hubiésemos oído hablar, si se hubiera celebrado. En cuanto a la difunta Patricia Hardie, o Patricia Gosseyn, bueno —sonrió—, lo único que puedo decir es que la vi ayer por la mañana, y estaba más viva y más hermosa que nunca, montando su caballo favorito, un árabe blanco.

La cosa ya no era ridicula. Nada de esto encajaba. Patricia no había poseído nunca un caballo, ni blanco ni de color. Habían sido pobres, trabajando en su pequeña plantación de árboles frutales durante el día y estudiando por la noche. Y Cress Village no era mundialmente famoso como el hogar natal de los Hardie. Los Hardie eran unos don nadie. ¿Quién diablos se suponía que eran?

Súbitamente, Gosseyn vio el modo de aclarar aquel embrollo.

—Lo único que puedo sugerir —dijo— es que el detector de mentiras ratificará fácilmente mi declaración.

Pero el detector de mentiras dijo: «No, usted no es Gilbert Gosseyn, ni ha vivido nunca en Cress Village. Usted es…» Y se interrumpió. Las docenas de diminutos tubos electrónicos parpadearon su inseguridad.

—Sí, sí —apremió el hombre gordinflón—. ¿Quién es?

Se produjo una larga pausa. Luego: «En su cerebro no hay ningún conocimiento asequible acerca de eso», dijo el detector. «Existe un aura de fortaleza única a su alrededor. Pero él mismo parece desconocer su verdadera identidad. En tales circunstancias, no es posible ninguna identificación.»

—Y en tales circunstancias —dijo el hombre gordinflón en tono definitivo—, sólo puedo sugerir una pronta visita al psiquiatra. Desde luego, no puede usted permanecer aquí.

Un minuto más tarde, Gosseyn se encontraba en el pasillo. Una idea, un propósito, yacía sobre su cerebro como una costra de hielo. Se dirigió a su habitación e hizo una llamada videofónica. Tardó dos minutos en obtener la comunicación con Cress Village. El rostro de una mujer desconocida apareció en la pantalla. Era un rostro más bien severo, pero expresivo y joven.

—Soy la señorita Treechers, la secretaria en Florida de la señorita Patricia Hardie. ¿Sobre qué desea hablar con la señorita Hardie?

Por un instante, la existencia de una persona como la señorita Treechers le dejó sin habla. Luego:

—Es un asunto privado —dijo Gosseyn, reponiéndose—. Y es muy importante que hable con

ella personalmente. Póngame la comunicación en seguida, por favor.

Su expresión o su voz debieron resultar autoritarias. La joven dijo, en tono vacilante.

—No tendría que hacer esto, pero encontrará usted a la señorita Hardie en el palacio de la Máquina.

Gosseyn exclamó:

—¡Está *aquí*, en la gran ciudad!

No tuvo consciencia de haber colgado. Pero súbitamente el rostro de la mujer había desaparecido. El video estaba a oscuras. Gosseyn se encontraba a solas con su descubrimiento: ¡Patricia estaba viva!

Lo había sabido, desde luego. Su cerebro, educado para aceptar las cosas tal como eran, se había adaptado ya al hecho de que un detector de mentiras no miente. Sentado allí, se sintió extrañamente saciado de información. No tuvo ningún impulso de llamar al palacio, de hablar con ella, de verla. Mañana, desde luego, tendría que ir allí, pero eso parecía muy lejano en el espaciotiempo. Entonces se dio cuenta de que llamaban imperativamente a la puerta de su habitación. La abrió a cuatro hombres, el primero de los cuales, un joven alto, dijo:

—Soy el director adjunto. Lo siento, pero tiene usted que marcharse. Nosotros bajaremos su equipaje. Durante el mes de los juegos, sin policía, no podemos correr riesgos con individuos sospechosos.

Tardaron veinte minutos en echar a Gosseyn del hotel. Anochecía cuando echó a andar lentamente a lo largo de la casi desierta calle.

II

El talentudo… Aristóteles… afectó quizá al mayor número de personas que nunca fueron influenciadas por un solo hombre… Nuestras tragedias empiezan cuando el «intensional» biólogo Aristóteles se impone sobre el «extensional» filósofo matemático Platón, y formula todas las identificaciones primitivas, sujetoprediccionismo… en un sistema predominante que durante más de dos mil años no se nos ha sido permitido revisar bajo pena de persecución… Debido a esto, su nombre ha sido utilizado para las doctrinas bivalentes del Aristotelismo, y, a la inversa, las realidades multivalentes de la ciencia moderna reciben el nombre de No–Aristotelismo…

B. R.

Era demasiado pronto para un peligro serio. La noche, aunque ya había llegado, estaba sólo en su comienzo. Los merodeadores y las pandillas, los asesinos y los ladrones, que no tardarían en salir al descubierto, esperaban aún a que la oscuridad se hiciera más profunda. Gosseyn llegó ante un letrero que se encendía y se apagaba, repitiendo tentadoramente:

HABITACIONES PARA LOS NO PROTEGIDOS
20 dólares por noche

Gosseyn vaciló. No podía pagar aquel precio durante los treinta días de los juegos, pero podría hacerlo unas cuantas noches. De mala gana, rechazó la posibilidad. Se contaban feas historias relacionadas con tales lugares. Preferiría arriesgarse a pasar la noche al aire libre.

Echó a andar. A medida que la oscuridad planetaria se hacía más profunda, más y más luces se encendían de un modo automático. La ciudad de la Máquina resplandecía y centelleaba. Durante kilómetros y kilómetros a lo largo de la única calle que cruzó, pudo ver dos hileras de farolas callejeras como brillantes centinelas avanzando en progresión geométrica hacia un lejano punto llameante de ilusorio encuentro. Todo fue súbitamente deprimente.

Al parecer estaba padeciendo una semiamnesia, y debía tratar de comprenderlo en su significado más amplio. Sólo así sería capaz de liberarse a sí mismo de los efectos emocionales de su estado. Gosseyn intentó visualizar la liberación como un *acontecimiento* en la interpretación No–A. El acontecimiento que era él mismo, tal como era, su cuerpo y su mente como un todo, incluida la amnesia, como de este momento en este día y en esta ciudad.

Detrás de aquella concienzuda integración había millares de horas de adiestramiento personal. Detrás del adiestramiento estaba la técnica No–Aristotélica de pensamiento extensional automático, el único desarrollo del siglo xx que, después de cuatrocientos años, se había

convertido en la filosofía dinámica de la raza humana. «El mapa no es el territorio… La palabra no es la cosa en sí…» La creencia de que había estado casado no lo convertía en un hecho. Las alucinaciones que su mente inconsciente había infligido a su sistema nervioso tenían que ser contrarrestadas.

Como siempre, dio resultado. Como agua derramándose de una jofaina volcada, las dudas y los temores se vertieron fuera de él. El peso de la falsa aflicción, falsa debido a que había sido impuesta tan obviamente a su cerebro por designio de otra persona, dejó de abrumarle. Era libre.

Reemprendió la marcha. Mientras andaba, su mirada se proyectaba de un lado a otro, tratando de penetrar las sombras de los portales. Se acercaba a las esquinas de la calle cautelosamente, con la mano sobre su pistola. A pesar de su cautela, no vio a la muchacha que llegó corriendo por una calle lateral hasta un segundo antes de que chocara con él con una violencia tal que les hizo perder el equilibrio a los dos.

La rapidez de lo sucedido no anuló las precauciones. Con su brazo izquierdo, Gosseyn agarró a la joven. Cogió su cuerpo por debajo de los hombros, aprisionando sus dos brazos como en una tenaza. Con su mano derecha desenfundó su pistola. Todo ello en un instante. Siguió un momento más largo mientras luchaba por recobrar el equilibrio que la velocidad y el peso de la muchacha les había hecho perder a los dos. Lo consiguió. Erguido ya, medio transportó, medio arrastró a la muchacha hacia un oscuro zaguán. Mientras se refugiaba en él, la muchacha empezó a retorcerse y a gimotear. Gosseyn alzó la mano que empuñaba la pistola y la opoyó, sin soltar el arma, sobre la boca de la muchacha.

—¡Chist! —susurró—. No voy a hacerle ningún daño.

La muchacha dejó de retorcerse. Dejó de gimotear. Gosseyn apartó la mano de su boca. La muchacha dijo, sin aliento.

—Estaban a punto de darme alcance. Dos hombres. Seguramente le han visto a usted y se han marchado.

Gosseyn frunció el ceño, meditando. Como todos los sucesos en el espaciotiempo, éste estaba envuelto en factores ocultos e invisibles. Una joven, distinta de todas las otras jóvenes del universo, había llegado corriendo, aterrorizada, por una calle lateral. Su terror podía ser real o fingido. La mente de Gosseyn descartó la posibilidad inofensiva y se agarró a la probabilidad de que su aparición fuera una trampa. Imaginó a un pequeño grupo esperando en la esquina, ansioso por compartir los despojos de una ciudad sin policía, pero no deseando correr el riesgo de un asalto directo. Se sintió fría y antipáticamente suspicaz. Puesto que, si ella era inofensiva, ¿qué estaba haciendo sola en la calle a aquella hora de la noche? Murmuró la pregunta bruscamente.

—No estoy protegida —fue la ronca respuesta—. Perdí mi empleo la semana pasada porque no quise salir con el jefe. Y no tenía dinero ahorrado. Esta mañana, al no poder pagar a mi patrona, me ha echado a la calle.

Gosseyn no dijo nada. La explicación era tan débil, que había necesitado un esfuerzo para decirla. Al cabo de unos instantes, no estuvo tan seguro. Su propia historia no sonaría demasiado plausible si alguna vez cometía el error de traducirla en palabras. Antes de aceptar la posibilidad de que ella estuviera diciendo la verdad, formuló otra pregunta:

—¿No hay absolutamente ningún lugar al que pueda ir?

—Ninguno —dijo la muchacha.

Así estaban las cosas. Tendría que cargar con ella mientras durasen los juegos. La llevó sin que ella se resistiera por la acera y, evitando cuidadosamente la esquina, a la calzada.

—Andaremos por la línea central blanca —dijo—. Así podremos vigilar mejor las esquinas.

La calzada tenía sus propios peligros, pero decidió no mencionarlos.

—Ahora, escuche —añadió Gosseyn seriamente—, no tenga miedo de mí. Estoy también en un apuro, pero soy honrado. En lo que a mí respecta, estamos en el mismo trance, y nuestro único objetivo en este momento es el de encontrar un lugar en el que podamos pasar la noche.

Ella emitió un sonido. A Gosseyn le pareció una risa ahogada, pero cuando se volvió a mirarla, su rostro quedaba en la sombra y no pudo estar seguro. Un momento después la luz de un farol iluminó su cara, y Gosseyn pudo verla realmente por primera vez. Era joven, de mejillas delicadas pero muy curtidas. Sus ojos eran charcas oscuras, sus labios entreabiertos. Llevaba maquillaje, pero no era un buen trabajo y no añadía nada a su belleza. No tenía aspecto de haberse reído de nada ni de nadie desde hacía mucho tiempo. Las sospechas de Gosseyn se difuminaron. Pero se dio cuenta de que las cosas estaban como al principio: era el protector de una muchacha cuya individualidad no se había mostrado aún en ninguna forma tangible.

El solar vacío, cuando llegaron ante él, hizo que Gosseyn se detuviera pensativamente. Estaba a oscuras, y había matojos esparcidos por él. Era un escondrijo ideal para los merodeadores nocturnos. Pero, mirado desde otro ángulo, era también un posible refugio para un hombre honrado y su protegida, suponiendo que pudieran meterse allí sin ser vistos. Tras un breve reconocimiento del terreno observó que había un callejón que conducía a la parte trasera del solar vacío, y un espacio entre dos almacenes a través del cual podían llegar al callejón.

Tardaron diez minutos en localizar un satisfactorio espacio cubierto de hierba y protegido por unos arbustos.

—Dormiremos aquí —susurró Gosseyn.

Ella se echó. Y lo silencioso de su asentimiento hizo que Gosseyn tuviera una súbita conciencia de que ella le había seguido con demasiada facilidad. Se echó a su vez, pensativo, con los ojos fruncidos sopesando los posibles peligros.

No había luna, y la oscuridad debajo de los arbustos era muy intensa. Al cabo de un rato, de un largo rato, Gosseyn pudo ver el contorno de la figura de la muchacha salpicada por los débiles reflejos luminosos de un lejano farol. Estaba a más de un metro de distancia de él, y mientras la miraba no hizo ningún movimiento perceptible. Contemplándola, Gosseyn adquirió una conciencia cada vez más aguda del factor desconocido que ella representaba. Era al menos tan desconocida como él mismo. Su especulación terminó cuando la joven dijo en voz baja:

—Me llamo Teresa Clark. ¿Y usted?

¿De veras?, se preguntó Gosseyn. Antes de que pudiera hablar, la muchacha añadió:

—¿Está usted aquí por los juegos?

—Naturalmente —dijo Gosseyn.

Vaciló. Era él quien debía formular las preguntas.

—¿Y usted? —dijo—. ¿Está usted aquí por los juegos, también?

Tardó un momento en darse cuenta de que había formulado una pregunta fundamental.

—No haga chistes —respondió ella en tono amargo—. Ni siquiera sé lo que significa No–A.

Gosseyn permaneció silencioso. En aquellas palabras había una humildad que le conturbó. La personalidad de la muchacha fue súbitamente más clara: un ego retorcido que no tardaría en revelar una completa satisfacción consigo mismo. Un automóvil pasó velozmente por la calle contigua, poniendo término a la necesidad de comentarios. Fue seguido rápidamente por cuatro más. La noche se animó brevemente con el chirrido de neumáticos sobre el pavimento. El sonido se desvaneció. Pero quedaron unos vagos ecos, lejanos ruidos palpitantes que habían estado allí todo el tiempo pero que sólo se habían hecho aparentes ahora que su atención había sido despertada.

La voz de la joven rompió el silencio; tenía una bonita voz, aunque había en ella un acento plañidero de autocompasión que no resultaba agradable.

—¿Qué es todo ese jaleo de los juegos, a fin de cuentas? En un sentido, resulta bastante fácil ver lo que les sucede a los ganadores que se quedan en la Tierra. Obtienen todos los empleos jugosos; se convierten en jueces, gobernadores, etcétera. Pero, ¿qué pasa con los millares que cada año ganan el derecho de ir a Venus? ¿Qué hacen cuando llegan allí?

Gosseyn no quiso comprometerse.

—Personalmente —dijo—, creo que me daré por satisfecho con la presidencia.

La muchacha se echó a reír.

—Tendrá usted que sudar un poco —dijo— para derrotar al clan de los Hardie.

Gosseyn se incorporó.

—¿Para derrotar *a quién*? —preguntó.

—Bueno, a Michael Hardie, el presidente de Tierra.

Lentamente, Gosseyn volvió a echarse. De modo que era eso lo que Nordegg y los otros del hotel habían querido decir. Su historia debió sonar como los desvarios de un lunático. El Presidente Hardie, Patricia Hardie, un palacio de verano en Cress Village… y toda la información que había en su cerebro acerca de aquello absolutamente falsa.

¿Quién podía haberla implantado allí? ¿Los Hardie?

—¿Podría usted enseñarme a ganar algún pequeño empleo a través de los juegos? —inquirió lentamente Teresa Clark.

—¿De qué está hablando? —En la oscuridad, Gosseyn la miró fijamente. Su asombro engendró un impulso más amable—. No veo cómo podría hacerlo —dijo—. Los juegos requieren conocimiento y habilidad integrados a través de un largo período. Durante los últimos quince días exigen tal flexibilidad de comprensión que sólo los cerebros más agudos y más desarrollados pueden competir.

—No estoy interesada en los últimos quince días. Si se llega al séptimo día, se obtiene un empleo, ¿no es cierto?

—El empleo más modesto por el que se compite en los juegos —explicó Gosseyn amablemente— está remunerado con diez mil dólares al año. Tengo entendido que la competencia

es terrible.

—Yo soy muy rápida —dijo Teresa Clark—. Y estoy desesperada. Esto debería ayudar.

Gosseyn lo dudaba, pero sintió compasión por ella.

—Si lo desea —dijo—, le daré un resumen muy breve.

Hizo una pausa. Ella se apresuró a decir:

—Hágalo, por favor.

Gosseyn vaciló. La idea de hablar con ella del tema volvió a parecerle absurda. Empezó, de mala gana:

—El cerebro humano está dividido en dos sectores principales, el córtex y el tálamo. El córtex es el centro de discriminación, el tálamo el centro de las reacciones emotivas del sistema nervioso. —Se interrumpió—. ¿Ha estado alguna vez en el edificio Semántico?

—Era maravilloso —dijo Teresa Clark—. Todas aquellas joyas y metales preciosos…

Gosseyn se mordió el labio.

—No me refiero a eso. Me refiero a la historia pintada en las paredes. ¿La vio usted?

—No me acuerdo —la muchacha pareció darse cuenta de que no estaba complaciendo a Gosseyn—. Pero vi al hombre barbudo… ¿cuál es su nombre?… ¿el director?

—¿Lavoisseur? —Gosseyn frunció el ceño en la oscuridad—. Creí que había muerto en un accidente hace unos años. ¿Cuándo le vio usted?

—El año pasado. Iba en una silla de ruedas.

Gosseyn frunció el ceño. Por un instante había pensado que su memoria iba a volver a jugarle una mala pasada. Resultaba extraño, sin embargo, que quienquiera que hubiese manipulado en su cerebro no hubiera deseado que supiera que el casi legendario Lavoisseur seguía estando vivo. Vaciló, y luego volvió a lo que había estado diciendo antes.

—Tanto el córtex como el tálamo tienen potencialidades maravillosas. Ambos deberían ser sometidos a un riguroso entrenamiento, pero particularmente deberían estar organizados de modo que funcionaran coordinadamente. Cuando no existe tal coordinación, o integración, tenemos a una personalidad confusa: exceso de emotividad y, de hecho, todas las variantes de la neurosis. En cambio, cuando se ha establecido la integración corticaltalámica, el sistema nervioso puede soportar casi cualquier shock.

Gosseyn se interrumpió, recordando el shock que su propio cerebro había padecido hacía mucho tiempo. La muchacha dijo rápidamente:

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió Gosseyn, malhumorado—. Será mejor que aplacemos esta conversación hasta mañana.

Se sintió súbitamente cansado. Se echó de espaldas. Su último pensamiento antes de quedarse dormido fue preguntarse lo que el detector de mentiras había querido decir al declarar: «Existe un aura de fortaleza única a su alrededor».

Cuando despertó, brillaba el sol. Teresa Clark había desaparecido.

Gosseyn comprobó su ausencia por medio de una rápida búsqueda a través de los matorrales. Luego caminó hasta la acera a unos treinta metros de distancia y miró a lo largo de la calle,

primero hacia el norte, luego hacia el sur.

Las aceras y la calzada aparecían animadas con un intenso tránsito. Hombres y mujeres, vestidos con atuendos llamativos, pasaban apresuradamente junto a Gosseyn. El sonido de muchas voces y muchas máquinas creaba un murmullo y un rugido y un zumbido. Era súbitamente excitante. El espectáculo estimuló a Gosseyn, que saboreaba además la sensación de ser libre. La desaparición de la muchacha demostraba que no era el segundo paso en algún fantástico plan que se había iniciado con el ataque a su memoria. Era un alivio haberse librado de ella.

Un rostro familiar se destacó entre los semblantes humanos que habían estado pasando junto a él. Teresa Clark, portando dos bolsas de papel de color oscuro, se paró a su lado.

—He ido a buscar algo para desayunar —dijo—. Pensé que preferiría tomarlo entre las hormigas a meterse en un atestado restaurante.

Comieron en silencio. Gosseyn observó que lo que había traído la muchacha había sido colocado cuidadosamente en envases de plástico para servicio al exterior. Había zumo de naranja vitaminado, cereal con leche en un envase separado, ríñones calientes con pan tostado, y café, también con su leche por separado.

Cinco dólares, calculó. Un verdadero lujo para una pareja que tenía que vivir durante treinta días con una suma muy pequeña de dinero. Y, además, una muchacha que poseía cinco dólares seguramente los habría entregado a su patrona para que le permitiera pasar otra noche en su alojamiento. Por otra parte, su empleo tenía que haber sido muy bueno para pensar en términos de semejante desayuno. Esto le condujo a un nuevo pensamiento. Lo rumió unos instantes, y luego dijo:

—Ese jefe suyo que se insinuó con usted… ¿cómo se llama?

—¿Eh? —dijo Teresa Clark. Había terminado con los ríñones y estaba cogiendo su bolsa. Alzó la mirada, desconcertada. Luego, su rostro se aclaró—. ¡Oh, él! —dijo.

Hubo una pausa.

—Sí —apremió Gosseyn—. ¿Cómo se llama?

Ella se había recuperado del todo.

—Prefiero olvidarlo —dijo Teresa Clark—. No es un recuerdo agradable. —Cambió de tema —. ¿Tendré que saber mucho para el primer día?

Gosseyn vaciló, medio inclinado a continuar con el tema de su jefe. Decidió no hacerlo. Dijo:

—No. Afortunadamente, el primer día ha sido siempre un simple formulismo. Consiste primordialmente en inscripciones y en la asignación de los compartimientos en los que hay que realizar las primeras pruebas. He estudiado las Memorias de los juegos de los últimos veinte años, que es el período máximo que la Máquina permite examinar, y he observado que el primer día nunca se han producido cambios. Le piden a uno que defina lo que significan No–A, No–N y noE.

»Se haya dado cuenta o no, uno no puede haber vivido en Tierra sin captar algo de la esencia de No–A. Ha sido una parte creciente de nuestro entorno mental común durante varios centenares de años. —Terminó—: La gente, desde luego, tiende a olvidar las definiciones, pero si usted desea realmente enterarse…

—Lo deseo —dijo la muchacha. Sacó una pitillera de su bolso—. Vamos a fumar un cigarrillo.

La pitillera brilló al sol. Diamantes, esmeraldas y rubíes centellearon sobre su superficie de oro, caprichosamente cincelada. Un cigarrillo, encendido por medio de algún mecanismo automático en el interior de la pitillera, asomó por su expulsor. Las piedras podían ser artificiales, el oro de imitación. Pero la pitillera parecía un objeto de artesanía, y su aparente autenticidad resultaba abrumadora. Gosseyn calculó que podía valer unos veinticinco mil dólares.

Recuperó la voz.

—No, gracias —dijo—. No fumo.

—Es una marca especial —insistió la joven—. Deliciosamente suave.

Gosseyn sacudió la cabeza. Y esta vez ella aceptó la negativa. Extrajo el cigarrillo de la pitillera, lo colocó entre sus labios, aspiró el humo con evidente satisfacción y luego volvió a introducir la pitillera en su bolso. No parecía haberse dado cuenta de la impresión que había causado. Dijo:

—Vamos a continuar con mis estudios. Luego podemos separarnos y reunirnos de nuevo aquí esta noche. ¿De acuerdo?

Era una joven muy dominante, y Gosseyn no estaba seguro de que pudiera aprender a simpatizar con ella. Su sospecha de que había llegado a su vida con un propósito deliberado era más fuerte ahora. Posiblemente, la joven era un eslabón entre él mismo y quienquiera que había manipulado en su cerebro. No podía permitir que se marchara.

—De acuerdo —dijo—. Pero no podemos desaprovechar ni un solo instante.

III

Existir es ser relativo.

C. J. K.

Gosseyn ayudó a la muchacha a apearse del vehículo de superficie. Anduvieron rápidamente alrededor de una muralla protectora de árboles, a través de macizas verjas, y llegaron a la vista de la Máquina. La muchacha continuó andando despreocupadamente. Pero Gosseyn se detuvo.

La Máquina se encontraba al final de una ancha avenida. La cima de la montaña había sido nivelada de modo que pudieran haber espacio y jardines a su alrededor. Estaba a casi un kilómetro de distancia de las verjas protegidas por árboles. Se erguía con un brillante esplendor metálico. Era un cono proyectado hacia el cielo y coronado por una estrella de luz atómica, más brillante que el sol de mediodía allá en lo alto.

El verla tan cerca impresionó a Gosseyn. No había pensado antes en ello, pero se dio cuenta súbitamente de que la Máquina no aceptaría nunca su falsa identidad. Sintió una constricción, y permaneció allí vacilante y deprimido. Vio que Teresa Clark se había parado a su vez y le estaba mirando.

—¿Es la primera vez que la ve de cerca? —inquirió, en tono cordial—. Le ha impresionado, ¿verdad?

En su manera de dirigirse a él había cierto aire de superioridad que hizo asomar una leve sonrisa a los labios de Gosseyn. ¡Los habitantes de la ciudad, siempre dándoselas de más listos que los pueblerinos!, pensó, haciendo una mueca. Se sintió mucho mejor y, tomando a la muchacha del brazo, reemprendió la marcha. Paulatinamente, recobró la confianza. Con toda seguridad, la Máquina no le juzgaría basándose en una abstracción tan elevada como la identidad nominal, cuando incluso el detector de mentiras del hotel había reconocido que no se estaba atribuyendo deliberadamente una falsa personalidad.

La multitud era más difícil de manejar a medida que se acercaba a la base de la Máquina, y el volumen de la propia Máquina era más aparente. Su forma circular y su tamaño le daban un aspecto aerodinámico que no quedaba borrado por las hileras de compartimientos individuales que adornaban y disgregaban su gigantesca base. Los compartimientos se extendían alrededor de la base. Todo el primer piso consistía en compartimientos y pasillos que conducían a ellos. Anchas escaleras exteriores ascendían a los pisos segundo, tercero y cuarto, y descendían a los tres sótanos, un total de siete pisos destinados enteramente a compartimientos para competidores individuales.

—Ahora que estoy aquí —dijo Teresa Clark—, no me siento ya tan segura de mí misma. Toda esa gente parece muy inteligente.

Gosseyn rio ante la expresión del rostro de la muchacha, pero no dijo nada. Estaba completamente convencido de que él podría competir hasta el trigésimo día. Su problema no era el de si ganaría, sino el de si le permitirían intentarlo.

Aislada e inexpugnable, la Máquina se erguía por encima de los seres humanos a los que estaba a punto de clasificar de acuerdo con su adiestramiento auténtico. Nadie vivo en la actualidad sabía exactamente en qué parte de su estructura estaba situado su cerebro electrónicomagnético. Como muchos hombres antes que él, Gosseyn especuló acerca de aquello. «¿Dónde lo habría puesto yo —se preguntó— si hubiese sido uno de los científicosarquitectos?» No tenía importancia, desde luego. La Máquina era ya más vieja que cualquier ser humano viviente conocido. Renovándose a sí misma, consciente de su vida y de su finalidad, permanecía más grande que cualquier individuo, inmune al soborno y a la corrupción y teóricamente capaz de evitar su propia destrucción.

«*¡Juggernaut!*», habían gritado unos hombres impresionables cuando estaba siendo construida. «No —dijeron los constructores—, no es un destructor, sino un cerebro inmóvil y mecánico con funciones creadoras y una capacidad de enriquecerse a sí mismo en determinadas direcciones sanas». Al cabo de trescientos años, la gente había llegado a aceptar sus decisiones como las que debían gobernarles.

Gosseyn captó una conversación entre un hombre y una mujer que andaban cerca de él.

—Es la parte sin policía —estaba diciendo la mujer—. Me asusta.

—Compréndelo —dijo el hombre—, eso es un anticipo de lo que será Venus, donde no es necesaria ninguna policía. Si nos mostramos dignos de Venus, iremos a un planeta en el que todo el mundo está mentalmente sano. El período sin policía nos brinda la oportunidad de medir los progresos que realizamos aquí. En otros tiempos era una pesadilla, pero en el curso de mi vida he observado un cambio. Es algo necesario.

—Supongo que aquí es donde debemos separarnos —dijo Teresa Clark—. Los C están abajo en el segundo sótano, los G inmediatamente encima de ellos. Nos reuniremos esta noche en el mismo solar. ¿Alguna objeción?

—Ninguna.

Gosseyn esperó hasta que la joven se perdió de vista por una escalera que descendía al segundo sótano. Entonces la siguió. La vio fugazmente cuando llegaba al rellano inferior. Se estaba dirigiendo hacia una salida al final de un largo pasillo. Gosseyn había recorrido la mitad del pasillo cuando ella trepó por una escalera que conducía al exterior. Cuando Gosseyn llegó a lo alto de aquella escalera, la muchacha había desaparecido.

Gosseyn desanduvo el camino pensativamente. La posibilidad de que ella no se arriesgara a las pruebas le había inducido a seguirla, pero resultaba preocupante ver confirmadas sus sospechas. El problema de Teresa Clark se estaba haciendo cada vez más complicado.

Más contrariado de lo que había esperado, Gosseyn entró en una cabina de examen vacía en la sección G. Apenas se había cerrado la puerta detrás de él cuando una voz que surgía de un tubo acústico inquirió:

—¿Su nombre?

Gosseyn olvidó a Teresa Clark. Aquí estaba la crisis.

La cabina contenía un cómodo sillón giratorio, un escritorio con cajones y un tablero transparente encima del escritorio, detrás del cual unos tubos electrónicos parpadeaban con una gran variedad de matices rojocereza y amarillofuego. En el centro del tablero había un tubo acústico corriente, también de plástico transparente. Por aquel tubo le había llegado la voz de la Máquina. Repitió ahora:

—¿Su nombre? Y, por favor, preste atención.

—Gilbert Gosseyn —dijo Gosseyn en voz baja.

Siguió un silencio. Algunos de los tubos rojocereza parpadearon inciertamente. Luego:

—Por el momento —dijo la Máquina en tono casual— acepto ese nombre.

Gosseyn se hundió más profundamente en su sillón. La excitación calentó su piel. Se sintió a sí mismo al borde del descubrimiento. Dijo:

—¿Conoce usted mi verdadero nombre?

Se produjo otra pausa. Gosseyn tuvo tiempo de pensar en una máquina que en aquel momento estaba conversando con *decenas de millares* de individuos que ocupaban todos los compartimientos de su base. Luego:

—En su cerebro no hay ningún registro de otro nombre —dijo la Máquina—. Pero dejemos eso por ahora. ¿Preparado para su prueba?

—Pe… pero…

—No más preguntas, de momento —dijo la Máquina más formalmente. Su tono era alentador cuando habló de nuevo—. Encontrará usted materiales de escritura en uno de los cajones. Las preguntas están impresas en cada una de las hojas. No se apresure. Dispone de treinta minutos, y no podrá salir de la cabina hasta que hayan transcurrido. Buena suerte.

Las preguntas eran las que Gosseyn había esperado: ¿Qué es el No–Aristotelismo? ¿Qué es el No–Newtonianismo? ¿Qué es el noEuclidianismo?

Las preguntas no eran fáciles, en realidad. El mejor método era el de no intentar dar una respuesta detallada, sino demostrar que se tenía consciencia del significado multiordinal de las palabras, y del hecho de que toda respuesta sólo podía ser una abstracción. Gosseyn empezó por anotar la abreviatura reconocida para cada uno de los términos: No–A, No–N y noE.

Terminó al cabo de veinte minutos y se retrepó en su asiento, esperando. La Máquina había dicho: «No más preguntas, de momento». Eso parecía implicar que volvería a hablarle. Transcurridos veinticinco minutos, su voz llegó de nuevo.

—Por favor, no se sorprendan por la sencillez de la prueba de hoy. Recuerden que el objetivo de los juegos no es el de inducir a perder a la gran mayoría de los competidores. El objetivo es el de educar a todos los individuos de la raza para que hagan el mejor uso posible del complejo sistema nervioso que él o ella han heredado. Eso sólo puede realizarse cuando cada cual sobreviva a los treinta días de los juegos. Y ahora, los que han fallado la prueba de hoy ya han sido informados. No serán aceptados como competidores durante el resto de los juegos de esta temporada. Para el resto —más del noventa y nueve por ciento, me complace poder decirlo—, buena suerte para mañana.

Había sido un trabajo rápido. Se había limitado a colocar su papel en la ranura destinada al efecto. Un tubo de televisión lo había examinado, comparándolo con las respuestas correctas de un modo sumamente flexible, registrando el resultado. Las respuestas de los otros veinticinco mil competidores habían sido examinadas similarmente. Dentro de unos minutos otro grupo de competidores repetiría la experiencia.

—¿Desea usted formular más preguntas, Gilbert Gosseyn? —inquirió la Máquina.

Gosseyn se tensó.

—Sí. He tenido algunas falsas ideas implantadas en mi cerebro. ¿Fueron colocadas ahí con un propósito deliberado?

—Lo fueron.

—¿Quién las puso ahí?

—No hay ningún registro de eso en su cerebro.

—Entonces, ¿cómo sabe que fueron puestas ahí?

—Razonamiento lógico —dijo la Máquina—, a base de información. El hecho de que su ilusión estuviera relacionada con Patricia Hardie es muy sugerente para mí.

Gosseyn vaciló, y luego expresó la idea que había estado en su mente:

—Muchos psiconeuróticos tienen creencias igualmente arraigadas. Tales personas suelen identificarse a sí mismos con grandes personajes: «Soy Napoleón», «Soy Hitler», «Soy Tharg», «Estoy casado con Patricia Hardie»…. ¿Pertenecía mi falsa creencia a esa categoría?

—Definitivamente no. Pueden implantarse convicciones muy arraigadas por medios hipnóticos. Las suyas fueron implantadas así. Por eso fue capaz de desprenderse del pensamiento de pesar cuando se enteró de que ella no estaba muerta. Sin embargo, su restablecimiento no es todavía completo.

Se produjo una pausa. Luego la Máquina volvió a hablar y había una curiosa tristeza en sus palabras:

—Yo no soy más que un cerebro inmóvil, apenas consciente de lo que ocurre en partes remotas de la Tierra. Sólo puedo intuir los planes que se están cociendo. Quedará usted sorprendido y decepcionado al enterarse de que no puedo decirle gran cosa más acerca de eso.

—¿Qué puede usted decirme? —preguntó Gosseyn.

—Que está usted profundamente involucrado, pero que yo no puedo resolver su problema. Quiero que vaya a un psiquiatra para que tome una fotografía de su córtex. Tengo la impresión de que hay algo en su cerebro, pero no puedo definirlo. Eso es todo lo que puedo decirle ahora. Adiós, hasta mañana.

Se oyó un *click* y la puerta se abrió automáticamente. Gosseyn salió al pasillo, vaciló unos instantes y luego echó a andar hacia el norte a través de las apresuradas multitudes.

No tardó en encontrarse en un bulevar pavimentado. Al noroeste, a partir de una distancia de quinientos metros de la Máquina, empezaban otros edificios. Estaban dispuestos geométricamente en racimos alrededor del bulevar, al final del cual, entre flores y árboles formando terraplén, se erguía el palacio de la Máquina.

El palacio no era alto; sus majestuosos contornos se agazapaban entre el brillante verdor que

lo circundaba. Pero no fue aquello lo que retuvo la atención de Gosseyn. Su mente estaba buscando, visualizando, comprendiendo. El Presidente Hardie y su hija Patricia vivían allí. Si él estaba profundamente involucrado, también ellos debían estarlo. ¿Qué les había inducido a implantar en su cerebro la convicción de que estaba casado con una Patricia *muerta*? Parecía un acto inútil. Cualquier detector de mentiras de un grupo de hotel le hubiera descubierto aunque Nordegg no hubiese estado allí para acusarle.

Gosseyn dio media vuelta y echó a andar alrededor de la base de la Máquina dirigiéndose hacia la ciudad. Almorzó en un pequeño restaurante cerca del río, y luego empezó a hojear las páginas amarillas de un listín de teléfonos. Conocía el nombre que estaba buscando, y no tardó en encontrarlo:

ENRIGHT, DAVID LESTER, psicólogo
709 Medical Arts Building

Enright había escrito varios libros de lectura obligada para cualquiera que pretendiera ir más allá del décimo día en los juegos. Era un placer recordar la claridad cristalina del estilo del autor, la cuidadosa consideración semántica concedida a toda palabra multiordinal utilizada, la amplitud de inteligencia y comprensión del cuerpo y mente como un conjunto.

Gosseyn cerró el listín y salió a la calle. Estaba más tranquilo; sus nervios se habían relajado y la esperanza rebrotaba en él. El mismo hecho de que recordara a Enright y sus libros con tanto detalle demostraba cuán ligeramente permanecía en su memoria la amnesia introducida en ella a la fuerza. Y desaparecería del todo en cuanto el famoso psicólogo empezara a trabajar sobre él. En el consultorio del doctor, la recepcionista le dijo:

—El Dr. Enright sólo atiende las visitas concertadas previamente. Puedo darle hora para dentro de tres días; es decir, para el próximo jueves a las dos de la tarde. Sin embargo, tendrá que dejar un depósito de veinticinco dólares.

Gosseyn entregó el dinero, tomó el recibo correspondiente y se marchó. Se sentía decepcionado, aunque no excesivamente. Encontraba lógico que los médicos estuvieran muy ocupados en un mundo que distaba mucho de haber alcanzado la perfección No–A.

De nuevo en la calle, contempló cómo uno de los más largos y más potentes automóviles que nunca había visto se deslizaba junto a él y se detenía en la curva, a unos treinta metros de distancia. El vehículo resplandecía al sol de la tarde. Un chófer uniformado saltó ágilmente al suelo y fue a abrir la portezuela del otro lado.

Teresa Clark se apeó del coche. Llevaba un vestido de tarde de una tela oscura y cara. El conjunto no aumentaba su esbeltez, pero el color oscuro del vestido hacía que su rostro pareciera un poco más lleno y, por contraste, menos curtido. ¡Teresa Clark! El nombre resultaba insignificante ante aquella magnificencia.

—¿Quién es ella? —le preguntó Gosseyn a un hombre que se había parado a su lado.

El desconocido le miró con aire de sorpresa y luego pronunció el nombre que Gosseyn ya había sospechado.

—Es Patricia Hardie, la hija del Presidente Hardie. Es una neurótica, según tengo entendido.

Mire ese automóvil, por ejemplo. Es como una joya descomunal, un signo seguro de…

Gosseyn se estaba alejando, de espaldas al automóvil y a su recién bajado ocupante. No quería ser reconocido sin haber meditado antes en aquella situación. Desde luego, parecía absurdo que ella fuera aquella misma noche a un solar, oscuro para estar a solas con un hombre desconocido.

Pero acudió.

Gosseyn permaneció de pie en la sombra contemplando pensativamente la borrosa figura de la muchacha. Había llegado al lugar de la cita adoptando las mayores precauciones. Ella le daba la espalda y no parecía haberse dado cuenta de su presencia. Era posible, a pesar de su cuidadoso reconocimiento de toda la manzana, que estuviera ya en una trampa. Pero era un riesgo que no había vacilado en correr. Aquí, en esta muchacha, se encontraba la única pista que tenía del misterio de sí mismo. La contempló con cierta avidez en medio de la creciente oscuridad.

Estaba sentada, al principio, con su pie izquierdo recogido debajo de su pierna derecha. En el espacio de diez minutos, cambió cinco veces de postura. En dos ocasiones se incorporó a medias. Y entre cambio y cambio parecía dibujar algo sobre la hierba con el dedo. Sacó su pitillera y volvió a guardarla sin extraer ningún cigarrillo. Sacudió la cabeza media docena de veces, como descartando algún pensamiento. Se encogió de hombros dos veces, dobló los brazos y se estremeció como sacudida por un escalofrío, suspiró audiblemente tres veces, chasqueó su lengua impacientemente, y durante casi un minuto entero permaneció sentada completamente inmóvil.

La noche anterior no había estado tan nerviosa. En realidad, exceptuando el breve período en el que había fingido estar asustada de los hombres que según ella la habían perseguido, se mostró absolutamente tranquila. Efectos de la espera, decidió Gosseyn. Estaba preparada para enfrentarse con la gente y para manipularla. Pero, sola, no tenía reservas de paciencia.

¿Qué era lo que había dicho el hombre aquella tarde? Neurótica. No cabía dudarlo. De niña debió serle negado aquel temprano adiestramiento No–A tan necesario para el desarrollo de ciertas inteligencias. El hecho de que tal adiestramiento pudiera haber sido descuidado en el hogar de un hombre tan soberbiamente integrado como el Presidente Hardie era un enigma. Fuera cual fuese el motivo, ella era un ser humano cuyo tálamo controlaba siempre plenamente sus actos. Gosseyn podía imaginarla bajo los efectos de una crisis nerviosa.

Continuó contemplándola allí en aquella casi oscuridad. Al cabo de diez minutos, la muchacha se puso en pie y distendió todos sus músculos; luego volvió a sentarse. Se quitó los zapatos y, rodando sobre sí misma hacia Gosseyn, se tendió sobre la hierba. Vio a Gosseyn.

—No pasa nada —le aseguró Gosseyn en voz baja—. Soy yo. Supongo que me ha oído llegar.

No suponía nada por el estilo, pero ella se había sentado con un sobresalto, y le pareció el mejor modo de tranquilizarla.

—Me ha dado usted un susto —dijo ella.

Pero su voz no revelaba la menor inquietud. Tenía reacciones talámicas suaves, aquella muchacha.

Gosseyn se echó en la hierba junto a ella y dejó que la sensación de la noche se arrastrara sobre él. ¡La segunda noche sin policía! Resultaba difícil de creer. Podía oír los ruidos de la ciudad, leves, neutros, sin sugerir absolutamente nada. ¿Dónde estaban las pandillas y los

ladrones? Parecían irreales, contemplados desde la seguridad de aquel oscuro escondrijo. Tal vez los años y el gran sistema educativo habían diezmado sus filas, dejando sólo la temible leyenda y unos cuantos rufianes que merodeaban a través de la noche en busca de los indefensos. No, no era posible. Los hombres se hacían más audaces, no menos, a medida que sus mentes se integraban de un modo creciente y progresivo en la estructura del universo que les rodeaba. En alguna parte se estaban elaborando o llevando a cabo planes de violencia. ¿En alguna parte? Tal vez aquí.

Gosseyn miró a la muchacha. Luego empezó a hablar en voz muy baja. Describió sus apuros: cómo había sido expulsado del hotel, la amnesia que afectaba a su memoria, la extraña ilusión de que había estado casado con Patricia Hardie.

—Y al final —terminó amargamente—, ella resultó ser la hija del Presidente, y estar tan viva como yo.

—Esos psicólogos —dijo Patricia Hardie—, como ese que va a ocuparse de usted… ¿es cierto que todos son personas que han ganado el viaje a Venus en los juegos, y han regresado a la Tierra para practicar su profesión? ¿Y que en la actualidad nadie más que ellos puede dedicarse a la psiquiatría y a las ciencias afines?

Gosseyn no había pensado en aquello.

—Bueno, sí —dijo—. Otros pueden aprenderlas, desde luego, pero…

Tuvo consciencia de una repentina avidez, de un súbito deseo de que llegara el momento de la entrevista con el Doctor Enright. ¡Cuánto podría aprender de un hombre semejante! Luego, cauteloso, se preguntó por qué había formulado ella *aquella* pregunta en vez de comentar su relato en conjunto. En la oscuridad, miró inquisitivamente a la muchacha. Pero su rostro, su expresión, estaban cubiertos por una cortina de sombras. Su voz resonó de nuevo:

—¿Quiere usted decir que no tiene la menor idea de quién es? ¿Cómo llegó usted al hotel, en primer lugar?

Gosseyn dijo:

—Recuerdo haber tomado un autobús desde Cress Village hasta el aeropuerto de Nolendia. Y recuerdo claramente haber viajado en el avión.

—¿Hizo usted alguna comida a bordo?

Gosseyn se tomó tiempo para recordar. Luchaba por penetrar en un mundo intensional y tan inexistente como todos los mundos semejantes. El recuerdo no era nunca la cosa recordada, pero en la mayoría de las personas, al menos, cuando existía un recuerdo *había* existido normalmente un hecho de estructura similar. Su mente no retenía nada que pudiera relacionarse con una estructura física. No había comido, definitiva e inequívocamente.

La muchacha estaba hablando:

—¿No tiene usted la menor idea de lo que puede significar todo eso? ¿No tiene ningún proyecto, ningún plan para enfrentarse con ello? ¿Se limita usted a moverse en medio de una gran oscuridad?

—Así es —dijo Gosseyn, Y esperó.

El silencio fue largo. Demasiado largo. Y la respuesta, cuando llegó, no llegó de la muchacha. Alguien saltó sobre él y le sujetó. Otras figuras surgieron de entre los matorrales y le agarraron.

Estaba de pie, empujando al primer hombre. Un indecible horror le hizo luchar incluso después de que una maraña de fuertes manos le sujetó más allá de su capacidad de huir.

Un hombre dijo:

—Muy bien. Llevadles a los automóviles y vamonos de aquí.

Mientras le introducían en la parte trasera de un espacioso sedán, Gosseyn pensó si aquellos hombres habían llegado en respuesta a una señal de la muchacha. ¿O se trataba de una pandilla de maleantes?

El automóvil se puso en marcha con una brusca sacudida, interrumpiendo momentáneamente su tensa especulación.

IV

La ciencia no es más que sentido común y razonamiento correcto.

Estanislaus Leszcynsky,
Rey de Polonia, 1763.

Mientras los automóviles corrían hacia el norte a lo largo de calles desiertas, Gosseyn vio que había dos delante de él y tres detrás. Podía ver sus negras formas en movimiento a través del parabrisas y en el espejo retrovisor. Patricia Hardie iba en uno de ellos, pero a pesar de que forzó sus ojos al máximo no pudo localizarla. No es que importara. Había examinado bien a sus captores y su sospecha de que no se trataba de una pandilla callejera era ahora más definida.

Le habló al hombre que estaba sentado a su derecha. Ninguna respuesta. Se volvió hacia el hombre que estaba a su izquierda. Antes de que Gosseyn pudiera hablar, el hombre dijo:

—No estamos autorizados a decirle nada.

«¡Autorizados!» Los gangsters callejeros no hablaban así. Gosseyn se echó hacia atrás en su asiento, considerablemente aliviado. Los automóviles trazaron finalmente una gran curva y penetraron en un túnel. Minuto a minuto avanzaron por una empinada rampa a través de una caverna débilmente iluminada. Transcurridos cinco minutos, la iluminación del túnel delante de ellos se hizo más intensa. Bruscamente, los automóviles salieron a un patio circular y aerodinámico. Moderaron la marcha y luego se detuvieron delante de un portal.

Los hombres empezaron a apearse de los vehículos. Gosseyn vio fugazmente a la muchacha cuando bajaba del automóvil situado delante del suyo. La muchacha volvió la cabeza y le miró.

—Sólo para que no haya equívocos —dijo—, soy Patricia Hardie.

—Sí —dijo Gosseyn—. Me he enterado esta tarde. Alguien me lo dijo.

Los ojos de la muchacha brillaron con más intensidad.

—¡Estúpido! —dijo—. ¿Por qué no escurrió el bulto?

—Porque tenía que saber. Tenía que saber acerca de mí mismo.

El tono de su voz debió reflejar la sensación de vacío de un hombre que ha perdido su identidad.

—¡Pobre idiota! —murmuró Patricia Hardie, menos agresiva—. Precisamente ahora, cuando se están animando a sí mismos para dar el paso, tienen espías en todos los hoteles. Fueron informados inmediatamente de lo que el detector de mentiras dijo acerca de usted. Y no quieren correr ningún riesgo, sencillamente.

Vaciló.

—Su única esperanza —continuó— depende de que Thorson no cambie de parecer. Mi padre está tratando de convencerle para que le examine a usted, pero hasta ahora Thorson no le concede ninguna importancia.

Hizo otra pausa. Luego:

—Lo siento —dijo. Y se alejó.

No volvió la cabeza ni una sola vez. Se dirigió hacia una lejana puerta que se abrió antes de que ella la tocara. Gosseyn entrevio una brillante antesala; luego, la puerta se cerró. Transcurrieron de cinco a diez minutos. Finalmente, un hombre de nariz ganchuda asomó por otra puerta y miró a Gosseyn. Dijo, en tono inconfundiblemente desdeñoso:

—¡De modo que este es el hombre peligroso!

Pareció un insulto inútil. Gosseyn siguió examinando las características físicas del hombre, y luego se dejó penetrar por el significado de las palabras. Había estado esperando que le ordenaran que se apeara del automóvil. Ahora se retrepó en su asiento. La idea de que estaba considerado como un hombre peligroso era completamente nueva. No parecía tener ninguna relación estructural con los hechos. Gilbert Gosseyn era un No–A adiestrado cuyo cerebro había sido dañado por una calamidad amnésica. Podría demostrar que era digno de Venus en los juegos, pero sería simplemente uno de los millares de competidores que obtendrían un éxito similar. No había demostrado aún una sola cualidad de diferencia estructural entre él mismo y otros seres humanos.

—¡Ah, silencio! —murmuró el hombretón—. La pausa No–A, supongo. En cualquier momento a partir de ahora, su condición actual habrá sido integrada en el control de su cortex, y brotarán palabras semánticamente más inteligentes.

Gosseyn estudió al hombre con curiosidad. El sarcasmo en los labios del otro se había relajado. Su expresión era menos cruel, sus maneras menos brutalmente formidables. Gosseyn dijo, en tono de lástima:

—Sólo puedo suponer que es usted un hombre que ha fallado en los juegos y que por eso se burla de ellos. ¡Pobre imbécil!

El hombretón se echó a reír.

—Vamos —dijo—. Va usted a recibir algunas sorpresas. A propósito, me llamo Thorson, Jim Thorson. Puedo decírselo sin temor a consecuencias posteriores.

—¡Thorson! —exclamó Gosseyn, y luego permaneció silencioso.

Sin pronunciar ninguna otra palabra, siguió al hombre de la nariz ganchuda a través de una puerta artísticamente tallada y penetró en el palacio de la Máquina, donde vivían el Presidente y Patricia Hardie.

Avanzó por un largo pasillo de mármol que terminaba en una puerta de madera de roble, abierta. Thorson le cedió el paso, con una sonrisa, distorsionando su alargado rostro. Luego entró a su vez y cerró la puerta detrás de él, dejando fuera a los guardianes que habían seguido a Gosseyn.

Tres personas esperaban en la habitación: Patricia Hardie y dos hombres. Uno de estos últimos era un individuo de unos cuarenta y cinco años, de aspecto elegante, sentado detrás de un escritorio. Pero el que acaparó la atención de Gosseyn fue el segundo hombre.

Había sufrido un accidente. Era un verdadero monstruo. Tenía un brazo de plástico y una pierna de plástico, y su espalda estaba en una jaula de plástico. Su cráneo parecía hecho de cristal opaco; no tenía orejas. Dos ojos humanos atisbaban debajo de una cúpula, lisa como el cristal, de plástico quirúrgico. Había tenido suerte… hasta cierto punto. Desde sus ojos para abajo, la parte

inferior de su rostro estaba intacta. Tenía un rostro. Su nariz, boca, barbilla y cuello eran humanos. Aparte de eso, su parecido con algo normal dependía en parte de las concesiones mentales del observador. De momento, Gosseyn no estaba preparado para hacer ninguna concesión. Había decidido una norma de conducta, un nivel de abstracción: osadía. Dijo:

—¿Qué diablos es eso?

El ser dejó oír una risita divertida. Su voz, cuando habló, sonó tan profunda como un contrabajo.

—Puede considerarme como el elemento «X» —dijo.

Gosseyn apartó la mirada de «X» para fijarla en la muchacha. Los ojos de Patricia Hardie se clavaron en los suyos fríamente, aunque una sombra de color tiñó sus mejillas. Se había cambiado rápidamente de ropa, y llevaba un vestido de noche que le confería una apariencia que Teresa Clark nunca había tenido.

Resultaba curiosamente difícil volver su atención al otro hombre. Incluso para su adiestrado cerebro, la reorientación necesaria para la aceptación del Presidente Hardie de Tierra como un conspirador era un obstáculo demasiado alto como para poder remontarlo con facilidad. Pero, al final, la identificación fue indiscutible.

Se estaban desarrollando acciones ilegales. La gente no hace lo que le habían hecho a él, ni dice lo que Patricia y Thorson habían dicho, a menos de que signifique algo. Incluso la Máquina había aludido a inminentes sinsabores. Y había dicho prácticamente que la familia Hardie estaba involucrada en ellos.

El Presidente, visto tan de cerca, tenía los ojos duros del ordenancista y la sonrisa de un hombre que tiene que mostrarse diplomático con personas de diversa condición. Sus labios eran delgados. Parecía capaz de interrumpir una entrevista en seco o de prolongarla con firmeza hasta llegar al desenlace previsto. Tenía aspecto de ejecutivo, alerta, acostumbrado al ejercicio de la autoridad. Ahora dijo:

—Gosseyn, nosotros somos hombres que habríamos sido condenados a posiciones inferiores si hubiésemos aceptado el gobierno de la Máquina y la filosofía de los No–A. Somos muy inteligentes y capaces en todos los aspectos, pero en nuestras naturalezas hay ciertas cualidades inhumanas que normalmente nos cerrarían el paso a los grandes éxitos. El noventa y nueve por ciento de la historia del mundo ha sido elaborada por hombres como nosotros, y puede estar seguro de que volverá a serlo.

Gosseyn le miró fijamente, notando una creciente opresión en su viscera cardíaca. Estaban siendo demasiado explícitos con él. Lo cual demostraba que, o la conjura estaba a punto de aflorar a la superficie, o las vagas amenazas que le habían sido formuladas ya tenían el más mortal de los significados. Hardie continuó:

—Le he dicho a usted esto para subrayar las siguientes instrucciones: Gosseyn, hay varias armas apuntándole. En consecuencia, vaya a sentarse sin armar jaleo en aquella silla —la señaló con su mano derecha— y sométase a las esposas y otras pequeñas molestias. —Su mirada viajó más allá de Gosseyn. Añadió: —Thorson, traiga los aparatos necesarios.

Gosseyn sabía que no tenía la menor posibilidad de escapar de aquella habitación. De modo

que obedeció y permitió que Thorson esposara sus muñecas a los brazos de la silla. Contempló con tensa curiosidad cómo el hombretón acercaba una mesa de ruedas sobre la cual había varios aparatos de pequeño tamaño y aspecto delicado. Silenciosamente, Thorson adhirió con esparadrapo a la piel de Gosseyn una docena de prolongaciones cupiformes de uno de los aparatos: seis de ellas a su cabeza y su rostro, las otras seis a su cuello, hombros y parte superior de la espalda.

Gosseyn se dio cuenta de que no era la única persona sobreexcitada en la habitación. Los dos hombres, Hardie y el monstruo, se habían inclinado hacia adelante en sus sillas. Ojos azules y ojos pardoamarillentos reflejaban una húmeda avidez. La muchacha estaba acuclillada en su silla, con una de sus manos llevando rígidamente un cigarrillo a sus labios. Lo chupaba maquinalmente, pero no inhalaba el humo. Se limitaba a introducirlo en su boca y luego lo expelía. Lo hacía una y otra vez.

Thorson era el más tranquilo del cuarteto. Con dedos firmes, hizo algunos reajustes finales a algo del aparato que Gosseyn no podía ver, y luego miró a Michael Hardie con aire interrogador. Pero fue Gosseyn quien rompió el silencio diciendo:

—Creo que deberían ustedes escucharme un momento.

Se interrumpió, no porque hubiese terminado, sino porque súbitamente se sintió desesperado. Pensó: «¿Qué está pasando aquí, en nombre de la razón? No es posible que le ocurra esto a un ser humano respetuoso con la ley en la pacífica Tierra el año 2560 de la Era Cristiana».

—Me siento —dijo, y su voz sonó ronca a sus propios oídos— como un niño en un manicomio. Ustedes desean algo de mí. Bien, díganme lo que es, y haré lo que esté en mi mano por complacerles.

»Naturalmente —continuó—, valoro mi vida más que cualquier hecho que ustedes pueden exigir de mí. Puedo decir esto con toda seguridad debido a que en este mundo No–A ningún individuo importa hasta el punto de que sus ideas, sus inventos o su personalidad puedan ser utilizados en detrimento del género humano. Las máquinas individuales no pueden alterar el equilibrio contra la masa acumulada de ciencia empleada por hombres decididos y valerosos en defensa de la civilización. Esto ha sido demostrado. La ciencia particular no puede ganar una guerra. —Miró a Michael Hardie con aire interrogador—. ¿Se trata de algo de eso? ¿De algún invento de mis días preamnésicos?

—No. —La respuesta procedía de «X». El inválido, con expresión divertida, añadió—: Esto es realmente interesante. Aquí hay un hombre que no conoce su propósito ni sus antecedentes; y, sin embargo, su aparición en este período no puede ser puramente accidental. La incapacidad del detector de mentiras del hotel para descubrir su verdadera identidad es un fenómeno que no tiene precedente.

—Pero él está diciendo la verdad —Patricia Hardie apoyó los pies en el suelo y dejó que la mano que sostenía el cigarrillo colgara inerte. Había ansiedad en su aspecto y en su voz—. El detector de mentiras del hotel dijo que su cerebro no tenía consciencia de su identidad.

Un brazo de plástico se agitó en dirección a ella, condescendiente. La voz de contrabajo era tolerante.

—Mi querida joven, no pongo en duda que dijera eso. Pero no olvido que las máquinas son corruptibles. El brillante señor Crang y yo hemos demostrado eso para satisfacción de muchos hombres, incluido su padre. —Hizo una pausa—. No creo que podamos aceptar ninguna afirmación hecha por Gosseyn, o formulada acerca de él por aparatos rastreadores del cerebro de tipo corriente.

El Presidente Hardie asintió.

—Tiene razón, Pat. Normalmente, un hombre que creyera falsamente que está casado con mi hija sería un simple psiconeurótico. Sin embargo, la aparición de un hombre semejante en *este* momento tendría que ser investigada. Pero la incapacidad del detector de mentiras del hotel para identificarle es tan anormal que, como puedes ver —hizo un gesto con la mano—, incluso Thorson se ha sentido interesado. Personalmente, opino que los agentes de la Liga Galáctica nos lo han enviado para que le veamos. Bien, vamos a mirar. ¿Cuáles son sus planes, Jim?

Thorson se encogió de hombros.

—Quiero penetrar a través de los bloques de la memoria y descubrir quién es.

—No creo que la información que obtengamos deba ser ampliamente divulgada —dijo «X»—. Señorita Hardie, salga de la habitación.

La muchacha se puso en pie, con los labios fruncidos.

—Prefiero quedarme —dijo. Irguió la cabeza con aire desafiante—. Después de todo, corro los mismos riesgos que ustedes.

Nadie dijo nada. El mediohombre la miró con ojos que a Gosseyn le parecieron implacables. Patricia Hardie se removió en su asiento, inquieta, y luego miró a su padre como en demanda de apoyo. El Presidente eludió su mirada, visiblemente turbado.

La muchacha se puso en pie, con los labios fruncidos.

—También a ti te tiene dominado, ¿verdad? —dijo, en tono sarcástico—. Bien, no creas que *a mí* me asusta. Un día de estos le haré un agujero en el cuerpo que ningún cirujano podrá tapar con plástico.

Salió de la habitación, dando un portazo.

—No creo que debamos perder más tiempo —dijo Hardie.

No hubo ninguna objeción. Gosseyn vio que los dedos de Thorson se apoyaban en el interruptor del aparato que estaba sobre la mesa. Se oyó un *click, y* luego un zumbido.

Al principio no ocurrió nada. Gosseyn había tensado su cuerpo para resistir chorros de energía. Y no llegó ninguno. Intrigado, observó el aparato. Zumbaba y palpitaba. Como tantos otros aparatos, tenía sus propios tubos electrónicos especiales. Y Gosseyn no podía saber si eran utilizados para controlar la velocidad de motores invisibles, o para amplificar algún oscuro sonido en su cuerpo, o para transformar energías o cronometrar cambios en un proceso invisible, o para cualquier otra tarea.

Algunos de los tubos asomaban brillantemente por unos orificios de una caja de plástico opaco. Otros, lo sabía, eran demasiado delicados para ser expuestos a algo tan violento como la temperatura y la iluminación normales de una habitación. Estaban profundamente ocultos en sus pequeños compartimientos y sólo tenían conectada con el exterior una diminuta fracción de sus

formas fácilmente excitables.

Miró intensamente hasta que le dolieron los ojos. Entonces parpadeó, y las lágrimas resultantes enturbiaron su visión. Con un esfuerzo, Gosseyn apartó la mirada de la mesa y sus aparatos. El movimiento debió ser demasiado repentino para sus tensados nervios. Algo resonó en el interior de su cabeza, provocando una violenta cefalalgia. Comprendió, sobresaltado, que aquello era lo que el aparato le estaba haciendo.

Era como si se hubiera hundido hasta el fondo de un tanque de agua. Le parecía estar sometido a una fuerte presión procedente de todas partes, incluso *desde dentro*. Oyó, muy remota, la tranquila voz de Thorson explicando lo que estaba haciendo.

—Este es un interesante aparato. Produce una variedad de energía nerviosa. La energía es absorbida a través de la docena de nódulos que he colocado en la cabeza y en los hombros de Gosseyn, y fluye a lo largo de todos los caminos nerviosos que han sido establecidos previamente en su cuerpo. No establece por sí misma ninguna pauta nueva. Deben pensar en ella como en un impulso que rechaza inmediatamente la más leve dificultad. Elude obstáculos que varían aproximadamente el uno por ciento de lo que es normal. Podríamos definirla como un máximo exponente de la teoría de la menor resistencia.

Resultaba difícil pensar contra el sonido de la voz. La mente de Gosseyn no podía formar una idea completa. Se tensó contra la voz que lo empañaba todo y contra la energía que estaba fluyendo a través de él. Y sólo captó espasmos de ideas y la voz de Thorson.

—La característica más interesante, desde el punto de vista médico, de esta corriente artificial de energía nerviosa es que es fotografiable. En muy pocos segundos, cuando la corriente de energía artificial ha penetrado en las vías de acceso más remotas, obtengo varios negativos y positivo algunas impresiones. Ampliadas en segmentos a través de un proyector, las impresiones nos mostrarán en qué partes de su cerebro está concentrada su memoria. Dado que la ciencia conoce desde hace mucho tiempo la naturaleza de la memoria almacenada en cada grupo celular, podemos decidir entonces dónde tenemos que concentrar las presiones que forzarán a la memoria particular que nos interesa conocer a un nivel verbal.

»Una utilización posterior de este aparato, empleando más energía y combinada con un complicado sistemafórmula de asociación de palabras, realizará la verdadera operación.

Desconectó el aparato y sacó una tira de película de la cámara.

—¡Vigílenle! —dijo, y desapareció a través de la puerta más cercana.

No era necesaria ninguna vigilancia. Gosseyn no hubiera podido mantenerse en pie. Tenía la impresión de que su cerebro giraba rápidamente, como un trompo incapaz de detenerse hasta que se ha agotado el impulso que le ha transmitido el cordel. Thorson regresó antes de que se hubiera recuperado.

Entró lentamente e, ignorando a «X» y a Hardie, se dirigió directamente hacia Gosseyn. Llevaba dos fotografías en la mano, y se detuvo con ellas delante de su prisionero, mirándole fijamente.

—¿Qué ha descubierto usted? —dijo Hardie, a la izquierda de Gosseyn.

Thorson agitó una mano hacia él, una orden impaciente para que guardara silencio. Fue un

gesto sorprendentemente descortés y, lo que es más, Thorson no pareció darse cuenta de que lo había hecho. Súbitamente, su personalidad no fue la de un individuo más. *Fue una personalidad dominante*. Debajo del frío exterior había una llama de energía nerviosa, un ser humano de una potencia suprema. Gosseyn vio que sus modales no eran de deferencia a unos superiores. Eran de mando, seguros, definitivos, inequívocos. Cuando se mostraba de acuerdo con los otros, era porque quería estarlo. Cuando se mostraba en desacuerdo, *su* opinión era decisiva.

«X» se acercó en su silla de ruedas y cogió suavemente las fotografías de entre los dedos de Thorson. Entregó una a Hardie. Los dos hombres las examinaron con diversas y encontradas emociones.

«X» se incorporó a medias en su silla. El movimiento reveló varias cosas acerca de su cuerpo semiplástico. Mostró su estatura. Era más alto de lo que Gosseyn había pensado, casi un metro ochenta. Mostró cómo estaba unido su brazo de plástico a la jaula de plástico en torno al centro de su cuerpo. Mostró que su cara podía reflejar el desconcierto.

—Ha sido una suerte que no le hayamos permitido ir a ver a aquel psiquiatra —susurró—. Hemos atacado en el momento preciso, al principio.

Michael Hardie no disimuló su enojo.

—¿De qué está usted hablando? No olvide que estoy en mi actual posición debido a su capacidad para controlar los juegos de la Máquina. Nunca he podido asimilar todos esos desatinos No–A acerca del cerebro humano. Lo único que veo es un núcleo sólido de claridad. Supongo que esas son las líneas de los conductos nerviosos, y que ampliados en una pantalla dejarán de ser una maraña.

Esta vez Thorson le oyó. Se acercó a los dos hombres, señaló algo en la fotografía, y susurró una explicación que extrajo lentamente el color del rostro de Hardie.

—Tenemos que matarle —murmuró—. Inmediatamente.

Thorson sacudió la cabeza con visible enojo.

—¿Por qué? ¿Qué puede hacer? ¿Advertir al mundo? —Su tono se hizo más vehemente—. Observe que no hay líneas brillantes cerca de *ello*.

—Pero supongamos que descubre el modo de utilizarlo —insistió Hardie.

—¡Tardaría meses! —exclamó «X»—. No se trata de algo que pueda resolverse en veinticuatro horas.

Siguieron más susurros, a los cuales replicó furiosamente Thorson:

—No creerá que va a fugarse de *ese* calabozo… ¿O acaso ha estado leyendo ficción Aristotélica, en la que el héroe siempre gana?

Thorson acabó imponiendo su criterio. Llegaron unos hombres y se llevaron a Gosseyn, incluidas la silla y las esposas, bajando cuatro tramos de escalones hasta un calabozo de paredes de acero. Los peldaños finales desembocaban en el calabozo, y cuando los hombres hubieron trepado de vuelta al piso superior, un motor levantó toda la escalera a través de un orificio del techo, seis metros más arriba. Una puerta de acero rechinó sobre el orificio, y unos gruesos barrotes cerraron el paso. Luego, silencio.

V

Gosseyn permaneció inmóvil en la silla de acero. Su corazón latía irregularmente, sus sienes palpitaban con fuerza, y a cada instante se sentía más débil y enfermo. El sudor empapaba su cuerpo.

«Estoy asustado —pensó—. Terriblemente asustado».

El miedo debe derivar de los mismos coloides de una sustancia. Una flor cerrando sus pétalos al llegar la noche demuestra su miedo a la oscuridad, pero no tienen ningún sistema nervioso para transmitir el impulso y ningún tálamo para recibir y traducir el mensaje eléctrico en una emoción. Un ser humano era una estructura físicoquímica cuya consciencia de la vida derivaba de un intrincado sistema nervioso. Después de la muerte, el cuerpo se desintegraba; la personalidad sobrevivía como una serie de distorsionados impulsorecuerdos en los sistemas nerviosos de otras personas. A medida que transcurrían los años, aquellos recuerdos se debilitaban. En el mejor de los casos, Gilbert Gosseyn sobreviviría como un impulso nervioso en otros seres humanos durante medio siglo; como una emulsión sobre un negativo de película durante varias décadas; como una pauta electrónica en una serie de células de rayos catódicos durante un par de siglos, quizá. Ninguna de las potencialidades disminuyó ni siquiera fraccionalmente el caudal de sudor de su cuerpo en aquel calabozo caluroso, casi sin ventilación.

«Estoy prácticamente muerto —pensó, desesperado—. Voy a morir. Voy a morir».

E incluso mientras pensaba las palabras, se dio cuenta de que todo su coraje se fundía.

Brilló una luz en el techo; se abrió una ranura metálica. Una voz dijo:

—Sí, dígale al señor Thorson que se está portando muy bien.

Transcurrieron unos minutos, y luego la escalera descendió hasta el calabozo. Su extremo inferior chocó contra el suelo. Unos obreros bajaron por la escalera portando una mesa. En rápida sucesión, el aparato que ya había sido utilizado sobre Gosseyn, y otros de forma y propósito diversos, fueron atornillados a la mesa. Los obreros se retiraron rápidamente.

Luego bajaron dos hombres malcarados. Examinaron las manos y las muñecas de Gosseyn. Finalmente se marcharon y se restableció el silencio.

Luego la puerta se deslizó una vez más con un sonido metálico. Gosseyn se encogió, esperando a Thorson. Pero la que apareció fue Patricia Hardie, bajando apresuradamente la escalera. Mientras abría las esposas, dijo en voz baja y apremiante:

—Siga el pasillo exterior a la derecha durante unos treinta metros. Al llegar allí, debajo de la escalera principal, verá una puerta. Detrás de aquella puerta hay una escalera más estrecha que le conducirá, dos tramos más arriba, a seis metros de distancia de mi apartamento. Tal vez pueda usted ocultarse allí; no lo sé. A partir de este momento, tendrá que contar con sus propias fuerzas. Buena suerte.

Después de liberarle, la muchacha corrió escaleras arriba delante de él. Los músculos de Gosseyn estaban tan agarrotados que se tambaleaba torpemente en cada escalón. Pero las

instrucciones de Patricia habían sido claras. Y cuando llegó al dormitorio de la muchacha, su sangre volvía a circular normalmente.

Un sutil aroma a perfume le permitió identificar el dormitorio. Desde las ventanas con contraventana metálica, cerca del lecho endoselado, Gosseyn vio el destello atómico de la Máquina. Ardía tan cerca, que casi le pareció que podía extender la mano y coger la luz.

Gosseyn no compartía la esperanza de Patricia Hardie en el sentido de que podría encontrar un refugio en su dormitorio. Además, ahora, antes de que se descubriera su fuga, era el momento de salir de allí. Avanzó decidido, pero retrocedió apresuradamente al ver que media docena de hombres armados con fusiles pasaban por debajo del balcón en fila india. Cuando volvió a mirar, un momento después, dos de los hombres estaban agachados detrás de la hilera de arbustos a menos de treinta metros de distancia.

Gosseyn se retiró al dormitorio. No tardó más de un minuto en examinar las cuatro habitaciones que componían el apartamento de la muchacha. Escogió el vestidor como el lugar que ofrecía más ventajas para él. Tenía una ventana y un pequeño balcón que daba a una avenida lateral, lejos de la fachada principal. En caso necesario, podría saltar y deslizarse de arbusto en arbusto. Se sentó pesadamente en la larga banqueta delante del enorme espejo alargado que permitía ver la imagen de cuerpo entero. Sentado allí, tuvo tiempo para interrogarse acerca del comportamiento de Patricia Hardie.

La muchacha se había expuesto a un grave peligro. El motivo era oscuro, pero parecía evidente que se arrepentía de haber participado en la conjura contra él.

Dejó de lado aquella idea al oír el leve chasquido de una puerta lejana. Gosseyn se puso en pie de un salto. Podía ser la muchacha. Era ella. Su voz resonó suavemente un momento después junto a la puerta del vestidor.

—¿Está usted ahí, señor Gosseyn?

Gosseyn abrió la puerta sin pronunciar una sola palabra, y quedaron uno frente a otro a través del umbral. La muchacha rompió el silencio:

—¿Cuáles son sus planes?

—Llegar hasta la Máquina.

—¿Por qué?

Gosseyn vaciló. Patricia Hardie le había ayudado, y merecía su confianza. Pero no podía olvidar que era una neurótica, que probablemente había actuado obedeciendo a un repentino impulso. Era posible que no se diera cuenta exacta de las implicaciones de lo que había hecho. Vio que ella sonreía con cierto sarcasmo.

—No sea tonto —dijo— y no trate de salvar al mundo. No puede hacer nada. Este complot es mayor que la Tierra, mayor que el sistema solar. Somos peones en una partida que juegan unos hombres procedentes de las estrellas.

Gosseyn la miró fijamente.

—¿Está usted loca? —dijo.

Inmediatamente después de hablar tuvo una impresión de vacío, la sensación de haber oído unas palabras sumamente significativas. Abrió los labios para hablar de nuevo, pero volvió a

cerrarlos. Recordó una palabra que Hardie había utilizado anteriormente: «galáctico». Entonces no le había prestado la debida atención. Ahora… Su mente empezó a retroceder de la inmensidad de lo que había aquí. Se hizo cada vez más pequeña, y finalmente se agarró a una cosa que la muchacha había dicho.

—¿Hombres? —inquirió.

La muchacha asintió.

—Pero no me pregunte cómo llegaron aquí. Ni siquiera sé cómo llegaron los hombres a la Tierra. La teoría del mono sólo parece plausible cuando no se examina a fondo. Pero no sigamos con esto, por favor. Me alegro de que sean hombres y no monstruos alienígenas. Le aseguro que la Máquina no puede hacer nada.

—Podría protegerme.

La muchacha frunció el ceño, y luego dijo lentamente:

—Es posible… —le contempló de nuevo con ojos brillantes—. No comprendo dónde encaja usted en todo esto. ¿Qué descubrieron acerca de usted?

Gosseyn describió sucintamente lo que los tres hombres habían dicho, y añadió:

—Tiene que haber algo. La Máquina me aconsejó también que hiciere fotografiar mi córtex.

Patricia Hardie guardó silencio.

—Tal vez tengan motivos para estar asustados de usted —dijo finalmente. Tendió el oído y susurró—: Chist, hay alguien en la puerta exterior.

Gosseyn había oído el musical tintineo. Se volvió hacia la ventana. La muchacha dijo rápidamente:

—No, todavía no. Cierre la puerta detrás de mí, y márchese solamente si se trata de un registro.

Gosseyn oyó los pasos de la muchacha alejándose. Cuando regresaron, iban acompañados por otros más pesados. Una voz de hombre dijo:

—Me gustaría haber visto al hombre. ¿Por qué no me dijiste que estaba al corriente? Ahora, incluso Thorson está asustado.

La muchacha habló en tono tranquilo:

—¿Cómo podía saber que era un hombre diferente, Eldred? Yo hablé con una persona que no recordaba su pasado.

Eldred, pensó Gosseyn. Tenía que recordar el nombre. Sonaba más como un nombre de pila que como apellido.

El hombre volvió a hablar.

—Si se tratara de alguien que no fueras tú, Pat, creería eso. Pero siempre tengo la impresión de que estás jugando una partida particular por tu propia cuenta. Por el amor del cielo, no trates de ser demasiado lista.

La muchacha se echó a reír.

—Querido —dijo—, si Thorson llegara a sospechar que Eldred Crang, comandante de la base galáctica local, y Jhon Prescott, vicecomandante, han sido convertidos a No–A, tendrías un motivo para hablar de juegos particulares.

La voz del hombre sonó desconcertada, susurrante.

—Pat, ¿te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre mencionar eso?… Pero he estado intentando advertirte. No confío ya en Prescott. Desde la llegada de Thorson se muestra muy voluble y evasivo. Por fortuna, nunca he dejado que descubriera mis sentimientos hacia No–A.

La muchacha dijo algo que Gosseyn no pudo oír. Se produjo un silencio, seguido por el inconfundible sonido de un beso. Luego:

—¿Irá Prescott contigo? —inquirió Patricia Hardie.

Gosseyn estaba temblando.

«Esto es absurdo —pensó furiosamente—. Nunca he estado casado con ella. No puedo permitir que una falsa creencia me trastorne emocionalmente».

Pero la sensación era inconfundible. El beso le había disgustado. La emoción podía ser falsa, pero se necesitaría más que una terapia No–A para anular los efectos que le había causado.

El sonido del carillón de la puerta interrumpió el pensamiento. Oyó que el hombre y la muchacha se dirigían al salón. Luego se abrió la puerta y un hombre dijo:

—Señorita Patricia, tenemos orden de registrar este apartamento: se ha escapado un prisionero… Perdón, señor Crang. No le había visto.

—No se preocupe —era la voz del hombre que había besado a Patricia Hardie—. Efectúe su registro y márchese.

—Sí, señor.

Gosseyn no esperó más. El balcón del vestidor estaba semioculto por los árboles. Llegó al suelo sin novedad y avanzó a lo largo de la pared sobre sus manos y rodillas. Ni una sola vez, en aquellos primeros centenares de metros, dejó de estar protegido por un arbusto a un árbol.

Estaba a unos treinta metros de la casi desierta base de la Máquina cuando una docena de automóviles salieron de detrás de un hilera de árboles, donde habían estado esperando, y unos fusiles abrieron fuego contra él. Gosseyn le gritó salvajemente a la Máquina:

—¡Ayúdame! ¡Socorro!

Aislada e indiferente, la Máquina se erguía por encima de él. Si era cierto, como decía la leyenda, que era capaz de defenderse a sí misma, ahora no había al parecer ningún motivo para la acción. Ni uno solo de sus tubos parpadeó para indicar que tenía conciencia del atropello que se estaba cometiendo en su presencia.

Gosseyn se arrastraba frenéticamente sobre la hierba cuando el primer proyectil le alcanzó. Le golpeó en un hombro y lo envió rodando al encuentro de un ardiente rayo de energía. Sus ropas y su carne ardieron en una llamarada insensata; rodó más lejos, y los proyectiles le alcanzaron de nuevo. Los proyectiles se cebaron en él mientras ardía con una furia incandescente.

Lo más insoportable era que Gosseyn se aferraba a la consciencia. Podía sentir el implacable fuego y los proyectiles penetrando a través de su contorsionado cuerpo. Los impactos y las llamas desgarraban sus órganos vitales, sus piernas, su corazón y sus pulmones, incluso después de que había dejado de moverse. Su último y vago pensamiento fue la infinitamente triste y desesperanzada comprobación de que ahora no vería nunca Venus y sus insondables misterios.

La muerte llegó desde alguna parte.

VI

Un curioso y pesado sonido incidió sobre la atención de Gosseyn. Parecía proceder de algún lugar situado por encima de él. Aumentó rápidamente de volumen y se convirtió en un ruido continuo, como el rugir de numerosas máquinas funcionando al mismo tiempo.

Gosseyn abrió los ojos. Estaba tendido en una semioscuridad junto al tronco de un árbol gigantesco. Podía ver vagamente otros dos troncos no lejos de allí, pero su tamaño era tan improbable que cerró los ojos y permaneció inmóvil escuchando. No tenía otra consciencia inmediata. Su cerebro era un compuesto de oídos y de lo que los oídos estaban escuchando. Nada más. Era un objeto inanimado con la capacidad de detectar sonidos.

Su consciencia fue haciéndose más aguda. Pudo sentir su cuerpo tendido en el suelo. La impresión no iba acompañada de ninguna imagen visual, pero se extendió gradualmente en su cerebro. Estaba siendo sostenido por el suelo de Venus, sólida, fuertemente aguantado por la inexpugnable base planetaria que era Venus.

La lenta corriente de pensamientos cambió. ¡Venus! Pero él no estaba en Venus. Estaba en la Tierra. La memoria despertó en un sector más remoto de su mente. El goteo de impulsostipo se convirtió en un arroyo, y luego en un ancho y oscuro río precipitándose hacia un inmenso mar.

«He muerto —se dijo a sí mismo—. Las balas y las llamas acabaron conmigo».

Se estremeció con el recuerdo de un espantoso dolor. Su cuerpo se apretó fuertemente contra el suelo. Poco a poco, su mente volvió a abrirse. El hecho de que estuviera vivo con el recuerdo de haber sido asesinado no era tanto una agonía recordada como un enigma, una paradoja que no tenía ninguna explicación aparente en el mundo No–A.

El miedo a que el dolor se presentara de nuevo fue debilitándose a medida que transcurrían los minutos sin que pasara nada. Sus pensamientos, en aquel curioso mundo semiconsciente en el cual estaba su ser momentáneo, empezaron a concentrarse en diversos aspectos de su situación.

Recordó a Patricia Hardie y a su padre. Recordó a «X» y al implacable Thorson, y que existía una conjura contra No–A.

El recuerdo ejerció un enorme efecto, puramente físico, sobre él. Se incorporó. Abrió los ojos y se encontró en la misma semioscuridad de antes; por lo tanto, no había estado soñando.

Vio de nuevo los monstruosos árboles. Esta vez los aceptó como lo que eran. Ellos debieron darle su conocimiento automático de que estaba en Venus. Todo el mundo había oído hablar de los árboles de Venus.

Se encontraba en Venus, definitivamente.

Gosseyn se puso en pie. Sintió su cuerpo. Parecía estar perfectamente. No había ninguna cicatriz, ninguna sensación de haber sido herido. Su cuerpo estaba entero, sano. Su salud era perfecta.

Llevaba unos shorts, una camisa de cuello abierto y sandalias. Momentáneamente esto lo asombró. Recordaba haber llevado pantalones largos, con una chaqueta haciendo juego, el sobrio

uniforme de todos los que competían. Se encogió de hombros. No importaba. Lo único que importaba ahora era que, quienquiera que hubiese reparado su destrozado cuerpo, tenía que haberlo situado en este bosque gargantuesco con algún propósito. Gosseyn miró a su alrededor, súbitamente tenso como excitado estuviera antes.

Los troncos de los árboles que podía ver eran tan enormes como rascacielos. Recordó que los famosos árboles venusianos tenían fama de crecer hasta una altura de mil metros. Miró hacia arriba, pero el follaje era impenetrable. Allí de pie, mirando hacia lo alto, se dio cuenta de que el sonido que le había despertado había cesado.

Sacudió la cabeza, intrigado, y se disponía a alejarse cuando un *whoosh* resonó encima de él. Un chorro de agua cayó sobre su cabeza y se derramó por su cuerpo.

El primer chorro fue como una señal. A su alrededor empezó a caer agua. Podía oírla caer en las sombras por todos lados, y dos veces más le empapó por completo. Semejantes a un gigantesco sistema de riego, las ramas desprendían torrentes de agua, y ya no podía caber ninguna duda acerca de lo que había sucedido.

Había llovido. Las enormes hojas habían recogido la carga en sus verdes senos, curvados hacia arriba, amplios. Pero, ahora aquí, ahora allá, el agua sobrecargaba hoja tras hoja y se derramaba hacia abajo, frecuentemente en otras hojas. Pero el proceso debió continuar hasta que una pequeña parte de la gran masa de agua alcanzó realmente el suelo. La lluvia debió de ser algo colosal. Gosseyn pensó que era una suerte encontrarse en un bosque cuyas hojas eran capaces de contener un río.

Atisbó alrededor de la mole del árbol junto al cual estaba de pie. Resultaba muy difícil ver algo en aquella semioscuridad, pero finalmente le pareció percibir una claridad mayor no muy lejos delante de él. Se encaminó hacia ella, y al cabo de un par de minutos llegó a un espacio abierto. Un valle se extendía delante de él. A su izquierda pudo ver un ancho y descolorido río. A su derecha, colgado en la ladera de una colina, casi oculto por unos gigantescos arbustos floridos, había un edificio.

¡Una casa venusiana! Agazapada en su verde entorno. Parecía de piedra, y, lo que es más importante, los arbustos que la rodeaban por todas partes le permitirían acercarse a ella sin ser visto. Aquella casa aislada debía de ser el motivo de que le hubieran dejado en esta parte determinada del bosque.

Los arbustos colmaron sus esperanzas. Ni una sola vez tuvo que cruzar un terreno despejado. Llegó junto a un arbusto lleno de flores color púrpura y protegido por él examinó los escalones de piedra que conducían a través del jardín terraplenado hasta la galería de la casa. En el primero de los peldaños había dos nombres esculpidos. Gosseyn pudo leerlos sin dificultad:

JOHN Y AMELIA PRESCOTT

Gosseyn se sobresaltó. *Prescott*. Recordó el nombre. Patricia Hardie y Crang lo habían pronunciado en el apartamento de la muchacha. «Si Thorson llegara a sospechar —había dicho la muchacha— que Eldred Crang y John Prescott, comandante y vicecomandante, respectivamente, de la base galáctica local, se habían convertido a No–A, entonces…» Y luego Crang había dicho:

«He estado intentando advertirte. No confío ya en Prescott. Desde que Thorson llegó a la Tierra se muestra muy voluble y evasivo». Ese era el significado de lo que habían dicho.

Allí estaban. Gosseyn sabía quién vivía en la casa. John Prescott, que había adoptado intelectualmente la filosofía No–A, pero que no la había convertido aún en una parte integrante de su sistema nervioso. De modo que estaba oscilando en plena crisis.

Era bueno saberlo. Le permitía definir su propia actitud hacia el hombre y la mujer que vivían allí. Empezó a trepar a través del barro del jardín terraplenado. Ahora no experimentaba ningún remordimiento. El mismo había sido manipulado sin compasión, y no la tendría con nadie. Deseaba información. Acerca de sí mismo. Acerca de las cosas que necesitaba saber con respecto a Venus. La conseguiría.

Cuando se encontraba cerca de la casa, Gosseyn oyó una voz de mujer. Se detuvo detrás de un frondoso arbusto a tres metros de distancia de la abierta galería y atisbo cautelosamente a través de las ramas.

Un hombre de cabellos rubios estaba sentado en los escalones de la galería, haciendo anotaciones en una grabadora portátil. La mujer se había parado en el umbral de la puerta. Estaba diciendo:

—Bueno, supongo que podré arreglármelas sola. No vendrá ningún paciente hasta pasado mañana. —Vaciló. Luego—: No es que quiera censurártelo, John, pero te marchas con tanta frecuencia que a veces tengo la impresión de que no estoy casada. Hace menos de un mes que regresaste de la Tierra, y ya estás pensando en volver a marcharte.

El hombre se encogió de hombros y, sin levantar los ojos de la grabadora, dijo:

—Estoy inquieto, Amelia. Sabes que tengo un elevado índice de energía. Hasta que me tranquilice, tengo que mantenerme en movimiento para no ser víctima de frustraciones absurdas.

Gosseyn esperó. La conversación parecía haber terminado. La mujer entró en la casa. El hombre permaneció unos minutos más sentado en los escalones, luego se puso en pie y bostezó. No parecía haberle preocupado en absoluto lo que había dicho la mujer. Su estatura era de casi un metro ochenta. Parecía robusto, pero su aparente fortaleza no importaba si no se había sometido nunca a un adiestramiento muscular No–A. La gente que no estaba en condiciones era incapaz de comprender lo fuertes que pueden ser los músculos humanos cuando están desconectados temporalmente del centro de fatiga del cerebro.

Gosseyn estaba decidido. La mujer había llamado «John» al hombre. Y no esperaban ningún paciente en varios días. Una identificación suficiente. Este era John Prescott, agente galáctico, que fingía ser médico.

La declaración de la mujer de que casi había pasado un mes desde que Prescott regresó de la Tierra desconcertó a Gosseyn. Patricia Hardie le había dicho a Crang: «¿Irá Prescott contigo?» Debió querer decir *a* Venus, ya que estaba aquí. Pero lo breve del tiempo transcurrido resultaba desorientador. ¿Habían bastado unas semanas para que su cuerpo se restableciera de sus fatales heridas? ¿O acaso Prescott había realizado varios viajes a la Tierra?

De todos modos, lo que realmente importaba en aquel momento era su ataque. Tenía que ser ahora, mientras Prescott estaba en el jardín de su hogar venusiano sin sospechar nada.

¡Ahora!

El barro entorpeció el fulminante avance de Gosseyn. Prescott tuvo tiempo para volverse, tiempo para ver a su asaltante, tiempo para que sus ojos se agrandaran y para que el asombro se reflejara en su rostro. Incluso consiguió bloquear el primer golpe. Si Gosseyn hubiese sido un hombre menos soberbiamente musculado, Prescott podría haberle frenado. Pero no lo era. Y Prescott no pudo esquivar un segundo golpe. Gosseyn le golpeó tres veces en la mandíbula, y sostuvo su cuerpo entre sus brazos antes de que cayera al suelo.

Transportó el cuerpo inconsciente hasta la puerta de la casa. Se detuvo unos instantes, escuchando. La breve lucha había producido unos apagados sonidos. La mujer podía salir a investigar. Pero no hubo ningún movimiento en el interior de la casa. Prescott se removió entre sus brazos y gimió débilmente. Gosseyn le silenció con otro golpe y empujó con el hombro la puerta, que estaba abierta.

Se encontró en un salón muy amplio. La estancia no tenía ninguna pared al fondo: se abría a una gran terraza. Más allá había un jardín, y luego lo que parecía otro valle casi perdido en la niebla.

A su derecha había una escalera que conducía al piso superior, y a su izquierda otra escalera descendía al sótano. A ambos lados había puertas que se abrían a otras tantas habitaciones. Gosseyn oyó un ruido de cacerolas en una de ellas, y a su olfato llegó el tentador aroma de un guiso.

Subió por la escalera que conducía al piso superior. Al final de ella se encontró en un pasillo con numerosas puertas a uno y otro lado. Empujó la más próxima. Era un espacioso dormitorio, con una gran ventana asomándose a un paisaje de árboles ciclópeos. Gosseyn depositó a Prescott en el suelo al lado de la cama, rompió a tiras una sábana y ató y amordazó al hombre sin sentido.

Andando de puntillas, Gosseyn bajó de nuevo al salón. El ruido de los cacharros de cocina relajó sus nervios. Al parecer, la mujer no había oído nada. Gosseyn cruzó el salón, meditando lo que iba a hacer con ella, y luego penetró audazmente en la cocina.

La mujer estaba preparando la comida en una serie de hornillos electrónicos. Gosseyn vio fugazmente una mesa puesta en un hueco de la misma cocina, y entonces la mujer le vio a él por el rabillo del ojo. Volvió la cabeza, sorprendida. Su mirada saltó del rostro de Gosseyn a sus pies llenos de barro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Soltó la bandeja que tenía en las manos y se encaró con él. Gosseyn la golpeó una sola vez y la recogió en sus brazos mientras caía. No lamentaba haberle golpeado. Podía ser inocente. Podía ignorar las actividades de su marido. Pero era demasiado arriesgado exponerse a luchar con ella. Si era una No–A y él le daba una oportunidad, podía tener la suficiente energía física como para desprenderse de él y hacer sonar una alarma.

La mujer empezó a retorcerse entre sus brazos mientras la llevaba escaleras arriba, pero antes de que hubiera despertado del todo Gosseyn la había atado, amordazado y dejado en el suelo junto a su marido. A continuación fue a explorar la casa. Antes de cantar victoria, tenía que asegurarse de que no había nadie más por allí.

VII

Para ser aceptable como conocimiento científico, una verdad tiene que ser una deducción de otras verdades.

Aristóteles
Etica a Nicómac
circa 340 a.C.

Parecía ser un hospital. Había quince dormitorios adicionales, cada uno de ellos equipado con toda clase de aparatos clínicos. El laboratorio y el quirófano estaban en el sótano. Gosseyn recorrió rápidamente todas las habitaciones. Cuando se convenció de que en la casa no había nadie más, se dedicó a examinar más concienzudamente las habitaciones.

Se sentía insatisfecho. Seguramente las cosas no iban a continuar siendo tan fáciles. Mientras registraba armarios y cajones, decidió que lo mejor que podía hacer era obtener los hechos que necesitaba, y marcharse. Cuanto más pronto se marchara, menos posibilidades habría de que apareciera alguien más en escena.

Su registro no le permitió encontrar lo que buscaba: un arma. La decepción agudizó su temor a un peligro procedente del exterior. Finalmente, salió a la galería de la parte delantera de la casa y luego a la terraza de la parte posterior. Una rápida ojeada, pensó, para ver si llegaba alguien, y luego preguntas.

Muchas preguntas.

Le demoró lo que vio desde la terraza. Ya que pudo comprobar por qué no había visto el valle que se extendía más allá del jardín. Desde el borde de la terraza miró hacia abajo, hacia abajo, en la neblina grisazulada de la distancia. La colina sobre la cual estaba construido el hospital no era realmente una colina, sino el picacho inferior de una montaña. Pudo ver las inclinadas laderas. También allí había árboles. Se extendían a lo largo de kilómetros y kilómetros y se perdían en la lejanía. En aquella dirección no había montañas; al menos, él no podía verlas.

Pero aquello no importaba. Lo que ahora parecía evidente era que el edificio sólo era accesible desde el aire. Cierto, podían aterrizar a un kilómetro o más de distancia, como debió ser su caso, y luego andar. Pero el acceso por el aire era una etapa esencial del proceso.

No resultaba particularmente estimulante. En cualquier momento, una nave cargada de enemigos podía aparecer en el cielo vacío y posarse en la propia terraza.

Gosseyn aspiró una lenta y profunda bocanada de aire, purificado por la reciente lluvia, y esto le infundió ánimos para enfrentarse con el peligro. Lo apacible del día tranquilizó su inquieta mente. Suspiró, dejando que la sensación de bienestar penetrara en todo su cuerpo. Resultaba imposible saber qué hora era. El sol no era visible. La inmensa lejanía del cielo estaba velada por nubes casi ocultas en la niebla de una atmósfera que tenía cogidos mil kilómetros de espesor. El

silencio que planeaba sobre el día era tan intenso que resultaba impresionante… aunque no aterrador. Aquí se respiraba una paz inigualada en todas sus anteriores experiencias. Gosseyn se sintió en un mundo en el que el tiempo había dejado de existir.

La sensación se desvaneció con más rapidez de la que había llegado. Para él, lo que importaba era precisamente el tiempo. Lo que pudiera averiguar en el más corto espacio de tiempo posible podía decidir la suerte del sistema solar. Escrutó el cielo en una última y rápida mirada. Y luego volvió a entrar en la casa y subió a ver a los prisioneros. Su presencia aquí era un misterio absoluto, pero a través de ellos Gosseyn tenía al menos un control parcial de su situación.

El hombre y la mujer estaban donde los había dejado. Los dos habían recobrado el sentido, y le miraron con ansiedad. Gosseyn no tenía intención de causarles ningún daño, pero el prolongar aquella ansiedad no les perjudicaría. Les miró pensativamente. En cierto sentido, ahora que estaba preparado para concentrarse en ellos, les estaba viendo por primera vez.

Amelia Prescott era morena, esbelta, y no carecía de atractivo en su madurez. Llevaba una blusa sin mangas, shorts y sandalias. Cuando Gosseyn la libró de su mordaza, sus primeras palabras fueron:

—Joven, espero que se habrá dado cuenta de que tengo la cena en el fuego.

—¿La cena? —dijo Gosseyn involuntariamente—. ¿Quiere usted decir que se está haciendo de noche?

Ella frunció el ceño al oír aquello, pero no contestó directamente.

—¿Quién es usted? —inquirió—. ¿Qué es lo que quiere?

Las preguntas le recordaron desagradablemente a Gosseyn que sabía casi tan poco como ella acerca de sí mismo. Se arrodilló al lado de Prescott. Mientras desataba la mordaza, estudió su rostro. Era un semblante más vigoroso, visto tan cerca, de lo que había esperado. Sólo unas creencias positivas podían poner aquella expresión en el rostro de un hombre. Pero, ¿estaban arraigadas sus convicciones No–A? ¿O derivaba su fuerza de las certezas que un jefe debe cultivar?

Esperó un comentario de Prescott sobre su conducta para deducir alguna consecuencia acerca de su carácter. Quedó decepcionado. El hombre le miró fijamente, ahora con aire más pensativo. Pero no dijo nada.

Gosseyn se encaró de nuevo con la mujer.

—Si llamara al Servicio de Roboplanos —dijo—, ¿qué tendría que decirles para conseguir un aparato?

Ella se encogió de hombros.

—Que necesita un aparato, desde luego. —Le miró, con una extraña expresión en el rostro—. Empiezo a comprender —dijo lentamente—. Ha llegado usted a Venus ilegalmente, y no está familiarizado con la vida cotidiana del planeta.

Gosseyn vaciló.

—Algo por el estilo —admitió finalmente. Volvió a su problema—: ¿No tengo que citar un número de registro o algo parecido?

—No.

—¿Marco su número y digo que necesito un aparato? ¿Les digo dónde tienen que enviarlo?

—No. Todos los robaplanos públicos están conectados con el sistema de llamada. Automáticamente, los aparatos siguen la pauta electrónica que los conduce al videófono desde el cual se ha producido la llamada.

—¿No puede hacerse absolutamente nada más?

La mujer agitó la cabeza.

—No, nada.

A Gosseyn le pareció que sus respuestas surgían con *demasiada* facilidad. Había un modo de comprobarlo. Un detector de mentiras. Recordaba haber visto uno en una habitación contigua. Fue en busca de él y lo instaló al lado de la mujer.

El detector de mentiras dijo: «Está diciendo la verdad».

—¡Gracias! —le dijo Gosseyn a la mujer. Y añadió—: ¿Cuánto tardará un aparato en llegar aquí?

—Alrededor de una hora.

Había un videófono supletorio en la mesa cerca de la ventana. Gosseyn se sentó delante de él, buscó el número y lo marcó. La pantalla del videófono ni siquiera parpadeó. Gosseyn la miró fijamente, desconcertado. Volvió a marcar el número, apresuradamente, y esta vez escuchó intensamente en el receptor. Silencio total.

Se puso en pie y corrió escaleras abajo hacia el videofono principal, instalado en el salón. No obtuvo ninguna respuesta. Sacó la tapa de la parte trasera para examinar el corazón del aparato. Se había calentado normalmente. Todos los tubos transparentes estaban encendidos. El fallo debía encontrarse fuera de la casa.

Lentamente, Gosseyn volvió a subir al piso superior. Había un cuadro en su mente, un cuadro de sí mismo aislado aquí, en esta montaña. Aislado físicamente y por el misterio de sí mismo. Estaba contemplando un oscuro mundo interior. Se sintió deprimido y tenso. El idilio había terminado. Su creencia de que controlaba la situación carecía de significado ante lo que le había sucedido al videófono.

En alguna parte, las fuerzas que le habían situado aquí estaban esperando. ¿Qué esperaban?

VIII

Gosseyn subió lentamente por la escalera. Al llegar arriba se detuvo a revisar la situación. Su plan para salir de allí había fracasado. Visualizó las potencialidades. Reuniría alguna información y luego se marcharía a pie lo más rápidamente posible.

La decisión le infundió nuevos ánimos. Cuando se disponía a entrar en el dormitorio oyó que Prescott hablaba y se detuvo a escuchar.

—Lo que no comprendo es lo que le ha ocurrido al videófono.

Su esposa habló a su vez en tono pensativo.

—Sólo puede haber sucedido una de estas dos cosas: o han instalado una pantalla de interferencia entre aquí y —Gosseyn no captó el nombre—, o el aparato está averiado.

—Pero, ¿no se supone que todos los aparatos van provistos de un indicador automático que localiza una avería antes de que se produzca y avisa a un técnico para que venga a repararla?

Gosseyn esperó a que la mujer contestara a aquella pregunta. Le resultaba difícil creer que no sabían nada del asunto.

—Siempre ha sido así —dijo Amelia Prescott—. Parece muy raro.

Gosseyn se obligó a sí mismo a esperar algún posterior comentario. Al no producirse ninguno, bajó apresuradamente la escalera de puntillas, y luego volvió a subir, esta vez ruidosamente. La demora había puesto en tensión su paciencia y, dado que no estaba seguro de que el disimulo sirviera para algún propósito útil, decidió recuperar el tiempo perdido en cuanto entró en la habitación.

—¿Dónde guardan sus mapas de Venus? —preguntó.

Prescott no contestó, pero su esposa se encogió de hombros y dijo:

—Están en un armario del laboratorio.

Describió el emplazamiento del armario.

Gosseyn recordó haberlo registrado. Bajó apresuradamente al sótano y sacó tres mapas. Los subió al dormitorio, los extendió en el suelo y se arrodilló junto a ellos. No era la primera vez que veía mapas de Venus, desde luego, pero estando allí era distinto. Además, aquellos eran mucho más detallados. Gosseyn alzó la mirada.

—¿Quieren mostrarme dónde estamos?

La mujer dijo:

—Estamos en el marcado como «Tres», en esa cordillera central. En cierta ocasión hice una pequeña señal indicando nuestra situación aproximada. Es posible que aún esté ahí.

Gosseyn la encontró, unos setecientos kilómetros al norte de la ciudad de Nueva Chicago.

—¡Oh! Hay mucha fruta —dijo la mujer, en respuesta a su siguiente pregunta—. Bayas de color púrpura de tres centímetros de diámetro por miles de millones, unos frutos amarillos de mayor tamaño, y una fruta muy jugosa parecida a la banana, de color rojizo. Las verá usted en cualquier dirección que pretenda viajar.

Gosseyn estudió pensativamente el rostro de la mujer. Finalmente, alargó la mano y tocó el detector de mentiras.

«Es cierto», dijo.

Gosseyn se volvió hacia Amelia Prescott.

—¿Está usted convencida de que seré capturado? —preguntó, intencionadamente—. ¿Es eso lo que ha querido sugerir?

—Desde luego que será capturado —respondió tranquilamente la mujer—. En Venus no tenemos ningún sistema policíaco, ni delitos corrientes. Pero los casos que requieren la intervención de un detective se resuelven siempre con extraordinaria rapidez. Le interesará conocer a un detective No–A, pero le asombrará la rapidez con que será capturado.

Gosseyn, cuyo objetivo principal era establecer contacto con las autoridades venusianas, permaneció silencioso. Se sentía deshecho. Su impulso ahora era marcharse inmediatamente. Cuanto antes se cerrara a su alrededor la inmensidad protectora del gigantesco bosque, más seguro estaría. Pero el completo desconocimiento de la situación que demostraba Amelia Prescott proyectaba una luz más clara sobre su personalidad.

Ella era inocente. No formaba parte del complot. Esto parecía evidente ahora.

En cambio, el silencio de su marido era anormal. Pensando en ello, Gosseyn notó que cambiaba de color. Hasta este momento había dado por sentado que no le habían reconocido. Prescott no había sido uno de los presentes en el palacio de la Máquina en la Tierra. Pero podían haberle mostrado alguna fotografía.

Esto cambiaba las cosas. Había decidido no dar ninguna explicación. Pero si Prescott le conocía, su silencio podría hacer que el hombre sospechara que él también era conocido.

Por otra parte, sería una locura identificarse a sí mismo como Gilbert Gosseyn si no tenía que hacerlo. Se puso en pie. Y entonces vaciló, una vez más. Bruscamente supo que no podía marcharse sin decírselo a la mujer. Si algo le ocurría a él, al menos que ella lo supiera.

A través de ella, todo Venus podría ser advertido del espantoso peligro que lo amenazaba. Decírselo sería arriesgado también para ella, aunque Gosseyn ya lo había previsto: dejaría en sus manos la decisión acerca de su marido.

Gosseyn se sentó en el borde de la cama. Una vez decidido, se sentía frío e inconmovible. Sus nervios estaban tan firmes como el plomo, aquel elemento estable. Ostensiblemente, se dirigió al hombre y a la mujer. En realidad, sólo le interesaba la mujer. Al cabo de poco más de un minuto, Prescott rodó sobre sí mismo y estudió su rostro. Gosseyn fingió no darse cuenta.

Veinte minutos más tarde dio por terminado su relato. A la brillante claridad que penetraba a través de la terraza vio que los ojos de Prescott estaban clavados en él.

—Supongo —dijo el hombre— que se ha dado usted cuenta de que su historia tiene un fallo fundamental.

El hombre pareció haber olvidado su largo silencio y Gosseyn aceptó sin dar muestras de extrañeza su entrada en la conversación.

—Mi historia —dijo— es cierta de acuerdo con mi memoria. Y cualquier detector de mentiras ratificará todas y cada una de mis palabras. Es decir, a menos que…

Hizo una pausa, sonriendo débilmente.

—¿Sí? —apremió Prescott—. ¿A menos qué?

—A menos que todos los recuerdos que ahora tengo sean de la misma categoría que mi anterior creencia de que había estado casado con Patricia Hardie, pero que ella había muerto, dejándome abrumado de pesar. —Bruscamente inquirió—: ¿Cuál es el fallo que ha detectado?

La respuesta fue talámicamente pronta.

—Su identificación de su yo actual con el Gosseyn que murió. Su completo recuerdo de aquella muerte, de cómo los proyectiles y la energía destrozaron su cuerpo. Piense en eso. Y luego piense en el axioma No–A de que no hay dos objetos del universo que puedan ser idénticos.

Gosseyn permaneció silencioso. A través de la ventana, árboles más altos que los más altos rascacielos se erguían hacia una bruma azul de cielo, y un rápido río discurría a través de un mundo de perenne verdor. Un marco extraño y enorme para una conversación sobre la naturaleza estructural de cosas orgánicas e inorgánicas, cosas moleculares, atómicas, electrónicas, neurales y fisioquímicas, cosas tal como eran. Experimentaba un profundo asombro. Debido a que *él* no parecía encajar en aquel universo. Desde su despertar, había pensado muchas veces en la misma objeción que Prescott estaba formulando ahora.

Gosseyn era un hombre que pretendía, no una simple similitud, sino una identificación con un muerto. En efecto, mantenía que debido a que poseía la memoria y la apariencia física general de Gilbert Gosseyn I, era Gilbert Gosseyn I.

Cualquier estudiante de filosofía, incluso en épocas muy anteriores, sabía que dos sillas aparentemente idénticas eran distintas en diez mil veces diez mil sentidos, ninguno de ellos necesariamente perceptible a simple vista. En el cerebro humano, el número de caminos posibles que un solo impulso nervioso podía tomar era del orden de $10^{27.000}$. Las intricadas pautas establecidas por toda una vida de experiencia individual no podían ser duplicadas. Esto explicaba de un modo fehaciente el hecho de que en toda la historia de la Tierra no hubiese existido nunca un animal, un copo de nieve, una piedra o un átomo exactamente igual que otro.

Indiscutiblemente, el doctor había descubierto un fallo esencial en su historia. Era un fallo que, en sí mismo, requería serias explicaciones. Era un fallo que no podía ser descartado con una negativa a enfrentarse abiertamente con él.

Prescott le estaba observando atentamente.

—Supongo —dijo— que se ha dado cuenta de que hay un detector de mentiras en la habitación.

Gosseyn le miró como un pájaro hipnotizado podría mirar a una serpiente. El silencio sólo era turbado por una especie de redoble en alguna parte del cerebro de Gosseyn. Empezó a sentirse mareado. Su visión se hizo borrosa. Permaneció sentado, frío y tenso.

—Sería interesante —continuó Prescott inexorablemente— descubrir si existió realmente otro cuerpo.

—Sí —murmuró finalmente Gosseyn—, sería interesante.

Ahora que las palabras habían sido utilizadas, que el cuadro le había sido presentado de este modo, él mismo no creía ya su historia. Se sentía reacio a someterla a prueba. Pero mucho antes

de que Prescott hubiese mencionado el detector, había sabido que no podría eludirlo. Se acercó a él. Colocó sus manos sobre los contactos metálicos y esperó mientras las sensibles luces conductoras de energía se reflejaban en su rostro.

—Ha oído lo que hemos estado diciendo —dijo—. ¿Cuál es su veredicto?

«No me es posible ratificar ni refutar su historia. Mis criterios se basan en el fluir de la memoria. Usted tiene la memoria de Gilbert Gosseyn I, incluido el recuerdo de haber sido matado tan realísticamente que no me atrevo a decir que no ha existido esa muerte. Sin embargo, no existe ninguna clave de su verdadera identidad.»

Para bien o para mal había llegado el momento de tomar una decisión. Gosseyn se inclinó y desató los pies de la mujer, aunque no sus manos. La ayudó a ponerse en pie.

—Mi plan —dijo— es llevarla a usted conmigo hasta unos dos kilómetros de aquí; luego podrá regresar y soltar a su marido.

Tenía otro motivo para hacerse acompañar por ella. Quería decirle cuál era la situación y lo que había oído acerca de su marido (aunque no que lo había dicho Patricia), dejando así en sus manos el problema de lo que había que hacer con Prescott.

Se lo contó mientras recorrían la última parte de la distancia, antes de desatar sus manos. Cuando terminó, ella permaneció silenciosa durante tanto tiempo que Gosseyn terminó por añadir:

—Su marido puede tratar de evitar que usted actúe inducida por los hechos que he mencionado. Por otra parte, su creencia en No–A puede ser más fuerte que su lealtad a su gobierno. Tendrá usted que decidir sobre la cuestión, guiándose por el conocimiento que tiene de él.

La mujer suspiró. Pero lo único que dijo fue:

—Comprendo.

—¿Cómo funciona ese hospital? —inquirió Gosseyn.

Era un extremo que deseaba aclarar.

—Es completamente voluntario, desde luego —dijo ella—. Pertenecemos al Servicio de Hospitales. Cuando alguien resulta herido o necesita cuidados médicos, el robot del Servicio llama a la unidad más próxima. Y nosotros aceptamos o rechazamos al paciente. Últimamente, no he aceptado ninguno debido a…— Se interrumpió. Miró a Gosseyn, muy seria. —Gracias por todo. Muchísimas gracias… —Vaciló—. Quiero ser leal con mi marido —dijo—, pero dejaré que usted adquiera una ventaja importante.

—¡Buena suerte! —dijo Gosseyn.

La contempló mientras iniciaba el camino de regreso. Mujer nutricia, pensó, mujer curativa, maestra, espíritu comprensivo, amante. ¡Mujer! No una simple imitación del hombre. En todo lo que le había visto hacer y oído decir, Amelia Prescott era mujer «mujer» en el más amplio sentido No–A. Bajo una terrible presión ahora y, en consecuencia, escasa de energía, pero ni siquiera eso podía ocultar el ser humano de cálido corazón que había debajo.

Se arrancó de su ensueño y, girando sobre sus talones, reanudó su marcha hacia el bosque. La hierba era blanda bajo sus pies, y había una especie de sendero, como si otros con menos prisa hubieran recorrido aquel camino lentamente, ingrávidamente, dejando una huella de felices paseos

a través de la oscuridad de noches cálidas y fragantes.

La fragancia permanecía allí, suave y deliciosa, más intensa después de la reciente lluvia. Gosseyn experimentaba la estimulante sensación de una aventura iniciada en el paraíso. Durante algún tiempo oyó el discurrir susurrante del río, muy cerca ahora. Pero el murmullo se desvaneció cuando penetró en las sombras bajo los árboles gigantes.

Sombras. Era como entrar en una caverna dejando atrás la brillante claridad diurna. Era como un pasadizo lleno de revueltas, cambiante, ora abriéndose a amplias antecámaras, ora estrechándose entre una maraña de altos arbustos, pero siempre con un techo en lo alto para ocultar el cielo. Se dio cuenta de que le resultaría difícil orientarse entre los árboles. Pero tenía una brújula, que le permitiría mantenerse en una dirección correcta en términos generales. Era a lo único que podía aspirar.

Andaba aún a lo largo del bosque aparentemente interminable cuando observó que las sombras se espesaban a su alrededor. Llegó a la conclusión de que empezaba a hacerse de noche. Se estaba preguntando si tendría que dormir bajo los árboles cuando después de dar la vuelta a un enorme tronco se encontró en un amplio prado, desprovisto de árboles.

Localizó un rincón abrigado y se disponía a instalarse allí cuando un avión apareció silenciosamente por encima de la cresta de una cercana colina. Descendió hasta situarse a quince metros de distancia de él, y se detuvo. Una luz se encendió en su morro. Giró rápidamente hasta enfocar de lleno a Gosseyn, que quedó deslumhrado por el intenso brillo. Resonó una voz:

—«Gilbert Gosseyn, no soy un enemigo, pero no puedo dar ninguna explicación hasta que se encuentre usted en el aparato. Para asegurar que subirá usted sin discusiones ni demoras, llamo su atención sobre la media docena de armas que están apuntando. No hay modo de escapar».

Gosseyn vio las armas, tubos con amplias bocas asomando por el fuselaje y siguiendo todos sus movimientos. Mientras estuvieran allí, no importaba si creía o no que no se trataba de un enemigo. Sin pronunciar palabra, se acercó al avión y trepó hasta la abierta portezuela. Apenas había tenido tiempo de dejarse caer en el asiento más próximo cuando la portezuela se cerró de golpe. Todas las luces parpadearon. El aparato salió disparado hacia adelante y remontó el vuelo hacia el cielo nocturno.

IX

Gosseyn contempló cómo el oscuro suelo debajo de él se hacía borroso. Rápidamente, el mundo de árboles gigantes y el terreno montañoso se confundieron con la noche. Una negrura uniforme envolvió al veloz aparato. La ascensión duró de tres a cinco minutos, transcurridos los cuales el vuelo se hizo horizontal. Las luces se encendieron y la voz del roboplano dijo:

—Durante los próximos diez minutos puede formular las preguntas que desee. Luego tendré que darle instrucciones para el aterrizaje.

Gosseyn tardó unos instantes en digerir aquello. Formular *preguntas*. La primera no ofrecía dudas.

—¿Quién es usted?

—Un agente de la Máquina de los Juegos.

Gosseyn suspiró con alivio. Luego:

—¿Me está hablando la Máquina a través de usted?

—Sólo indirectamente. La Máquina puede recibir mensajes de Venus, pero no puede emitir en longitudes de onda interplanetarias.

—¿Actúa usted por su propia cuenta?

—He recibido instrucciones.

Gosseyn respiró profundamente.

—¿Quién soy yo?

Esperó, con todos los músculos en tensión, y luego se dejó caer hacia atrás en su asiento mientras el roboplano contestaba:

—Lo siento, pero está perdiendo tiempo. No tengo ninguna información acerca de su pasado, sólo acerca de su situación actual.

—¿Lo sabe la Máquina? —insistió Gosseyn.

—Si lo sabe, no me lo ha confiado.

Gosseyn se sintió desesperado.

—Pero tengo que saber algo. ¿Qué hay acerca de mi sensación de que había muerto?

—Su cuerpo —dijo el roboplano en tono monótono— resultó destrozado y quemado cuando le mataron a usted. Pero no tengo la menor idea de cómo puede seguir estando vivo. —Cambió de tema. —Señor Gosseyn, me veo obligado a apremiarle para que formule sus preguntas sobre la situación venusiana, o tal vez prefiera que le dé un rápido resumen de las condiciones que prevalecen aquí en vísperas de la invasión de Venus.

—Pero, ¡maldita sea! —exclamó Gosseyn furiosamente. Se dominó, consciente del tiempo que estaba perdiendo—. Sí —dijo en tono cansado—. Sí, esa parece una buena idea.

La voz empezó:

—Para comprender la situación política de Venus, debe usted alcanzar mentalmente los

límites más extremos de sus ideas acerca de la democracia esencial. En Venus no hay ningún presidente, ningún consejo, ningún grupo gobernante. Todo es voluntario; cada hombre vive solamente para sí mismo, aunque se asocia con los demás para que sean llevados a cabo los trabajos necesarios. Pero la gente puede escoger su propia tarea. Puede usted aludir al supuesto de que todo el mundo decidiera desarrollar la misma actividad. Eso no ocurre. La población está compuesta de ciudadanos responsables que estudian cuidadosamente todas las tareas a realizar antes de escoger la que ellos van a desempeñar.

»Por ejemplo, cuando un detective muere, o se jubila, o cambia de ocupación, anuncia su intención, o, en caso de muerte, se anuncia la vacante. Si está vivo, todas las personas que desean convertirse en detectives se reúnen con él para hablar de las aptitudes de cada una de ellas. Y, lo mismo si está vivo que si está muerto, su sucesor es elegido finalmente a través de una votación entre los aspirantes.

A pesar suyo, a Gosseyn se le ocurrió una idea muy particular en aquel momento. No tenía nada que ver con el cuadro que le estaban pintando de la vida en Venus, el cuadro esperanzador y fascinante de una supercivilización. Estaba relacionada con el roboplano, una consciencia definida de que la máquina le estaba ofreciendo el más objetivo de los relatos que nunca había oído.

La voz del roboplano continuó:

—Ahora debe usted visualizar una situación en la que más de la mitad de los aspirantes a cargos policíacos y judiciales son agentes de una conjura. Por medio de un cuidadoso sistema de asesinatos, han logrado eliminar a los miembros normales más peligrosos, y en la actualidad poseen el control virtual de todos los cargos policíacos y judiciales importantes, así como una gran parte del control de ambas organizaciones. Todo esto fue realizado bajo la dirección de Prescott, por lo cual es sospechoso y…

Gosseyn intervino bruscamente.

—Un momento —dijo—. Un momento, por favor. —Se puso en pie, casi sin darse cuenta de que lo hacía—. ¿Está tratando de decirme…?

—Le estoy diciendo que no puede usted evitar que le capturen —dijo el roboplano—. Ahora comprenderá por qué tuve que interferir el videófono de Prescott cuando usted trató de utilizarlo. Desde la llegada de Thorson, esos falsos detectives han empleado su autoridad para intervenir los videófonos de todas las personas peligrosas. Incluyendo, en lo que a Thorson respecta, a sus propios subordinados. Por eso no puede usted esperar ninguna ayuda de Crang. Tiene que mostrarse duro, enérgico e implacable, para que no le destituyan de su cargo.

»Pero debo ser breve. Su existencia y el misterio de su potencial mental han hecho que una gran máquina de guerra detenga sus engranajes, mientras sus jefes tratan frenéticamente de descubrir quién está detrás de usted. En consecuencia, creo que lo único lógico que puede usted hacer es lo que a continuación voy a proponerle:

»Debe permitir que le capturen. Tiene que hacerlo confiando en que están interesados hasta tal punto en sus especiales características físicas y mentales que le permitirán vivir varios días, como mínimo, mientras investigan minuciosamente su sistema nervioso, mucho más a fondo que la última vez.

»Y, ahora, estas son sus instrucciones finales:

»Dentro de unos momentos será depositado usted cerca del bosque donde se encuentra el hogar de Eldred Crang. Preséntese a él y cuéntele su historia de la amenaza a No–A como si no supiera nada acerca de él. Represente la comedia mientras le sea posible, pero sea juez de su propio peligro en cualquier momento determinado.

El aparato inició el descenso.

—Es mejor que se dé prisa y formule sus preguntas —dijo el roboplano.

La mente de Gosseyn dio un salto, y luego retrocedió ante la extensión de su peligro. Se instaló firmemente en su asiento. No pensaba formular ninguna pregunta. Había llegado el momento de aclarar unas cuantas cosas.

—No pienso salir de este aparato, y no haré nada tan suicida —declaró—. No veo ningún indicio de que se hayan adoptado precauciones para garantizar mi seguridad. ¿Me equivoco?

—No se ha adoptado ninguna precaución —admitió el roboplano—. Desde el momento en que aterrice tendrá que actuar por su propia cuenta. —Y añadió rápidamente—: Pero no subestime las potencialidades de un hombre que ha sido muerto y que no obstante continúa con vida.

—¡Al diablo con eso! —exclamó Gosseyn bruscamente—. He dicho que no voy a hacerlo, y no lo haré.

El roboplano no perdió la calma.

—No puede usted elegir. Si no abandona el aparato voluntariamente, soltaré un gas particularmente desagradable y le obligaré a salir. Debo subrayar que las instrucciones que acabo de darle están destinadas a salvar su vida. Si quiere ignorarlas será por su cuenta y riesgo. Recuerde que la Máquina de los Juegos opina que debe usted rendirse a la conjura o ser capturado por ella. Por favor, señor Gosseyn, piénselo bien, y si no tiene más preguntas que formular…

Gosseyn inquirió lúgubremente:

—¿Qué resultados se esperan del hecho de que me entregue a ellos?

—Es importante que puedan ver de cerca a un hombre que ellos saben que murió —fue la respuesta.

Se produjo un choque contra el suelo y luego unos cuantos rebotes hasta que el aparato se inmovilizó del todo.

—¡Fuera! —dijo la voz—. ¡Salga! No puede permanecer aquí ni siquiera un minuto. ¡Salga! *¡Aprisa!*

El tono impresionó a Gosseyn. No tenía la intención de dejarse gasear. Se detuvo en la portezuela, volviéndose a medias.

—Dése prisa —dijo el roboplano—. Es esencial que nadie sospeche cómo ha llegado usted aquí. Cada segundo cuenta. Aléjese de la portezuela en línea recta.

De mala gana pero obediente, Gosseyn saltó al suelo. Un momento después estaba solo en la inmensa oscuridad de un planeta desconocido.

X

La noche era apacible pero oscura. Gosseyn siguió las instrucciones del roboplano, y apenas había recorrido un centenar de metros cuando vio un resplandor a su izquierda. Era un vago reflejo que se hacía más brillante a medida que andaba hacia él. Se convirtió en una incandescencia que salpicaba el suelo e iluminaba los árboles contiguos. Finalmente localizó su fuente. Sólidas sombras *en* un árbol en el lindero del bosque.

Gosseyn se detuvo a la sombra de un alto arbusto y contempló las ventanas. Viajando en el roboplano, aparte de su explosión de resentimiento, había decidido que tenía que seguir el consejo de la Máquina de los Juegos. Permaneció inmóvil, esperando ver siluetearse alguna figura contra las grandes ventanas. Pero la luz no cambió. Ni siquiera se produjo un movimiento reflejo desde el interior. Insatisfecho pero decidido, Gosseyn salió a la luz. Había observado ya una amplia escalera a su derecha, labrada en el sólido tronco. Subió sus peldaños hasta una terraza que conducía a una puerta cerrada. Llamó fuertemente.

Al cabo de unos instantes, a Gosseyn se le ocurrió que a pesar de las luces encendidas podía no haber nadie en la casa. Llamó una vez más, y luego hizo girar el pomo. La puerta se abrió silenciosamente, revelando un pasillo débilmente iluminado, un pasillo que había sido tallado en la sólida madera, pulimentado a fondo y luego dejado en su estado natural. Resplandecía con un brillo opaco. Tenía un intricado diseño, semejante al corazón del caobo, aunque su color era más oscuro, como el del chapeado de nogal.

Gosseyn echó una breve ojeada y se detuvo, vacilante. Sería lamentable que un hombre dispuesto a entregarse fuese ametrallado como un intruso forajido. Volvió a llamar, esta vez en la parte interior de la puerta. Ninguna respuesta. La luz brillaba a través de una puerta abierta al final del pasillo. Se encaminó hacia ella y se encontró en una amplia y cómoda estancia tallada, lo mismo que el pasillo, en la sólida madera del gigantesco árbol.

Estaba, también, muy pulimentada, aunque al parecer se había utilizado un procedimiento de acabado distinto, ya que el color de la madera era más claro. El efecto era de opulencia, acentuada por los muebles y por una alfombra que tenía al menos treinta metros de longitud por veinte de anchura. De allí procedía, indudablemente, la luz que había visto desde el exterior. Unas amplias ventanas se abrían a lo largo de toda una pared de la estancia. Seis puertas conducían a otras tantas habitaciones, que Gosseyn examinó sucesivamente. Una cocina con despensas, fresqueras y un rincón que servía de comedor. Cinco dormitorios, cada uno de ellos con su baño particular, y con una puerta que conducía a una habitación oscura que parecía ser un inmenso jardín *dentro* del árbol.

Cuando salió del quinto dormitorio, era evidente que Eldred Crang no estaba en casa. Sin duda regresaría a su debido tiempo, pero su ausencia planteaba ahora un problema psicológico. Gilbert Gosseyn tenía que posponer su decisión. Seguía sin estar comprometido. Hasta que llegara Crang, era posible que se produjera un cambio de parecer. Dejaba las cosas en el aire. Con la tensión

nerviosa podía llegar la intranquilidad, las dudas acerca de la conveniencia de permanecer aquí para ser capturado por un enemigo cuando la gente de Venus tenía que ser advertida aún del peligro.

Se acercó a unas puertas situadas una enfrente de la otra a través de un vestíbulo en la parte posterior del apartamento. Las empujó sucesivamente. Al igual que todas las otras puertas que había encontrado hasta entonces, estaban abiertas. Una se abría a la cocina; la otra a la oscuridad. La luz del vestíbulo se derramó por encima de su hombro y, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio que estaba contemplando un pasillo en forma de cueva. Cincuenta metros más adelante, la luz se mezcló con la sombra, pero Gosseyn tuvo la impresión de que la cueva se prolongaba en las profundidades del tronco del árbol.

Cerró la puerta y entró en uno de los dormitorios. Se desvistió y se duchó en el cuarto de baño contiguo. Reanimado y soñoliento, se deslizó bajo las fragantes sábanas. Nunca se había sentido rodeado de un silencio tan absoluto. Sus pensamientos se centraron en el misterio de Gilbert Gosseyn, que había muerto y ahora vivía de nuevo. Ni siquiera los dioses de la antigüedad habían hecho nada mejor que eso. En los viejos y románticos tiempos, él podía haber resultado ser un príncipe, un importante agente del gobierno o el hijo de algún rico mercader. Pero en el universo No–A no había personas especiales. Desde luego, había muchos hombres ricos, y los agentes del Presidente Hardie podían ser considerados hasta cierto punto como agentes del gobierno. Pero los valores habían cambiado. Las personas eran personas, normalmente nacidas iguales, requiriendo un adiestramiento No–A para integrar su inteligencia. No había reyes, ni archiduques, ni superhombres, viajando de incógnito. *¿Quién era él para ser tan importante?*

Se durmió con ese pensamiento.

Gosseyn despertó con un sobresalto. La luz del día brillaba a través de la abierta puerta del dormitorio del pasillo que conducía al salón. Se incorporó, preguntándose si Crang habría regresado sin darse cuenta de que tenía un visitante. Saltó de la cama, se lavó ruidosamente y sin dejar de silbar sonora y desarmadamente. Aquello le parecía un poco estúpido. Pero era importante que diera a conocer su presencia, sin sobresaltar a alguien que podía disparar contra él al echarle la vista encima.

Silbaba furiosamente cuando entró en la cocina. Y revolvió cajones y alacenas haciendo el mayor ruido posible. Hizo entrechocar potes y cacerolas. Examinó el bien provisto refrigerador, removiendo ruidosamente las latas. Frió su tocino sin tapar la sartén, dejando que la grasa chirriara libremente en ella. Y desayunó con gran apetito: tostadas, té y fruta venusiana.

Cuando terminó de desayunar seguía estando solo. Salió de la cocina y exploró rápidamente el apartamento. El salón estaba brillantemente iluminado por la luz del día que penetraba a raudales por las grandes ventanas. Ninguno de los dormitorios, excepto el que había ocupado él, había sido utilizado. Abrió la puerta que conducía a lo más profundo del árbol y a lo largo del pasillo. Estaba tan oscuro como la noche anterior. Vaciló unos instantes, preguntándose si debía explorarlo. Finalmente decidió no hacerlo y regresó al salón. A través de las grandes ventanas vio que la casa en el árbol se asomaba a un verde prado. Parte de aquel prado formaba un cuidado jardín. El jardín cubría varias hectáreas de terreno y ascendía hacia el árbol a través de una serie de terraplenes que

al parecer —desde las ventanas del salón no podía verlo— empezaban en el interior del mismo árbol. En efecto, una posterior investigación le permitió descubrir que el jardín se adentraba unos cinco metros en el interior del árbol. En aquella gigantesca masa, cinco metros representaban una simple muesca. Pero hacían posible la existencia de un jardín de cuento de hadas. Había arbustos que Gosseyn no había visto en estado silvestre, llenos de flores. Flores tan grandes como los árboles de la Tierra, de colores tan vivos que parecían desprender una luz propia. Venus debía de ser un paraíso experimental para los botánicos.

La belleza del jardín no pudo retenerle demasiado tiempo. Inquieto, volvió a entrar en el apartamento. ¿Qué podía hacer mientras esperaba a Crang? En el salón, examinó los libros de las estanterías. Varios títulos le interesaron: *La Historia Aristotélica y No–Aristotélica de Venus*, *El Egotista en Venus No–Aristotélico, La Máquina y sus Constructores* y *Detectives en un Mundo sin Delincuentes*.

Al principio, la lectura resultó una ocupación demasiado silenciosa. Gosseyn puso en marcha el tocadiscos y creó un ambiente más favorable. Empezó a leer con más afición. Almorzó con un libro al lado de su plato. Por la tarde se sintió más relajado aún. Con mucha anticipación, sacó un trozo de carne de buey del congelador y cortó un grueso filete. Después de cenar leyó el volumen de historia venusiana. Hablaba de los primeros hombres que llegaron a Venus a finales del siglo XX. Describía cómo el infierno hirviente de aquella atmósfera fue domeñado en los primeros veinticinco años del siglo XXI, de cómo fueron situados en órbita alrededor de Venus meteoritos de hielo procedentes de Júpiter, provocando con ello unas lluvias que se prolongaron durante millares de días y de noches.

El tamaño de los meteoritos variaba de cuarenta a cuatrocientos kilómetros cúbicos; y cuando hubieron vertido su enorme volumen de agua sobre la superficie, y en la atmósfera, Venus tenía océanos y oxígeno en su atmósfera. En 2081, el Instituto de Semántica General, que entraba entonces en su fase gubernamental, se dio cuenta de las potencialidades de aquel generoso planeta. En aquella época, árboles y otras plantas transportadas crecían de un modo ubérrimo. El método de elección de colonos a través de la Máquina se implantó un centenar de años más tarde, y el mayor plan de emigración selectiva en la historia del hombre empezó a tomar impulso.

Población de Venus en el año 2560: 119.000.038 varones, 120.143.280 hembras, decía el libro. Cuando finalmente soltó el volumen, Gosseyn se preguntó si la diferencia en más de hembras podía explicar por qué una mujer No–A se había casado con John Prescott.

Se llevó a la cama *El Egotista en Venus No–Aristotélico*. Una nota en la portada explicaba que el Doctor Lauren Kair, el autor, Doctor en Psicología, había ejercido en la Tierra, en la ciudad de la Máquina, desde el año 2559 hasta el 2664. Gosseyn leyó los títulos de los capítulos y finalmente se decidió por el titulado: «Lesiones Físicas y sus Efectos sobre el Ego». Un párrafo retuvo especialmente su atención:

El más difícil de aislar de todos los desarrollos anormales del Ego es el hombre o la mujer que ha sufrido un accidente que ha provocado lesiones cuyos efectos posteriores no han sido inmediatos.

Gosseyn se detuvo allí. No había sabido lo que estaba buscando, pero aquí había por fin algo

lógicamente concreto acerca de «X». «X», que había sufrido lesiones espantosas y había desarrollado un ego anormal inadvertido por los psiquiatras cuya obligación era la de localizar a los individuos peligrosos.

Gosseyn despertó a la mañana siguiente en una casa silenciosa. Saltó de la cama, asombrado de que no le hubieran descubierto aún. Le daría a Crang un plazo de otras veinticuatro horas, y luego actuaría por su cuenta. Podía hacer varias cosas. Una llamada videofónica, por ejemplo, a la central más próxima. Y explorar el túnel abierto en el árbol.

El segundo día transcurrió sin novedad.

La mañana del tercer día, Gosseyn desayuno apresuradamente y se acercó al videófono. Marcó «Larga Distancia» y esperó, pensando en lo estúpido que había sido al no hacerlo antes. En la pantalla del video apareció un ojo robot.

—¿A qué estrella llama usted? —preguntó la voz del robot con la mayor naturalidad.

Gosseyn contempló fijamente la pantalla durante unos segundos y finalmente tartamudeó:

—He cambiado de idea.

Cortó y se dejó caer en una silla. Debió ocurrírsele, pensó, que la base galáctica en Venus tendría una central privada y que podría establecer comunicación directa con cualquier planeta en cualquier parte. ¿A qué *estrella*? ¡Para aquella gente, larga distancia significaba larga distancia!

Estudió de nuevo el dial y colocó su dedo índice en la ranura marcada «Local». Una vez más un ojo robot le miró. Su voz respondió a su petición en tono inexpresivo:

—Lo siento, no puedo aceptar ninguna llamada de ese número que no proceda del señor Crang en persona.

¡Click!

Gosseyn se puso en pie. El silencio del apartamento fluyó a su alrededor como un mar sin olas. Un silencio tan profundo que permitía percibir el sonido de su respiración y los alterados latidos de su corazón. La voz del operador robot volvió a resonar en su cerebro. *¿A qué estrella?* Y pensar que había perdido tanto tiempo… Con tantas cosas que hacer. El túnel, en primer lugar.

Unas minutos más tarde se hallaba en el oscuro pasillo que conducía a las profundidades de un árbol que tenía doscientos metros de espesor y ochocientos de altura. Antes había estado en la cocina en busca de una linterna atómica para combatir la oscuridad. Dejó la puerta del túnel abierta detrás de él. Gosseyn empezó a andar a lo largo del pasillo de techo bajo en el interior del árbol.

XI

El entorno era tan monótono que embotaba la facultad de pensar. El túnel se hacía cada vez más descendente. Las curvadas paredes brillaban vagamente a la luz de la linterna. Dos veces, durante los primeros diez minutos, el túnel se bifurcó en dos ramales. Durante la hora siguiente, siete túneles se unieron al principal, y tres veces más el pasillo se bifurcó delante de él. Podía haber resultado desorientador, pero Gosseyn bosquejó una especie de plano en su cuaderno de notas, señalando todos los túneles laterales.

«Debo andar a varios centenares de metros de profundidad —pensó finalmente—, siguiendo las raíces entrecruzadas. En realidad estoy debajo del bosque».

No había pensado antes en la extensión de las raíces que soportaban a los gigantescos árboles. Pero aquí en este continuo laberinto era evidente que las raíces se mezclaban de modo que desde el interior del túnel resultaba imposible decidir dónde se hallaban las conexiones, dónde terminaba una raíz y empezaba otra. Examinó el siguiente túnel lateral en busca de alguna señal. No había ninguna visible. La madera, de color limón aquí en las raíces inferiores, se curvaba sólidamente hacia arriba hasta un sólido techo. Gosseyn hurgó hasta donde alcanzaban sus dedos en la superficie metálicamente dura. Y no encontró ningún interruptor, ningún tablero oculto, absolutamente nada.

Empezaba a estar preocupado. Al parecer, aquellos túneles eran interminables. Si realmente iba a investigarlos, como debía, necesitaría comida. Era una lástima tener que retroceder después de andar dos horas. Pero era preferible hacerlo después de dos horas que después de cinco. Tenía que retroceder antes de empezar a sentir hambre o sed.

Llegó al apartamento de Eldred Crang sin novedad. Preparó un montón de bocadillos de carne, y se disponía a dar cuenta de un almuerzo a base de huevos y tocino cuando entraron los cuatro hombres. Entraron a través de tres puertas distintas. Los tres primeros empuñaban pistolas, y se presentaron como si hubiesen sido catapultados por el mismo muelle. El cuarto hombre era un tipo delgado de ojos castaños. No llevaba pistola y había entrado de un modo menos espectacular. Y fue el primero en hablar:

—De acuerdo, Gosseyn, levante las manos.

Gosseyn, sentado rígidamente ante la mesa, con la cabeza vuelta hacia un lado, supuso que Eldred Crang, agente galáctico, detective venusiano, y partidario secreto de No–A, había regresado finalmente a su hogar.

Su primera reacción fue de alivio. Hasta que personas responsables con adiestramiento No–A conocieran el peligro con el que se enfrentaba la civilización, Gilbert Gosseyn debía conservar su vida en prenda. Trató de pensar en la llegada de Crang como en un movimiento acelerado en aquella dirección. Se puso en pie, con las manos levantadas por encima de su cabeza, y contempló a los hombres con curiosidad, tratando de saturar sus sentidos con la realidad de su presencia. Se sentía inseguro acerca del mejor modo de contarles la historia que la Máquina había dejado bajo

su responsabilidad.

Mientras observaba a los hombres, uno de ellos se adelantó y abrió el paquete de bocadillos. Se desparramaron por la mesa, pardo y blanco entremezclados, y dos de ellos cayeron al suelo con un vago sonido, como trozos de pasta seca. El hombre no habló inmediatamente. Pero sonrió mientras contemplaba los bocadillos. Era un individuo robusto de poco más de treinta años. Avanzó hacia Gosseyn.

—Iba a abandonarnos, ¿verdad?

Su voz tenía un leve acento extranjero. Sonrió de nuevo. Y golpeó fuertemente el rostro de Gosseyn con la palma de la mano. Repitió, en tono ominoso:

—Iba a marcharse, ¿verdad?

Volvió a levantar la mano. A la izquierda de Gosseyn, Crang dijo:

—Basta, Blayney.

El hombre dejó caer su brazo obedientemente. Pero su rostro no obedeció, y su voz estaba empañada por la excitación cuando dijo:

—Señor Crang, suponga que se hubiera marchado… Suponga que no hubiera llamado a la central… ¿A quién se le hubiera ocurrido buscarle aquí? Si se hubiera marchado, el jefe habría…

—¡Silencio!

Blayney se calló, enfurruñado. Gosseyn se volvió hacía el delgado cabecilla.

—En su lugar, Crang, yo no confiaría en Blayney cuando haya cumplido los cuarenta años.

—¿Eh? —exclamó Blayney, con una expresión de asombro en el rostro.

Los amarillos ojos de Crang interrogaron a Gosseyn.

—Hay una explicación psiquiátrica para el hecho de que Blayney me haya golpeado —explicó Gosseyn—. Su sistema nervioso empieza a reaccionar con tanta fuerza a cosas que podrían haber sucedido como lo haría si hubiesen sucedido realmente. Es un trastorno puramente funcional, pero en su fase más avanzada resulta muy penoso para el individuo. Una pérdida paulatina de coraje. Estallidos sádicos para encubrir la creciente cobardía. Cuando cumpla los cuarenta años, tendrá pesadillas acerca de los daños que podía haber sufrido en alguno de los lugares peligrosos en los que estuvo cuando era joven. —Se encogió de hombros—. Otro caso de una persona que carece de integración No–A.

Blayney tenía los ojos grises. Miraron a Gosseyn llameantes de furor, y luego se volvieron hacia Crang. Dijo, con voz ronca:

—¿Puedo golpearle otra vez, señor Crang?

—No. ¿Qué te importa lo que él opine?

Blayney pareció insatisfecho, y Gosseyn no dijo nada más para no empeorar la situación. Había llegado el momento de contar su historia.

Sorprendentemente, le escucharon con mucha atención. Cuando terminó su relato, Crang sacó un cigarrillo de una pitillera y lo encendió. Vio que Gosseyn le estaba mirando, pero no dijo nada inmediatamente. En su rostro había una expresión levemente desconcertada, y un minuto más tarde seguía fumando en silencio. Gosseyn tuvo tiempo para estudiar al hombre.

Eldred Crang era un hombre delgado, pero no alto. En su aspecto había algo que sugería un

origen Medio Oriental o Mediterráneo. Posiblemente había nacido en un planeta con un sol más cálido que el Sol. Gesticulaba mucho al hablar, y esto, unido a sus ojos verdeamarillos, daba una especie de fuego a su personalidad.

De modo que este era el hombre al que Patricia Hardie amaba. Gosseyn se preguntó si tenía que experimentar alguna aversión emocional. La respuesta fue negativa. Recordó, en cambio, lo que el roboplano había dicho, en el sentido de que no podía esperar ninguna ayuda de Crang. El hombre estaba rodeado de partidarios de la conjura y de su propia gente. Con Thorson ejerciendo el mando supremo, Crang tenía que vigilarse a sí mismo cuidadosamente.

El silencio del hombre terminó bruscamente. Se echó a reír.

—Por un momento —dijo—, he estado a punto de tragarme esa historia. Pero lo cierto es que no podemos perder el tiempo con esa clase de tonterías. Hemos decidido celebrar una conferencia acerca de usted en presencia suya. Saldremos para la Tierra dentro de una hora.

—¡La Tierra! —exclamó Gosseyn.

Se mordió el labio inferior. Desde su llegada a Venus, había logrado informar a una sola persona de la amenaza que pesaba sobre el sistema solar. Y en el mejor de los casos aquella persona Amelia Prescott, había comunicado la historia al Registro de Detectives, ignorando que este organismo se había convertido en una especie de apéndice de la conjura. Un solo ser humano entre doscientos millones.

Crang estaba hablando de nuevo.

—De acuerdo, Blayney —ordenó—, traed a los Prescott.

Gosseyn se sobresaltó, pero se dominó inmediatamente. Contempló con curiosidad cómo eran introducidos John y Amelia Prescott, esposados y amordazados. El hombre miró estólidamente a través de la habitación a su antiguo captor, pero su esposa pareció sorprendida al ver a Gosseyn. Por un instante luchó realmente con la mordaza. Sus ojos se desorbitaron con el esfuerzo. Luego se rindió, sacudiendo tristemente la cabeza.

Gosseyn la miró con ojos compasivos. Aquí estaba el resultado de su decisión de confiar en que su marido era más No–A que miembro del grupo. Prescott le había fallado. Si ella hubiese sido un miembro del grupo, no la hubieran amordazado. Hubiera podido fingir que era una prisionera sin necesidad de que la impidieran hablar.

Debió de resultar fastidioso para su marido, que tambien tuvo que ser amordazado. Y cualquiera que fuese el objetivo de la farsa, Gilbert Gosseyn obraría cuerdamente poniéndose a tono con ella. Sabía quién era Prescott, y ellos ignoraban que lo sabía. Era una de sus pocas ventajas en un juego en el que las cartas le eran claramente desfavorables.

XII

A través de la vasta oscuridad volaba una nave espacial con una mujer y cuatrocientos dos hombres a bordo. Crang le dio las cifras a Gosseyn el segundo día de viaje.

—Tengo órdenes de no correr ningún riesgo con usted —dijo.

Gosseyn no hizo ningún comentario. El hombre intentaba evidentemente aferrarse a su posición en la conjura, al margen de su creencia en la filosofía No–A. Ello exigiría desagradables compromisos, e incluso una actitud despiadada cuando estuvieran en juego vidas humanas. Pero si pretendía a largo plazo utilizar su poder para No–A, todas las interminables concesiones al grupo quedarían compensadas.

Crang continuó su paseo. Gosseyn permaneció largo rato contemplando la noche interplanetaria a través de una de las enormes portillas de la parte delantera de la nave. Una estrella resplandecía con un brillo sobrenatural en la oscuridad, delante de ellos. Al día siguiente asumiría los contornos de la Tierra. Y por la noche Gosseyn se encontraría en la residencia oficial del Presidente Hardie, después de un viaje por el espacio de tres días y dos noches.

El aterrizaje fue una decepción para Gosseyn. Nieblas y nubes circundaban a los continentes, y durante todo el descenso a través de la atmósfera de la Tierra aquellas nubes ocultaron lo que había debajo de ellas. Y luego —decepción final—, un manto de bruma se extendió sobre la ciudad de la Máquina, cubriendo todo lo que las nubes no habían tapado. Gosseyn vio fugazmente, con una sensación de desaliento, la luz atómica del faro de la Máquina de los Juegos. Y luego la nave espacial se hundió en el cavernoso interior de un gigantesco edificio.

Gosseyn fue obligado a andar apresuradamente a través de la espesa niebla. Los faroles de la calle se encendieron, proyectando borrosas manchas de luz. El patio del palacio presidencial estaba desierto, pero no tardó en poblarse de hombres que descendían de los coches de escolta y que le rodearon. Fue conducido a lo largo de un pasillo brillantemente iluminado hasta un vestíbulo al que se accedía por un tramo de escalera. Crang, que iba en cabeza, se dirigió hacia una puerta situada al fondo del vestíbulo.

—Hemos llegado —dijo—. Este será su apartamento mientras sea huésped del presidente. Los demás quédense fuera, por favor.

La puerta conducía a un salón que tenía al menos seis metros de longitud por doce de anchura. Otras tres puertas se abrían al salón. Crang las señaló.

—Dormitorio, cuarto de baño y entrada posterior. Dentro del dormitorio hay otra puerta que da al cuarto de baño. —Vaciló—. No estará usted encerrado ni bajo vigilancia, pero en su lugar yo no trataría de escapar. No podría salir del palacio, se lo aseguro.

Sonrió. Su sonrisa fue una mueca amistosa, casi cordial.

—Encontrará ropa adecuada para cambiarse en el dormitorio. ¿Cree que podrá estar listo dentro de una hora? Quiero enseñarle algo antes de cenar.

—Estaré listo —dijo Gosseyn.

Se desvistió, pensando en las posibilidades de escapar. No aceptaba la afirmación de Crang de que no podría salir del palacio, si era verdad que no le mantenían bajo vigilancia. Se preguntó si estaban tratando de tentarle.

En el armario del dormitorio había varios trajes, y había escogido uno confeccionado con un 'material oscuro pero lustroso, cuando oyó que se abría una puerta. Se puso apresuradamente una bata y salió al salón. Patricia Hardie estaba cerrando la puerta de lo que Crang había llamado «entrada posterior». La joven giró sobre sí misma con un movimiento felino y avanzó hacia él.

—¡Loco estúpido! —dijo, de buenas a primeras—. ¿Por qué se marchó tan aprisa cuando aquellos guardias entraron en mi apartamento? ¿No me oyó decirles que no permitiría que registraran mis habitaciones por orden de Thorson? —Hizo un movimiento con la mano, anticipándose a cualquier posible comentario—. No importa. Ya pasó. Se marchó usted, le mataron, y ahora está aquí de nuevo. Le mataron a *usted*, ¿verdad? No se trató solamente de un parecido casual…

Gosseyn separó sus labios. Ella le interrumpió.

—Sólo puedo quedarme un momento. Créame, soy el sospechoso número uno en su fuga del mes pasado, y si me sorprenden aquí… —Se estremeció de un modo convincente—. Gosseyn, ¿quién es usted? Ahora debe saberlo.

Gosseyn contempló a la muchacha, contagiado de su excitación. Había venido a traer un poco de calor a aquella estancia asépticamente fría. Y su ansiedad resultaba intrigante.

—Dígamelo —insistió en tono imperioso—. ¡Aprisa!

Fue bastante fácil decirle lo que él sabía. Había despertado en Venus sin recordar cómo había llegado allí. Gosseyn no tenía nada que ocultar de los acontecimientos posteriores, a excepción de su conocimiento de que Prescott pertenecía a la conjura. Un hecho conocido de Patricia, ya que había efectuado la identificación en voz alta al alcance de su oído. Sin embargo, era el único hecho que no podía mencionar en voz alta. Si había dictáfonos escuchando esta conversación, aquel era un secreto que debían compartir en silencio.

Pero le contó todo lo demás, sucintamente. Antes de que terminara, la muchacha se dejó caer en una silla y se mordió los labios, visiblemente contrariada.

—De hecho —dijo finalmente—, este segundo cuerpo suyo sabe tan poco como el primero. Es usted realmente un simple peón.

Gosseyn la miró fijamente. No sabía si debía mostrarse enojado o divertido. No estaba preparado para discutir el problema de los dos cuerpos Gosseyn con ella, aunque tenía unas cuantas ideas al respecto. La referencia a que era un peón le dolió, porque respondía a la verdad.

—Oiga —dijo secamente—, ¿dónde encaja usted en todo esto?

Los ojos de la muchacha dulcificaron su expresión.

—Lo siento —dijo—. No pretendía herir sus sentimientos. Lo cierto es que su propia falta de conocimiento ha desconcertado a todos los grupos. Thorson, el representante personal de Enro, ha aplazado la invasión de Venus. Pensé que le interesaría. ¡Un momento! No me interrumpa. Le estoy dando una información que me proponía darle hace un mes. Quiere usted saber algo acerca de «X». Lo mismo que el resto de nosotros. El hombre tiene una voluntad de hierro, pero nadie

sabe cuál es su propósito. Parece estar básicamente interesado en su propio engrandecimiento, y ha expresado la esperanza de que usted podrá ser utilizado para algo. La gente de la Liga Galáctica está desconcertada. No acaba de ver claro si el jugador de ajedrez cósmico que le ha movido a usted en esta partida es un aliado o no. Todo el mundo se mueve a oscuras, preguntándose qué debe hacer a continuación.

Hizo una pausa. Sus ojos brillaban excitados.

—Amigo mío —continuó—, en toda esta confusión tiene que haber una oportunidad para usted. No la desaproveche. —Se mostró súbitamente ansiosa—. Acéptela si se la ofrecen y no la supedite a unas condiciones imposibles. Conserve la vida.

Se puso en pie, tocó el brazo de Gosseyn en un gesto amistoso y casi corrió hacia la puerta. Antes de cruzar el umbral se volvió.

—¡Buena suerte! —dijo, y cerró la puerta detrás de ella.

Gosseyn tomó su ducha, pensando: «¿Cómo sabe ella lo que todas esas personas hacen y creen? ¿Quién es *ella?*» Cuando salió del cuarto de baño, vio que tenía otro visitante. El Presidente Hardie estaba sentado en una de las sillas.

El noble rostro del hombre se iluminó al ver a Gosseyn. Sentado allí, parecía fuerte, tranquilo y decidido, una versión idealizada de un gran hombre. Miró fijamente a Gosseyn.

—Hice preparar este apartamento para usted —dijo—, porque quería hablarle sin que nuestra conversación pudiera ser escuchada por otros. Pero no hay tiempo que perder.

—¿De veras? —dijo Gosseyn.

Habló con deliberada hostilidad. Este hombre había permitido a un grupo que le hiciera presidente por un método que subvertía los juegos de la Máquina. El delito era colosal, imperdonable y personal.

En el rostro del anciano se dibujó una leve sonrisa.

—Vamos —dijo—, no seamos infantiles. Usted desea información. Lo mismo que yo. Bien, formule tres preguntas, y luego formularé yo otras tres. —Una pausa. Luego, bruscamente—: No irá a decirme que no tiene ninguna pregunta que formular…

La hostilidad de Gosseyn se fundió. Tenía más preguntas de las que podría formular en una noche entera. No había tiempo que perder.

—¿Quién es usted? —inquirió explícitamente.

Hardie sacudió la cabeza, pesaroso.

—Lo siento —dijo—. Una de dos: o soy lo que parezco ser, o no lo soy. En este último caso, decírselo a usted equivaldría a ponerme a merced suya. Un detector de mentiras podría extraer de usted la información… No pierda tiempo con preguntas que podrían destruirme —añadió—. Ahora, dése prisa.

—¿Sabe usted algo acerca de mí aparte de lo que ya ha sido dicho?

—Sí —dijo el Presidente Hardie.

Al ver la expresión que asomó al rostro de Gosseyn se apresuró a añadir:

—No mucho, sinceramente. Pero unos días antes de que usted apareciera en escena, recibí una carta en mi correo personal. Llevaba el matasellos de la ciudad de la Máquina, y demostraba que

el autor conocía todos los detalles de lo que nosotros habíamos considerado como el secreto mejor guardado en el sistema solar: el autor estaba enterado del proyectado ataque contra Venus. Después de resumir toda la historia, la carta afirmaba que usted se hospedaría en el Hotel Tropical Park y que frustraría el ataque a Venus.

»En la carta había cierta información que no me interesaba que los otros vieran, de modo que la quemé y me ocupé de que le trajeran a usted a palacio valiéndome de los complicados procedimientos que ya conoce. Ahora, pregunta número tres.

—¡Dos! —rectificó Gosseyn.

—Tres. Si yo formulo una pregunta que usted se niega a contestar, contará contra mí. ¿De acuerdo?

Su protesta había sido maquinal. Su mente estaba ocupada en lo que Hardie había dicho. No dudaba de la historia. La realidad podía haber sido algo por el estilo. Lo que había detrás de ella, desde luego, era harina de otro costal.

Gosseyn estudió al anciano, impresionado por primera vez. El Presidente era solamente uno más de un grupo diverso de conspiradores sumamente capaces, cada uno de ellos con sus propios objetivos. Pero era evidente que su personalidad había impulsado a unos hombres tan egotísticos como él mismo a atribuirle la posición nominalmente más elevada. El carácter del hombre, en el cual apenas había pensado hasta entonces, se revelaba súbitamente más intrincado.

—¡Gosseyn, su tercera pregunta!

Había olvidado que la rapidez era importante. Y, además, estaba ya convencido de que se enteraría de muy pocas cosas. Nadie parecía saber lo suficiente. Dijo:

—¿Qué va a sucederme?

—Le harán una oferta, todavía no sé de qué tipo. Thorson y «X» están hablando de ello. Sea la que sea, creo que debería usted aceptarla, de momento. Se encuentra usted en una posición muy fuerte. Teóricamente, si ha podido tener dos cuerpos, ¿por qué no un tercero? —Frunció el ceño—. Sin embargo, esto es una especulación.

Gosseyn había dejado de creer que hubiera tenido dos cuerpos. Abrió la boca para decirlo sin rodeos, pero volvió a cerrarla. Frunció los ojos. Aquella gente debía tener un propósito definido al tratar de fomentar una idea semejante. Todo parecía oscuro y desprovisto de significado, pero no debía olvidar que nunca había estado realmente fuera del control del grupo. Incluso el roboplano que pretendió ser un agente de la Máquina podía haber sido cuidadosamente aleccionado para que diera aquella impresión. Sería mejor para él esperar el desarrollo de los acontecimientos.

Miró a Hardie y se limitó a decir:

—Sí, es una especulación.

—Mi pregunta —dijo Hardie— se refiere al hombre o al grupo que están detrás de usted. ¿Ha establecido contacto con usted alguien que pretendiera ser un representante de tal individuo?

Rotundamente, no. A menos de que la Máquina sea responsable, estoy absolutamente a oscuras.

Hardie dijo:

—Lo que usted crea acerca de eso no lo convierte necesariamente en un hecho cierto. —Sonrió

—. Ahora me está formulando afirmaciones No–A. He observado que los otros también lo hacen. Incluso mientras proyectamos destruir la filosofía No–A, adoptamos su lógica. «El mapa no es el territorio». Su creencia de que no sabe nada es una abstracción de la realidad, no la propia realidad.

Hizo una pausa. Permaneció silencioso unos instantes, sonriendo divertido, y luego continuó:

—Pregunta número dos: ¿Ha experimentado usted la sensación de ser diferente de otros seres humanos? —Se encogió de hombros—. Admito que es una pregunta antisemántica, debido a que usted sólo puede saber cómo son otras personas mediante la observación, y sus observaciones pueden ser distintas de las mías. Vivimos en mundos privados. Sin embargo, no puedo describirlo de un modo mejor. ¿Bien?

Esta vez Gosseyn encontró la pregunta no sólo aceptable sino profundamente interesante. Aquí estaban sus propios pensamientos traducidos en palabras.

—No siento ninguna diferencia en mí mismo. Supongo que se refiere usted al descubrimiento que Thorson hizo en mi cerebro. —Se tensó súbitamente—. ¿Qué hay en mi cerebro?

Se inclinó hacia adelante. Sintió alternativamente frío y calor. Suspiró cuando Hardie dijo:

—Espere su turno. Me queda todavía una tercera pregunta. Lo que quiero saber es cómo encontró usted el escondrijo de Crang.

—Fui llevado allí por un roboplano, el cual me obligó a seguir adelante.

—¿Qué roboplano era ese? —inquirió Hardie.

—Me toca a mí preguntar, gracias —dijo Gosseyn—. Creo que sería mejor que alternásemos nuestras preguntas, una cada vez. ¿Qué hay en mi cerebro?

—Materia cerebral adicional. Desconozco su naturaleza. Thorson ha llegado a poner en duda sus posibilidades.

Gosseyn asintió. Se sentía inclinado a mostrarse de acuerdo con Thorson. Desde el primer momento no había notado la menor «diferencia».

—¿Qué roboplano era ese? —repitió Hardie.

—Sugirió que representaba a la Máquina.

—¿Lo sugirió?

—Me toca preguntar a mí —dijo Gosseyn.

—No acaba usted de contestar a mis preguntas —objetó Hardie—. ¿No le dio a usted ninguna prueba?

—Sabía varias cosas que la Máquina sabe, pero me apremió a entregarme. Eso me pareció sospechoso.

Hardie quedó pensativo.

—Comprendo —dijo—. Y no puedo aclarárselo. Crang ejerce una especie de dominio sobre Thorson, y yo estoy a oscuras sobre muchas cosas. Temo —sonrió melancólicamente— que me están dejando de lado.

De modo que ése era el motivo de que estuviera aquí, ofreciendo hechos a base de un intercambio equitativo. Gosseyn imaginó súbitamente a aquellos terráqueos empezando a darse cuenta de que habían sido simples peones. Antes de que pudiera hablar, Hardie se apresuró a decir:

—No me arrepiento de nada, si eso es lo que está pensando. La Máquina me negó el derecho a ocupar puestos más elevados, y yo no quise aceptar semejante limitación.

—¿Por qué se lo negó?

—Porque vio en mí a un dictador en potencia, eso fue lo que dijo. Ese maldito cacharro fue instalado para descartar a las personas como yo en una época en la que existía aún un justificado temor a semejante eventualidad.

—Así que usted actuó para demostrar que la Máquina tenía razón…

—Se presentó la oportunidad, y la aproveché. Volvería a hacer lo mismo, en las mismas circunstancias. Habrá un lugar para mí en la jerarquía galáctica. Thorson saldrá incólume de esta crisis.

La expresión melancólica se borró de su rostro. Sonrió.

—Nos estamos apartando de nuestro tema, y…

Se produjo una interrupción. La puerta se abrió, y un hombre de uniforme entró apresuradamente y cerró la puerta detrás de él.

—Señor —le dijo a Hardie—, el señor Thorson está subiendo la escalera. Acabo de recibir la señal.

El Presidente Hardie se puso en pie. Contrariado, pero tranquilo.

—Bien, la entrevista ha terminado. Pero creo que me he enterado de lo que quería saber. He estado tratando de formarme una idea acerca de usted. Para mí es evidente que no es usted el Gosseyn definitivo. Adiós, y recuerde lo que le he dicho. De momento, muéstrese transigente. Permanezca con vida.

El guardián y él cruzaron la puerta por la cual había desaparecido Pratricia quince minutos antes. Unos segundos más tarde resonó una llamada en la puerta del pasillo principal. Luego la puerta se abrió y entró Thorson.

XIII

El hombretón se detuvo en el umbral, tal como Gosseyn le recordaba, robusto, con su rostro duro y su nariz aguileña. Desde el primer momento, la posición de Thorson había sido inconfundible: el hombre a quien todo el mundo temía, el agente de Enro. Ahora, sus ojos sombríos observaron a Gosseyn.

—¡No se ha vestido aún! —dijo, en tono incisivo.

Su mirada recorrió la habitación. Sus ojos eran suspicaces. Y ante aquella actitud, Gosseyn vio súbitamente al hombre bajo otra luz. Procedente de las estrellas, había llegado a un sistema solar desconocido. Aquí en la Tierra, rodeado por personas a las que no conocía, cumpliendo órdenes de una autoridad remota, trataba de hacer honor a la confianza que en él habían depositado. La tensión era transparentemente terrible. En ningún momento podía estar seguro de la lealtad de las personas con las cuales tenía que colaborar.

Olfateó el aire.

—Usa usted un perfume muy interesante —comentó.

—No me había dado cuenta —dijo Gosseyn. Ahora que Thorson lo había mencionado, detectó una leve fragancia. Se preguntó si pertenecía a Patricia. Tendría que advertirla para que cuidara aquellos pequeños detalles. Miró fijamente al hombretón—. ¿Qué desea?

Thorson no hizo ningún movimiento hacia el interior de la habitación, ni cerró la puerta. Observó a Gosseyn pensativamente.

—Sólo quería echarle una ojeada —dijo finalmente—. Una simple ojeada. —Se encogió de hombros—. Bueno, eso es todo.

Dio media vuelta y se marchó. La puerta se cerró detrás de él. Gosseyn parpadeó. Había puesto todas sus facultades para un choque verbal, y se sentía defraudado. Continuó vistiéndose, intrigado por la actitud de Thorson. Se olvidó de él al comprobar en el reloj del dormitorio que era casi la hora fijada por Crang para venir a buscarle. Un instante más tarde oyó que se abría la puerta exterior.

—Salgo en seguida —dijo.

No le llegó ninguna respuesta ni ningún sonido. Una sombra oscureció la puerta. Gosseyn alzó la mirada, sobresaltado. John Prescott entró en el dormitorio.

—Sólo dispongo de un minuto —dijo.

A pesar de su sorpresa, Gosseyn suspiró. La prisa uniforme de sus visitantes estaba haciéndose aburrida. Pero no dijo nada; se limitó a ponerse en pie y a mirar al hombre con aire interrogador.

—Ha estado usted haciéndose preguntas acerca de mí —dijo Prescott.

Gosseyn asintió, aunque su mente estaba casi en blanco. Escuchó en silencio la rápida explicación que siguió. Todo estaba allí. Agente galáctico. Partidario secreto de No–A.

—Naturalmente —dijo Prescott—, no le contaría todo esto si no me viera obligado a hacerlo. Le reconocí a usted por las fotografías cuando me atacó aquella tarde y, sinceramente, informé de

su presencia en Venus, convencido de que lograría usted escapar. Quedé asombrado al verle en casa de Crang.

Hizo una pausa, y Gosseyn tuvo tiempo de sentirse decepcionado. Su única ventaja sobre el grupo, lo que sabía acerca de Prescott, había desaparecido. Retrospectivamente, parecía estúpido haber confiado en que aquello podría ayudarle, pero así había sido. Lo único que seguía ignorando era el propósito de una confesión en aquel momento.

—Se trata de Amelia —dijo Prescott ansiosamente—. Ella es inocente en todo esto. Me sometí a la farsa de dejarme capturar con ella, pensando que se limitarían a retenerla hasta que se desencadenara el ataque contra Venus. Pero Crang me ha dicho hace unos instantes que «X» y Thorson han preparado algo para ella relacionado con usted.

Se interrumpió. Con dedos que temblaban ligeramente, extrajo de su bolsillo una cajita de metal, la abrió y, acercándose a Gosseyn, la mantuvo abierta delante de él. Gosseyn contempló con aire de curiosidad las doce píldoras blancas que había en ella.

—Tome una —dijo Prescott.

Gosseyn sospechó lo que iba a seguir, pero introdujo dos dedos en la caja y sacó una pildora.

—¡Tragúesela!

Gosseyn sacudió la cabeza.

—No acostumbro a tomar pildoras sin saber lo que son —replicó secamente.

—Es para su propia protección. Se lo juro. Un antídoto.

—No he tomado ningún veneno —dijo Gosseyn.

Prescott cerró la caja en su mano con un chasquido. La deslizó en su bolsillo, retrocedió unos pasos y simultáneamente extrajo un desintegrador con la otra mano.

—Gosseyn —dijo en voz baja—, soy un hombre desesperado. Si no se traga esa pildora, lo desintegro.

El peligro era irreal. Gosseyn miró la pildora, luego a Prescott. Dijo, tranquilamente:

—He visto un detector de mentiras en la habitación contigua. Eso resolvería la cuestión rápidamente.

La resolvió. Prescott le dijo al detector de mentiras:

—Esa pildora es un antídoto, una protección para Gosseyn en el caso de que yo realice determinado acto. ¿No es verdad?

La respuesta fue inmediata.

«Es cierto», dijo el instrumento.

Gosseyn se tragó la pildora y permaneció inmóvil unos instantes, esperando algún efecto. Al ver que no ocurría nada, dijo:

—Deseo que todo resulte favorable para su esposa.

—Gracias —fue lo único que dijo Prescott.

Se marchó apresuradamente por la puerta que conducía al pasillo principal. Gosseyn terminó de vestirse y luego se sentó a esperar a Crang. Estaba más preocupado de lo que se atrevía a admitir. Las personas que habían venido a verle estaban obsesionadas por sus objetivos personales. Pero tenían una cosa en común: su absoluto convencimiento de la inminencia de una

crisis.

Venus iba a ser atacado… no estaba claro por quién. ¿Una gran potencia militar galáctica? Resultaba extrañamente fácil de imaginar cómo sería sometida una raza ligada a su propio sol y a sus propios planetas. Agentes misteriosos, actos incomprensibles, infiltración y, finalmente, un ataque irresistible desde ninguna parte. Las diversas referencias a una liga de potencias galácticas opuestas al asalto parecían vagas e insustanciales al lado del hecho de la presencia de Thorson y de las medidas que ya se habían tomado. Asesinato. Traición. Usurpación de poder en la Tierra.

—¿Y se supone que yo voy a evitarlo? —dijo Gosseyn en voz alta.

Se echó a reír, sintiéndose ridículo. Por fortuna, el problema de sí mismo se estaba desenmarañando lentamente. Para él, uno de los períodos más peligrosos había sido su aceptación parcial de la propaganda de que él había vuelto a la vida en un segundo cuerpo Gosseyn. Al menos, su lógica estaba eliminando lentamente aquella idea. Podía enfrentarse a la velada con su mente más cerca de la cordura.

Una llamada a la puerta le arrancó de su desasosegada ensoñación. Para alivio suyo, era Crang.

—¿Listo? —preguntó el hombre.

Gosseyn asintió.

—Entonces, vamos.

Descendieron varios tramos de escaleras y a lo largo de un estrecho pasillo hasta una puerta cerrada. Crang la abrió. A través de ella, Gosseyn vio fugazmente un suelo de marmol y unas máquinas.

—Tiene usted que entrar solo y mirar en el cuerpo.

—¿El cuerpo? —repitió Gosseyn, intrigado.

Luego comprendió: ¡el *Cuerpo*!

Olvidó a Crang. Entró en la estancia. Vio varias máquinas, algunas mesas, estanterías llenas de frascos y de probetas y, en un rincón, una forma alargada tendida sobre una mesa y cubierta con una sábana blanca. Gosseyn contempló fijamente aquel rincón, y una parte considerable de la calma que le quedaba empezó a abandonarle. Durante muchos días había oído hablar de aquel otro cuerpo suyo, y aunque el cuadro verbal que había conjurado tan a menudo le había afectado, existía una diferencia.

Existía la diferencia entre una idea y un acontecimiento, entre las palabras y la realidad, entre la muerte y la vida. Tan poderosa era la diferencia, que sus órganos experimentaron un profundo cambio metabólico e, incapaces de integrar las nuevas reacciones, empezaron a registralas desordenadamente.

La sensatez corporal retornó de golpe. Tuvo consciencia del suelo real contra sus pies, y del aire de la estancia, frío y seco como cenizas, en sus pulmones y en su boca. Su visión se hizo borrosa. Consciente de nuevo de su humanidad aunque no del todo normal, dejó que su mente flotara hacia aquella forma inmóvil, muerta. Y aunque no tuvo consciencia de ningún movimiento, echó a andar hacia el cuerpo, extendió la mano y, con la punta de los dedos, levantó la sábana y la dejó caer al suelo.

XIV

Gosseyn había esperado ver un cuerpo irremediablemente carbonizado. En algunos aspectos, el cadáver rígidamente tendido de espaldas sobre la mesa de mármol estaba horriblemente mutilado, pero lo que había sufrido era el cuerpo, no la cara. Los hombres que habían disparado contra él debían tener órdenes de no dañar el cerebro. El cuerpo había sido prácticamente partido en dos por los disparos de una ametralladora. El pecho y el abdomen eran una masa de carne y hueso destrozados, y cada pulgada de carne por encima de las rodillas estaba quemada de un modo tan horrible que no existía ningún parecido humano. El rostro estaba intacto.

Era un semblante lleno de serenidad, que no conservaba ninguna huella del miedo y de la insoportable angustia que lo habían asaltado en los instantes que precedieron a la muerte. Incluso había un toque de color en las mejillas, y de no haber sido por el cuerpo destrozado podría haberse dicho que estaba durmiendo, hasta tal punto era natural la expresión del rostro. Indudablemente se habían adoptado precauciones para evitar que el cerebro se deteriorara. Al cabo de unos instantes, observó que la parte superior de la cabeza no estaba realmente adherida al cráneo. Estaba allí, pero había sido aserrada limpiamente y colocada de nuevo de un modo provisional. Gosseyn no trató de comprobar si el cerebro continuaba en el interior.

Un sonido detrás de él le hizo erguirse lentamente. No se volvió en seguida, sino que su mente empezó a apartarse del cadáver y a reconocer con mayor detalle su situación general. Tardó varios segundos en identificar el sonido con el recuerdo de otros sonidos similares. Ruedas de goma sobre mármol. «X». Miró a su alrededor con la fría decisión de un hombre que se ha revestido de valor para enfrentarse con lo peor.

Miró fríamente al monstruo de plástico. Luego volvió su atención a las personas que habían seguido a «X» al laboratorio. Sus ojos rozaron inexpresivamente el agraciado rostro de Hardie, para encontrarse después con la cínica sonrisa del gigante, Thorson, para posarse finalmente en el lugar donde Patricia Hardie, fría e interesada, semioculta detrás de los dos hombres, le contemplaba con ojos brillantes.

—¡Bien! —dijo «X», con su voz de bajo y sin la menor sombra de humor—. Tengo la impresión, Gosseyn, de que no se le ocurre nada para evitar que le dejemos frío al lado de su otro cuerpo.

No era un análisis brillante, pero tenía una cualidad muy importante desde el punto de vista de un hombre que no creía en absoluto que la esencia de su personalidad se repitiera en un tercer cuerpo si este segundo era destruido. La cualidad importante era que, palabra por palabra, era la verdad. «X» estaba agitando su brazo de plástico con un gesto que sugería impaciencia. Sus palabras siguientes lo confirmaron.

—Basta de payasadas. Traigan a Amelia Prescott y sujeten a Gosseyn.

Cuatro hombres sujetaron a Gosseyn mientras la mujer era introducida en el laboratorio por tres robustos guardianes. Parecían haber tomado parte en una riña callejera. Amelia Prescott tenía

los cabellos alborotados y el rostro enrojecido. Llevaba las manos atadas detrás de la espalda y respiraba fatigosamente. Seguramente llevaba una mordaza de plástico transparente dentro de la boca, ya que sus labios se movieron frenéticamente en un inútil esfuerzo cuando vio a Gosseyn. Finalmente renunció, encogiéndose de hombros. Le sonrió con cierta tristeza, aunque en su actitud había también arrogancia.

«X» se encaró con Gosseyn, mirándole por debajo de la cúpula que cubría su cabeza. Dijo:

—Gosseyn, nos ha puesto usted en un dilema. Estamos preparados para actuar a una escala no vista desde la tercera guerra mundial. Nos han sido asignados cuarenta millones de hombres, nueve mil naves espaciales, gigantescas fábricas de municiones, pero esto no es más que una fracción de la potencia militar del mayor imperio que nunca existió. *No podemos perder*, Gosseyn.

Hizo una pausa, y luego continuó:

—Sin embargo, preferimos jugar sobre seguro. Nos gustaría invitarle a usted, el factor desconocido, a unirse a nosotros como uno de los altos jefes del sistema solar. —Se encogió de hombros—. Pero comprenderá que sería inútil iniciar siquiera semejante relación si usted no estuviera dispuesto a aceptar las realidades de nuestra posición. Tenemos que matar, Gosseyn. Tenemos que ser implacables. Matar convence a la gente como ninguna otra cosa.

Por un instante, Gosseyn pensó que se refería a matar a Amelia Prescott. Se sintió acometido por una repentina debilidad. Y luego se dio cuenta de que se había equivocado.

—¡Matar! —dijo en tono inexpresivo—. ¿Matar a quién?

—A unos veinte millones de venusianos —respondió «X». Sentado allí en su silla de ruedas, parecía un escarabajo de plástico de pesadilla—. Como usted debe saber —continuó—, la única diferencia entre extinguir la vida en veinte sistemas nerviosos humanos y en veinte millones es el efecto sobre las emociones de los supervivientes. Una buena propaganda se ocuparía de eso.

Gosseyn tenía la impresión de encontrarse en el fondo de un pozo, hundiéndose cada vez más. Oyó el sonido de su propia voz surgiendo de las profundidades:

—¿Y qué pasará con los otros doscientos veinte millones de habitantes de Venus?

—¡Terror! —dijo «X» con su voz de contrabajo—. Terror implacable contra aquellos que resistan. La historia enseña que nunca ha sido difícil controlar a la masa de una nación una vez le han cortado la cabeza. La cabeza de Venus es muy colectiva, de ahí el gran número de ejecuciones necesarias. —Agitó su brazo de plástico en un gesto de impaciencia—. Decídase, Gosseyn. Le permitiremos llevar a cabo una gran parte de la reorganización, pero usted debe permitirnos crear las condiciones para ella. Bien, ¿trato hecho?

La pregunta desconcertó a Gosseyn. No se había dado cuenta de que le estaban ofreciendo un argumento que se suponía iba a persuadirle. Era un caso de niveles de abstracción en el mejor sentido No–A. Aquella gente se había acostumbrado a la idea de las ejecuciones en masa. Para él era una idea nueva. El foso era insalvable, debido a que cada una de las partes consideraba ilógico el punto de vista de la otra. Notó la rigidez de su negativa deslizándose a través de su sistema nervioso, a través de su cuerpo, hasta que finalmente sólo existió una absoluta, completa, definitiva positividad. Con voz tranquila pero firme dijo:

—No, señor «X». No hay trato. Y ojalá que todos ustedes ardan en un primitivo infierno

cristiano por haber pensado siquiera en semejante genocidio.

—Thorson —dijo «X» en tono firme—, mate a la mujer.

Gosseyn murmuró:

—¿Qué?

Luego arrastró a sus guardianes un par de metros antes de que lograran retenerle. Cuando pudo ver de nuevo, Amelia Prescott seguía sonriendo. No luchó cuando Thorson clavó una jeringuilla en su brazo, inmediatamente encima del codo, pero cayó como una piedra. El gigante la sostuvo entre sus brazos sin aparente esfuerzo. «X» dijo:

—Nosotros, Gosseyn, tenemos una ventaja sobre los No–Aristotélicos. A ellos les atormentan los escrúpulos; a nosotros sólo nos interesa ganar. Ahora bien, este pequeño incidente tiene como objetivo…

Se interrumpió. Una expresión de asombro desfiguró su rostro. Se tambaleó y cayó hacia adelante. El duro plástico de su pierna, su brazo y su cuerpo resonó contra el mármol cuando «X» se derrumbó cuan largo era sobre el suelo. Detrás de él, Hardie, con la misma expresión de asombro en sus facciones clásicas, cayó de rodillas y luego de costado. Los guardias cayeron también, sin tiempo material para desenfundar sus armas.

Thorson dejó caer el cuerpo de Amelia Prescott al suelo y se desplomó a su lado. Cerca de ellos, Patricia Hardie se derrumbó pesadamente. En todo el laboratorio, sus enemigos yacían alrededor de Gosseyn, muertos, al parecer.

Era algo completamente incomprensible.

XV

La sensación de parálisis abandonó a Gosseyn. Se lanzó de cabeza hacia el guardia más próximo, y se incorporó arma en mano. Permaneció en pie entonces, con todo el cuerpo en tensión, empuñando el arma, atento a cualquier movimiento en alguno de los caídos. Nadie se movió. Todo el mundo yacía completamente inmóvil.

Gosseyn empezó a desarmar apresuradamente a los guardias. Fuera cual fuese el motivo de la oportunidad que se le había presentado, no había tiempo que perder. Terminada la tarea, hizo una pausa y contempló una vez más la extraña escena. Había nueve guardias, caídos en el suelo, formando un curioso cuadro con sus cuerpos como si, como otros tantos bolos, se hubieran empujado el uno al otro. Gosseyn observó, sin pensar en ello, que Eldred Crang no se encontraba allí. Su mirada se posó en los restantes cuerpos, dos mujeres y tres hombres. Pensó, confusamente: «No estoy captando esto como debiera. Tengo que salir de aquí. Puede llegar alguien».

No se movió. En su cerebro había otro pensamiento dominante: ¿Estaban realmente muertos? De un modo casi inconsciente se acercó a «X» y colocó una mano sobre la jaula de plástico que sostenía la parte central del cuerpo. La tersura de aquel material, tan distinta al tacto de la carne, le hizo apartar violentamente la mano con brusca repugnancia. Resultaba difícil pensar en aquel individuo como en un ser humano. Se obligó a sí mismo a inclinarse cerca del rostro y escuchar. Un lento y rítmico calor bañó su oído. Gosseyn se incorporó. «X» estaba vivo. Todos debían de estar vivos.

Estaba a punto de ponerse en pie cuando un sonido procedente de una de las puertas le inmovilizó unos instantes. Luego, empuñando el arma, se aplastó contra el suelo. Mientras yacía allí, con los ojos entrecerrados, se maldijo a sí mismo por haberse entretenido. Podía haber estado ya a centenares de metros de allí.

La puerta se abrió y entró John Prescott.

Gosseyn se levantó, temblando a causa de la reacción. Prescott le sonrió nerviosamente.

—¿No se alegra de haber tomado aquel antídoto? —dijo—. He puesto polvos Drae en el acondicionador de aire, y usted es el único que… —Se interrumpió—. ¿Qué pasa? ¿Llego demasiado tarde?

Fue un diagnóstico rápido. Por casualidad, la mirada de Gosseyn había rozado el cuerpo inmóvil de Amelia Prescott, caído en el suelo junto al gigantesco Thorson. Y el recuerdo había afluido a su cerebro. Dijo:

—Prescott, a su esposa le inyectaron algo en el brazo antes de que los otros quedaran afectados por los polvos. Pretendían matarla. Será mejor que la examine.

Había tiempo para ello, ahora que la extraña inconsciencia de aquellas personas había sido explicada. Si el sistema acondicionador de aire había esparcido el anestésico, esta escena de cuerpos silenciosos y caídos se habría repetido en todas las habitaciones. El único peligro era que llegara alguien desde el exterior. Gosseyn observó cómo el venusiano auscultaba brevemente el

corazón de su esposa y luego sacaba un pequeño frasco de su bolsillo. El tapón del frasco era una jeringuilla. Prescott clavó la aguja en un muslo de su esposa y alzó la mirada.

—Contiene fluorescina —explicó—. Si está viva, sus labios se pondrán verdosos dentro de un minuto.

Transcurrieron dos minutos, y los labios de la mujer permanecieron pálidos y muertos. Prescott se incorporó y miró a su alrededor con una extraña expresión en los ojos. Y lo más raro del caso fue que Gosseyn no tuvo ninguna premonición de lo que iba a ocurrir. Vio cómo el venusiano echaba a andar rígidamente hacia el montón de armas y escogía cuidadosamente un par de pistolas. Aquella fue la impresión dominante, la minuciosidad con la que el hombre escogió las armas.

Lo que siguió fue demasiado rápido para permitirle intervenir. Prescott se acercó al caído «X» y colocó un proyectil a través de su ojo derecho. La sangre se extendió por el rostro del hombre como un pequeño y vívido reguero de fuego. Prescott giró sobre sí mismo. Apoyando el cañón de la pistola contra la sien de Hardie, volvió a disparar. A continuación recorrió la hilera de guardias, inclinado el cuerpo, disparando con las dos pistolas. Se dirigía hacia Thorson cuando se detuvo bruscamente. Una expresión de desconcierto asomó a su rostro. El asombrado Gosseyn se acercó a él y arrancó las automáticas de sus manos.

—¿Se ha vuelto usted loco? —gritó Gosseyn—. ¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

Una hora más tarde, cuando abandonaba su automóvil robado en algún lugar de la ciudad invadida por la niebla, y la oscuridad en torno a ellos era como un palio de humo negrogrisáceo, oyeron el rugido de un altavoz público:

«¡Atención a un importante comunicado del palacio del Presidente!»

Se produjo una breve pausa. Luego, otra voz, de tono más severo, dijo:

«Tengo el penoso deber de anunciar que el Presidente Hardie ha sido asesinado esta noche por un hombre conocido como Gilbert Gosseyn, un agente de la Máquina de los Juegos. La inmensidad de la conjura contra los pueblos de la Tierra empieza a hacerse evidente. Gosseyn, ayudado en su fuga por unos supuestos detectives venusianos, es objeto esta noche de la mayor caza del hombre de nuestra época. Se ordena a todos los ciudadanos respetuosos con la ley que permanezcan en sus hogares. Cualquiera que deambule por las calles será el único responsable de lo que pueda sucederle. *Permanezcan en sus hogares*».

La mención de la Máquina hizo que Gosseyn comprendiera en toda su magnitud las consecuencias de aquella apresurada matanza. La referencia a él como agente suyo, y la tentativa de involucrar a detectives venusianos, era el primer ataque público contra los símbolos sagrados de No–A que nunca había oído. Aquí estaba la declaración de guerra.

La niebla se pegó a ellos mientras permanecían allí. Era tan espesa, que Gosseyn sólo podía ver a Prescott, a medio metro de distancia, como una sombra. El radar, desde luego, podía penetrar la niebla como si no existiera, pero eso exigiría instrumentos y máquinas para transportarlos. Un faro de radar podía siluetarlos instantáneamente, pero antes era preciso que fuese apuntado hacia ellos. Con semejante niebla en semejante noche, la mala suerte podía destruir a Gosseyn; de otro modo estaba a salvo. Por primera vez desde que los acontecimientos se habían apoderado de él,

era libre para realizar sus propios objetivos. Es decir, libre, con una limitación.

Se volvió a mirar a Prescott, que seguía siendo el factor desconocido. Las recriminaciones por lo que había ocurrido eran inútiles, desde luego. Pero incluso en aquella noche oscura y miásmica resultaba difícil saber lo que tenía que hacer con el hombre. Prescott le había ayudado a escapar. Prescott sabía muchas cosas que podían resultar valiosas para él. No ahora, no esta noche. Ahora tenía otro objetivo más urgente. Pero a largo plazo Prescott podría ser muy importante para él.

En la medida de lo posible, debía tratar de conservar a este galáctico convertido a No–A como un compañero. Rápidamente, Gosseyn explicó su plan.

—El primer hombre de mi lista es obviamente un psiquiatra… y no puede ser nadie con quien haya establecido contacto anteriormente. Lo más importante, ahora, es descubrir qué hay en mi cerebro que ha asustado a todo el mundo.

—Pero —protestó Prescott—, ese hombre estará bajo la protección de un grupo.

Gosseyn sonrió tolerante en la oscuridad. Se sentía en forma, física y mentalmente, consciente de su absoluta superioridad sobre su entorno.

—Prescott —dijo—, llevo bastante tiempo metido en este jaleo. He sido como un niño aturdido, cumpliendo tímidamente las órdenes de otras personas. Le he contado a usted, por ejemplo, cómo permití que la Máquina me convenciera para que permitiera que volvieran a capturarme.

—Sí.

—He estado tratando de encontrar una explicación a mi fácil aceptación de tales órdenes exteriores —continuó Gosseyn—. Y ahora creo que se debía a que, en algún rincón de mi cerebro, existía el deseo de liberarme de todo esto y de dejar que otro apechara con toda la carga, o al menos con una parte de ella. Me negaba a reconocer que estaba metido en este asunto hasta el cuello, como suele decirse; me negaba a reconocerlo hasta el punto de que lo primero que hice fue lograr que me mataran.

»Sinceramente —terminó—, cuento con esos polvos Drae suyos para desorganizar cualquier sistema de grupo protector. Pero antes quiero que compre usted un plano de la ciudad y luego busque la dirección del doctor Lauren Kair. Si no está disponible, aceptaré a cualquiera menos al doctor David Lester Enright, con el cual tenía concertada una cita.

Prescott dijo:

—Estaré de vuelta dentro de diez minutos.

Gosseyn habló sin rencor:

—¡Oh, no! No irá usted solo —explicó amablemente—. Estamos metidos en esto juntos, cada uno de nosotros vigilando al otro. Entraré en la tienda detrás de usted y buscaré la dirección del doctor Kair mientras usted compra el plano.

La casa del doctor Kair resplandecía en blanco a la luz del farol de la esquina y de dos globos opacos que proyectaban una pálida claridad alrededor de su base, indicando presumiblemente que la familia estaba en casa. Saltaron por encima de la verja como espectros. Mientras se paraban a la sombra de unos arbustos, Prescott susurró:

—¿Está seguro de que el doctor Kair es el hombre al que desea ver?

—Sí —dijo Gosseyn—. Ha escrito algunos libros —añadió, recordando lo mucho que le había interesado *El Egotista en Venus No–Aristotélico*.

Era un modo muy aristotélico de contestar a la pregunta, pero no podía hablar más de la cuenta. La casa del doctor Kair y el propio doctor Kair, planteaba un solo problema. La residencia estaba tan protegida contra los intrusos por un sistema de grupo, que ni siquiera las bandas de foragidos más hábiles que actuaban durante los juegos se atreverían a intentar burlarlo. El método de entrada tenía que ser a las claras y no demasiado complicado, dejando una vía de escape segura si el sistema protector entraba en juego. Gosseyn susurró:

—Esos polvos Drae que utiliza usted, ¿afectan al cerebro?

—Instantáneamente. Actúan sobre los nervios en la parte superior de las fosas nasales, abriendo así un camino directo al cerebro. Suele bastar una inhalación.

Gosseyn asintió, y luego volvió a dedicar su atención a la casa del doctor Kair. Dentro de unos minutos, si no surgía ningún contratiempo, un gran semántico, especialista en el cerebro humano, estaría interrogando, examinando y diagnosticando a su cerebro. *Su* cerebro, la existencia del cual había arrastrado a Hardie y a «X» a una vorágine de acontecimientos y provocado su muerte. Nada importaba tanto como descubrir el porqué y el cómo de aquel extraño cerebro suyo.

Gosseyn susurró su plan. Prescott llamaría a la puerta y se identificaría a sí mismo como a un venusiano. Indudablemente, antes de admitirle, el doctor Kair alertaría al grupo, poniendo sobre aviso a sus vecinos. Pero eso carecía de importancia. Los polvos Drae resolverían cualquier emergencia.

—¿Qué cantidad de polvo utilizaría usted? —preguntó Gosseyn.

—Muy poco… una cápsula. Puse ocho cápsulas en el sistema acondicionador de aire del palacio, casi una cucharadita. Es muy potente, pero el antídoto que tomamos seguirá protegiéndonos. —Añadió—: Será mejor que vaya a llamar a esa puerta.

Medio minuto más tarde lo estaba haciendo.

La niebla se introdujo con ellos a través de la puerta. Por acuerdo previo, dejaron la puerta parcialmente abierta. Así, la noche, y la seguridad de la noche, quedaban más cerca. Para Gosseyn, obsesionado en adoptar todas las precauciones posibles, aquella puerta sin cerrar representaba la diferencia entre la tranquilidad y la intranquilidad.

El doctor Kair era un hombre alto y robusto, de unos cincuenta años, de facciones correctas y agresivo mentón. Cuando Gosseyn entró, el doctor le miró curiosamente con el par de ojos grises más penetrantes que Gosseyn había visto nunca. Gosseyn soportó el escrutinio en silencio. Sabía la importancia que tenía aquella primera fase para establecer unos lazos de confianza. Los minutos perdidos ahora podían ahorrar horas enteras más tarde.

El psiquiatra no perdió tiempo. En cuanto Gosseyn hubo explicado lo que deseaba, desapareció en su cuarto de trabajo y volvió a salir casi inmediatamente con un pequeño detector de mentiras.

—Señor Gosseyn —dijo—, ningún venusiano ni ningún No–A evolucionado aceptará las asombrosas noticias facilitadas esta noche por la oficina de información del gobierno a la prensa y la radio acerca del asesinato del Presidente Hardie. En toda mi vida no había oído ni visto nada tan calculado para excitar las emociones de los ignorantes y de los semieducados. Desde los remotos

siglos del oscurantismo no se había realizado una tentativa semejante destinada a despertar los más bajos instintos de la plebe, y la prueba definitiva de su venalidad es su acusación contra los venusianos y contra la Máquina. Indiscutiblemente, detrás de esas afirmaciones hay una motivación oculta, y esto, por sí solo, le da derecho a usted a una audiencia ante todos los hombres honrados. —Hizo una breve pausa—. ¿Está usted dispuesto a enfrentarse con un detector de mentiras?

—A cualquier cosa, señor —dijo Gosseyn—, con tal de que no tenga que perder el conocimiento. Estoy seguro de que usted comprende el motivo.

El doctor lo comprendía. Y en todos los tests que siguieron, Gosseyn conservó en todo instante las manos y la mente libres. ¡Todos los tests! Docenas de ellos. El cuarto de trabajo y laboratorio del doctor, situado en el vestíbulo central, tenía una ubicación ideal. Con dos excepciones, todos los aparatos podían ser acercados a un sillón desde el cual Gosseyn veía de soslayo la puerta de la calle, parcialmente abierta.

Algunos de los aparatos le observaban con cálidos ojos electrónicos que calentaban su piel y le deslumhraban. Otros eran tan brillantes como bruñido metal, pero fríos e inexpresivos. Otros, finalmente, no mostraban ninguna luz visible, pero zumbaban, o susurraban, o palpitaban de energía mientras sus sentidos no humanos le examinaban. Mientras un test seguía a otro, Gosseyn contó su historia.

Su relato fue interrumpido tres veces, dos veces cuando tuvo que mantenerse callado mientras unos rayos ultrasensibles examinaban la naturaleza de las células en su cerebro adicional, y finalmente cuando el doctor Kair exclamó bruscamente:

—Entonces, ¿no mató usted a ninguno de aquellos hombres?

Prescott se adelantó a contestar:

—No, fui yo quien lo hizo. —Sonrió amargamente—. Tal como ha deducido usted de lo que Gosseyn ha dicho, yo soy la persona que tenía que escoger entre No–A y mi posición. Tendré que alegar locura temporal si llego a ser juzgado.

El doctor Kair le miró tranquilamente.

—Sería la primera vez que se aceptara una alegación de locura de un No–A —dijo—. Tendrá que inventar un pretexto mejor que ese.

«¡Pretexto!», pensó Gosseyn, y miró a Prescott… le miró realmente por primera vez.

Los ojos del nombre, ligeramente fruncidos, no le perdían de vista. Una de sus manos se movió casualmente hacia la pistola que guardaba en el bolsillo derecho de su chaqueta. Debió de ser un movimiento inconsciente; no podía estar convencido de que tendría éxito, ya que Gosseyn sacó su pistola con mucha más rapidez.

—Si no me equivoco —dijo Gosseyn en voz baja un momento más tarde, después de que hubieron desarmado a Prescott—, la casa está rodeada.

XVI

El sistema nervioso humano es estructuralmente de una inconcebible complejidad. Se calcula que en el cerebro humano hay unos doce mil millones de células nerviosas o neuronas, y más de la mitad de ellas se encuentran en el córtex cerebral. Si calculamos las combinaciones posibles a base de un millón de células nerviosas corticales conectadas mutuamente en grupos de sólo dos neuronas cada uno, veremos que el número de conexiones interneurónicas posibles está representado por diez elevado a la potencia dos millones setecientos ochenta y tres mil. En comparación… probablemente todo el universo sideral no contiene más átomos que diez elevado a la potencia sesenta y seis.

A. K.

La luz que asomaba a través de la amplia rendija formada por la parcialmente abierta puerta de la calle debía ser ahora su protección temporal. Mientras la puerta continuara tal como estaba, los que acechaban en el exterior verían una borrosa franja de claridad y todo les parecería normal. Desde luego, su paciencia y su credulidad tendrían un límite.

Ataron a Prescott de pies y manos y le amordazaron, con una rapidez que les obligó a manejarlo sin miramientos. Luego hablaron de las limitaciones de su seguridad temporal.

—Prescott no ha estado fuera —explicó Gosseyn—. Pero tiene que haber establecido contacto de algún modo.

—No creo que debamos preocuparnos por eso precisamente ahora —dijo el doctor Kair.

—¿Eh?

El rostro del doctor estaba sereno, sus ojos serios.

—Lo que he descubierto acerca de usted —dijo— tiene prioridad. —Su tono se hizo más apremiante—. Usted no parece darse cuenta, Gosseyn, de que es la persona importante en todo esto. No hay nada que importe tanto, y tendremos que correr todos los riesgos que sea preciso.

Tardó algún tiempo en aceptar aquello, tiempo en reunir sus poderes de concentración, y tiempo en encerrar el peligro exterior en un compartimiento aislado de su cerebro y dejarlo allí. Tardó algún tiempo incluso en darse cuenta de que podía escuchar la información más importante de su universo individual, y realizar simultáneamente una tarea vital.

—Lo que tiene usted en su cabeza —empezó el psiquiatra— no es un cerebro adicional en el sentido de que ahora posee un potencial de inteligencia superior. Eso no es posible. El cerebro humano que creó la Máquina de los Juegos y organismos electrónicos y mecánicos similares no ha tenido en teoría un equivalente intelectual en el universo. La gente cree a veces que el sistema de cerebro electrónico de la Máquina constituye un desarrollo superior al del hombre. Se maravillan

ante la capacidad de la Máquina para manejar veinticinco mil individuos al mismo tiempo, pero en realidad sólo puede hacerlo porque veinticinco mil cerebros electrónicos fueron instalados en intrincadas series con esa finalidad. Y, además, todas esas operaciones son de naturaleza rutinaria.

»Con esto no quiero decir que la Máquina no pueda pensar de un modo creativo. Está situada sobre una mina de multimetales, que se encuentra bajo su absoluto control. Tiene laboratorios en los que trabajan robots bajo su dirección. Es capaz de fabricar herramientas, así como sus piezas de recambio para repararse a sí misma. Tiene una fuente virtualmente inextinguible de energía atómica. La Máquina, en resumen, se basta a sí misma y es superlativamente inteligente, pero tiene sus limitaciones. Esas limitaciones fueron implantadas desde el primer momento, y consisten en tres directrices fundamentales.

»Debe dirigir los juegos honestamente, dentro del marco de las leyes establecidas hace mucho tiempo por el Instituto de Semántica General. Debe proteger el desarrollo No–A en el sentido más amplio. Sólo puede matar a seres humanos cuando la ataquen directamente.

Gosseyn estaba registrando a Prescott. Ningún detalle de las ropas del hombre escapaba a sus ágiles dedos. En los bolsillos llevaba una pistola y dos desintegradores, munición de repuesto, una caja de cápsulas de polvos Drae, un paquete de píldoras–antídoto y un cuaderno de notas. Gosseyn no se limitó a los bolsillos, sino que examinó también las propias ropas. El material era plástico, del que se usa unas cuantas veces y luego se tira.

Encontró el aparato que buscaba al lado del tacón del zapato derecho. Era un localizador electrónico hecho del mismo plástico que el zapato, e identifiable únicamente por los finísimos alambres que llevaba incrustados. Probablemente, Patricia Hardie había utilizado un aparato como aquel para poder caer en sus brazos aquel primer día, fingiendo que necesitaba protección. Entonces no había tenido tiempo de averiguar cómo había sido localizado. Era bueno saberlo. Las explicaciones despejaban la mente, eliminaban tensiones del sistema nervioso y liberaban al cuerpo de la servidumbre de las excitaciones negativas, permitiéndole una actividad más positiva. Súbitamente, le resultó más fácil escuchar al psicólogo.

También el doctor había estado combinando la actividad con la conversación. Desde que empezó a hablar, había estado guardando el material de los tests en un maletín de cuero. Fotografías y notas fueron a parar al maletín. Abrió aparatos y sacó tubos–registro, alambres, pantallas, rollos de película, cintas de papel autoimpreso, etcétera. Casi todo el material, antes de pasar al maletín, era interpretado brevemente.

—Esto demuestra que el nuevo cerebro no es materia cortical… y esto… y esto… y esto… que las células no son talámicas… memoria… asociación. Aquí hay algunos de los principales canales por los que está conectado al resto del cerebro… Ninguna indicación de que hayan surgido impulsos hacia o desde la nueva materia gris…

Finalmente alzó la mirada.

—La evidencia muestra, Gosseyn, que lo que usted tiene no parece tanto un cerebro como los grandes sistemas de control del plexo solar y de la espina dorsal. Sólo que se trata de la estructura de controles más compacta que haya visto nunca. El número de células involucradas es casi igual a la tercera parte del total de las células que hay ahora en su cerebro. Tiene usted suficientes

aparatos de control en su cabeza para dirigir operaciones atómicas y electrónicas en el microcosmos, y en el macrocosmos no hay objetos suficientes para ocupar a todo el poder de control potencial de los conmutadores y los relés que hay ahora en su cerebro.

Gosseyn no se proponía interrumpirle. Pero no pudo evitarlo.

—¿Existe alguna posibilidad de que pueda aprender a interpretar ese nuevo cerebro *durante la próxima hora*? —inquirió ansiosamente.

El doctor agitó la cabeza negativamente.

—Ni en una hora, ni en un día, ni en una semana. ¿Ha oído usted hablar de George, el muchacho que vivió con los animales?

»George, un niño de dos años de edad, se extravió un día en un intrincado bosque situado detrás de la granja de sus padres. Todos los esfuerzos destinados a encontrarle resultaron infructuosos. El niño se había introducido en la madriguera de una perra vuelta al estado salvaje que acababa de dar a luz a una carnada de cachorros. La mayoría de los cachorros murieron, y la madre, hinchada de leche, recordando quizá vagamente la época que había pasado entre los humanos, permitió que el niño se alimentara en sus ubres.

»Más tarde, se dedicó a cazar alimento para él, aunque el hambre debió presentarse a menudo, ya que cuando fue capturado, a la edad de once años, convertido en un feroz animal, tan salvaje como la manada de perros que le seguía y aceptaba como jefe, se comprobó que las hormigas, las lombrices, los escarabajos y cualquier cosa que se moviera y tuviera vida formaba parte de la dieta del muchacho. Por su comportamiento y sus hábitos, se dedujo su historia anterior.

»Su lenguaje consistía en gruñidos, aullidos, y unos ladridos bastante aceptables. Sociólogos y psicólogos se dieron cuenta de la oportunidad que representaba, pero todos sus esfuerzos para educarle fracasaron. Cinco años después de su captura, había aprendido las letras del alfabeto y a pronunciar su nombre y los nombres de unos cuantos objetos. Pero su aspecto seguía siendo bestial. Sus ojos ardían con facilidad llenos de odio. Andaba frecuentemente y con gran agilidad a cuatro patas, y, después de cinco años, su conocimiento del bosque era asombroso. Los rastros de animales, incluso dejados varias horas antes, le excitaban de tal modo que empezaba a dar saltos y a aullar como un verdadero lobo.

»Murió a la edad de veintitrés años, y su aspecto seguía siendo el de un animal incluso en el camastro de su celda de paredes acolchadas. La autopsia reveló que su cortex no se había desarrollado del todo, aunque su tamaño permitía creer que no hubiera sido imposible hacerlo funcionar.

El doctor terminó:

—Con lo que ahora sabemos acerca del cerebro, nosotros podríamos haber convertido a George en un ser humano, pero creo que estará usted de acuerdo en que el caso de George y el suyo son similares, con una sola diferencia: *usted empezó como un ser humano*.

Gosseyn permaneció silencioso. Por primera vez, el problema de su cerebro adicional había sido definido claramente del único modo racional posible: por análisis y comparación. Hasta este momento su imagen de él había sido vaga e idealista, inquietante solamente porque el nuevo cerebro no había mostrado ninguna actividad, ninguna clase de reacciones. Pero siempre, a través

de lo horroroso de sus visualizaciones, había alentado la esperanza. Le había dado una medida de arrogancia y de fuerza en los momentos más difíciles de su breve carrera como un potencial salvador de la civilización. Y en alguna parte dentro de su piel, impregnando posiblemente todo el sistema nervioso, había experimentado el orgullo de ser más que un hombre. El orgullo permanecería, desde luego. Era humano sentirse orgulloso de unos atributos físicos o mentales que habían llegado por casualidad. Pero por lo demás, en lo que respecta a un posterior desarrollo, la cosa requeriría tiempo, indudablemente.

—Si es usted —dijo el psiquiatra— una verdadera mutación, el hombre posterior al hombre, y llega el momento de escoger entre salvarle a usted y dejar que ese ejército galáctico asalte a una civilización pacífica, puede estar seguro de que le escogeré a usted. Y ellos —sonrió sarcásticamente— tendrán la oportunidad de comprobar si No–A puede ser destruido por una primera adversidad.

—Pero los venusianos no lo saben —Gosseyn encontró su voz—. Ni siquiera lo sospechan.

—Eso —dijo el doctor Kair— subraya con un énfasis muy especial cuál debe ser nuestro próximo movimiento. Nuestro futuro depende de que logremos o no escapar de esta casa antes de que amanezca. Y eso —se puso en pie con una agilidad asombrosamente juvenil— nos devuelve a nuestro amigo Prescott.

Resultó fácil pensar de nuevo en el apremiante y mortal peligro.

XVII

En nuestros procesos nerviosos copiamos a los animales… En el hombre, tales reacciones nerviosas conducen a la no–supervivencia, a estados patológicos de infantilismo general, de conducta privada y pública infantil… Y, cuanto más desarrollada técnicamente está una nación o una raza, más cruel, despiadado, rapaz y comercializado acaba siendo su sistema… debido a que continuamos pensando como animales y no hemos aprendido a pensar consecuentemente como seres humanos.

A. K.

John Prescott, agente galáctico. La identificación era admisible. El hombre yacía sobre un sofá y sus ojos les observaban. Sus cabellos rubios parecían extrañamente blanquecinos a la intensa luz. En sus labios había una expresión ligeramente burlona, a pesar de la mordaza levemente abultada en el interior de su boca.

Gosseyn dijo con repugnancia:

—Hay algo horrible aquí, ¿sabe? Este hombre permitió que su esposa fuese asesinada como un mero incidente en una campaña para convencerme de su *bona fides*. Lo que me engañó fue que en otro tiempo había sido un creyente parcial en la filosofía No–A. Di por sentado, también, que había matado a «X» y a Hardie por pura casualidad. Pero ahora recuerdo que hizo una pausa antes de llegar a Thorson y me dio tiempo para desarmarle. En otras palabras, asesinó a los dos terráqueos que habían sido utilizados como fachada por el imperio galáctico, lo cual deja sólo a gente galáctica en el control del gobierno de la Tierra.

Gosseyn cerró los ojos.

—Un momento —dijo—. Se me ocurre una idea. Los juegos. ¿No se suponía que los juegos de este año iban a dar un sucesor del Presidente Hardie? —Abrió los ojos—. ¿Quién ha llegado tan lejos? ¿Quién es el cabecilla?

Kair se encogió de hombros.

—Un hombre llamado Thorson. —Hizo una pausa y parpadeó—. ¿Sabe? —dijo lentamente—. No había asociado el nombre cuando usted lo mencionó. Pero ahí tiene su respuesta.

Gosseyn no dijo nada. En su mente había una idea que le hizo estremecer. Tenía muy poco que ver con el hecho de que Jim Thorson, representante personal de un emperador galáctico, se convirtiera en el próximo presidente de la Tierra. La idea estaba relacionada con la Máquina. Había sobrevivido a su utilidad. Nunca volvería a ser digna de confianza, ahora que se había demostrado que era vulnerable. Resultaba difícil imaginar a la Tierra sin la Máquina de los Juegos.

A su lado, el doctor Kair dijo, en tono tranquilo:

—Todo esto carece de importancia ahora. Tenemos nuestro propio problema. Tal como yo lo veo, uno de nosotros debe personificar a Prescott y salir al exterior para comprobar cuál es la situación.

Gosseyn respiró profunda y lentamente y volvió a ser él mismo. Se apresuró a decir:

—¿Qué me dice de su esposa? ¿Está aquí? Hace rato que quería preguntárselo. Y niños. ¿Algún niño?

—Tres, pero no están aquí. Los niños nacidos en Venus no pueden visitar la Tierra hasta que cumplen los dieciocho años. En este momento mi esposa se encuentra con ellos en Nueva Chicago, Venus.

Se sonrieron el uno al otro, aparentemente más alegres. Tenían derecho a estarlo. Los dos hombres se encontraban solos con su gran problema: uno, el doctor, con grandes logros en su haber; el otro… bueno, el otro tenía aún que probarse a sí mismo.

Decidieron sin discutir que el doctor Kair saldría a establecer contacto con los agentes de la conjura. Su cabello blanco y su figura le conferían un aspecto similar al de Prescott. En la oscuridad, sería suficiente. Los zapatos de Prescott, aunque un poco largos y un centímetro demasiado estrechos, podían ser calzados por Kair. Parecía prudente llevar los zapatos que contenían el localizador. Imitar la voz de Prescott resultó relativamente fácil. Como todos los oradores ejercitados, como todos los venusianos, el psiquiatra tenía pleno control de las cámaras de resonancia de su cuerpo y su cabeza. Con un recuerdo reciente de la voz de Prescott, y disponiendo de Gosseyn para revisar las sutilezas del acento, consiguió la imitación en tres minutos, incluyendo un susurro identificable.

—Y ahora —dijo Gosseyn en tono acerado—, el propio caballero nos informará de los detalles de su acuerdo con los amigos que esperan en la calle.

Se inclinó y quitó la mordaza. La aversión que experimentaba debía reflejarse en su rostro, o quizá Prescott estaba persuadido por el conocimiento de lo que él habría hecho para obtener información en circunstancias similares. Lo cierto es que se apresuró a decir:

—No tengo ningún inconveniente en decirles que hay una docena de hombres en la calle, y que tienen orden de seguirle a usted, no de detenerle. Habíamos quedado en que yo saldría aproximadamente a esta hora, para hacerles saber que todo iba bien. El santo y seña es «Venus».

Gosseyn le hizo un signo al psiquiatra.

—De acuerdo, doctor —dijo—. Le espero dentro de cinco minutos. Si para entonces no ha regresado, suprimiré toda clase de miramientos y le volaré la cabeza a Prescott.

El doctor rio sin alegría.

—Tal vez sería conveniente que permaneciera fuera seis o siete minutos.

Su risa se apagó cuando llegó a la puerta, que se movió un poco cuando se deslizó a través de la abertura. Luego desapareció en medio de la oscuridad y de la niebla.

Gosseyn miró su reloj.

—Ahora son las cuatro y diez —le dijo a Prescott, y empuñó su pistola. Una diminuta gota de sudor empezó a deslizarse por la mejilla de Prescott. Esto le dio una idea a Gosseyn. Miró otra vez

su reloj. Habían transcurrido treinta y cinco segundos.

—Un minuto —dijo Gosseyn.

El tiempo psicológico era una corriente de cambios irreversibles de los tejidos y de las células. Pero el tiempo íntimo dependía del sistema humano, de circunstancias variables y de cada idividuo. Cambiaba bajo una fuerte tensión. La duración estaba unida con tanta firmeza al hombre y a sus emociones momentáneas como lo estaba la vida al sistema nervioso. El segundero acababa de completar su primera vuelta. En consecuencia, había transcurrido un minuto desde que salió el doctor Kair.

—Dos minutos —dijo Gosseyn en tono implacable.

Prescott dijo, con voz ronca:

—A menos que Kair sea un estúpido, regresará antes de que pasen los cinco minutos. Pero el contacto que está ahí fuera es un necio charlatán. Téngalo en cuenta, y no se dé demasiada prisa.

Cuando había transcurrido un minuto y medio, Prescott sudaba copiosamente.

—Tres minutos —dijo Gosseyn.

Prescott protestó:

—Le he dicho la verdad. ¿Por qué no había de hacerlo? No podrá usted eludirnos durante mucho tiempo. Una semana, dos semanas, tres semanas… ¿qué importa? Después de oír a Kair, estoy convencido de que sus posibilidades de lograr el control de esa parte adicional de su cerebro son prácticamente nulas. Eso es lo que queríamos averiguar.

Resultaba curioso escuchar hablar al hombre y al mismo tiempo imaginar al doctor Kair fuera, en medio de aquella niebla que era un preludio del amanecer. Su reloj le dijo que el psiquiatra llevaba fuera solamente dos minutos.

—¡Cuatro minutos! —dijo Gosseyn.

Se sobresaltó ligeramente. Si tenía que saltar un eslabón débil en el cerebro de Prescott, habría que ser ahora. Se inclinó hacia adelante, ansioso, sus preguntas temblando en la punta de su lengua.

—Otro motivo por el que he dicho la verdad —balbució Prescott— es que estoy convencido de que ni siquiera un superhombre podría interferir en las operaciones interplanetarias que están a punto de iniciarse. En el caso de usted, la organización ha adoptado un exceso de precauciones.

El reloj de Gosseyn marcaba las cuatro y doce minutos y medio. De acuerdo con el acelerado sentido del tiempo que operaba sobre el sistema nervioso de Prescott, los cinco minutos previstos para la ausencia del doctor Kair habían transcurrido ya. A Gosseyn le pareció que era demasiado rápido. Reduciendo el tiempo a la mitad, no le había dado a Prescott la oportunidad de derrumbarse del todo. Era demasiado tarde para rectificar. Si el hombre tenía que claudicar, este era el momento.

—Los cinco minutos han pasado ya —dijo secamente. Levantó la pistola. El rostro de Prescott estaba lívido. Gosseyn añadió—: Voy a concederle un minuto más, Prescott. Y si para entonces no ha empezado a hablar, o si el doctor Kair no ha regresado, todo habrá terminado para usted. Lo que quiero saber es: ¿Dónde consiguieron «X» o la organización el aparato que utilizan para corromper la Máquina de los Juegos? ¿Y dónde se encuentra ahora ese aparato?

Pronunciadas las palabras, miró su reloj para subrayar el tiempo límite. Miró, desconcertado, y por unos instantes olvidó a Prescott. Eran las cuatro y catorce minutos. ¡Habían transcurrido cuatro minutos! Experimentó una sensación de vacío, pensando por primera vez que la ausencia del doctor Kair duraba demasiado. Vio que Prescott tenía el rostro de color grisáceo, y que luchaba por dominar sus propios nervios. Prescott dijo, en un curioso tono inexpresivo:

—El Distorsionador está en el apartamento de Patricia Hardie. Lo instalamos allí para que pareciera una parte de una pared.

El hombre parecía al borde del colapso. Y sus palabras tenían el acento de la verdad. El «Distorsionador» —el mismo nombre era una comprobación parcial— *tenía* que estar instalado cerca de la Máquina, *y* era evidente que lo habrían ocultado. ¿Por qué no en las habitaciones de Patricia Hardie? Gosseyn reprimió un impulso de ir en busca del detector de mentiras. Lo reprimió porque Prescott había empezado a hablar y la introducción de una máquina podría resultar fatal. Pero no pudo evitar el echar otra ojeada a su reloj. Eran las cuatro y quince minutos. Gosseyn miró hacia la puerta. La entrada del doctor Kair podía estropearlo todo. Empezaba a comprender la presión que Prescott había soportado. Con un esfuerzo, se obligó a dedicar de nuevo su atención al hombre.

—¿Dónde obtuvieron ustedes el «Distorsionador»? —apremió.

—Lo trajo Thorson. Está siendo utilizado ilegalmente, dado que su uso está prohibido por la Liga excepto para…

Un sonido en la puerta le silenció. Se relajó con una mueca enfermiza mientras el doctor Kair, sin aliento, entraba.

—No tenemos tiempo que perder —dijo el doctor—. Está a punto de amanecer y la niebla empieza a aclararse. Les he dicho que nos marcharíamos en seguida. Vamos.

Cogió el maletín de cuero que contenía el material de los tests acerca del cerebro de Gosseyn. Se demoraron lo suficiente para poder amordazar a Prescott, lo suficiente para que Gosseyn pudiera pensar, y decir:

—Pero, ¿a dónde vamos?

Kair estaba tan alegre como un chiquillo que acaba de conocer el sabor de la aventura.

—Tomaremos mi roboplano privado, desde luego. Vamos a actuar como si no nos vigilasen. En cuanto a *dónde* vamos, no esperará que lo mencione delante del señor Prescott, ¿verdad? Particularmente teniendo en cuenta que voy a dejar caer sus zapatos, con el localizador, antes de que dejemos atrás la ciudad.

Cinco minutos más tarde estaba en el aire. Gosseyn contempló la espesa niebla que rodeaba al aparato y se sintió exultante.

Se estaban realmente escapando.

XVIII

Gosseyn se hundió más profundamente en su asiento del roboplano y miró al doctor Kair. Los ojos del psiquiatra estaban abiertos, pero parecía soñoliento. Gosseyn dijo:

—Doctor, ¿qué aspecto tiene Venus? Me refiero a las ciudades…

El doctor volvió la cabeza a un lado para mirar a Gosseyn, pero no movió su cuerpo.

—¡Oh! Son muy parecidas a las ciudades de la Tierra, aunque adaptadas a un clima perpetuamente suave. Debido a las nubes altas, nunca hace demasiado calor. Y nunca llueve, excepto en las montañas. Pero cada noche, sobre las grandes llanuras llenas de verdor, cae un copioso rocío. Lo bastante copioso como para colmar las necesidades de la lujuriante vegetación. ¿Era eso lo que quería saber?

No lo era.

—Me refería a la ciencia —Gosseyn enarcó las cejas—. ¿Es diferente? ¿Es superior?

—En absoluto. Todo lo que se descubre en Venus es introducido inmediatamente en la Tierra. En realidad, la investigación en la Tierra está en muchos aspectos más avanzada que en Venus. Es lógico que sea así. En la Tierra hay muchísimos habitantes, y la especialización hace posible que las mentes de inteligencia nada excepcional —incluso las mentes anormales— inventen y descubran.

—Comprendo —dijo Gosseyn—. Dígame una cosa, doctor: basándose en su conocimiento de la ciencia terráquea y venusiana, ¿cuál es la explicación para dos cuerpos y una misma personalidad?

—Me proponía pensar en eso por la mañana —dijo el doctor Kair con tono fatigado.

—Piense en ello ahora —insistió Gosseyn—. ¿Existe alguna explicación con base en la ciencia solar?

—Ninguna, que yo sepa. —El psiquiatra frunció el ceño—. Ha tocado usted el punto clave de esta situación, Gosseyn. ¿Quién descubrió unos procesos tan absolutamente radicales? No dudo de que se han llevado a cabo experimentos biológicos muy importantes en el sistema solar por biólogos adiestrados semánticamente. ¡Pero dos cuerpos y un cerebro nuevo!

—Observe que ambos lados tienen algo —dijo Gosseyn lentamente—. El milagro de mi extraña inmortalidad fue producto de alguien que se opone al grupo que posee el Distorsionador. Y sin embargo, doctor, mi lado —nuestro lado— tiene miedo. Debe tenerlo. Si poseyera una fuerza comparable, no se entregaría a este juego oculto.

—Hum… Admito que hay algo de verdad en eso.

Gosseyn insistió:

—Doctor, si fuera usted un ser humano lo bastante poderoso como para tomar decisiones de importancia interplanetaria por su cuenta y riesgo, ¿qué haría si descubriera que un imperio galáctico estaba planeando apoderarse de todo un sistema solar?

El psiquiatra resopló.

—Levantaría a la gente. La fuerza de los No–A no ha sido sometida aún a prueba en una batalla, pero tengo la impresión de que respondería perfectamente.

Transcurrieron varios minutos antes de que Gosseyn volviera a hablar.

—¿A dónde vamos, doctor?

El doctor Kair irguió la cabeza por primera vez.

—Hay una cabaña —dijo— en una orilla aislada del Lago Superior en la que pasé un par de meses hace tres años. Me pareció un lugar tan ideal para pensar e investigar con tranquilidad, que lo compré. Desde entonces no he vuelto por allí. —Sonrió—. Estoy completamente seguro de que allí nos encontraremos a salvo durante una temporada.

—¡Oh! —dijo Gosseyn.

Calculó el tiempo que había pasado desde que iniciaron el vuelo. Decidió que había transcurrido media hora. No estaba mal, en cierto sentido. Un hombre que en treinta minutos podía darse cuenta de que el tentador camino fácil no era para él había recorrido una larga distancia hacia el dominio de su entorno. *Era* tentador pensar en tenderse durante horas enteras en una tranquila playa, dedicado exclusivamente a ejercicios mentales, sin apremios de ninguna clase, bajo la dirección de un gran científico. El único fallo en el cuadro era más bien enorme: aquello no le gustaría.

Imaginó la solitaria cabaña del doctor Kair. Habría algún pueblo cerca, y tal vez algunas granjas y hogares de pescadores. Tres años antes, con la conciencia limpia, absorto en sus propias ideas, el psiquiatra no habría prestado atención a lo que le rodeaba. Probablemente, en sus paseos meditabundos por las playas solitarias, los ocasionales habitantes con los que se había cruzado fueron para él personas a las que veía sin dedicarles en realidad un solo pensamiento. Lo cual no significaba que aquellas personas no se hubiesen fijado en el doctor. Y las posibilidades de que dos hombres llegaran a aquella cabaña inmediatamente después del asesinato de Hardie y no fuesen observadas muy de cerca eran… bueno, eran inexistentes.

Gosseyn suspiró. No podía permitirse el vegetar en una cabaña solitaria a orillas de un lago mientras los mundos habitados del sistema solar eran sacudidos por el impacto de unos ejércitos invasores. Echó otra ojeada al doctor. La cabeza del hombre estaba apoyada contra el respaldo de su asiento; tenía los ojos cerrados. Su pecho subía y bajaba de un modo regular. Sin levantar la voz, Gosseyn le llamó:

—¡Doctor!

El durmiente no se movió.

Gosseyn esperó unos instantes y luego se deslizó hasta los controles. Los fijó para que trazaran un amplio semicírculo, tomando la dirección de la cual habían venido. Regresó a su asiento, arrancó una hoja de su cuaderno de notas y escribió:

Apreciado doctor:

Lamento marcharme de este modo, pero si estuviera usted despierto probablemente se opondría a mis propósitos. Estoy realmente ansioso por someterme a un entrenamiento mental, pero hay cosas mucho más urgentes para mí. Lea los avisos personales de los

periódicos. Busque un anuncio firmado por «Huésped». Si es necesaria su respuesta, firme «Despreocupado».

Colocó la nota en el tablero de los controles y luego ajustó a su cuerpo uno de los paracaídas de ingravidez. Veinte minutos más tarde, la luz atómica de la Máquina brilló a través de la niebla. Una vez más, Gosseyn fijó los controles para que trazaran un amplio semicírculo, de modo que el roboplano volviera a su ruta original.

Esperó hasta que el ardiente faro de la Máquina de los Juegos fue como una llameante fogata debajo de él, luego ligeramente detrás. Vio la vaga forma de los edificios de la residencia presidencial delante del roboplano. Cuando estaba casi encima del palacio, empujó el tirador de la puerta de salida.

Inmediatamente empezó a caer a través de la niebla.

XIX

Incluso Leibnitz formuló el postulado de la continuidad, de la acción infinitamente cercana, como un principio general, y por este motivo no podía identificarse con la Ley de la Gravedad de Newton, la cual vincula la acción a una distancia.

H. W.

El paracaídas de ingravidez era en su totalidad un producto del más puro pensamiento No–A. Su descubridor había empezado por establecer consciente y deliberadamente los principios matemáticos involucrados; luego había dirigido la construcción de los primeros prototipos. Realizó su trabajo dentro de las limitaciones de aquella ley de la gravedad que decía que es más fácil para dos objetos en el espacio caer el uno hacia el otro que alejarse el uno del otro, con el menor de los dos protagonizando la mayor parte de la caída real. Sólo una fuerza aplicada podía cambiar esta tendencia, y las fuerzas aplicadas tienen tendencias propias que suelen incluir volumen, peso y una capacidad para resultar peligrosas cuando son utilizadas muy cerca de seres humanos. Había aún aristotélicos con absurdas ideas acerca de hacer «caer» cosas hacia arriba, y acerca de que nada era imposible. Los físicos No–Newtonianos, los físicos del mundo real, reconocieron la tendencia de los dos cuerpos a caer el uno hacia el otro como una invariante de la naturaleza, y se limitaron a ajustar sus estructuras nucleónicas para ralentizar la caída.

El paracaídas de ingravidez parecía un correaje de metal, con almohadillas para proteger el cuerpo en los lugares donde la presión era mayor. Tenía un pequeño motor, destinado a maniobrar lateralmente durante la caída. La velocidad de descenso más lenta que se había cronometrado era de unos ocho kilómetros por hora, lo cual significaba que el aparato tenía una eficacia ligeramente superior al noventa por ciento.

En consecuencia, rivalizaba con el motor eléctrico, la turbina de vapor, la tracción atómica para naves espaciales y la bomba de succión como una máquina «perfecta». Pulsando los botones adecuados, Gosseyn no tuvo ninguna dificultad para posarse en la terraza que conducía al apartamento de Patricia Hardie. Le hubiera gustado visitar antes a la Máquina de los Juegos, pero no había que pensar en ello. La Máquina estaría tan vigilada como las joyas de la corona en los antiguos tiempos. Pero a nadie se le ocurriría que pudiera regresar al palacio. Al menos, eso esperaba.

Se posó en la terraza con las rodillas dobladas y se incorporó como un boxeador, sobre las puntas de los pies. El paracaídas se cerraba con una cremallera: un tirón y se libró de él. Lo dejó rápida pero silenciosamente en el suelo. La puerta del balcón se abrió con un seco chasquido. El sonido dejó indiferente a Gosseyn.

Su plan estaba basado en la rapidez y en un recuerdo muy claro del lugar donde se encontraba el lecho de Patricia Hardie. Había estado indeciso acerca de cómo debía tratar a la joven. Ella podía creer que él había asesinado a su padre; y aquí, ahora, sin poder aplazar la decisión por más tiempo, comprendió que debía tener en cuenta aquella posibilidad.

Se acercó a la cama de puntillas y sujetó fuertemente a la joven, tapándole la boca con la mano. La amordazó, la ató, y luego retrocedió y encendió la luz. Miró a Patricia Hardie y dijo:

—Siento haberla maltratado.

Lo sentía. Pero había algo más que aquello detrás de sus palabras. En cuanto hubiera localizado e inutilizado el Distorsionador, esperaba escapar del palacio con la ayuda de la joven.

Vio que los ojos de Patricia estaban fijos en un punto detrás de él. Gosseyn giró en redondo. Desde el umbral de la puerta, Eldred Crang dijo:

—En su lugar, yo no intentaría nada.

Sus ojos castaños reflejaban la luz de la habitación Estaba muy tranquilo, flanqueado por dos hombres armados con desintegradores. Gosseyn levantó las manos por encima de su cabeza mientras Crang continuaba:

—Fue una tontería por su parte, Gosseyn, creer que un roboplano podría volar directamente sobre el palacio esta noche. Sin embargo, tengo una sorpresa para usted. Prescott fue liberado hace unos instantes, y llamó inmediatamente. A base de su informe, he persuadido a Thorson para que me permita manejarle a usted a mi manera.

Gosseyn permaneció en silencio, pero se sintió animado por una leve esperanza. Crang, el No–A secreto, había *persuadido* a Thorson. Había dado por sentado que la situación de Crang era demasiado difícil para que pudiera favorecerle, y sin embargo el hombre se había atrevido a hacerlo.

Crang continuó:

—La primera vez que entramos en contacto con usted nos llamó la atención el hecho de que a quienquiera que le hubiese enviado hasta nosotros le tenía sin cuidado que le mataran a usted o no. En realidad, creemos que después de que fue descubierto su cerebro adicional su muerte era algo previsto de antemano. Inmediatamente volvieron a ponerle en escena, esta vez en Venus, para cumplir otro objetivo limitado. No le diré cuál fue, pero le aseguro que lo cumplió. Una vez más, sin embargo, la persona que se encuentra detrás de usted parece completamente despreocupada por su suerte personal. La conclusión es obvia. Tiene que haber un tercer cuerpo Gosseyn esperando cobrar vida tan pronto como el segundo cuerpo deje de existir.

Sonrió. Sus ojos brillaron como fuego.

—El hombre que está detrás de usted, Gosseyn, se enfrenta con un serio problema. Es evidente que no se atrevería a tener dos cuerpos vivos al mismo tiempo. En primer lugar, sería demasiado complicado; en segundo lugar, existe la peligrosa posibilidad de que cada uno de los cuerpos desarrollara otros duplicados de sí mismo, con cada uno de los duplicados tan egotista y poderoso como los otros. No resulta difícil comprender a dónde podría conducir eso.

Crang sacudió ligeramente la cabeza.

—Thorson opinaba que debíamos retenerle a usted prisionero, pero yo sostengo que la muerte

o el encarcelamiento no son más que facetas de una misma situación. Y que cualquiera de ella sería la señal para la aparición de Gosseyn III. Nosotros no deseamos eso. Y si no le matamos a usted nadie más lo hará a excepción de usted mismo… o de algún otro agente del invisible jugador de ajedrez.

«En consecuencia, hemos decidido soltarle a usted incondicionalmente, en la creencia de que se protegerá a sí mismo de todo riesgo».

Gosseyn no había esperado aquello. No sabía exactamente en qué habían consistido sus esperanzas, pero no en la libertad, desde luego. Había estado tratando de calibrar las limitaciones de la posición de Crang, e incluso preguntarse por qué Crang, un partidario de los No–A, se oponía a la llegada de Gosseyn III. El brusco anuncio, favorable desde su punto de vista, desconcertante desde el de Crang, le pilló por sorpresa.

—¿*Qué* van a hacer? —dijo Gosseyn.

—Vamos a retirar todas las acusaciones contra usted —dijo Crang tranquilamente—. Ya se han cursado instrucciones a todas las comisarías de policía en ese sentido. Desde este momento es usted libre. Nada de lo que pueda hacer, con su cerebro subdesarrollado, nos preocupa. Es demasiado tarde para interponerse en nuestros planes. Puede decirle a quien le plazca lo que le plazca.

Se volvió hacia los guardias. Su actitud era tranquila, pero no amistosa.

—Acompañad a este hombre a su apartamento y cuidad de que le sirvan el desayuno y le proporcionen ropas adecuadas. Está autorizado a quedarse en el palacio hasta las nueve de la mañana, pero puede marcharse antes, si lo desea.

Gosseyn dejó que se lo llevaran. No se atrevió a hablarle a Patricia, y no se atrevió a darle las gracias a Crang por temor a que Thorson pudiera estar escuchando. El sol brillaba a través de la niebla sobre la ciudad de la Máquina cuando salió del palacio poco después de las nueve de la mañana.

XX

En la correlación es más importante la excitación que la inhibición, ya que todo parece indicar que la inhibición no es transmitida como tal. La existencia de correlación nerviosa inhibitoria es, desde luego, un hecho familiar, pero en tales casos el efecto inhibitorio es producido aparentemente, no por transmisión de un cambio inhibitorio, sino por transmisión de una excitación, y él mecanismo del efecto inhibitorio final es desconocido.

C. M. C.

Una vez en la calle, Gosseyn se dijo a sí mismo: «Alguien me seguirá. Thorson no me permitirá vagar a mi antojo».

Fue la única persona que subió al autobús al final de la calle. Contempló cómo el pavimento gris se deslizaba detrás del vehículo. Un coupé negro o azul —no estaba seguro del color— seguía al autobús dos manzanas más atrás. Gosseyn suspiró al ver que desaparecía por una calle lateral y se perdía de vista. Un automóvil muy rápido llegó desde algún lugar situado más allá del palacio y pasó junto al autobús, que había parado para recoger a una mujer. La mujer ni siquiera le miró, pero Gosseyn no dejó de observarla suspicazmente hasta que se apeó, veinte manzanas más allá.

«Tal vez —decidió— han sospechado a dónde voy a ir: primero al hotel, luego a la Máquina de los Juegos».

En el hotel, donde el primer Gosseyn había dejado sus pertenecías, incluidos unos doscientos dólares en billetes, el empleado dijo:

—Firme aquí, por favor.

Gosseyn no había pensado en aquello. Cogió la pluma, acosado por visiones carcelarias. Firmó y rubricó, y luego sonrió en su fuero interno al comprobar que se había convertido en una persona casi enervada.

Vio cómo el empleado desaparecía en una habitación trasera. Medio minuto más tarde el hombre salió con una llave.

—Ya conoce usted el camino hasta la bóveda —dijo.

Gosseyn lo conocía. Pero estaba pensando: «Incluso mi firma es la misma, una igualdad automática». Tenía que existir una buena explicación para semejante identidad.

Pasó diez minutos rebuscando entre las maletas hasta encontrar los tres trajes que le interesaban. Recordaba haber fijado el termostato en uno de ellos a 66° Fahrenheit, cuando lo normal para él eran 72.

Tal como había recordado, dos de las lecturas eran 72, y una 66. Se despojó de las ropas que le habían dado en el palacio y se puso uno de sus propios trajes. Le sentaba como un guante. Gosseyn suspiró. A pesar de todo, resultaba difícil aceptar la similitud entre él mismo y un hombre muerto.

Encontró su dinero donde lo había dejado, entre las hojas de uno de sus libros. Contó setenta y

cinco dólares en billetes de diez y de cinco, colocó de nuevo las maletas en la bóveda y devolvió las llaves al conserje. En la calle, el vocear de un vendedor de periódicos automático le recordó los rabiosos comunicados y acusaciones de la noche anterior. La muerte del Presidente ocupaba los enormes titulares, como era de esperar, pero debajo de ellos las informaciones tenían un tono sorprendentemente moderado:

> «…Gosseyn exonerado… Se lleva a cabo una minuciosa investigación… Los funcionarios de la Administración admiten que se hicieron muchas afirmaciones sin fundamento inmediatamente después del asesinato… Jim Thorson, el más destacado candidato presidencial en los juegos, exige el desarrollo normal de los procedimientos legales».

Equivalía a retractarse de una venganza. Y era al mismo tiempo una actitud generosa: la fácil generosidad de los hombres con una fuerza ilimitada detrás de ellos. La semilla de la sospecha sobre Venus y la Máquina había sido sembrada. En el momento oportuno se haría germinar.

En la primera página de la segunda sección había un pequeño párrafo que interesó a Gosseyn. Decía:

> SIN NOTICIAS DE VENUS
>
> La Central de Radio informa que
> esta mañana no ha podido ser establecido
> ningún contacto con Venus.

La información deprimió a Gosseyn. Cristalizaba una realidad que había estando hurgando en los baluartes exteriores de su mente desde que salió del palacio. Había vuelto a las profundidades, vuelto con los cinco mil millones de personas que no sabían nada excepto lo que les decían, vuelto a la oscuridad. Peor aún, él que había sido estimulado por el peligro a unas acciones que, vistas retrospectivamente, sabían a melodrama, había sido liberado del peligro. El asesinato del Presidente Hardie había sido obra de un loco, ciertamente más allá de la capacidad de un individuo corriente y respetuoso con la ley como Gilbert Gosseyn. Seguramente que le impedirían ver a la Máquina.

Pero nadie le cerró el paso. Las amplias avenidas que conducían a la Máquina estaban casi desiertas, lo cual no era sorprendente en el vigésimonoveno día de los juegos. A estas alturas, más del noventa por ciento de los competidores habrían sido eliminados, y su ausencia se hacía notar. En el interior de un compartimiento del tipo utilizado por la primera fase de los juegos, Gosseyn ajustó las conexiones necesarias para establecer contacto y esperó. Medio minuto después, alguien habló a través del altavoz situado en la pared, delante de él.

—De modo que esa es la situación, ¿no es cierto? ¿Cuáles son sus planes?

La pregunta desconcertó a Gosseyn. Había venido en busca de consejo, incluso —se mostraba reacio a admitirlo— de instrucciones. Sus propias ideas acerca de su futuro eran tan vagas que

resultaba inadecuado llamarlas «planes».

—Me han pillado por sorpresa —confesó—. Después de vivir en peligro, temiendo a la muerte y con una sensación de agobiante apremio, repentinamente han descargado todo el peso de mis hombros. He vuelto al purgatorio, a la obligación de atender todos los prosaicos detalles de una existencia mediocre. Mi único plan es el de hablar con alguno de los profesores del Instituto de Semántica, y entrar en contacto con el doctor Kair. Los venusianos tienen que ser advertidos del peligro que les amenaza.

—Los venusianos lo saben —dijo la Máquina—. Fueron atacados hace dieciséis horas por cinco mil naves espaciales y veinticinco millones de hombres. Ellos…

Gosseyn dijo:

—*¿Qué?*

—En este momento —dijo la Máquina—, las grandes ciudades de Venus se encuentran en manos de los conquistadores. En consecuencia, la primera fase de la batalla ha terminado.

Gosseyn soltó la conexión metálica. Su profundo desaliento le hizo olvidar por completo el enorme respeto que siempre le había inspirado la Máquina.

—¡Y usted no les advirtió! —exclamó, con voz ronca—. ¡Usted, monstruo increíble!

—Creo que ha oído usted hablar del Distorsionador —replicó la Máquina fríamente—. No puedo hacer ninguna declaración pública cuando estoy enfocado por ese aparato.

Gosseyn, que había abierto la boca para lanzar otro exabrupto, la cerró y permaneció en silencio, mientras la Máquina añadía:

—Un sistema de cerebros electrónicos es una estructura muy curiosa y muy limitada. Funciona mediante un proceso de flujo intermitente de energía. En este proceso, el corte de energía en los adecuados instantes de desdoblamiento es tan importante como el flujo durante otros instantes de desdoblamiento. El Distorsionador permite únicamente el movimiento de la energía, no las interrupciones ni las variaciones. Cuando es enfocado sobre cualquiera de mis partes, la función particular a la cual está sincronizada deja de tener inhibiciones. En las células fotoeléctricas, los tiratrones, los amplificadores y todas las partes de mi estructura, el flujo de energía se hace uniforme y pasivo. Mi sistema de comunicadores públicos se encuentra permanentemente bajo esa perniciosa influencia.

—Pero usted puede hablarme a mí como a un individuo. ¡Lo *está* haciendo!

—Como a un individuo —repitió la Máquina—. Concentrando todas mis facultades podría contarle la verdad a tres o cuatro personas. Supongamos que lo hiciera. Supongamos que unas cuantas docenas de individuos fueran por ahí diciendo que la Máquina acusaba al Gobierno de corrupción. Antes de que alguien llegara a creerlo, la conjura se enteraría de ello y concentraría otro Distorsionador sobre mí. No, amigo mío, el mundo es demasiado grande, y el grupo puede poner en circulación más rumores en una hora que yo verdades en un año. Todo lo que no sea una emisión pública a escala planetaria es perder el tiempo.

—Entonces —inquirió Gosseyn desalentado—, ¿qué vamos a hacer?

—*Yo* no puedo hacer nada.

El acento sobre el pronombre no pasó inadvertido para Gosseyn.

—¿Quiere usted decir que yo puedo hacer algo?

—Todo depende —dijo la Máquina— de hasta qué punto comprenda usted que el análisis de la situación enunciado por Crang era impecable.

Gosseyn recordó lo que Crang había dicho. Todas aquellas tonterías acerca de por qué no iban a matarle, y acerca…

—Un momento, un momento —dijo en voz alta—. No querrá usted decir que se supone que debo suicidarme…

—Yo le hubiera fulminado a usted en el momento en que entró aquí —dijo la Máquina—, si hubiese estado a mi alcance. Pero sólo puedo matar a seres humanos en defensa propia. Esa es una inhibición permanente sobre mis facultades.

Gosseyn, que nunca había pensado en un peligro procedente de la Máquina, respingó.

—Pero… no entiendo nada. ¿Qué es lo que pasa?

La voz de la Máquina pareció llegar desde muy lejos.

—Su tarea ha terminado —dijo—. Ha cumplido usted su objetivo. Ahora debe ceder el puesto al tercero y más completo de los Gosseyn. Es posible que con el tiempo pudiera usted aprender a integrar su cerebro adicional en este cuerpo. Pero no hay tiempo disponible. En consecuencia, debe usted ceder el puesto a Gosseyn III, cuyo cerebro estará integrado desde el momento en que adquiera una vida consciente.

—Pero, eso es absurdo —protestó Gosseyn—. Yo no puedo suicidarme. —Hizo un esfuerzo para dominarse—. ¿Por qué ese… ese tercer Gosseyn no puede cobrar vida sin que yo muera?

—Sé muy poco acerca del proceso —dijo la Máquina—. Desde la última vez que le vi a usted, me han dicho que la muerte de un cuerpo es registrada por un receptor electrónico, el cual despierta automáticamente al nuevo cuerpo a la vida. La parte mecánica del problema parece muy sencilla, pero la parte biológica resulta muy complicada.

—¿Quién le dijo eso? —inquirió Gosseyn, tenso.

Se produjo una pausa. Luego se abrió una ranura a través de la cual se deslizó una carta.

—Recibo mis instrucciones por correo —dijo la Máquina—. Su segundo cuerpo me fue enviado en un furgón, con esa nota adherida.

Gosseyn cogió la nota y leyó el mensaje mecanografiado en ella:

Envíe el cuerpo de Gosseyn II a Venus y haga que uno de sus roboplanos lo deposite en el bosque contiguo a la casa de Prescott. Cuando abandone esa residencia, recójale y sitúele cerca de la casa de Crang, con instrucciones para que se entregue. Proporciónele información acerca de Venus, y adopte todas las precauciones necesarias.

La Máquina dijo:

—Nadie se interfiere con mis envíos a Venus, de modo que no hubo problemas.

Gosseyn releyó la nota, cada vez más desanimado.

—¿Eso es todo lo que sabe? —consiguió decir finalmente.

La Máquina pareció vacilar.

—Posteriormente recibí un mensaje, informándome de que no tardaría en serme enviado el cuerpo de Gosseyn III.

Gosseyn palideció.

—Está mintiendo —dijo con voz ronca—. Me está diciendo eso a fin de que tenga un incentivo para suicidarme.

Se interrumpió. Estaba hablando acerca del acto, discutiéndolo como si fuera algo que tuviera que ser discutido. Cuando la realidad era que no se trataba de no suicidarse por esto, o por aquello, o por lo de más allá. No iba a suicidarse, sencillamente. Sin pronunciar otra palabra dio media vuelta y salió del compartimiento, alejándose de la Máquina.

Durante todo aquel día fue un hombre torturado por una mezcla de asombro y de desesperación. Al atardecer, su febril inquietud empezó a remitir. Se sentía cansado y desdichado, pero también más cogitabundo. La Máquina no había sugerido siquiera que intentara apoderarse del Distorsionador, tal vez porque no podía imaginar que tuviera éxito.

Mientras cenaba visualizó cómo podía hacerse. Telefonear a Patricia y concertar una cita con ella en su apartamento. Seguramente podría convencerla para que le recibiera a lo largo del día siguiente, sin que ninguno de los otros se enterase. Tenía que intentarlo.

La llamó por teléfono inmediatamente después de cenar. Después de dar su nombre se produjo una breve demora, y luego apareció en la pantalla el rostro de Patricia. Sus ojos se iluminaron al verle, pero se apresuró a decir:

—No puedo hablar con usted más de un minuto. ¿Dónde podemos encontrarnos?

Cuando Gosseyn se lo dijo ella frunció el ceño, empezó a sacudir la cabeza y luego le miró pensativamente. Por fin dijo, lentamente:

—Todo esto me parece muy peligroso, pero estoy dispuesta a correr el riesgo si usted lo cree necesario. Mañana, a la una. Lo importante es que a su llegada no tropiece con Prescott, ni con Thorson, ni con Crang.

Gosseyn le aseguró que iría con cuidado, se despidió de ella y colgó.

Tropezó con Prescott.

XXI

Un famoso físico de la era victoriana dijo: «Lo único que podrá hacer la siguiente generación de físicos será medir el grado decimal siguiente». En la siguiente generación… Plank desarrolló la teoría de los quanta *que condujo a los trabajos sobre la estructura atómica de Bohr… Las matemáticas de Einstein fueron confirmadas por medio de una medición de grados decimales sumamente delicada… Evidentemente, el próximo problema involucrará a la serie siguiente de grados decimales. La gravedad sigue siendo mal comprendida. Lo mismo que los fenómenos del campo magnético… Tarde o temprano, alguien tropezará con otro grado decimal, y el problema quedará resuelto.*

J. W. C., Jr

Gosseyn cruzó la entrada principal unos minutos antes de la una. No estaba solo. Hombres y mujeres entraban y salían a través de las grandes puertas, y su presencia arrojaba una especie de niebla a su alrededor, ocultándole a una estrecha observación. Había, desde luego, la necesidad de pasar por el cuerpo de guardia. Gosseyn se asomó a la ventanilla y miró al rechoncho individuo sentado allí.

—Me llamo Gosseyn. Tengo una cita con la señorita Patricia Hardie a la una.

El hombre deslizó su dedo índice a lo largo de una lista de nombres. Luego pulsó un botón. Apareció un joven de uniforme, tomó la cartera de mano de Gosseyn y abrió el camino hacia un ascensor, cuyas puertas se abrían en aquel preciso instante. Una de las tres personas que salió era Prescott. Miró a Gosseyn con aire de sorpresa. Su rostro se oscureció.

—¿Qué le trae por aquí? —inquirió.

Gosseyn se infundió ánimos. Lo único que podía hacer era tratar de sacar el mejor partido posible de una suerte fantásticamente desfavorable. Tenía un vago plan para un encuentro como éste, pero su corazón se hundió como un peso de plomo mientras pronunciaba las palabras que había preparado:

—Tengo una cita con Crang.

—¿Eh? Acabo de hablar con Crang. Y no ha mencionado que fuera a entrevistarse con usted…

Gosseyn recordó que Prescott no sabía que Crang era un partidario secreto de No–A. Pensándolo bien, aquello era una suerte.

—Me ha concedido unos minutos —dijo—. Pero tal vez usted tenga alguna idea de lo que voy a decirle.

Prescott permaneció frío, vigilante y suspicaz mientras Gosseyn describía su visita a la Máquina y cómo la Máquina deseaba que se suicidara para que pudiera aparecer un tercer Gosseyn. Omitió lo que le Máquina le había dicho del ataque a Venus, y concluyó:

—Tengo que ver ese tercer cuerpo. Soy lo bastante No–A como para no creer en el triplicado,

incluso después de haber visto el duplicado. Nadie puede esperar que una persona mortalmente ejercitada como yo se vuele la tapa de los sesos —se estremeció involuntariamente—. Estoy buscando pistas —añadió—. Incluso se me ocurrió la idea de hablar con Thorson. Como comprenderá —miró duramente al otro—, después de lo de anoche no pensé en usted.

Prescott permaneció impasible ante la alusión a «lo de anoche». Se volvió, empezó a alejarse y luego retrocedió. Miró fijamente a Gosseyn. Su actitud seguía siendo fríamente hostil, pero sus ojos estaban llenos de curiosidad.

—Como usted probablemente habrá sospechado —dijo—, hemos estado buscando otros cuerpos suyos.

El impulso de Gosseyn había sido el de alejarse de Prescott. Ahora sintió un escalofrío.

—¿Dónde han buscado ustedes? —preguntó.

Prescott se echó a reír.

—Al principio teníamos algunas ideas bastante descabelladas. Practicamos sondeos desde el aire en busca de cuevas, y registramos los lugares más insólitos. Pero ahora somos un poco más listos.

—¿Qué quiere usted decir?

—El problema —continuó Prescott, frunciendo el ceño—, se complica extraordinariamente debido a una ley de la naturaleza de la que usted probablemente nunca ha oído hablar. La ley es esta: si dos energías pueden ser sintonizadas en una aproximación de similitud de veinte decimales, la mayor cruzará el vacío del espacio existente entre ellas como si no existiera ningún vacío, aunque el acoplamiento se realice a velocidades finitas.

—Eso me suena a griego —dijo Gosseyn.

Esta vez, la risa de Prescott fue más sonora.

—En tal caso, piénselo de este modo —dijo—. ¿Cómo se explica el hecho que tenga usted en su mente los detalles de lo que Gosseyn I hizo y pensó? El y usted tuvieron que ser sintonizados; de hecho, es el único medio teóricamente seguro de transmisión del pensamiento: tiene usted que hacerlo consigo mismo. De todos modos, no importa dónde estuviera usted; sus pensamientos, *estando vivo*, habrían sido los más fuertes, y habrían llegado a usted dondequiera que estuviera dentro de los límites del espacio alcanzable. No voy a definir esos límites.

Hizo una breve pausa. Luego continuó:

—Hemos examinado incluso meteoritos tan remotos como los anillos de Saturno en la creencia aparentemente errónea de que algunos de ellos podían haber sido horadados y convertidos en incubadoras con Gilbert Gosseyn en diversas fases de crecimiento. Eso le demostrará hasta qué punto…

Fueron interrumpidos por un hombre que llevaba uniforme militar.

—Nuestro automóvil está esperando, señor Prescott. La nave sale para Venus dentro de media hora.

—Termino en seguida, General.

Dio media vuelta y empezó a seguir al oficial. Luego se paró y retrocedió. Dijo:

—Tenemos cierta curiosidad por ver a ese Gosseyn III. Dado que usted ya ha tenido alguna

idea en ese sentido, no traiciono ningún secreto al decirle que le mataremos a él, y que entonces ya no habrá ningún motivo para no matarle a usted. Sugiero, además, que en alguna parte *tiene* que existir un final del número total de Gilbert Gosseyn.

Se alejó definitivamente, sin volver la mirada. Delante de la puerta esperaba un automóvil. Gosseyn le vio subir a él. Dentro de unos instantes, Prescott estaría pensando en aquel encuentro. Y en alguna parte a lo largo de la línea telefonearía a Crang, el cual tendría que entrar en acción.

Gosseyn entró en el ascensor sin poder disimular su impaciencia. Su plan para apoderarse del Distorsionador intacto había sido estropeado por aquel encuentro accidental, pero no perdió tiempo cuando Patricia Hardie le abrió la puerta de su apartamento. Mientras ella murmuraba algo acerca de lo peligroso que era para él haber regresado al palacio, Gosseyn sacó una cuerda de su cartera de mano.

Patricia Hardie quedó asombrada cuando Gosseyn empezó atarla. Tenía una pequeña automática oculta en la voluminosa manga de su vestido y trató de empuñarla. Gosseyn se la quitó y la guardó en uno de sus bolsillos. Cuando la hubo transportado, atada y amordazada, al dormitorio, para dejarla sobre la cama, dijo:

—Lo siento. Pero esto es por su propio bien, en el caso de que alguien nos interrumpa.

No lo sentía. Sólo tenía prisa. Corrió hacia el salón en busca de su cartera de mano. Sacó las herramientas que contenía y las dejó sobre la cama, al lado de la muchacha. Empuñando un taladro atómico, corrió hacia la pared que, según había decidido la noche anterior, era la única en la que podía encontrarse el Distorsionador.

El Distorsionador *tenía* que estar frente a la Máquina de los Juegos, a medio kilómetro de distancia. Y fuera cual fuese su forma, no podía ser demasiado pequeño. A quinientos metros, incluso un faro debía tener energía y tamaño detrás de él para brillar intensamente. Gosseyn ajustó el taladro atómico para cortar la armadura metálica que había debajo del yeso. Aserró un cuadro de seis metros cuadrados y, con un fuerte tirón, hizo caer el trozo de pared. Dejando un reguero de fino polvo, lo arrastró y lo colocó contra la pared de la alcoba. Cuando regresó, allí estaba el Distorsionador. Tenía un metro ochenta de altura por uno veinte de anchura y cincuenta centímetros de espesor. Era más pequeño de lo que había esperado, y de él no sobresalía ningún cable. Gosseyn lo cogió entre sus manos para sopesarlo. Unos veinte kilos, calculó, mientras lo transportaba junto a la cama y lo dejaba allí, boca arriba, sobre la alfombra. Contempló fijamente la masa de tubos de aspecto cristalino. Era evidente que se trataba de un aparato electrónico de los muchos que habían venido desarrollándose sobre un tema de infinitas variaciones desde hacía un centenar de años. Empuñó de nuevo el taladro atómico y, acercándose al Distorsionador, se dispuso a hacerlo pedazos. Cuando se inclinaba sobre él, se detuvo, frunció el ceño y consultó su reloj. Faltaban veinticinco minutos para las dos.

Su fiebre pareció remitir. La nave de Prescott había despegado hacia Venus, y no había ocurrido nada. Se acercó a una de las ventanas. La gran extensión de césped que conducía hacia la Máquina, sembrada de arbustos espaciados aquí y allá, estaba casi desierta. A intervalos irregulares, unos jardineros estaban inclinados sobre las flores, realizando las tareas de su profesión. Más allá estaba la Máquina, una enorme masa resplandeciente coronada por su faro de

una potencia que sólo podía expresarse en cuatrillones de intensidades lumínicas. Sólo tardaría unos minutos en hacer llegar el Distorsionador allí.

Con brusca decisión, Gosseyn empuñó el teléfono que había junto al lecho de Patricia Hardie y, cuando una voz femenina contestó, dijo:

—Póngame con el carpintero jefe, por favor.

—Le pondré con el Superintendente de los Talleres de Palacio —dijo la telefonista.

Un momento más tarde, una voz gruñona murmuró algo. Gosseyn le explicó lo que quería y colgó. Temblaba de excitación.

«Dará resultado —se dijo a sí mismo—. Esas cosas siempre dan resultado cuando se llevan adelante con osadía».

Transportó apresuradamente el Distorsionador al salón. Luego cerró la puerta del dormitorio. Poco después llamaron a la puerta del pasillo. Gosseyn fue a abrir y entraron cinco hombres, tres de ellos portando unas tablas de madera. Los tres hombres pusieron manos a la obra inmediatamente y embalaron el Distorsionador. Estaban provistos de silenciosas sierras atómicas y de aparatos de remachar automáticos; al cabo de siete minutos, por el reloj de Gosseyn, habían terminado. Los otros dos hombres, que hasta entonces no habían hecho nada, cargaron con la caja. Uno de ellos dijo:

Dentro de cinco minutos habrá llegado a su punto de destino, señor.

Gosseyn cerró la puerta detrás de él y regresó al dormitorio. No miró a la muchacha, sino que se dirigió directamente hacia una de las ventanas. Al cabo de dos minutos un camión con la caja a bordo apareció en el asfaltado camino a cuatrocientos metros de distancia. Se dirigió directamente hacia la Máquina y desapareció bajo una marquesina metálica. Dos minutos después, reapareció, vacío.

Sin pronunciar una sola palabra, Gosseyn se acercó a la cama y desamordazó y desató a la muchacha. Tenía consciencia de una vaga insatisfacción, de un inexplicable sentimiento de frustración.

XXII

Quisnam igitur sanus? *(¿Quién, entonces, está cuerdo?)*

Horacio: *Sátiras, II*
circa 25 a.C.

Patricia Hardie se sentó en la cama, frotándose los brazos para restablecer en ellos la circulación. No habló, se limitó a permanecer sentada allí, dándose masaje, y mirándole, con una leve sonrisa en los labios. La sonrisa intrigó a Gosseyn. Observando mejor a la muchacha vio que la sonrisa era cínica, sapiente.

—¡De modo que ha fracasado usted! —dijo Patricia Hardie.

Gosseyn la miró fijamente. Ella añadió:

—Esperaba usted que le mataran al venir hoy al palacio, ¿no es cierto?

Gosseyn abrió la boca para decir «¡No sea estúpida!», pero no lo dijo. Estaba visualizando su medrosa aproximación al palacio, su éxito en la tarea que se había asignado, y luego su decepción. Seguramente que los hombres podían engañarse a sí mismos. La voz de la muchacha resonó de nuevo, ahora más incisiva:

—Ese es el único motivo por el que ha venido en busca del Distorsionador. Sabe que tiene que morir para que aparezca Gosseyn III. Y por eso confiaba en que la tentativa le expondría a un peligro mortal.

Ahora, Gosseyn podía verlo con claridad. Ningún hombre cuerdo se suicida o permite que otros le maten sin oponer resistencia. De modo que su subconsciente había tratado de encontrar una salida. «¿Creo en Gosseyn III —se preguntó—. Sí, creo en él». Se sintió abrumado. Debido a que se había dicho a sí mismo una y otra vez que era imposible. «¿Puedo suicidarme? ¡Todavía no! Pero existe un medio. *Existe un medio*».

Gosseyn se apartó de la muchacha sin pronunciar una sola palabra y se encaminó hacia la puerta.

—¿A dónde va usted? —le preguntó ella.

—A mi hotel. Puede ponerse allí en contacto conmigo en cualquier momento.

Se paró delante de la puerta. Casi había olvidado que ella también tenía un problema.

—Será mejor que avise a los albañiles para que vuelvan a colocar ese trozo de pared en su lugar. En cuanto a lo demás que deba usted hacer, supongo que conoce su situación mejor que yo, de modo que lo dejo de su cuenta. Adiós, y buena suerte.

Cruzó la puerta y salió a la calle. Al llegar al centro de la ciudad, se detuvo en una farmacia y pidió un frasco de droga hipnótica.

—Empieza a entrenarse muy pronto para los juegos del próximo año, ¿no le parece? —dijo el farmacéutico.

—Es posible —respondió secamente Gosseyn.

A continuación entró en una tienda especializada en grabadoras.

—Desearía alquilar uno de sus aparatos para reproducir grabaciones, por una semana.

—¿Quiere también el complemento para efectuar sus propias grabaciones?

—Sí.

—En tal caso, serán cuatro dólares y cincuenta centavos.

En el hotel donde tenía sus cosas, Gosseyn pidió la llave de su taquilla en la bóveda y sacó el resto de su dinero; luego volvió a la conserjería.

—El primer día de los juegos —dijo— fui expulsado de este hotel debido a un malentendido acerca de mi identidad. ¿Me alquilarán ahora una habitación por una semana?

El empleado no vaciló. El hotel debía estar prácticamente vacío, después del gran éxodo de la ciudad de la gente que había fracasado en los juegos. Dos minutos más tarde un botones acompañaba a Gosseyn a una espaciosa habitación. Gosseyn cerró la puerta, efectuó la grabación que había planeado y la colocó en el aparato para que la repitiera interminablemente. Luego se tragó la droga hipnótica y se tumbó en la cama.

«Dentro de veinticuatro horas —pensó—, el efecto se habrá disipado, y entonces…»

Depositó la pequeña automática que le había quitado a Patricia Hardie sobre la mesilla de noche.

Lo que llegó a continuación no fue el sueño. Fue un sopor, un profundo cansancio a través del cual se filtraban impresiones, especialmente las sonoras. Y de un modo muy particular un sonido continuo, susurrante: el sonido de su voz en la grabación que había efectuado.

«No soy nadie. No valgo nada. Todo el mundo me odia. ¿Para qué quiero seguir viviendo? Nunca conseguiré nada que valga la pena. Ninguna muchacha se casará conmigo. Estoy arruinado… sin esperanza… sin dinero… voy a suicidarme…»

«Todo el mundo me odia… me odia… me odia…»

Había millones de personas sin integrar que pensaban y pensaban cosas como aquellas, sin llegar nunca al extremo de suicidarse. Era un asunto de sostenida intensidad y del espantoso desequilibrio que se producía en los hombres que habían caído desde las alturas de la integración a las profundidades de la desesperación.

«¿Para qué quiero seguir viviendo? ¿Para qué quiero…? Sin esperanza… voy a suicidarme».

Durante la primera hora, tuvo que soportar la intrusión de muchos pensamientos propios. «¡Esto es absurdo! Mi cerebro es demasiado estable para ser afectado por…» *«Sin esperanza… Todo el mundo me odia… No valgo nada…»*

Hacia el final de la segunda hora empezó a oírse un lejano rugido. El rugido persistió, aumentando de volumen con frecuencia hasta el punto de ahogar a la voz susurrante que brotaba junto al lecho. Por fin, su violenta persistencia despertó un eco asombrado en el cerebro de Gosseyn.

«¡Disparos! ¡Fuego de artillería! ¿Han empezado a atacar a la Tierra?»

Tuvo consciencia de un horror. Sin que recordara haber decidido levantarse, *se levantó*. ¡Cuan cansado estaba! *«No valgo nada… arruinado… sin esperanza… voy a suicidarme…»*

Se arrastró pesadamente a través de la habitación hasta la ventana. Fijó la mirada en otro edificio. Pero el retumbar de las descargas era más fuerte aquí, y más furioso. ¡Y procedía de la dirección de la Máquina! Por un instante de terrible temor la niebla que envolvía su cerebro se disipó. ¡La Máquina estaba siendo atacada!

«No soy nadie… Voy a suicidarme… Todo el mundo me odia…. ¿Para qué quiero seguir viviendo?»

La Máquina, con el Distorsionador en su poder y bajo control, debió de empezar a emitir advertencias acerca del ataque a Venus. La conjura estaba tratando de destruirla.

¡Emitiendo! ¡La radio del hotel! Se arrastró hacia ella. ¡Cuan cansado estaba! *«Voy a suicidarme… Sin esperanza…»* Finalmente llegó a la radio y la puso en marcha.

«Bombardeada… asesina… increíble… criminal…»

Incluso a través de su sopor, las palabras desconcertaron a Gosseyn. Y luego frunció el ceño, comprendiendo: la propaganda bélica funcionaba también. En todas las longitudes de onda unas voces rugían sus amenazas y acusaciones. ¡La Máquina! ¡La cobarde Máquina! ¡Monstruosidad mecánica, traidora, inhumana! Los conspiradores venusianos que habían impuesto su ponzoñosa voluntad alienígena sobre los hombres… Camisa de fuerza… asesinos… matanza…

Y todo el tiempo, como una música de fondo, el retumbar de las descargas, el incesante retumbar de las descargas. Gosseyn se sintió mareado. Debía acostarse. Estaba cansado. Muy cansado.

«¡GOSSEYN!»

Todas las otras voces callaron. La radio le hablaba directamente.

«¡GOSSEYN! HABLA LA MAQUINA. NO SE SUICIDE».

«Voy a suicidarme. No soy nadie. Todo el mundo me odia. ¿Para qué quiero seguir viviendo?»

«GOSSEYN, NO SE SUICIDE. SU TERCER CUERPO HA SIDO DESTRUIDO POR LA CONJURA. GOSSEYN, YO NO PUEDO DURAR MUCHO MAS TIEMPO. DURANTE LA PRIMERA MEDIA HORA ME DISPARARON OBUSES NORMALES. PERO AHORA ESTÁN LANZANDO TORPEDOS ATÓMICOS CONTRA MIS DEFENSAS».

«TENGO UNA BARRERA EXTERIOR DE ACERO DE TREINTA METROS. HA SIDO PERFORADA CINCO VECES POR TORPEDOS QUE AL PARECER PROCEDEN DE VENUS».

«GOSSEYN, NO SE SUICIDE. SU TERCER CUERPO HA SIDO DESTRUIDO. TIENE QUE APRENDER A UTILIZAR SU CEREBRO ADICIONAL. YO NO PUEDO ASESORARLE ACERCA DE ELLO, PORQUE…»

¡Crash!

Se produjo una pausa. Luego:

«Damas y caballeros, la Máquina de los Juegos acaba de ser destruida por un impacto directo. Su perverso y traicionero ataque contra el palacio ha sido…»

¡Click!

Había estado tratando de desconectarla durante algunos minutos. Una tontería. Diciéndole algo acerca de… Algo… ¿Qué?

De nuevo en la cama, permaneció tendido, intrigado por aquella idea. Algo acerca de… acerca de… ¡Cuan cansado estaba!

«Voy a suicidarme. Todo el mundo me odia. Estoy arruinado. ¿Para qué quiero seguir viviendo?»

XXIII

El primer esfuerzo consciente de Gosseyn fue para mover sus manos. No lo consiguió. Parecía estar tumbado encima de ellas. Un vago enojo le invadió, unido al convencimiento de que tenía que salir de su sueño hipnótico para liberarse a sí mismo.

Estaba a punto de realizar el esfuerzo cuando le llegó el recuerdo del por qué se encontraba en esta habitación del hotel. Con los ojos cerrados, esperó a que la voluntad de morir surgiera a través de él. El mejor sistema, le pareció a su mente en tensión, era coger la automática que había dejado sobre la mesilla de noche y disparar contra su cerebro en un movimiento sincronizado. Pero el impulso al suicidio no llegó. En cambio, de las profundidades de su ser brotó una alegre confianza, una optimista sensación de victoria segura, una convicción de que nada podía detenerle. Trató de abrir los ojos, pero no pudo. «Son los efectos de la droga hipnótica —pensó agónicamente—. Como si estuviera dopado». Permaneció inmóvil unos instantes, intrigado por el hecho de sentirse en tan buena disposición de ánimo cuando la droga ejercía aún sus efectos sobre él. Luego llegó el inquietante recuerdo: el recuerdo de una interrupción y de pesados sonidos. La conexión era oscura, pero al parecer él había saltado de la cama. ¿Había desconectado entonces el magnetófono?

—Estoy segura —dijo una voz de mujer a su izquierda— de que ahora podrá moverse. La droga no es todopoderosa.

Las inesperadas palabras lo consiguieron. Gosseyn abrió los ojos. Dos hechos fueron evidentes casi simultáneamente para él. Estaba tumbado sobre sus brazos, pero ese no era el motivo de que no pudiera utilizarlos. Estaban unidos por unas esposas. Y sentada en una silla al lado de la cama, fumando un cigarrillo, mirándole con aire pensativo, estaba Patricia Hardie. Lentamente, Gosseyn, que se había incorporado a medias, volvió a hundir la cabeza en la almohada. La muchacha aspiró profundamente el humo de su cigarrillo. Hasta que lo hubo expulsado en dirección al techo, no habló. Entonces dijo:

—Lo he atado porque es una persona más bien dominante con una voluntad muy fuerte para saber cosas.

Se echó a reír, con una risa tranquila, relajada, maravillosamente musical. Gosseyn quedó desconcertado. Observó, súbitamente, que la muchacha tenía un aspecto distinto. La expresión quisquillosa, aquel atributo de la neurosis, había desaparecido de ella. Los rasgos agradables de su hermoso rostro permanecían, pero habían sufrido una sutil transformación. Su belleza, que había sido débil aunque brillante, se revelaba ahora con fuerza. Su personalidad había adquirido una nueva dimensión. Siempre había sido una muchacha fría, segura de sí misma. Acrecentadas por su nueva madurez, aquellas cualidades brillaban intensamente. De un modo indefinible, la bonita y testaruda muchacha se había convertido de la noche a la mañana en una bella y decidida mujer, que dijo:

—Será mejor que vaya a atender a mis asuntos. He corrido el riesgo de venir aquí porque su

acción al enviar el Distorsionador a la Máquina de los Juegos fue prematura. Y esta noche habrá que hacer algo para enmendarla.

Gosseyn acogió con gran alivio la pausa que siguió. Su mente estaba envuelta aún en lo que ella había dicho antes: «Tiene usted… una voluntad de saber cosas». La tenía, pero, ¿dónde encajaba ella en el cuadro? Gosseyn no comprendía el significado de su presencia aquí. Patricia Hardie le había dicho muchas cosas, pero él no había tenido nunca la impresión de que la muchacha representara un papel vital en este drama de No–A contra el universo. Ella le miró a la cara mientras él empezaba a formular sus preguntas. Finalmente, suspiró. Dijo:

—No voy a decirle nada. Cuanto más sepa usted, más peligroso será para el resto de nosotros. Además, no hay tiempo.

—¡Tiene que haberlo! —replicó Gosseyn en tono exasperado—. Vamos a ver —continuó—, está el problema de su parentesco con Hardie: empecemos por ahí.

La joven permaneció sentada con los ojos cerrados. Sin abrirlos, empezó a hablar:

—Voy a ser muy paciente con usted —dijo—. Voy a decirle que el Distorsionador se encuentra aún en el interior de la Máquina de los Juegos, a donde usted lo envió. Y que debemos recuperarlo. Es uno de los pocos aparatos galácticos a nuestro alcance. Lo necesitamos como prueba.

—Mi opinión —dijo Gosseyn— acerca de un grupo que permite que dos planetas sean atacados sin emitir una advertencia general es tan baja que difícilmente podría traducirla en palabras. —Hizo una pausa—. ¿Como prueba? —inquirió.

Ella no pareció oír la pregunta.

—No debe usted ser demasiado duro —dijo, en voz baja—. No podíamos evitar el ataque. Una advertencia lo hubiera precipitado, sencillamente. Y, además, ¿advertir a quién? Venus no tiene ningún gobierno. Sus sistemas policíaco, judicial y de comunicaciones están controlados por la conjura. La advertencia tendría que haber sido general, y Eldred y yo nos devanamos los sesos preguntándonos cómo podría hacerse. La única solución, según Eldred, sería que al terminar todo esto se hubiera construido una Máquina mucho mejor. Es factible, ¿sabe? En el Instituto de Semántica han construido tubos en serie en torno a detectores de mentiras muy perfeccionados que pueden examinar el cuerpo y la mente de un hombre con una simple ojeada y averiguar el grado de instrucción No–A que ha recibido. Esto eliminará los complicados juegos. Y hay otras mejoras que protegerían a la Máquina contra el tipo de interferencia a que ha sido sometida.

Hizo una pausa, y luego continuó:

—Más tarde, cuando haya rescatado usted el Distorsionador, le diré mucho más. Pero ahora, escuche: hay un joven aquí, en el hotel, que le ayudará. No es agente mío, pero lo descubrirá todo acerca de él cuando lea esta nota después de que yo me haya marchado. El, y no yo, fue quien le salvó de la hipnosis. Yo no llegué a tiempo para haberle salvado de los peores efectos. Pero él hizo lo que yo no hubiese podido hacer. Gracias a él, nadie sabe que está usted en este hotel.

»Y, Gilbert Gosseyn —se inclinó hacia adelante; sus ojos eran de un suave azul—, no sea demasiado impaciente. Admito que está siendo utilizado sin miramientos. Pero eso se debe a que se encuentra al descubierto. Nosotros hemos analizado su posición así: le hicieron salir a escena

cuando la crisis era inminente. Thorson quedó desconcertado, pero dudo que se propusiera matarle. Aquello fue un accidente. Luego reapareció usted en un segundo cuerpo, primero en el hospital de Prescott y luego en la casa del árbol de Eldred Crang, dos puntos clave en lo que respecta al imperio galáctico.

»No puede usted imaginar la impresión que causó aquello. Thorson aumentó al máximo sus precauciones. Al descubrir que su cerebro adicional no estaba adiestrado, se dejó convencer para dejarle a usted en libertad. Eso fue obra de Eldred, pero nosotros ignorábamos que Thorson accedió a ello porque sus agentes estaban a punto de localizar su tercer cuerpo. No sabemos aún dónde lo encontraron. Lo importante para usted es que, ahora que su tercer cuerpo ha sido destruido, vuelve a ser un hombre buscado.

Gosseyn dijo:

—¿Ahora que mi tercer cuerpo ha sido qué?

Por primera vez desde que Gosseyn había despertado, ella pareció desconcertada.

—¿Quiere usted decir que no lo *sabe*? —jadeó—. ¿No tiene ninguna idea de lo que ha pasado? —Cambió de tono—. No puedo detenerme a contárselo. Lea los periódicos. —Se puso en pie—. Recuerde, lleve el Distorsionador a casa del joven de abajo. Le veré a usted mañana. —Hurgó en su bolso, sacó una llave y la tiró sobre la cama—. Para las esposas —explicó—. Adiós, y suerte.

La puerta se cerró tras ella.

Gosseyn se quitó las esposas y luego se sentó firmemente sobre el borde de la cama, pensando: «¿A qué se refería?» Recordó que Patricia había mencionado una nota. Su intrigada mirada, recorriendo la habitación, rozó el escritorio situado a la derecha de la cama, detrás de él. Allí había un periódico y una hoja de papel blanco. Gosseyn leyó primeramente la nota. Decía:

Estimado señor Gosseyn:

Cuando me enteré de la noticia, supe que le buscarían a usted. De modo que me apresuré a destruir su ficha de registro en este hotel y la sustituí por otra con el primer nombre que se me ocurrió: John Wentwoth, habitación 974.

Luego, al quedar libre de servicio, entré en su habitación con una llave maestra y le encontré tendido en la cama, con el magnetófono en marcha. Quité la grabación y coloqué otra efectuada por mí para contrarrestar todos los efectos deprimentes.

La última vez que subí a verle desconecté el magnetófono, ya que me pareció que un exceso de optimismo podría hacerle incurrir en alguna ligereza. Confío en haber restablecido el adecuado equilibrio, ya que en la lucha que se avecina necesitará usted de todo su sentido común.

Esta nota está escrita por alguien que pretende presentarse a los juegos el año próximo, que se pone a su completa disposición y que se atreve a firmar con su propio nombre.

Con los mejores deseos de Dan Lyttle.

P. D. *Subiré otra vez cuando quede libre de servicio, a medianoche. Entretanto, lea el periódico de la mañana. Lo comprenderá todo*.

D. L.

Gosseyn cogió el periódico y lo desplegó sobre la cama. Un titular de diez centímetros de altura captó su atención:

LA MAQUINA DE LOS JUEGOS
DESTRUIDA

Gosseyn, temblando de excitación, leyó a saltos visuales que incluían párrafos enteros:

> «…Disparados en el palacio y… simultáneamente radiando advertencias acerca de un misterioso ataque contra… Venus. (Semejante ataque… no ha tenido lugar. Véase informe de la Central de Radio en la página 3). Las autoridades decidieron… locura… siguiendo tan de cerca al asesinato del Presidente Hardie… pruebas involucrando a la Máquina… en consecuencia destruida.
> Durante una hora… la Máquina emitió… mensaje incomprensible a Gilbert Gosseyn, cuya fotografía es reproducida en esta misma página… previamente exonerado… Debe ser detenido de nuevo… ampliación de interrogatorio»…

Mientras leía, Gosseyn recordó segundo por segundo lo que la Máquina de los Juegos había dicho a través de la radio. Ahora, tragando con dificultad, contempló la reproducción fotográfica. Habían enfocado solamente la cabeza, y el rostro era el suyo, desde luego. Pero había algo raro en la fotografía. Gosseyn tardó unos segundos en descubrir qué era: habían tomado una fotografía del cadáver de Gilbert Gosseyn I.

Sonrió sin alegría mientras soltaba el periódico y se dejaba caer sobre una silla. Se sentía enfermo de rabia. Casi se había suicidado. Había estado tan cerca del suicidio, que era como si hubiese muerto y resucitado. ¿Qué se proponía la Máquina al ordenarle que se suicidara, y al apremiarle después a no hacerlo debido a que «su tercer cuerpo había sido destruido»? Si alguna materia orgánica del mundo tenía que haber sido protegida contra el descubrimiento, era precisamente aquel cuerpo de Gilbert Gosseyn III.

Su furor remitió lentamente. Más tranquilo, analizó su situación.

«El primer movimiento —pensó— debe tener como objetivo recuperar el Distorsionador. Luego, tengo que aprender a utilizar mi cerebro adicional».

Suponiendo que esto último fuera posible. ¿Podría lograrlo solo… él que había pensado una y otra vez en ello sin producir el menor efecto perceptible en aquella parte especial de su mente? Esbozó una irónica sonrisa.

«No voy a perderme en esas profundidades precisamente ahora», pensó decisivamente.

Antes tenía que hacer muchas cosas. Desconectó el video del teléfono —podía haber otro

empleado de servicio— y llamó a conserjería. Una voz agradable contestó. Gosseyn dijo:

—John Wentworth al aparato.

Se produjo un breve silencio al otro extremo del hilo. Luego:

—Sí, señor. ¿Cómo van las cosas? Habla Dan Lyttle. Subo en seguida, señor.

Gosseyn esperó con impaciencia. Recordaba al empleado que le había atendido al llegar al hotel como a un joven alto, delgado, de facciones simpáticas y cabellos oscuros. Lyttle era un poco más delgado de lo que Gosseyn recordaba; en realidad, su aspecto parecía demasiado frágil para la dura tarea que Patricia Hardie le había asignado. Sin embargo, mostraba muchas características de adiestramiento No–A, particularmente en la firmeza de su mandíbula y en su porte general.

—Tengo que darme prisa —dijo.

Gosseyn frunció el ceño.

—Temo —dijo— que ha llegado el momento de correr riesgos especiales. Tengo la impresión de que va a realizarse un esfuerzo para desmantelar la destruida Máquina de los Juegos lo más rápidamente posible. Si yo me enfrentara con semejante tarea y deseara realizarla con la mayor rapidez, publicaría una noticia sugiriendo indirectamente que cualquiera podía llevarse lo que quisiera, con tal de que se lo llevara inmediatamente.

Vio que Dan Little le miraba con los ojos muy abiertos. El joven murmuró, asombrado:

—Bueno, eso es exactamente lo que han hecho. Dicen que ha desaparecido ya una octava parte de la Máquina, y que… ¿Qué pasa?

Gosseyn se encontraba bajo los efectos de una profunda angustia mental. La Máquina estaba desapareciendo, y a cada hora que pasaba todo lo que significaba desaparecía con ella. Lo mismo que las catedrales y los templos de épocas remotas, era un producto de un impulso creador, una voluntad de perfección que, si bien no había muerto, nunca volvería a repetirse del mismo modo. De un solo golpe quedaban anulados siglos enteros de irreemplazables recuerdos. Resultaba difícil borrar el cuadro y la emoción de su mente.

—No hay tiempo que perder —se apresuró a decir—. Si el Distorsionador se encuentra aún en el interior de la Máquina, tenemos que sacarlo de allí. Tenemos que ir a buscarlo inmediatamente.

—No podré salir hasta las doce —protestó Lyttle—. Nos han ordenado explícitamente que no abandonemos el servicio, y todos los hoteles están vigilados.

—¿Qué me dice de su robocoche… si es que tiene uno?

—Está aparcado en el tejado, pero le ruego que no intente llegar hasta él. —Su tono era ansioso—. Estoy convencido de que le detendrían en el acto.

Gosseyn vaciló. Tenía consciencia de que últimamente no resultaba fácil convencerle. Pero al fin, de mala gana, asintió admitiendo la derrota.

—Será mejor que vuelva usted a su trabajo —dijo—. Faltan cinco horas para las doce.

Tan silenciosamente como había llegado, Lyttle se deslizó fuera de la habitación.

XXIV

Abandonado a sus propios recursos, Gosseyn ordenó que le subieran la cena a su habitación. Cuando llegó, estaba planeando su velada. Buscó un número de teléfono.

—Deseo una conexión visual —dijo por el micrófono— con la fonobiblioteca más próxima. El número es…

Le explicó al robot encargado de la biblioteca lo que deseaba, a grandes rasgos. Al cabo de un minuto se estaba formando una imagen en la pantalla del video conectado de nuevo. Gosseyn se sentó, comiendo, mirando y escuchando. Sabía lo que quería: una sugerencia respecto a cómo debía empezar a adiestrar su cerebro adicional. Quedaba por ver si el tema escogido por el bibliotecario encajaría con su deseo. Se obligó a sí mismo a ser paciente. Cuando la voz empezó con una exposición de las excitaciones nerviosas positivas y negativas experimentadas por las formas de vida simples del mar, Gosseyn se retrepó en su asiento. Disponía de cinco horas en blanco.

Las frases llegaban a sus oídos, eran analizadas rápidamente por su cerebro y se borraban de su conciencia a medida que las descartaba. Mientras la voz describía el desarrollo del sistema nervioso sobre la Tierra, las imágenes en el video cambiaban, mostrando interconexiones nerviosas cada vez más complejas, hasta que finalmente llegaron formas de vida comparativamente elevadas, seres complejos que podían aprender lecciones de la experiencia. Una lombriz rebotó doscientas veces contra una corriente eléctrica antes de desviarse a un lado, y luego, al repetirse la prueba, se desvió después de sesenta sacudidas. Un lucio separado de un foxino por una pantalla casi invisible estuvo a punto de matarse tratando de pasar a través de ella, y cuando finalmente se convenció de que no podía hacerlo, ni siquiera la eliminación de la pantalla estableció una diferencia: el lucio siguió ignorando al foxino como algo inalcanzable. Un cerdo enloqueció enfrentado con la necesidad de cruzar un complicado laberinto para llegar a su comida.

Los experimentos se sucedieron. Primero la lombriz, luego el lucio estrellándose contra la pantalla, el cerdo berreando demencialmente, y después un gato, un perro, un coyote y un mono sometidos a otras pruebas. Pero allí no había nada que Gosseyn pudiera utilizar: ninguna sugerencia, ninguna comparación que pareciera estar relacionada con lo que él deseaba.

«Ahora —dijo la voz—, antes de pasar al cerebro humano, conviene observar que en todos esos animales se ha hecho evidente una y otra vez una limitación. Sin excepción, identifican su entorno sobre una base demasiado estrecha. El lucio, después de ser eliminada la pantalla, continuó identificando su entorno a base del dolor que había experimentado cuando tenía la pantalla delante. El coyote fue incapaz de diferenciar al hombre del rifle del hombre de la cámara».

«En cada uno de los casos, se suponía una similitud inexistente. La historia de los siglos oscuros de la mente humana es la historia de la vaga comprensión del hombre de que era algo más

que un animal, pero es una historia contada contra un fondo de predominantes acciones animales, arraigadas en una pauta de limitadas identificaciones animales. La historia de No–A, en cambio, es la historia de la lucha del hombre para enseñar a su cerebro a distinguir entre objetosacontecimientos similares pero distintos, en el espaciotiempo. Curiosamente, los experimentos científicos de este período esclarecido muestran una tendencia progresiva a alcanzar refinamientos de similitud en el método, en el cronometraje y en la estructura de los materiales utilizados. De hecho, podría decirse que la ciencia está luchando para forzar la similitud, porque solamente así…»

Gosseyn había estado escuchando impacientemente, esperando el discurso sobre el cerebro humano. Ahora, bruscamente, pensó: «¿Qué era eso? *¿Qué era eso?*»

Tuvo que obligarse a permanecer en su asiento, a relajarse, a recordar. Y entonces, y no hasta entonces, se puso en pie y empezó a pasear de un lado a otro con la ardiente excitación de haber realizado un descubrimiento inconmensurable. Forzar una mayor aproximación de similitud. ¿Qué otra cosa podía ser? Y el método para forzarla tenía que ser a través de la memoria.

Un recuerdo perfecto era, literalmente, una reproducción mental de un acontecimiento tal como había sido registrado originalmente. El cerebro, evidentemente, sólo podía repetir sus propias percepciones. Cuando no lograba retener un proceso de la Naturaleza, no lograba —lógicamente— establecer similitudes. El principio de abstracción de la Semántica General aplicado. Abstracción de percepciones.

De modo que, básicamente, lo que estaba involucrado era un conocimiento más completo de aquello que constituía la identidad de una persona: los recuerdos almacenados en el cerebro y en otras partes del cuerpo. Cuanto más luchara por una memoria perfecta, más claramente deslindado estaría un individuo.

…*¿Qué otra cosa podía ser?* No había ninguna otra posibilidad que ofreciera una continuidad tan lógica del desarrollo de la idea No–A. Pero, ¿qué beneficio le aportaría cuando finalmente lo alcanzara?

Tuvo conciencia de que en alguna parte un reloj estaba dando la hora. Gosseyn consultó su propio reloj y suspiró con excitación al comprobar que había llegado el momento de actuar.

Medianoche.

XXV

Masas de automóviles aparcados, figuras en movimiento, dardos de luz cercana, un resplandor lejano, confusión. Después de aparcar su automóvil a cosa de un kilómetro del fulgor central, Gosseyn y Lyttle siguieron por espacio de medio kilómetro una corriente humana poco caudalosa. Finalmente llegaron al lugar donde otras personas se habían reunido para contemplar el espectáculo. Allí empezaba la parte realmente dura. Incluso para un No–A resultaba difícil pensar en una barrera de un tercio de kilómetro de seres humanos como si cada unidad fuera un individuo con una personalidad y una voluntad propias.

La muchedumbre se movía o permanecía inmóvil. Tenía voliciones que empezaban como una diminuta bola de nieve rodando ladera abajo y convirtiéndose en una avalancha. Había brechas cuando la gente era aplastada por las presiones; resonaban gritos cuando los menos afortunados perdían pie y caían. La multitud era una mujer desalmada; se erguía de puntillas y contemplaba con indiferencia a los que se agasajaban con el símbolo destruido de la cordura de un mundo.

Enjambres de roboplanos zumbaban en lo alto, cargados de botín. Pero aquello no era lo peor. Si se hubiera utilizado únicamente aquel medio de transporte, el peligro hubiese sido mínimo. Lo malo era que se empleaban también camiones: hileras de camiones de faros deslumbrantes, conducidos a una velocidad máxima, rozando materialmente los bordes de la muchedumbre que continuamente amenazaba con desbordarse sobre las calzadas. Impresionada y asustada, la multitud se apretujaba en las aceras.

Lentamente, Gosseyn y Lyttle se abrieron paso a lo largo del peligroso camino hacia la Máquina. Tenían que mantener sus ojos abiertos para no caer bajo las ruedas de un camión; tenía que tensar su atención para localizar boquetes en las masas de seres humanos, boquetes hacia los cuales corrían con la desesperada esperanza de que no se hubieran rellenado cuando llegaran allí. A pesar del riesgo, a Gosseyn no le sorprendió que hicieran progresos. Había una curiosa ley psicológica que protegía a los hombres con objetivos determinados de aquellos que no tenían ninguno. Lo importante era no provocar contraobjetivos. En un momento dado, cuando estaban bloqueados por una hilera aparentemente interminable de camiones en marcha, Gosseyn gritó:

—¡Este es el lado de la ciudad! Las laderas de la montaña al otro lado probablemente están semidesiertas. Cuando nos marchemos, daremos la vuelta por allí hasta el automóvil.

Llegaron a una verja de acero que los emprendedores equipos de desmantelamiento habían instalado contra la multitud. Era una barrera bastante eficaz, *y* los ocasionales individuos que saltaban por encima de ella retrocedían normalmente ante los amenazadores fusiles de los guardianes apostados en pequeños grupos al otro lado de la verja, como soldados protegiendo legítimamente una propiedad contra los vándalos.

Una vez más, era cuestión de arriesgarse.

—¡Manténgase cerca de la calzada! —aulló Gosseyn—. No se atreverán a disparar por miedo de alcanzar a los camiones.

En cuanto echaron a correr, apartándose de la multitud, dos guardianes se precipitaron hacia ellos, gritando algo que se perdió entre la algarabía general. Sus rostros contraídos eran iluminados intermitentemente por la caprichosa luz. Agitaron ferozmente sus armas. Y cayeron fulminados cuando Gosseyn disparó contra ellos. Gosseyn corrió detrás de Lyttle, desconcertado. Él, que con tanta frecuencia se había negado a matar, ahora era implacable. Los guardianes eran símbolos, decidió confusamente, símbolos de destrucción. Habiendo adquirido cualidades inhumanas, se habían convertido en entes bárbaros, a los que había que destruir como fieras agresivas y olvidar. Gosseyn les olvidó. Delante de él se hallaban los restos de la Máquina de los Juegos.

Durante horas enteras Gosseyn había encadenado sus esperanzas a una ley de lógica. La ley de que una máquina que había tardado años en ser construida no podía ser desmontada en veinticuatro horas. No estaba tan en lo cierto como había esperado. La Máquina era visiblemente más pequeña. Pero la responsabilidad incumbía al efecto destructor de los torpedos. Las hileras exteriores de compartimientos para los juegos aparecían destripadas como por efecto de una fantástica presión. Y en todas partes las paredes mostraban agujeros de diez, veinte, treinta metros; agujeros negros, mellados, que permitían ver masas retorcidas de cables y de aparatos: las partes exteriores del sistema nervioso de la Máquina muerta.

Por primera vez, allí de pie, Gosseyn pensó en la Máquina como en un organismo superior que había estado vivo y ahora estaba muerto. ¿Qué era la vida inteligente sino el conocimiento sensible de un sistema nervioso con una memoria de experiencias? En toda la historia del mundo conocida por el hombre no había existido un organismo con tanta memoria, con tanta experiencia, con tanto conocimiento de los seres humanos y de la naturaleza humana como la Máquina de los Juegos. En algún rincón de su mente Gosseyn oyó que Dan Lyttle gritaba:

—¡Vamos! ¡No podemos perder tiempo!

Gosseyn reconoció que era así y reanudó su avance, pero fue su cuerpo el que siguió a Lyttle hacia la realización de su objetivo. Su mente y su mirada permanecieron pegadas a la Máquina. Vistos tan de cerca, la magnitud de los salvajes destrozos era más evidente. Secciones enteras habían sido arrancadas. Hombres acarreando máquinas y planchas de metal e instrumentos salían a enjambres de los oscuros pasadizos; el verles impresionó a Gosseyn. Una vez más se detuvo, dándose cuenta de que estaba siendo testigo del final de una era.

Lyttle le tiró del brazo. Y aquello galvanizó a Gosseyn como no podría haberlo hecho ninguna palabra. Avanzó apresuradamente, eludiendo el resplandor directo de los faros de los aviones y de los camiones, de luz que se derramaba de cada saliente metálico lo bastante grande como para soportar un faro atómico.

—Vamos hacia la parte de atrás —dijo Gosseyn, dirigiéndose al lugar por el cual había desaparecido el camión con la caja que cotenía el Distorsionador.

A medida que avanzaban el ruido se hacía menos ensordecedor, y no había tantos helicópteros, ni hombres.

La actividad era enorme, desde luego. El zumbido de las sierras, el estrépito del metal al caer, la confusión del movimiento… todo estaba allí, aunque en menor cantidad. Por cada cien hombres

y camiones en la parte delantera de la Máquina, aquí había diez, trabajando con el mismo ardor, con el mismo frenesí, conscientes al parecer de que sólo era cuestión de tiempo que su fácil posesión fuese disputada por un irresistible número de competidores. Y, sin embargo, el ruido era menos intenso. Gosseyn y Lyttle llegaron a la esquina detrás de la cual había sido llevado el Distorsionador, y vieron una docena de camiones alineados contra una plataforma de carga. Habían arrancado las puertas de lo que parecía un enorme cobertizo, y del interior de aquel almacén los hombres sacaban cajas, máquinas, trozos de metal e instrumentos.

El cobertizo estaba casi vacío, y la caja con el Distorsionador se encontraba en el centro, como si les estuviera esperando. Habían estampado en ella una dirección con letras negras de quince centímetros de altura:

DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIÓN
INSTITUTO SEMÁNTICO
PLAZA KORZIBSKI

CIUDAD

La dirección provocó un encadenamiento de ideas en la mente de Gosseyn. La Máquina estaba bajo el control legal del Instituto. Dado que sabía tanto, tal vez la gente de allí supiera más. Era un extremo a investigar lo antes posible.

Se encaminaron hacia campo abierto, envueltos en la oscuridad. Los sonidos se apagaron detrás de ellos. El resplandor luminoso retrocedió más allá de la cumbre de una alta colina. Alcanzaron el automóvil, y no tardaron en llegar al patio de la casita que era el hogar de Dan Lyttle. De un modo vago, Gosseyn había creído que Patricia Hardie estaría allí, esperándole. Pero no estaba.

La tarea de desembalar el Distorsionador le hizo olvidar la decepción de no haber encontrado a Patricia. Depositaron el Distorsionador, boca arriba, en el suelo, y se sentaron a mirarlo. Metal alienígena, acerado, brillante… ¡destructor del mundo! Gracias a él, los agentes de un conquistador galáctico se habían infiltrado en todas las altas esferas de la Tierra, sin que durante mucho tiempo, demasiado tiempo, se sospechara de ellos. La captura del Distorsionador por parte de Gosseyn había demostrado ser una de las etapas finales en la crisis No–A.

Al verse libre, la Máquina de los Juegos había radiado la verdad y atraído a la Tierra la guerra venusiana. Para bien o para mal, las fuerzas de los invasores y de los No–A estaban ahora enfrentadas, o a punto de enfrentarse. Sentado allí, Gósseyn experimentó un amargo desaliento. Desde todos los ángulos lógicos, la batalla se había perdido ya. Vio que Lyttle estaba cansado. Había empezado a dar cabezadas. El joven se dio cuenta de que Gosseyn le miraba, y trató de sonreír.

—Ayer estaba tan excitado —dijo— que no pude dormir en toda la noche. Tenía intención de comprar unas pildoras contra el sueño, pero me olvidé de hacerlo.

—Túmbese en el diván y duerma, si puede —dijo Gosseyn.

—¿Y perderme lo que usted va a hacer? ¡Ni hablar!

Gosseyn sonrió. Explicó que pretendía examinar el Distorsionador de un modo sistemático.

—En primer lugar, quiero localizar la fuente de energía utilizada por los tubos, con objeto de poder conectarlo y desconectarlo. La investigación será muy laboriosa, y necesitaré algunas herramientas. Dígame dónde guarda el equipo que utilizaba para seguir los cursillos de física No–A, y luego vaya a acostarse.

Tres minutos más tarde había empezado a trabajar. No tenía prisa. Desde el primer momento se había estado moviendo a velocidades de vértigo y no había llegado a ninguna parte. El mundo No–A, que en un momento determinado se creyó destinado a salvar, se estaba derrumbando, se había derrumbado, a su alrededor.

Pero, ¿qué esperaba conseguir de aquel examen? Una pista, decidió Gósseyn. Alguna clave del funcionamiento del Distorsionador. Patricia había dicho que estaba prohibido, presumiblemente por aquella débil organización que era la Liga Galáctica, pero había mencionado que su uso estaba permitido para el transporte. ¿Qué había querido decir? Cogió el medidor de energía de Lyttle y empezó a ajustar la sensibilidad, atisbando de cuando en cuando a través del ocular. Bruscamente, pudo ver en el interior del Distorsionador.

Lo que facilitó la primera observación fue el hecho de que no podía ver el interior de los tubos. Descartadas sus complejidades, el problema quedó reducido a seguir el sistema alámbrico. Gosseyn buscaba la fuente de energía. No tuvo que buscar mucho, porque el aparato *estaba en marcha*. Él había dado por sentado que la Máquina lo habría desconectado. Tardó diez minutos en convencerse de que no había ningún medio visible de desconectarlo. Estaba funcionando. Y seguiría haciéndolo. La Máquina de los Juegos, desde luego, podía utilizar sondas de energía capaces de poner en cortocircuito un sistema alámbrico a través del metal, y así habría resuelto sus problemas especiales. Gilbert Gosseyn, careciendo de una sonda, se encontraba ante un obstáculo no por pequeño menos insuperable, y dado que había prometido virtualmente a Lyttle que no haría nada por su propia cuenta, decidió acostarse. Era posible que cuando despertara hubiese llegado Patricia.

Pero Patricia no había llegado. Eran las cuatro y media de la tarde y, sin contar al Distorsionador, estaba solo en la casa. En la mesa de la cocina encontró una nota de Lyttle diciéndole que se marchaba a trabajar y que dejaba su automóvil por si Gosseyn quería utilizarlo. La nota terminaba:

> *…lo que la radio llama «elementos asesinos» están empezando a sabotear la «producción pacífica» y serán tratados «implacablemente» por las fuerzas de «la ley y el orden».*
> *Encontrará usted comida en el refrigerador. Estaré de vuelta a las doce y media de la noche*.
> *Dan Lyttle*.

Después de comer, Gosseyn pasó al pequeño salón y contempló fijamente el Distorsionador, insatisfecho de su situación.

«Aquí estoy —pensó—, en una casa en la que puedo ser capturado dentro de cinco minutos.

Hay al menos dos personas en la ciudad que saben que estoy en esta casa».

No es que no confiara en Patricia y en Lyttle. Basándose en cosas que habían ocurrido, en acontecimientos reales, se había convencido de que los dos jóvenes estaban de su parte. Pero resultaba inquietante depender de nuevo hasta cierto punto de los actos de otras personas. No era desconfianza. Pero podía fallar algo. En aquel preciso instante podían estar torturando a Patricia para arrancarle alguna información acerca de su paradero, acerca del Distorsionador.

No podía marcharse hasta que se hiciera de noche. De modo que tendría que ocuparse del Distorsionador, para matar el tiempo. Indeciso, se arrodilló al lado del aparato y, alargando la mano, tocó el tubo de la esquina más próximo a él. No sabía exactamente lo que esperaba. Pero estaba preparado para cualquier sorpresa. El tubo se calentó vagamente entre sus dedos. Gosseyn lo acarició unos instantes, reprochándose a sí mismo su cautela.

«Si decido marcharme apresuradamente —pensó—, arrancaré un puñado de tubos y me los llevaré».

Se puso en pie.

«La esperaré hasta que anochezca».

Vaciló, frunciendo el ceño. Tal vez sería preferible arrancar los tubos ahora. Era posible que no salieran fácilmente.

Se había sentado de nuevo a examinar el Distorsionador a través del medidor de energía cuando sonó el teléfono. Era Lyttle, y su voz temblaba de excitación.

—Estoy llamando desde un teléfono público. Acabo de ver la última edición del periódico. Dice que Patricia Hardie fue detenida hace una hora y media, por… imagínese, es monstruoso… el asesinato de su padre. Señor Wenrworth —la pregunta de Lyttle fue extrañamente tímida—, ¿cuánto se tarda en hacer hablar a un No–A?

—No hay ningún tiempo establecido —dijo Gosseyn.

Tardó unos instantes en reaccionar: su mente era como una varilla de acero que acabara de recibir un fuerte golpe y que ahora respondía vibrando intensamente. Thorson estaba jugando esta partida de un modo implacable. Finalmente, volvió a encontrar su voz.

—Escuche —dijo—. Tendré que dejar que decida por sí mismo si va a quedarse o no en el hotel hasta medianoche. Si conoce algún lugar al que pueda ir, vaya inmediatamente. Si cree que tiene que regresar aquí, venga con la mayor cautela. Todavía no sé si voy a dejar el Distorsionador aquí. Voy a arrancar algunos tubos y luego… bueno, no importa. Busque en el periódico los anuncios personales firmados por «Descuidado»–«Huésped». Y gracias por todo, Dan.

Esperó, pero al ver que no le llegaba ningún comentario colgó. Se dirigió directamente hacia el Distorsionador. El tubo de la esquina, al igual que todos los demás, sobresalía cosa de dos centímetros y medio del metal. Lo agarró y tiró de él, aumentando lentamente la presión. No salió.

Cambió la dirección de su esfuerzo y empujó en vez de tirar. Probablemente había que desencajarlo de alguna muesca. El tubo se hundió con un *click*. Una especie de niebla cegó súbitamente a Gosseyn. La habitación osciló, vibró, tembló en cada una de sus moléculas. A pesar de su semiceguera, Gosseyn tenía plena consciencia de lo que estaba ocurriendo, aunque las imágenes parecían reflejarse sobre una balsa de aguas cristalinas a la cual se hubiera arrojado

violentamente una piedra.

La cabeza empezó a dolerle. Hurgó con los dedos, buscando el tubo, pero era difícil de ver. Cerró brevemente los ojos, pero no notó ninguna diferencia. El tubo ardía bajo los dedos con los cuales trataba de volver a colocarlo en su posición inicial. Debió de sufrir un ataque de vértigo, porque se tambaleó y cayó hacia adelante, chocando contra el Distorsionador. Experimentó una extraña sensación de ingravidez.

Abrió los ojos, sorprendido. Estaba tendido en el suelo en medio de una completa oscuridad, y a sus fosas nasales llegaba el penetrante olor de la madera tierna. Era un aroma intenso, familiar, pero Gosseyn tardó largo rato en dar el enorme salto mental necesario para captar aquella realidad. El olor era el mismo que había asaltado a su olfato durante su inútil viaje por el túnel del árbol detrás de la casa de Crang, en Venus.

Gosseyn se incorporó trabajosamente, estuvo a punto de caer al tropezar con algo metálico, y luego palpó una pared curvada en la parte superior, y después la otra. Todas sus dudas se disiparon. Se encontraba en un túnel en las raíces de un gigantesco árbol de Venus.

XXVI

Sin embargo, el hambre voraz de la mente que carece de sentido crítico por lo que imagina que es certeza o finalidad la impulsa a alimentarse de sombras.

E. T. B.

La explosión de energía que le había galvanizado al comprobar dónde se encontraba decreció. Gosseyn se sentó pesadamente. No era ya un acto voluntario. Sus manos estaban temblando; sus rodillas se doblaban.

Se había dado cuenta ya de que estaba a oscuras. Ahora lo comprobó con una nueva intensidad. ¡Oscuridad! Oscuridad sin sombras, tenaz. Se apretaba contra sus ojos y penetraba en su cerebro. Podía sentir sus ropas contra su piel, y la presión del suelo de madera. Pero en medio de aquella oscuridad podían haber existido erráticas titilaciones experimentadas por un ente incorpóreo. El término sustancia, humana o inhumana, casi carecía de significado en aquella impenetrable negrura.

Gosseyn se dijo a sí mismo:

«Puedo resistir dos semanas sin comida, tres días sin agua».

Reconoció que no se sentía excesivamente desesperado, a pesar de su recuerdo de kilómetros de negros túneles. Porque no habrían enfocado un tubo del Distorsionador a cualquier parte de aquel túnel arbóreo venusiano. Tenía que estar cerca de algún punto especial, fácilmente accesible desde donde se encontraba.

Estaba a punto de ponerse en pie cuando se dio cuenta por primera vez de la magnitud de lo que había sucedido. Unos minutos antes estaba en la Tierra. Ahora estaba en Venus.

¿Qué era lo que Prescott había dicho?

«Si dos energías pueden ser sintonizadas en una aproximación de similitud de veinte decimales, la mayor cruzará el vacío de espacio existente entre ellas como si no hubiera ningún vacío, aunque la conexión se realice a velocidades finitas».

Las velocidades finitas involucradas habían sido infinitas para todos los efectos prácticos de distancias solares. Gosseyn empezó a sentirse mejor. El Distorsionador había sintonizado el compuesto de energía altamente organizado que era su cuerpo con este pequeño sector de túnel arbóreo, y el «mayor» había cruzado el vacío de espacio hasta el «menor».

Gosseyn se puso en pie y pensó:

«Bueno, estoy en Venus… donde deseaba estar».

Se sintió más animado. A pesar de todos sus errores, seguía estando a salvo, seguía progresando. Sabía muchas cosas, e incluso las que no conocía le parecían súbitamente asequibles.

Sólo tenía que mirar más profundamente, efectuar unas cuantas abstracciones más de la realidad, refinar sus observaciones otro grado decimal, y el velo quedaría rasgado y sus sentidos comprenderían el misterio.

La idea, con todas sus implicaciones, era lo bastante amplia para provocar la «pausa» de integración de su sistema nervioso. Se sintió mucho más tranquilo.

Recordó el metal con el cual había tropezado al tratar de ponerse en pie por primera vez. Incluso en aquella oscuridad, encontró el objeto al cabo de unos segundos. Era el Distorsionador, como había supuesto. Sus dedos tocaron cautelosamente cada uno de los cuatro tubos de las esquinas. El que estaba hundido era el cuarto tubo, que *seguía* estando hundido. Gosseyn vaciló. El Distorsionador había sido «preparado» por personas que tenían sus propios objetivos y destinos. Algunos de los tubos estaban destinados a «manipular» la Máquina de los Juegos, pero unos cuantos podrían seguramente transportarle a otras partes del sistema solar, posiblemente a centros clave de la actividad del grupo: cuarteles generales militares, la base galáctica secreta, almacenes de torpedos atómicos.

Las potencialidades le sobresaltaron. Pero ahora no tenía que pensar en ellas. No era el momento de correr riesgos o hacer experimentos. Tenía que salir de aquí, cuanto antes mejor.

Cogió el Distorsionador y echó a andar en medio de la oscuridad.

«Avanzaré mil pasos en una dirección —decidió—. Luego desandaré el camino y avanzaré mil pasos en dirección contraria».

Aquello debería llevarle al centro de la conjura más próximo a su punto de «aterrizaje». No podía encontrarse a una distancia superior.

Más allá de una pronunciada curva del túnel, tras haber recorrido unos trescientos pasos, Gosseyn vio un resplandor luminoso. La fuente de aquel resplandor no era visible. Pero, al final de la tercera curva, Gosseyn vio una barandilla silueteada contra la luz. Dejó el Distorsionador en el suelo.

Avanzó cautelosamente. En el último momento, se dejó caer sobre sus manos y rodillas. Un instante después estaba mirando a través de los barrotes de la verja. Había un foso metálico bajo él. El metal despedía un brillo opaco iluminado por las innumerables lámparas atómicas que ardían en las inmensas paredes en forma de cúpula. El foso tenía tres kilómetros de longitud, uno y medio de anchura y ochocientos metros de profundidad. Y, ocupando la mitad del fondo, había una nave. Era el tipo de nave que los hombres de la Tierra podrían haber soñado en sus más descabelladas pesadillas. Unos ingenieros aeronáuticos, después de quemarse las pestañas durante semanas enteras sobre planos de treinta metros de naves espaciales solares normales, podrían haber llegado a sus casas y haberles dicho a sus esposas: «Ahora voy a dejar atrás quinientos años y a poner a un millón de delineantes a dibujar los planos de una nave interestelar de tres kilómetros de longitud…»

La nave del foso tenía muy poco menos de tres kilómetros de longitud. Su abombado lomo se erguía hasta unos treinta metros del techo. Otra nave de su mismo tamaño podría haber reposado junto a ella, pero en tal caso las dos naves habrían llenado el kilómetro y medio de anchura del foso.

La distancia difuminaba los detalles, pero incluso así Gosseyn pudo ver unas diminutas figuras agitándose sobre el metal bajo el gran vientre de la nave. Parecían tener contacto con algo situado debajo del suelo, ya que de cuando en cuando grandes hornadas de pequeñas formas se deslizaban de una larga hilera de gibosidades que sobresalían del suelo, como si unos ascensores hubieran subido de unas plantas situadas más abajo y descargado aquellos obreros. Gosseyn calculó que se encontraban a unos quinientos metros de distancia, pequeñas formas oscuras hormigueando sobre el metal.

Gosseyn se sobresaltó al ver que la nave se disponía a despegar. Las diminutas figuras que la rodeaban estaban desapareciendo. Había un centenar de oscuras formas móviles… una docena… ninguna. Gosseyn había captado vagos sonidos procedentes de aquellas formas, movimientos, susurros de conversación. Ahora, un completo silencio planeaba sobre la resplandeciente inmensidad del foso. Gosseyn esperó.

En el exterior, la oscuridad sería absoluta. Necesitaban oscuridad para el movimiento de semejantes naves. Dentro de unos instantes el techo empezaría a abrirse. Habría un prado encima, enmascarando los hangares subterráneos. Y la nave saldría por la abertura.

Súbitamente, todas las luces se apagaron. También normal. No querían que al abrirse el techo se derramara a la noche aquella intensa claridad. Unos detectores ultrasensibles estarían rastreando el cielo, para asegurarse de que ningún roboplano ni otra aeronave solar estaba volando por encima de la zona. Pero fue la nave la que cobró vida, y no el techo.

La nave empezó a resplandecer, con un leve brillo que perfiló los contornos de su cuerpo; un brillo vagamente verdoso, tan leve que la luz de la luna de la Tierra hubiera resplandecido como el sol comparada con él. La nave empezó a trepidar. Bruscamente, una especie de nube cubrió los ojos de Gosseyn.

Recordó que el Distorsionador le había afectado del mismo modo.

«¡La nave! —pensó—. Está siendo sintonizada con una base planetaria de alguna otra estrella. No hay ninguna abertura en el techo».

La tensión mental y visual se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido. La niebla se disipó.

La enorme nave había desaparecido.

Abajo, en el foso, cuatro de las luces volvieron a encenderse. Eran tan brillantes como soles en miniatura, pero su blanco resplandor eliminaba sólo parcialmente la oscuridad normal del foso. Cerca de ellas, todo aparecía brillantemente iluminado. Pero la claridad se apagaba a medida que se extendía por la cúbica inmensidad del hangar. Centenares de metros en el centro y entre las luces de la pared quedaban sumidos en la sombra.

Gosseyn recogió el Distorsionador y empezó a seguir la barandilla alrededor del borde del foso. No estaba seguro de lo que buscaba. Desde luego, no tenía el menor deseo de descender al foso. En alguna parte tenía que haber un medio para salir de aquellas raíces de árbol. Una escalera, un ascensor, *algo*.

Resultó ser un ascensor. Mejor dicho, una batería de ascensores, con camarines en dos de los fosos. Gosseyn tiró hacia un lado del pomo de la puerta del primero, que se abrió silenciosamente.

Entró y examinó el aparato de control. Era más complicado de lo que había esperado. Había un tablero de tubos, pero ninguna palanca de control. Gosseyn notó que la sangre huía de su rostro mientras comprobaba lo que era. Un ascensor tipo Distorsionador. No se limitaría a subir y bajar. Iría a cualquiera de —contó los tubos— doce puntos de destino.

Gruñó para sus adentros y se inclinó a examinar cuidadosamente cada uno de los tubos, en busca de alguna señal. Y entonces vio, con alivio, que cada tubo apuntaba a una dirección distinta. Sólo uno de ellos apuntaba hacia arriba. Gosseyn no vaciló. Podía llevarle a un cautiverio inmediato, pero era un riesgo que tenía que correr. Sus dedos tocaron el tubo y apretaron hacia abajo.

Esta vez trató de observar la sensación. Pero la anestesia que embotó sus sentidos afectó a su cerebro. Cuando su visión se aclaró, vio que el escenario en el exterior del ascensor había cambiado.

Se encontraba decididamente en un árbol. Más allá de la puerta transparente del ascensor había una «habitación» rústica, natural. La luz se aplastaba sobre ella desde un orificio situado muy en lo alto. Todo era muy basto e irregular, y había muchos rincones oscuros.

Gosseyn ocultó el Distorsionador en uno de aquellos rincones, y luego trepó cautelosamente hacia el orificio. El pasillo ascendía pronunciadamente delante de él, al mismo tiempo que se estrechaba. A media subida, se dio cuenta de que no podría pasar el Distorsionador por allí. Era un contratiempo, pero decidió que no podía permitir que aquello cambiara las cosas. Tenía que establecer contacto con los venusianos. Más tarde, con su ayuda, podía regresar en busca del Distorsionador.

Durante el tercio final de la ascensión tuvo que utilizar sus manos y agarrarse a los salientes de madera semipodrida para poder seguir avanzando. A través de un orificio que no era mucho mayor que su cuerpo, salió a una de las ramas inferiores de un gigantesco árbol venusiano. El orificio tenía una forma irregular y parecía natural. Probablemente había centenares de orificios similares en aquel mismo árbol, y en consecuencia tendría que señalar cuidadosamente su emplazamiento.

Había observado ya que a uno de los lados se extendía un amplio prado: sobre el foso, quizá. En dirección contraria se erguía un espeso bosque venusiano. Gosseyn grabó en su memoria los detalles más notables, y luego echó a andar a lo largo de la ancha rama sobre la cual había emergido. A unos setenta metros del tronco se unía a una rama igualmente maciza de otro árbol. Al verlo sintió una extraña emoción. Había un talámico placer en andar de árbol en árbol. Los venusianos debían hacerlo a menudo por el puro goce animal que proporcionaba. Permanecería en lo alto unos ocho kilómetros, a menos de que el bosque terminara antes y entonces…

Había avanzado unos quince metros a lo largo de la rama cuando la corteza se hundió bajo sus pies. Cayó sobre un suelo de madera. Inmediatamente, la trampilla se cerró encima de él, y quedó a oscuras. Gosseyn apenas notó la ausencia de luz. Porque, al chocar contra el suelo liso, éste se inclinó hacia abajo. Se inclinó pronunciadamente, cincuenta, sesenta, setenta grados. Gosseyn hizo un desesperado esfuerzo para no descender. Sus dedos resbalaron sobre la lisa madera, y cayó por aquella pronunciada pendiente. No fue un largo viaje, apenas diez metros. Pero comprendió que

estaba atrapado.

No tenía intención de rendirse. Incluso mientras se deslizaba hacia abajo luchó por ponerse en pie, luchó por volverse, por *regresar* antes de que el suelo volviera a levantarse y quedara fuera de su alcance. Fracasó. Cuando estaba girando, tratando de impulsarse hacia arriba, oyó el *click* del suelo volviendo a encajarse encima de él. Pero Gosseyn no renunció. Saltó hasta la mayor altura que sus fuerzas le permitieron, alargando hacia la oscuridad unos dedos engarfiados que sólo encontraron el aire. Esta vez se preparó para la caída y aterrizó sobre sus pies, equilibrado, consciente de que si había una vía de escape debía encontrarla en seguida. Y sin embargo, por un instante, se obligó a sí mismo a permanecer inmóvil, para hacer la pausa cortical–talámica No–A, para pensar.

Hasta entonces todo había parecido automático. El trozo de corteza de la rama del árbol se había hundido porque había apoyado su peso sobre él. El suelo se había inclinado por el mismo motivo. El hecho de que existieran tales trampillas resultaba desalentador. Estarían sonando unas alarmas. Tenía que encontrar una salida antes de que alguien llegara… o nunca.

Se dejó caer de rodillas, palpando minuciosamente el suelo. A su derecha, tocó una alfombra. Se arrastró sobre la alfombra y poco después había localizado una cómoda, una mesa, una butaca y una cama. ¡Un dormitorio! Tenía que haber un interruptor en alguna parte, tal vez una lámpara en la mesilla de noche o un aplique junto a la cama… Su rápido pensamiento se detuvo allí, y pasó a la acción. El interruptor situado en la pared chasqueó bajo sus dedos, y así, aproximadamente tres minutos después de su primera caída, pudo ver su prisión.

No era mala. Había camas gemelas, pero estaban en una amplia alcoba de color rosa coral que se abría a un salón al menos tan grande, al menos tan lujoso, como el del apartamento Crang. Los muebles eran de maderas finas y estaban bellamente acabados. Había cuadros en las paredes, pero Gosseyn no se detuvo a mirarlos porque sus ojos inquietos se habían vuelto hacia una puerta cerrada. Se oyó un sonido detrás de ella, y una llave giró en la cerradura.

Gosseyn retrocedió, empuñando sus armas. Mientras se abría la puerta, vio un robopistola flotando allí. Y la voz de Jim Thorson ordenó:

—No se mueva, Gosseyn. Deje caer sus armas y sométase a un registro.

Toda resistencia sería inútil. Un momento más tarde, después de que los soldados entraron y le quitaron sus armas, el robopistola retrocedió. Y Jim Thorson cruzó la puerta.

XXVII

El embajador de la Liga aterrizó sobre un risco de metal en el planeta de las fieras. Anduvo lentamente sobre el parapeto del inmenso edificio y dirigió una inquieta mirada a la selva, seis kilómetros bajo él.

«Supongo —pensó— que se ha previsto que vaya de caza con los… —hizo una pausa, buscando la palabra apropiada— con los extrovertidos que construyen pabellones de caza tan grandes como este».

Una voz detrás de él murmuró:

—Por aquí, Excelencia. Los cazadores saldrán dentro de una hora, y Enro el Rojo conferenciará con usted por el camino.

—Dígale a Su Excelencia, el ministro de Asuntos Exteriores del Supremo Imperio —empezó el embajador en tono firme—, que acabo de llegar, y que…

Se interrumpió, sin formular la negativa. Nadie, y mucho menos los agentes de la Liga, rechazaba las invitaciones del soberano de un imperio de sesenta mil sistemas estelares, esencialmente cuando el objetivo que le traía aquí requería un tacto considerable. El embajador terminó en voz baja:

—…y que estaré preparado a tiempo.

La «cacería» era una matanza cruel. Había rifles para cada tipo de animal, transportados por máquinas silenciosas, una máquina para cada uno de los cazadores. Los robots estaban siempre a mano, escogiendo el arma adecuada. Los animales más peligrosos eran retenidos por pantallas de energía mientras los cazadores buscaban la mejor posición para disparar.

Un animal ungulado de gran tamaño, esbelto, fuerte, de color gris, se dio cuenta, tras varias tentativas inútiles, de que estaba atrapado. Se sentó sobre sus patas traseras y empezó a gemir. Enro el Rojo le atravesó un ojo con un proyectil. El animal permaneció unos instantes retorciéndose en el suelo y sollozando, y luego quedó completamente inmóvil. Más tarde, de vuelta a aquella gigantesca combinación de pabellón de caza y oficina de asuntos exteriores, el gigante pelirrojo se acercó al embajador de la Liga.

—Un gran deporte, ¿eh? —gruñó—. Aunque he observado que usted no disparaba mucho.

—Es mi primera cacería —se disculpó el otro—. Estaba fascinado.

Era verdad, en cierto sentido. Fascinado, horrorizado, impresionado, disgustado. Vio que el gran hombre le miraba sardónicamente.

—Ustedes, los hombres de la Liga, son todos iguales —dijo Enro—. Una pandilla de cobar… —Se interrumpió. La expresión le pareció demasiado dura—. De pacifistas —terminó.

—No olvide usted —dijo fríamente el embajador— que la Liga fue organizada por los diecinueve imperios galácticos en una época en la que se estaban destruyendo unos a otros en guerras que no resolvían nada. La Liga tiene como objetivo la paz y, al igual que todas las instituciones, ha creado paulatinamente a hombres cuyo pensamiento es *realmente* pacifista.

—A veces —dijo Enro orgullosamente— creo que prefiero la guerra, por destructiva que sea.

El funcionario de la Liga no dijo nada, y de pronto Enro dejó de morderse el labio inferior e inquirió bruscamente:

—Bien, ¿qué es lo que quiere?

El embajador empezó diplomáticamente:

—Recientemente hemos descubierto que su ministro de transportes ha demostrado un exceso de celo.

—¿En qué sentido?

—El caso al cual me refiero es el de un sistema solar llamado Sol por su población predominante.

—El nombre no me recuerda nada —dijo Enro fríamente.

El embajador se inclinó.

—Indudablemente habrá un informe en su departamento, y el problema es muy simple. Una base de tránsito fue establecida allí hace quinientos años por su departamento de transportes sin permiso de la Liga. Sol es uno de los sistemas descubiertos después de haberse firmado los acuerdos sobre la exploración y explotación de nuevas estrellas.

—Hum… —La mirada del rojo se hizo más sardónica aún, y el embajador quedó convencido de que Enro estaba al corriente del problema de Sol. Enro dijo—: ¿Y ha venido usted a concedernos la autorización para mantener la base allí?

—Tiene que ser desmantelada y trasladada —dijo el hombre de la Liga en tono firme—, tal como prescriben los artículos de la Carta de la Liga.

—Parece un asunto insignificante —dijo Enro pensativamente—. Déjele un memorándum a mi secretario de transportes y estudiaremos la cuestión.

—Pero, ¿será desmantelada la base? —insistió el embajador.

Enro se encogió de hombros.

—No necesariamente. Después de todo, si ha estado allí durante tanto tiempo, el tener que trasladarla podría causar un considerable trastorno al departamento de transportes…Si es así, discutiremos el asunto con la Liga y solicitaremos la confirmación de nuestra posición allí. Los incidentes de este tipo son inevitables en las grandes organizaciones interestelares. Y deben ser manejados de un modo progresivo y elástico.

Ahora fue el embajador el que se mostró sardónico.

—Estoy seguro de que Su Excelencia sería el primero en protestar si algún otro imperio añadiera accidentalmente un sistema estelar a sus dominios. La actitud de la Liga es muy clara. Los que han cometido el error deben rectificarlo.

Enro frunció el ceño.

—Llevaremos el asunto a la próxima sesión de la Liga.

—Pero la próxima sesión no se celebrará hasta dentro de un año…

Enro no pareció haber oído.

—Ahora me parece recordar algo acerca de ese sistema. Sus habitantes son muy sanguinarios, si la memoria no me falla. En estos momentos se están produciendo graves desórdenes, o una

guerra…

Sonrió aviesamente.

—Pediremos permiso para restablecer el orden. Estoy seguro de que los delegados de la Liga no se opondrán a eso.

XXVIII

Gosseyn contempló con aire sombrío cómo entraba su enemigo en el dormitorio. Hubiera preferido a Crang antes que a Thorson. Incluso Prescott hubiese sido preferible. Pero era Thorson: una descollante figura gigantesca de ojos verdigrises, rostro acerado y dominante nariz aguileña. Sus fosas nasales se dilataban y contraían visiblemente cuando respiraba. Ladeó ligeramente la cabeza a la derecha, señalando una silla a Gosseyn. Él no se sentó. Dijo, con un leve acento de preocupación:

—¿Se lastimó en la caída?

Gosseyn descartó la pregunta con un encogimiento de hombros.

—No.

—Bien.

Se produjo un silencio. Gosseyn tuvo tiempo para recapacitar. Su amargura por haber sido capturado de nuevo empezó a desvanecerse. Había sido algo inevitable. Un hombre en una guarida enemiga estaba en desventaja y en peligro continuo. Incluso si hubiese sabido con toda seguridad que había emboscadas, sólo hubiera podido seguir adelante tal como había hecho.

Se enfrentó a la situación con nuevos ánimos. Recordó sus relaciones con Thorson, y no habían sido tan violentas como podían haber sido. El hombre había condescendido varias veces en favor suyo. No le había asesinado cuando pudo hacerlo. Incluso se había dejado convencer para dejarle en libertad. *Aquello* no volvería a ocurrir, probablemente, pero el peligro procedente de Thorson nunca sería fijo e inmutable mientras él tuviera lengua para hablar. Esperó.

Thorson se acarició la barbilla.

—Gosseyn —dijo—, el ataque contra Venus ha alcanzado una curiosa fase. Si las condiciones fuesen normales, podría decirse incluso que había fracasado… Ah, pensé que le interesaría. Pero si el fracaso perdura o no depende enteramente de lo receptivo que sea usted a una idea que tengo en la mente.

—¡Fracasado! —repitió Gosseyn.

Al llegar a ese punto había dejado de escuchar. Pensó: «No puede haber dicho eso». Luego, lentamente, el significado fue penetrando en él, aunque todavía se resistía a creerlo. Un centenar de veces había tratado de imaginar la invasión de Venus: el planeta de árboles colosales y clima perpetuamente maravilloso atacado desde todas partes al mismo tiempo… Hombres cayendo del aire en enjambres capaces de oscurecer el cielo sobre las ciudades que él no había visto… Millones de hombres desarmados sorprendidos por soldados aguerridos, equipados con todo tipo concebible de armas en cantidades ilimitadas… Parecía increíble que semejante ataque hubiese fracasado.

Thorson dijo lentamente:

—Nadie más que yo se ha dado cuenta aún del fracaso, a excepción quizá… —vaciló— de Crang.

Permaneció unos instantes con el ceño fruncido, como asaltado por una súbita idea.

—Gosseyn —dijo finalmente—, si hubiera planeado usted la defensa de Venus, ¿qué precauciones habría adoptado contra una fuerza atacante que teóricamente podía reunir más armas pesadas que usted hombres?

Gosseyn vaciló. Se le habían ocurrido unas cuantas ideas acerca de la defensa de Venus, pero no tenía intención de revelárselas a Thorson.

—Nunca he pensado en eso —dijo.

—¿Qué habría hecho usted si le hubiera sorprendido el asalto?

—Bueno, me hubiera dirigido al bosque más próximo.

—Y en el supuesto de que estuviera casado, ¿qué habría hecho con su esposa y sus hijos?

—Llevarlos conmigo, desde luego.

Estaba empezando a vislumbrar la verdad, y la visión resultaba deslumbrante.

Thorson profirió una maldición. Aplastó su puño derecho contra la palma de su mano izquierda.

—¿Con qué finalidad lo hubiese hecho? —inquirió furiosamente—. Nadie se lleva a las mujeres y a los niños a los bosques. Nuestros hombres tenían órdenes de tratar a la población con consideración y respeto, excepto en los lugares donde hubiera resistencia.

Gosseyn asintió, pero durante unos instantes no pudo hablar. Había lágrimas en sus ojos, lágrimas de excitación, y también provocadas por la idea de la gran cantidad de bajas que se habrían producido ya. Finalmente dijo, en tono inseguro.

—Su problema hubiera sido el conseguir armas. ¿Cómo las obtuvieron?

Thorson refunfuñó, paseando de un lado a otro del dormitorio.

—Es fantástico —dijo finalmente. Se encogió de hombros, se acercó a un aparato instalado en la pared, hizo girar un disco y retrocedió—. Quiero que vea una cosa antes de que sigamos adelante.

La habitación se oscureció. Una mancha cuadrada de luz iluminó la pared. La luz cambió, se hizo más profunda; el cuadro que formaba asumió una creciente realidad. Gosseyn tuvo la impresión de que estaban mirando a través de una ventana, más allá de la cual se desarrollaba una ruidosa y turbulenta escena a la luz diurna. La ventana, y los dos hombres con ella, se movió hacia adelante, giró, y mostró unos árboles gigantescos a un lado, y en el suelo, debajo de ellos, unos hombres durmiendo. Hombres a millares. Llevaban uniformes verdes de un material muy ligero. Producían un raro efecto, tantos hombres durmiendo a la luz del día. Se agitaban continuamente en su sueño, y a cada instante docenas de ellos se.incorporaban, frotándose los ojos, y luego volvían a tumbarse para dormir un poco más.

Unos centinelas andaban a lo largo de las hileras e hileras de hombres dormidos. Unas máquinas flotaban en el aire encima de ellos, girando, volviendo a girar, apuntando sus cañones ora hacia un lado, ora hacia otro, como si también ellas, al igual que los hombres, estuvieran intranquilas.

Dos de los centinelas se acercaron a la «ventana» a través de la cual miraban Gosseyn y Thorson. Uno de ellos le habló al otro en un idioma que Gosseyn no había oído nunca. Había

sospechado ya que eran soldados galácticos, pero el sonido de su hablar alienígena envió un escalofrío a través de su cuerpo. La voz de Thorson resonó cerca de su hombro, suavemente:

—Son altairanos. No nos molestamos en enseñarles el idioma local.

¡Idioma local! Gosseyn no hizo ningún comentario. Las imágenes que se formaban en su mente siempre que pensaba en un imperio galáctico y sus miríadas de pueblos no alcanzaban un nivel verbal.

Empezaba a preguntarse por qué le mostraba Thorson aquella curiosa escena cuando vio un movimiento en uno, y luego en los otros, de los gigantescos árboles. Diminutas figuras humanas —parecían diminutas contra aquel fondo— se deslizaban de las cuevas y túneles, de las enormes rugosidades y hendiduras de la corteza. Mientras Gosseyn miraba con creciente interés, llegaron al suelo y corrieron hacia adelante, gritando. Era un extraño espectáculo, ya que se dejaban caer como monos de las gruesas ramas inferiores, y empuñaban unas cortas cachiporras. Al principio formaron un delgado reguero, luego un pequeño arroyo, luego un río, luego una riada, y luego lo inundaron todo. Llevaban shorts de color marrón claro y sandalias de un marrón más oscuro. El bosque parecía un hormiguero, pero aquellas hormigas tenían forma de hombres y aullaban como locos.

Las máquinas fueron las primeras en despertar. Largas hileras de desintegradores flotantes enviaron su sibilante fuego contra los atacantes. Armas apuntadas automáticamente añadieron su estruendo al pandemónium en marcha. Resonaron gritos y cayeron hombres por centenares. Y ahora el campamento estaba despertando. Soldados maldicientes se incorporaban y agarraban las armas que tenían a mano. Pero eran atacados inmediatamente por los hombres que blandían las cachiporras, y a cada instante que pasaba había más y más hombres con cachiporras. Por encima del fragor de la batalla, las armas automáticas tartamudeaban, como si ya no estuvieran seguras del lugar contra el cuál debían disparar. A medida que decrecían el silbido de los desintegradores y el estampido de las armas, el sonido de hombres maldiciendo y gruñendo y respirando se hacía más claro.

Lo desmañado de la lucha, la evidente torpeza con que se desarrollaba fueron una súbita revelación para Gosseyn.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Están luchando a oscuras?

La pregunta era retórica, ya que ahora podía apreciar la diferencia entre la luz diurna y la luz que iluminaba el bosque. Era una escena nocturna filmada por cámaras radáricas. Detrás de él, Thorson dijo:

—Ahí es donde fallan todas las armas. En la oscuridad. Cada hombre tiene un aparato para ver de noche, pero se necesita energía para que funcione, y hay que instalarlo. —Gimió de rabia—. Es para volverse loco contemplar a esos estúpidos actuando como si toda la vida hubiesen sido soldados.

Profirió unas cuantas maldiciones, y luego se interrumpió. Detrás de Gosseyn se produjo un breve silencio. Cuando Thorson habló de nuevo lo hizo con voz mucho más tranquila.

—Es demasiado tarde para lamentarse —dijo—. Ese ataque tuvo lugar la primera noche. Se produjo en todos los campamentos establecidos por nuestros soldados. Fue devastador, porque

nadie esperaba que unas hordas desarmadas atacaran a uno de los ejércitos mejor equipados de la galaxia.

Gosseyn apenas le oyó. Contemplaba fascinado la batalla. Los atacantes se contaban ahora por millares. El número de sus muertos era incalculable. Pero no estaban solos. En algunos lugares del campamento había soldados galácticos que seguían luchando. Los desintegradores de mano llameaban aún ocasionalmente, aunque ahora empuñados con creciente frecuencia por un venusiano No–A.

Diez minutos más tarde no cabían dudas acerca del resultado. Un ejército de hombres decididos armados con cachiporras se había apoderado de un moderno campamento militar con todo su material.

XXIX

Mientras los victoriosos venusianos empezaban a cavar tumbas para los muertos, Thorson se acercó a la pared y desconectó el video. La luz del apartamento volvió a encenderse. Thorson consultó su reloj.

—Dispongo de menos de una hora antes de que llegue Crang —dijo.

Permaneció unos instantes inmóvil, con el ceño fruncido, y luego señaló hacia la pared en la que un momento antes el video les había mostrado la vívida escena.

—Naturalmente —dijo—, nosotros hemos pedido apresuradamente refuerzos, y ellos no han intentado atacar ninguna ciudad. Pero ese no era su objetivo. Querían armas, y las consiguieron. Estamos en el cuarto día de la invasión. Hasta esta mañana, más de mil doscientas de nuestras naves espaciales habían sido capturadas y otras mil destruidas, incontables armas que habían pertenecido a nuestras fuerzas estaban siendo utilizadas contra nosotros, y la cifra de nuestros muertos asciende a unos dos millones de soldados, en números redondos. Las bajas de los venusianos pueden calcularse en diez millones: cinco millones de muertos y otros cinco millones de heridos. Pero, en mi opinión, ellos han llegado a la cota más alta de bajas, en tanto que las nuestras —terminó en tono lúgubre— no han hecho más que empezar.

Se detuvo en el centro de la habitación. Sus ojos tenían una expresión sombría. Se mordía salvajemente el labio inferior. Finalmente continuó, con voz ronca:

—Gosseyn, esto es algo sin precedente. Nunca había ocurrido nada semejante en toda la historia de la galaxia. Pueblos o naciones conquistados, incluso grupos planetarios enteros, se quedaban en casa y la gran masa se sometía siempre. Podían odiar al conquistador durante unas cuantas generaciones, pero si la propaganda era manejada adecuadamente, terminaban por sentirse orgullosos de pertenecer a un gran imperio. —Se encogió de hombros, murmurando como para sí mismo—: Las tácticas son pura rutina.

Gosseyn estaba pensando: «Diez millones de bajas venusianas en menos de cuatro días». La cifra era tan enorme que cerró los ojos. Luego, lentamente, volvió a abrirlos. Sentía un gran orgullo y un gran pesar. La filosofía No–A estaba justificada, demostrada, honrada por aquellos muertos. Como un solo hombre, los venusianos se habían hecho cargo de la situación y, sin ponerse de acuerdo, sin planes ni advertencias previos, habían hecho lo que era necesario. Era una victoria de la cordura que seguramente dejaría su huella en todos los hombres pensantes del universo. Lejos de aquí, en los planetas de otras estrellas, tenía que haber hombres de buena voluntad en grandes cantidades.

Gosseyn calculó maquinalmente cuantos miles de millones de hombres de buena fe podían existir. Las cifras le sobresaltaron, alteraron el curso de su pensamiento. Miró a Thorson con los ojos fruncidos.

—Un momento —dijo, lentamente—. ¿Qué es lo que trata de sugerir? ¿Cómo es posible que un imperio galáctico con más soldados que habitantes existen en el sistema solar sea derrotado en

cuatro días? ¿Por qué no podría suministrar ejércitos virtualmente inagotables, y en caso necesario exterminar a todos los No–A de Venus?

La expresión del rostro de Thorson era sardónica.

—De eso, precisamente —dijo—, era de lo que estaba hablando hace unos instantes.

Sin apartar su mirada del rostro de Gosseyn, cogió una silla y se sentó a horcajadas en ella, apoyando los codos en el respaldo. Su actitud daba a entender la importancia de lo que estaba a punto de decir. Finalmente habló, sin excitarse.

—Amigo mío, considere este aspecto de la situación: el Supremo Imperio… esto es una traducción literal, dicho sea de paso, de la expresión original… es un miembro de la Liga Galáctica. Los otros miembros nos triplican en número, pero nosotros somos la mayor potencia individual que ha existido nunca en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, debido a nuestras obligaciones como miembros de la Liga, sólo podemos actuar dentro de ciertos límites. Somos signatarios de tratados que *prohiben* el uso de un Distorsionador como nosotros lo utilizamos contra la Máquina. Los tratados prohiben el uso de la energía atómica excepto como fuente de fuerza motriz y con fines pacíficos. Nosotros destruimos la Máquina con torpedos atómicos. Eran muy pequeños, desde luego, pero no dejaban de ser atómicos. En el vocabulario de la Liga, el mayor de los crímenes es el genocidio. Si mata usted al cinco por ciento de su población, se trata de una guerra. Si mata el diez por ciento, es una matanza sometida a indemnizaciones si es usted declarado culpable ante la Liga. Si mata usted al veinte por ciento, es genocidio. Si se demuestra el genocidio, el gobierno de la potencia involucrada es declarado fuera de la ley, y todos los responsables tienen que ser entregados a la Liga para ser juzgados y ejecutados, si resultan condenados. Hasta que el asunto queda resuelto se establece un estado de guerra automático.

Thorson hizo una pausa, con una sonrisa sin alegría en el rostro. Súbitamente se puso en pie y empezó a andar de un lado a otro de la habitación. Finalmente se detuvo.

—Tal vez empiece usted a darse cuenta del problema que los venusianos nos han creado aquí. Dentro de una semana, si seguimos luchando, nos serán aplicadas severas sanciones, con una alternativa de guerra a una escala mucho mayor.

Su sonrisa se hizo más amarga.

—Naturalmente —añadió—, nosotros continuaremos la guerra hasta que *yo* vea claro mi camino en esta situación. Y aquí, amigo mío, es donde entra usted en juego.

Su problema personal volvía a pasar rápidamente a un primer plano.

Gosseyn se hundió lentamente en su silla. Estaba intrigado, pero se encontraba bajo los efectos de una reacción emocional que le impedía pensar. Su cuerpo le dolía de rabia y de odio al imperio galáctico que se entregaba al juego del poder político con vidas humanas. Sentía una ardiente necesidad de darse a sí mismo, de compartir el gran sacrificio que había sido realizado, de ofrecer su vida tan generosamente como otros habían ofrecido las suyas. El deseo de identificarse con el pueblo de Venus era casi irresistible.

Casi. Conscientemente, corticalmente, se apartó de aquel impulso de muerte. Lo que era justo para ellos no era necesariamente justo para él. No había dos situaciones iguales, según la propia esencia No–A. Él era Gilbert Gosseyn II, poseedor del único cerebro adicional del universo. Su

objetivo debía ser el de permanecer vivo y desarrollar su mente especial.

Y esa era la parte intrigante de la situación. En teoría, no existía ninguna posibilidad de que un prisionero cumpliera cualquier objetivo particular. Pero la actitud de Thorson parecía ofrecer cierto margen a la esperanza.

Fuera lo que fuese, tendría que aceptarlo y hacerlo derivar en una ventaja para él.

Vio que Thorson seguía mirándole fijamente, ahora con una sombría expresión en el rostro. El hombre dijo lentamente:

—Lo que no comprendo, Gosseyn, es cómo encaja *usted* en este cuadro.

Tenía un aire intrigado.

—Usted fue lanzado a escena, casi literalmente, la víspera del ataque. Ostensiblemente, su aparición estaba destinada a detener la invasión. Admito que nos obligó a una demora, aunque no por mucho tiempo. En último término, no parece haber servido usted para nada útil. El ataque ha fracasado, no por algo que usted haya hecho, sino a causa de la filosofía de una raza.

Se interrumpió. Ladeó bruscamente la cabeza hacia la derecha en una inconsciente pero expresiva vacilación. Parecía absorto en el problema del que estaba hablando. Finalmente continuó, con voz ronca:

—Y, sin embargo… sin embargo, tiene que haber una conexión. Gosseyn, ¿cómo explica usted la coexistencia de un único No–A y un único usted en un universo normal en cualquier otro sentido? ¡Espere! ¡No conteste! Déjeme mostrarle el cuadro tal como yo lo veo. En primer lugar, le matamos a usted, no porque deseáramos hacerlo particularmente, sino porque parecía más fácil matarle cuando se fugó que tomarse las molestias que hubiera significado el dejarle con vida. Aquello fue un error. Y una demostración de que realizábamos nuestras identificaciones sobre unas bases muy limitadas.

»Cuando Prescott informó de que había reaparecido usted en Venus, al principio me negué a creerlo. Le ordené a Crang que fuera en busca suya, y luego, debido a que deseaba su cooperación, hice que Prescott representara aquella pequeña comedia fingiendo que le ayudaba a escapar. Creé la oportunidad de eliminar a Lavoisseur y a Hardie, y a través del doctor Kair descubrimos algo acerca de su cerebro adicional. Tendrá que disculpar nuestros métodos, y atribuirlos a la preocupación que nos embargó cuando apareció usted en un segundo cuerpo.

«¡Inmortalidad!» —Se inclinó hacia adelante, con los ojos ligeramente desorbitados, como si volviera a experimentar una emoción que había sacudido los cimientos de su ser. No parecía darse cuenta de que había mencionado el verdadero nombre de «X». ¡Lavoisseur! Gosseyn recordó haber oído el nombre en alguna parte, pero la conexión era vaga. Thorson continuó—: Alguien había descubierto el secreto de la inmortalidad humana. Una inmortalidad a prueba de accidentes, incluso. Es decir —hizo una pausa significativa—, exceptuando la clase de accidentes que pueden ocurrirles a los cuerpos de la Tierra, a la que tienen acceso en cualquier momento los extranjeros y sus armas.

Thorson hizo otra pausa y miró a Gosseyn con ojos que volvían a ser sardónicos.

—Estará usted interesado en saber dónde encontramos el cuerpo de Gosseyn III. Francamente, siempre sospeché de Lavoisseur. No acababa de digerir que se volviera contra su antigua obra y se

uniera a los enemigos de los No–A por el simple hecho de haber sufrido aquel accidente. De modo que realicé una visita al edificio de Semántica de la Plaza Korzybski y…

Se interrumpió de nuevo, esta vez deliberadamente, demorando la explicación. Y Gosseyn exclamó:

—¿Estaba *allí*? —No esperó la respuesta. Su mente había saltado, más allá de aquellas palabras, a una nueva comprensión—. ¡Lavoisseur! —dijo—. Sabía que ese nombre significaba algo para mí. ¿Quiere usted decir que «X» era Lavoisseur, el director del Instituto de Semántica?

—Su accidente fue hecho público hace dos años, cuando ocurrió —dijo Thorson—. Muy pocas personas sabían lo grave que había sido. Pero eso no importa ahora. En efecto, allí estaba su tercer cuerpo. Los científicos del Instituto juraron que había sido depositado allí una semana antes y que se suponía que la Máquina de los Juegos debía hacerse cargo de él. Dijeron que habían llamado a la Máquina de un modo rutinario para asegurarse de que enviaría un camión para trasladar el cuerpo durante la próxima semana. Pero cuando yo lo encontré, estaba aún en su embalaje original. Yo no me proponía destruir el cuerpo, pero cuando mis hombres trataron de sacarlo de su… envase, el maldito cuerpo estalló.

Cogió de nuevo la silla y se dejó caer pesadamente en ella. Pareció un acto inconsciente, ya que no apartó su mirada del rostro de Gosseyn. Luego continuó:

—Ese es el cuadro, amigo mío. Le aseguro que *había* un Gosseyn III. Lo vi con mis propios ojos, y su aspecto era exactamente el mismo de usted, y exactamente el mismo de Gosseyn I. El ver aquel tercer cuerpo suyo me decidió a intentar la jugada más audaz de toda mi carrera.

La declaración pareció aliviarle, como si el expresar su decisión con palabras la hubiese hecho definitiva. Thorson arrastró su silla y se acercó confidencialmente a su interlocutor.

—Gosseyn, ignoro cuánto sabe usted. Supongo que mucho. —Irónicamente añadió—: No me ha pasado inadvertida la avidez con la que otras personas, por motivos particulares, le han proporcionado información. Sin embargo, ellas no cuentan —agitó su mano derecha con un amplio gesto que descartaba definitivamente a los otros—. Gosseyn, lo que le he dicho hace unos instantes acerca de las normas de la Liga es cierto. Pero, tal como probablemente habrá sospechado, todo eso no importa. —Hizo una pausa, con el aire de un hombre que está a punto de revelar un secreto—. *Esos tratados fueron violados deliberadamente*. —Plantó sus pies sólidamente en el suelo. Y añadió con aire sombrío—. Enro está harto de las arrogancias de la Liga. Quiere la guerra total, y me ha dado instrucciones específicas de exterminar a los venusianos No–A como una provocación deliberada. Pero, debido a usted —terminó—, he decidido no cumplir sus órdenes.

Mentalmente, Gosseyn había visto llegar aquella confidencia. Desde sus primeras palabras, Thorson se había concentrado en el misterio de Gilbert Gosseyn. Su propio problema, sus propias obligaciones, habían sido introducidos incidentalmente a efectos de clarificación y explicación. Y el hecho enorme, casi increíble, era que sin saberlo Thorson había proporcionado al fin un motivo para la aparición de tantos Gosseyns en aquella vasta trama de acontecimientos. El conductor de un irresistible mecanismo bélico, diseñado para una destrucción sin límites, había sido apartado de su objetivo. Su mirada mental estaba enfocada más allá de las realidades normales de su vida, y

la visión de inmortalidad que contemplaba le cegaba para todo lo demás. Había aún cabos sueltos, había aún zonas borrosas en aquel cuadro… pero Gosseyn había sido devuelto a la vida para apartar a aquel hombre de su objetivo. No cabía duda, tampoco, en lo que respecta a dónde iba a llevarle la lógica de Thorson.

—Gosseyn, tenemos que encontrar al jugador de ajedrez cósmico. Sí, he dicho «tenemos». Quiéralo o no, tiene usted que participar en esta búsqueda. Los motivos, de orden personal y general, son muy poderosos. No puede habérsele escapado que es usted un simple peón, una versión incompleta del original. Por mucho que se desarrolle, lo más probable es que nunca sepa quién es usted y cuál es el verdadero objetivo de la persona que se encuentra detrás de usted. Mientras esa persona siga estando en condiciones de obtener esos cuerpos adicionales, puede estar seguro de que sólo le necesitará a usted por un breve período de tiempo, mientras produce otros cuerpos. Parece inhumano, lo sé, pero es inútil que trate de engañarse a sí mismo. Al margen de lo que haga ahora, al margen de los éxitos que alcance, dentro de muy poco tiempo usted será destinado al montón de los desechos. Y debido al accidente que le ocurrió a Gosseyn III, es muy posible que los recuerdos vitales de los Gosseyns I y II se pierdan definitivamente.

El rostro de Thorson era todo un estudio de cálculo, de tensa anticipación de una acción a punto de desarrollarse. Dijo, con voz ronca:

—Naturalmente, estoy dispuesto a pagar un precio por su ayuda. No destruiré No–A. No utilizaré energía atómica. Romperé con Enro, o al menos le mantendré a oscuras el mayor tiempo posible. Me limitaré a conducir una guerra de contención aquí, y restringiré las matanzas. Eso es lo que estoy dispuesto a pagar por su cooperación voluntaria. Si tenemos que conseguir su ayuda por la fuerza, me consideraré relevado de este compromiso. En consecuencia, lo único que queda por decir es —los ojos verdigrises eran como pozos ardientes— si va a ayudarnos usted voluntaria o involuntariamente. ¡Va a ayudarnos de todos modos!

Debido a su anticipación de lo que iba a llegar, Gosseyn había tenido tiempo para decidir, y tiempo para pensar en algunas de las implicaciones. Dijo sin vacilar:

—Voluntariamente, desde luego. Pero espero que se dé cuenta de que el paso inicial *debe* ser el adiestramiento de mi cerebro adicional. ¿Está usted dispuesto a llevar su lógica hasta ese límite?

Thorson se puso en pie. Se acercó a Gosseyn y le dio una palmada en el hombro.

—Yo iré delante de usted —dijo, con voz resonante—. Escuche, hemos instalado un sistema transportador entre Venus y la Tierra. Crang se presentará de un momento a otro con el doctor Kair. Prescott no llegará hasta mañana, porque va a hacerse cargo de Venus, pero…

En la puerta resonó una llamada. Thorson fue a abrir y entró el doctor Kair, seguido de Crang. Thorson agitó una mano, saludándoles, y Gosseyn se puso en pie, y un momento más tarde estrechaba en silencio la mano del psiquiatra. Se dio cuenta de que Thorson y Crang mantenían un diálogo en voz baja. Luego, Thorson echó a andar hacia la puerta.

—Les dejo para que discutan los detalles a su antojo. Crang acaba de informarme de que ha estallado una importante revolución en la Tierra, de modo que debo regresar al palacio para dirigir la lucha.


La puerta se cerró tras él.

XXX

En las épocas más antiguas del Arte, los Creadores trabajaban con el mayor cuidado cada una de las partes diminutas e invisibles, ya que la mirada de los Dioses lo penetra todo.

W. W. L.

Será una batalla de talentos —dijo el doctor Kair—. Y yo apuesto por el cerebro adicional.

Habían estado hablando durante más de una hora, con intervenciones ocasionales de Crang. Gosseyn vigilaba al hombre de ojos castaños por el rabillo del ojo, intrigado e inseguro. Según Kair, Crang era quien le había encontrado y detenido. El hombre, desde luego, tenía que fingir que era un agente de Thorson, pero estaba llevando el fingimiento demasiado lejos. Gosseyn decidió no interrogarle acerca de Patricia Hardie. Todavía no, en cualquier caso. Vio que Kair se ponía en pie.

—No podemos perder tiempo —dijo el psiquiatra—. Creo que los técnicos galácticos han estado preparando una habitación especial para usted. El adiestramiento no ha de resultar difícil con todo el material de que disponen. —Sacudió la cabeza admirativamente—. Todavía me resulta difícil digerir el hecho de que hayan construido aquí varios kilómetros cuadrados de edificios subterráneos, con la casa del árbol de Crang como única fachada visible. Pero, volviendo a lo que decía —frunció el ceño pensativamente—, lo esencial, si estamos en lo cierto, es que su cerebro adicional es un Distorsionador *orgánico*, con todo lo que ello lleva implícito. Con la ayuda del Distosionador mecánico, debería usted ser capaz de similarizar dos pequeños bloques de madera en tres o cuatro días, y eso será el comienzo.

Pero sólo tardó dos días en conseguirlo.

Más tarde, a solas en la oscura habitación en la que había tenido lugar el test, Gosseyn permaneció sentado mirando fijamente los dos bloques. Habían estado a tres centímetros de distancia el uno del otro. No había visto ningún movimiento, pero ahora se estaban tocando. El único rayo de luz enfocado sobre los dos bloques señalaba inconfundiblemente sus posiciones cambiadas. En algún sentido, aunque él no había experimentado ninguna sensación, unas ondas mentales habían sido emitidas por su cerebro adicional y habían controlado la materia.

La ascendencia de la mente sobre la materia: el antiguo sueño del hombre. No lo había hecho sin ayuda, desde luego. Se habían realizado todos los esfuerzos para hacer similares a los dos bloques. Y, sin embargo, tenían que haber cambiado ligeramente desde entonces. Muy ligeramente. Su calor corporal en la cerrada habitación tenía que haberles afectado. El rayo de luz y la oscuridad circundante tenían que haber ejercido una influencia distinta sobre cada uno de los bloques, a pesar de los tubos absorbentes instalados en las paredes, a pesar del más delicado

termostato electrónico. Sin el Distorsionador, desde luego, no hubiera tenido éxito esta primera vez. Había similarizado los bloques hasta diecinueve grados decimales. Había aquietado el movimiento molecular del aire. Había similarizado parcialmente la mesa sobre la cual reposaban los bloques, la silla de Gosseyn y el propio Gosseyn.

Y, sin embargo, el impulso final había procedido de Gosseyn. *Era* el comienzo.

Gosseyn salió de la habitación de adiestramiento, y Thorson llegó transportado de la Tierra para ayudar a Kair en los tests. Las fotografías revelaron millares de diminutas líneas impulsoras que habían alcanzado al cerebro adicional.

Los tests fueron prolongados, y cuando finalmente Gosseyn se dirigió a su apartamento estaba agotado. Mientras se encaminaba al «ascensor» notó que, además de sus guardianes habituales, una pequeña bola de metal erizada de tubos electrónicos flotaba en el aire detrás de él. Prescott, a cargo de los guardianes, sorprendió su mirada.

—Contiene un vibrador —explicó fríamente—. Crang nos informó de la observación de Kair de que esta sería una batalla de talentos, y no queremos correr ningún riesgo. Esa bola será utilizada para introducir imperceptibles cambios en la estructura atómica de las paredes, techos, suelos, etcétera, por los que usted haya pasado. Le seguirá hasta la puerta de su apartamento. —Su voz se hizo chillona—. Es una precaución para el momento en que usted será capaz de transportarse a sí mismo desde su apartamento a cualquier trozo de materia cuya estructura haya «memorizado» previamente.

Gosseyn no contestó. Nunca se había molestado en ocultar la antipatía que le inspiraba Prescott, y ahora se limitó a mirarlo fijamente, sin parpadear. El hombre se encogió de hombros, pero su voz se hizo más ominosa cuando consultó su reloj y dijo, con una aviesa sonrisa:

—Nos proponemos atarle a nosotros con todos los medios a nuestro alcance, Gosseyn. Con esa finalidad le hemos preparado una pequeña sorpresa.

Gosseyn se estaba interrogando aún acerca de la sorpresa unos minutos más tarde, cuando encendió las luces de su sala de estar. Se desvistió, se puso su pijama y se dirigió hacia la oscura alcoba donde estaban las camas. Un movimiento sobre una de las almohadas envueltas en sombras le hizo detenerse. Un par de ojos soñolientos le estaban mirando. Incluso en aquella penumbra, Gosseyn reconoció inmediatamente el rostro. La muchacha se sentó en la cama con una gracia indolente y bostezó.

—Por lo visto, usted y yo tenemos que encontrarnos siempre, ¿verdad? —dijo Patricia Hardie.

XXXI

Gosseyn se sentó en la otra cama con un brusco movimiento. Su alivio fue enorme, pero cuando su excitación desapareció recordó lo que Prescott había dicho. Murmuró:

—Supongo que, si trato de fugarme, la matarán a usted.

Ella asintió, con más seriedad.

—Algo por el estilo —dijo. Y añadió—: Ha sido idea del señor Crang.

Gosseyn se tendió en la cama y contempló silenciosamente el techo. Otra vez Crang. Sus dudas acerca del hombre empezaban a desvanecerse. Se preguntó si Thorson había querido matar a Patricia y si Grang había sugerido este compromiso para salvar la vida de la muchacha sin tener que dar la cara. Casi pudo visualizar al hombre diciéndole a Thorson que Gilbert Gosseyn había creído que estaba casado con Patricia Hardie, y que algo de aquella emoción podría haber perdurado. Podía ser un lazo más para atarle a ellos. Eso podía haber argüido Crang.

Brillante Eldred Crang, pensó Gosseyn. El único hombre en todo aquel asunto que hasta entonces no había cometido un error personal. Por el rabillo del ojo, observó a Patricia. La muchacha estaba bostezando y desperezándose como una gatita. De pronto volvió la cabeza y sorprendió la mirada de Gosseyn.

—¿Alguna pregunta? —inquirió.

Gosseyn meditó unos instantes. No podía interrogarla acerca de Crang, desde luego. Y no tenía la menor idea de lo que ella podía haberle confesado a Thorson. No quería hablar de cosas de las cuales Thorson no supiera nada. Dijo, cautelosmente:

—Creo que comprendo perfectamente toda la situación. En la Tierra y en Venus hemos sido testigos de la codiciosa tentativa de un imperio interestelar para apoderarse de otro sistema planetario, a pesar de la desaprobación de una liga puramente Aristotélica. Todo muy infantil y muy criminal, un ejemplo–límite de lo neurótica que puede llegar a ser una civilización cuando no logra desarrollar un método para integrar la parte humana del cerebro del hombre con la parte animal. Todos sus millares de años de desarrollo científico adicional han sido desperdiciados en el esfuerzo por alcanzar tamaño y poder, cuando lo único que necesitaban era aprender a cooperar. Sí, tengo un cuadro bastante completo de la situación. Aunque la posición de determinados individuos continúa intrigándome. La de usted, por ejemplo.

—Yo soy su esposa —dijo la mujer.

Y a Gosseyn le enojó sobremanera que ella se permitiera bromear en aquellos momentos. En tono de reproche, dijo:

—¿No cree que es poco juicioso hacer admisiones vitales? A veces, las paredes oyen…

Patricia Hardie rio suavemente y se apresuró a decir:

—Amigo mío, Thorson está siendo manejado como un pelele por el hombre más inteligente que nunca he conocido. Eldred Crang. Le aseguro que Eldred se ha encargado de que podamos hablar libremente.

Gosseyn no hizo ningún comentario. No cabía dudar de la profunda admiración que Patricia Hardie dedicaba a su amante. La mujer continuó, lentamente:

—Ignoro por cuanto tiempo podrá prolongar Eldred los equilibrios que ha estado haciendo hasta ahora, ni por cuanto tiempo podrá protegernos. Thorson nos matará cuando le parezca oportuno, con la misma insensibilidad con que asesinó a mi padre y a «X». Si la persona que está detrás de usted nos falla, podemos darnos por muertos desde este momento.

Su convencimiento sobresaltó a Gosseyn por un extraño motivo. Era evidente que ella no tenía la menor confianza en nada que él pudiera hacer. ¿Era posible que todo dependiera de un individuo que no había dado la cara ni una sola vez? ¿No tenía Crang alguna solución para el día en que el cerebro adicional estuviera adiestrado? Formuló la pregunta.

—Eldred no tiene ningún plan —dijo Patricia Hardie—. Tendrá que actuar usted por su propia cuenta.

Gosseyn apagó la luz.

—Patricia —dijo en la oscuridad—, ¿cree usted que he cometido un error al mostrarme de acuerdo con el plan de Thorson?

—No lo sé.

—Encontraremos a esa misteriosa persona, estoy convencido de ello.

La muchacha vaciló. Luego dijo:

—Eldred también lo cree así.

Otra vez Eldred. ¡Maldito Eldred!

—¿Por qué no advirtió Crang a su padre?

—No sabía lo que Thorson estaba planeando.

—¿Quiere usted decir que Thorson sospecha de él?

—No. Pero «X» era un hombre de Crang. Evidentemente, Thorson pensó que Crang se opondría a su eliminación, de modo que llevó a cabo el asesinato a través de Prescott.

Gosseyn murmuró:

—¿«X» era un hombre de Crang?

—Sí.

Resultaba difícil imaginar aquello. Era mucho más fácil creer que el monstruo se había convertido en un egocéntrico a causa de sus lesiones. Y, no obstante, incluso Thorson había sospechado de «X».

—Me parece —dijo finalmente Gosseyn— que toda la estructura de la oposición a Enro se apoya en las maquinaciones de Eldred Crang. —Se interrumpió. Expresar con palabras su pensamiento hacía que el hombre pareciera más importante. La mente de Gosseyn dio un enorme salto—. El jugador de ajedrez cósmico, ¿es él?

La respuesta de Patricia fue inmediata:

—Rotundamente, no.

—¿Por qué está tan segura?

—Conserva imágenes de sí mismo cuando era un niño.

—Las imágenes pueden ser falsas.

Patricia no contestó a aquello, y Gosseyn decidió cambiar de tema.

—¿Qué me dice de su padre?

—Mi padre —dijo ella en tono tranquilo— creía que la Máquina le había calificado equivocadamente, impidiéndole ascender a pesar de sus méritos. Cuando yo era niña compartía su resentimiento. Me negaba a tener algo que ver con No–A. Pero él llevó las cosas a unos extremos que yo no podía aceptar. Cuando empecé a darme cuenta de que detrás de su maravillosa personalidad, y debe admitir usted que la tenía, había un hombre absolutamente despreocupado de las consecuencias de sus actos, me rebelé en secreto. Cuando apareció en escena Eldred, hace un año y medio, después de un ascenso meteorico en el servicio diplomático del Supremo Imperio, establecí mi primer contacto con la Liga Galáctica.

—¿Es un agente galáctico?

—No —había orgullo en su voz—. Eldred Crang es Eldred Crang, un individuo único. Me puso en contacto con la Liga.

—¿Y se convirtió usted en agente de la Liga?

—A mi manera.

La expresión de su voz hizo que Gosseyn preguntara rápidamente:

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—La Liga —dijo Patricia— tiene muchas deficiencias. Sólo es decidida en la medida que lo son sus naciones miembros. Resulta muy fácil, terriblemente fácil, sacrificar un sistema estelar en beneficio de todos los demás. Nunca he perdido esto de vista, de modo que trabajaba *para* la Tierra *a través* de la Liga. El personal permanente de la Liga —añadió— sabe de No–A desde hace mucho tiempo, pero ha sido incapaz de promoverlo a otras partes de la galaxia. Los diversos gobiernos lo asocian con el pacifismo, lo cual no es cierto. No pueden imaginar un estado en el que la gente se adapte inmediatamente a las exigencias de cualquier situación, incluyendo un militarismo extremado.

Gosseyn asintió, recordando lo que Thorson le había dicho. Dejó de preguntarse por qué había escogido Enro un oscuro sistema planetario para provocar su guerra. Un ataque contra el único planeta desarmado de la galaxia sería el método más descarado para violar los tratados de la Liga.

—Eldred —continuó Patricia— fue quien descubrió que las lesiones sufridas por el viejo Lavoisseur en la explosión ocurrida en el Instituto de Semántica hace unos años habían convertido a aquel gran científico en el maníaco sanguinario al que usted conoció como «X». Creyó que el hombre se restablecería y volvería a ser útil, pero no fue así.

Otra vez Eldred. Gosseyn suspiró.

El silencio entre ellos se prolongó. A cada minuto que pasaba, la decisión de Gosseyn se hacía más firme. No podía hacerse ilusiones. Esto era la calma que precede a la tormenta. Un rapaz Thorson había sido apartado del objetivo que le había traído al sistema solar. De modo que el mundo de los No–A tenía una posibilidad de armarse, y la Liga disponía de unas cuantas semanas adicionales para darse cuenta de que Enro deseaba la guerra. Thorson seguiría con su juego particular mientras se atreviera a hacerlo, pero si se sentía amenazado desencadenaría la guerra de exterminio.

Gosseyn pudo ver que sus esperanzas quedaban reducidas a una sola, con la ayuda de unos cuantos colaboradores tan desconocedores de la verdadera situación como él mismo, contra la fuerza colosal de una civilización galáctica todopoderosa.

«No basta con eso —pensó súbitamente—. Estoy contando demasiado con ayudas ajenas para realizar el milagro final».

En aquel momento, con aquella comprobación, nació el primer germen de una acción desesperada.

XXXII

Dos días después, en la habitación oscura, Gosseyn dobló dos rayos de luz hasta que se juntaron sin la ayuda del Distorsionador. Sintió la acción. Experimentó una sensación semejante a —trató de describirla más tarde a los otros— «la primera vez que uno obtiene un brazo flotante en la hipnosis». Clara, inconfundible sintonización. Era un nuevo conocimiento de —y añadido a— su sistema nervioso.

A medida que transcurrían los días, los hormigueos en su cuerpo se hacían más insistentes, más agudos y más controlables. Notaba nuevas energías y nuevos movimientos, y era capaz de identificarlos inmediatamente. La presencia de los otros hombres era un cálido fuego a lo largo de sus nervios. Respondía a los impulsos más delicados, y el sexto sentido pudo distinguir al doctor Kair de los demás por una «amistosidad» que emanaba del hombre. En los sentimientos del psicólogo había un tono secundario de ansiedad, pero ello no hacía más que acentuar la amistosidad.

Gosseyn estaba interesado en diferenciar las emociones que inspiraba a Crang, a Prescott y a Thorson. Prescott le aborrecía violentamente. «Nunca ha perdonado —pensó Gosseyn— el susto que le di, y el engaño de que le hice víctima cuando fui al palacio en busca del Distorsionador». Thorson era un maquiavélico; ni apreciaba ni aborrecía a su prisionero. Era a la vez cauteloso y decidido. Crang era neutral. La emoción que emanaba de él era muy curiosa. Neutral, intensa, preocupada, empeñado como estaba en un juego tan intrincado que no permitía que se manifestara ninguna reacción claramente definida.

Con Patricia, la experiencia resultó desconcertante. Nada. Una y otra vez, cuando alcanzaba el estado en el que podía identificar las emociones individuales de los hombres, Gosseyn se esforzó por establecer contacto con el sistema nervioso de Patricia. Al final tuvo que llegar a la conclusión de que un hombre no podía sintonizar con una mujer.

Durante aquellos días su plan fue perfilándose en su mente. Vio con una creciente comprensión que el cuadro de la situación había llegado a él a través de mentes Aristotélicas… casi literalmente. No debía olvidar que incluso Crang no era más que un excelente ejemplo de cómo el hombre podía organizarse a sí mismo sin haber tenido conocimiento del sistema No–A desde la infancia. Crang era un No–A converso, no un No–A propiamente dicho.

Había baches en aquel razonamiento, pero situaba la escena al nivel de un sistema nervioso humano. El misterioso jugador, visto bajo aquella luz, no parecía ya tan importante. Era un concepto de la mente Aristotélica de Thorson. La realidad demostraría probablemente que se trataba de alguien que había descubierto un método de inmortalidad, y que trataba de oponerse sin adecuados recursos a los planes de una irresistible potencia militar. Ya había demostrado que le tenía sin cuidado lo que podía ocurrirles a cualquiera de los cuerpos de Gilbert Gosseyn, y parecía evidente que si Gosseyn II moría el jugador aceptaría el fracaso de aquella parte de sus planes y se volvería hacia otras perspectivas de la situación.

¡Al infierno con él!

La tarde del experimento con el trozo de madera Gosseyn efectuó una prolongada tentativa de contrarrestar los efectos del vibrador. Su complejidad le desconcertó. Era algo de numerosas energías sutilmente distintas. Emitía pulsaciones en una multitud de longitudes de onda. Consiguió controlarlo debido a que era una máquina pequeña, con sus diversas partes muy juntas en el espaciotiempo. La diferencia de tiempo entre las innumerables funciones no era un factor.

Por ello, el hecho de controlarlo no significaba nada de cara a una posible fuga. El factor tiempo *fue* importante cuando, sujetando el vibrador, trató simultáneamente de memorizar la estructura de una porción del suelo. No pudo dominar las dos cosas a la vez. Aquella situación se prolongó. Podía controlar el vibrador *o* el suelo, nunca los dos al mismo tiempo. Era evidente que el grupo conocía la ciencia de la Similitud.

El día decimonono le entregaron una varilla de metal con una copa cóncava de acero electrónico, el metal utilizado para la energía atómica. Gosseyn proyectó con el mayor cuidado su mente hacia la pequeña fuente de energía eléctrica que había sido instalada en la habitación. La chisporroteante fuerza fulguró en la copa de energía y escupió con brumosa violencia contra el suelo, la pared y la coraza transparente detrás de la cual aguardaban los observadores. Estremeciéndose, Gosseyn interrumpió la similitud de veinte grados decimales entre la varilla y la fuente de energía. Entregó la varilla a un soldado que fue enviado a por ella. Hasta entonces Thorson no se decidió a salir. Miró a Gosseyn casi con respeto.

—Bueno, señor Gosseyn —dijo—, sería una necedad por nuestra parte permitirle obtener un adiestramiento superior al que ya ha conseguido. No es que desconfíe de usted… —Se echó a reír—. No se trata de eso. Pero creo que se encuentra ya en condiciones de localizar a nuestro hombre. —Hizo una pausa—. En su apartamento encontrará algunas prendas de vestir. Escoja lo que crea que va a necesitar y prepárese para salir dentro de una hora.

Gosseyn asintió con aire ausente. Unos instantes después vio cómo los tres guardias entraban el vibrador en el ascensor, y luego Prescott le hizo una seña para que entrara. Los hombres se agruparon detrás de él. Prescott dio un paso hacia los controles, y Gosseyn, moviéndose con extraordinaria rapidez, le agarró y aplastó su cabeza contra la pared metálica del ascensor. Antes de terminar de extraer el desintegrador de la funda que colgaba de la cadera del hombre, soltó el cuerpo, alargó la mano hacia el tubo más próximo y lo apretó.

Siguió una impresión de movimiento, de breve duración. Para entonces el desintegrador estaba escupiendo su blanco fuego y había cuatro hombres moribundos retorciéndose en el suelo.

El enorme y desesperado primer acto fue un completo éxito.

XXXIII

Gosseyn tiró de las cremalleras y se despojó de su traje. Sospechaba que había instrumentos electrónicos entretejidos en la tela, y al menos uno de tales instrumentos podía ser utilizado para dejar sin sentido por control remoto al que llevaba el traje. Una vez desnudo empezó a sentirse mejor, aunque no se consideró preparado para el siguiente movimiento hasta que se vio vestido con el traje de Prescott y calzado con sus zapatos.

Abrió la puerta del ascensor y echó una ojeada a lo largo del desconocido pasillo al cual se abría. Se preguntó brevemente a dónde le había conducido su pulsación al azar de un tubo de control. El lugar en el que se encontraba era lo de menos, desde luego. La primera parada tenía un solo objetivo: librarse del vibrador.

Lo sacó del ascensor y luego amontonó sin contemplaciones los cuatro cadáveres junto al aparato. Había una puerta a unos tres metros de distancia, pero no disponía de tiempo para la exploración. Este era un piso al que no debía regresar, ya que aquí el vibrador podía acabar con todas sus esperanzas: no tenía tiempo para examinarlo y desconectar sus pulsaciones interferenciales. De nuevo en el ascensor, apretó un tubo que le llevó a otro pasillo desconocido. Al igual que el primero, estaba vacío. Gosseyn «memorizó» el diseño de parte del suelo cerca de las cajas de los ascensores, y dio a su diseño un número clave, el uno. A continuación recorrió a toda velocidad cien metros a lo largo del pasillo, y se detuvo al llegar a la primera curva. Allí «memorizó» el diseño de una pequeña porción del suelo y le dio una letra clave, la A. De pie encima de ella, pensó:

«¡Uno!»

Inmediatamente se encontró delante de la caja del ascensor.

La sensación de triunfo que le embargó superó a todo lo que hasta entonces había experimentado. Entró en el ascensor y apretó un tercer tubo. Las palabras clave en aquel pasillo, fueron «2» y «B», respectivamente… Cuando llegó al cuarto pasillo, un hombre estaba saliendo del ascensor en la caja contigua. Sin pensárselo dos veces, Gosseyn le atacó con su arsenal de armas. Volvió a introducir el humeante cuerpo en el ascensor del cual había salido un momento antes.

Aquel fue el único incidente en su rápida progresión. Y sin embargo, a pesar de su rapidez, a pesar de que no se había detenido ni una sola vez a echar una ojeada detrás de una puerta, calculó que había transcurrido media hora cuando finalmente alcanzó el objetivo que se había fijado: nueve diseños clave y tan lejos como «I» en el alfabeto de diseños alternativos. Y todos los troncos de corriente eléctrica del camino estaban «memorizados» por un sistema de símbolos matemáticos.

Entró de nuevo en el ascensor y apretó el tubo que le llevó al pasillo que conducía a Patricia y a su apartamento. No había ningún indicio de que su acción hubiera sido descubierta. Gosseyn se detuvo delante de la cerrada puerta y dio un breve repaso mental a su situación. No era

absolutamente perfecta, pero disponía de dieciocho lugares a los cuales podía retirarse, y de cuarenta y una fuentes de energía que podían alimentar a su cerebro adicional. Vio que sus manos temblaban ligeramente y tuvo la impresión de que había estado sudando. Una tensión natural, pensó. Estaba sintonizado. Dentro de media hora habría iniciado la mayor campaña militar emprendida nunca por un solo hombre, al menos que él supiera. Y dentro de una hora habría alcanzado la victoria o estaría muerto para siempre.

Completado su resumen mental, hizo girar el pomo y abrió la puerta. Patricia Hardie se levantó de un salto de la butaca en la que estaba sentada y corrió hacia él a través de la alfombra.

—Por el amor del cielo —jadeó—, ¿dónde ha estado? —Sin esperar la respuesta añadió—: Pero eso no importa. EIdred ha estado aquí.

Nada en su voz revelaba que supiera lo que había ocurrido. Pero sus palabras impresionaron a Gosseyn. Intuyó lo que ella iba a decir a continuación.

—¡Crang! —Gosseyn pronunció el nombre como si fuera una bomba que estuviera manipulando.

—Ha traído las instrucciones finales.

—¡Dios mío! —exclamó Gosseyn.

Se sintió débil. Había esperado y esperado alguna consigna. Había demorado deliberadamente hasta el último momento posible su entrada en acción. Y ahora esto. La mujer no pareció darse cuenta de su reacción.

—Ha dicho… —su voz se convirtió en un susurro—, ha dicho que debía usted intentar que le llevaran al edificio Semántico, y una vez allí cooperar con… con… —se tambaleó, como si estuviera a punto de desmayarse.

Gosseyn la sostuvo entre sus brazos.

—Sí, sí… ¿Con quién?

—¡Con un hombre barbudo! —Fue un suspiro. Patricia se irguió lentamente, pero estaba temblando—. Resulta difícil imaginar que EIdred ha sabido quién era… él durante todo este tiempo.

—Pero, ¿quién es él?

—Eldred no lo dijo.

La rabia que invadió a Gosseyn fue tanto más violenta por cuanto lo que ella le estaba diciendo ya no significaba nada después de las cosas irrevocables que él había hecho. Pero aplicó toda su fuerza y toda su voluntad a lograr anular aquel acceso de furor. Patricia no tenía que sospechar aún lo que había ocurrido, no hasta que le hubiera comunicado toda la información que poseía.

—¿Cuál es el plan? —y esta vez fue él quien susurró.

—La muerte para Thorson.

Aquello era obvio.

—¿Sí, sí? —apremió.

—Entonces, Eldred controlará el ejército que trajo Thorson. Esa ha sido la dificultad. —La muchacha hablaba apresuradamente—. Thorson ejerce el mando sobre un centenar de millones de hombres en este sector de la galaxia. Si esos hombres pueden serle sustraídos a Enro, tardará un

año o más en organizar otro ataque contra Venus.

Gosseyn soltó a la muchacha y se dejó caer en una silla. La lógica era impecable. Su propio plan había consistido simplemente en tratar de matar a Thorson, pero si esto fracasaba —y él esperaba un fracaso—, se proponía intentar destruir la base. Era un buen proyecto para ganar tiempo, pero no podía compararse con el proyecto mucho más ambicioso de Crang. No era de extrañar que el hombre se hubiera comprometido en unos asesinatos si era aquella la finalidad que perseguía. Patricia estaba hablando de nuevo:

—Eldred dice que Thorson no puede ser eliminado aquí en la base. Hay demasiados aparatos protectores. Tiene que ser conducido a un lugar en el que no esté tan bien protegido.

Gosseyn asintió con aire fatigado. A su manera, parecía tan peligroso como lo que él había hecho. Y tan vago. Tenía que cooperar con un hombre barbudo. Alzó la mirada.

—¿Fue eso lo único que dijo Crang: cooperación?

—En efecto.

Esperaban mucho de él, pensó Gosseyn con amargura. Una vez más se suponía que debía seguir ciegamente las ideas de otra persona. Si se rendía ahora, o fingía ser capturado —tenía una idea de cómo podría hacerlo empleando la astucia—, ello significaría renunciar a todo lo que había conseguido, someterse a una supervisión todavía más estrecha, y aceptar la esperanza de que algún plan del hombre barbudo diera resultado. Si al menos conociera la identidad de siquiera una de las personas cuyas instrucciones estaba siguiendo… Súbitamente, inquirió:

—Patricia, ¿quién es Crang?

La muchacha le miró.

—¿No lo sabe? ¿No lo ha sospechado?

—Por dos veces —dijo Gosseyn— me ha asaltado una sospecha, pero no alcancé a ver cómo se las había arreglado para ponerlo todo en marcha. Parece evidente que si la civilización galáctica puede producir un hombre así, lo mejor que podemos hacer es renunciar a No–A y adoptar su sistema educativo.

—La cosa es mucho más sencilla —dijo la mujer tranquilamente—. Hace cinco años, cuando estaba ejerciendo su profesión en Venus, Eldred entró en sospechas acerca de las pretensiones No–A de un hombre que trabajaba en un caso con él. El hombre, como puede suponerse, era un agente de Prescott. Aquel fue su primer atisbo del complot galáctico. Incluso en aquella época, una advertencia tan sólo hubiera obligado a Enro a tomar una rápida decisión, y desde luego Eldred no tenía la menor idea de la magnitud de lo que se estaba planeando. Dio por sentado que otros se enterarían de lo que él había descubierto, de modo que se limitó a seguir su propio rastro. Pasó los años siguientes en el espacio, abriéndose camino en el servicio del Supremo Imperio. Naturalmente, se adaptó a todas las necesidades de la situación. Me contó que tuvo que matar a ciento treinta y siete hombres para llegar a la cumbre. Considera lo que está haciendo como algo a lo que está obligado por su profesión, y completamente normal…

—¡Normal! —estalló Gosseyn.

Pero se dominó inmediatamente. Tenía su respuesta. Eldred Crang, un detective venusiano No–A *normal*, había sugerido una línea de acción. Su método no era necesariamente el mejor, pero

sin duda estaba basado en más información de la que Gilbert Gosseyn poseía. Parte de su objetivo —poner al descubierto al misterioso jugador— le compensaría hasta cierto punto del lamentable final de lo que había iniciado con tanta osadía.

Fingiría luchar, pero permitiría una rápida captura. Probablemente pasaría algún mal rato, de un modo especial si le interrogaban con un detector de mentiras. Afortunadamente, los detectores de mentiras no suministraban nunca información por su cuenta. No obstante, si le formulaban preguntas comprometedoras, Crang tendría que actuar rápidamente.

Durante la batalla que siguió, Gosseyn se retiró sucesivamente a los nueve diseños *numerados*, dejando los nueve señalados con *letras* como reserva para el supuesto de que fueran formuladas las preguntas comprometedoras. La confusión involucrada —un diseño numerado y otro marcado con una letra en cada piso— era suficiente para justificar su esperanza de que lograría conservar sus secretos. Se entregó en el pasillo del diseño «7». Allí, fingiendo haber llegado al final de sus recursos, prendió fuego a una pared provocando un cortocircuito en la instalación eléctrica, y se dejó capturar.

Tuvo que tensar todos los músculos de su cuerpo para no manifestar su alivio al ver que le llevaban a presencia de Eldred Crang para ser interrogado por él. El interrogatorio que siguió pareció exhaustivo. Pero las preguntas estaban tan cuidadosamente estudiadas, que el detector de mentiras no reveló ni un solo hecho vital. Cuando agotó sus preguntas, Crang se volvió hacia un receptor instalado en la pared y dijo:

—Creo, señor Thorson, que puede usted llevárselo a la Tierra sin ningún temor. Aquí cuidaremos de que todo funcione normalmente.

Gosseyn había estado preguntándose dónde se encontraba Thorson. Era evidente que el hombre no quería correr ningún riesgo innecesario… y sin embargo Thorson tenía que ir personalmente a la Tierra. La búsqueda del secreto de la inmortalidad no podía ser encargada a unos subordinados cuyas ansias de vivir podían inducirles a olvidar también su deber.

Thorson estaba de pie delante de una hilera de ascensores cuando llevaron allí a Gosseyn. Su actitud era condescendiente.

—Es lo que yo había pensado —dijo—. Ese cerebro adicional suyo tiene sus limitaciones. Después de todo, si hubiese sido capaz de oponerse por sí mismo a una importante invasión, el tercer Gosseyn hubiera sido puesto en escena sin preliminares de ninguna clase. Lo cierto es que un hombre es siempre vulnerable. Incluso con una inmortalidad limitada, y unos cuantos cuerpos para cubrir cualquier emergencia, puede hacer muy poco más que cualquier hombre osado. Sus enemigos sólo necesitan conjeturar dónde se encuentra, y una bomba atómica puede reducir a polvo todo lo que hay en aquella vecindad sin darle siquiera tiempo a pensar.

Agitó su mano.

—Vamos a olvidar lo de Prescott. De hecho, más bien me complace que haya ocurrido. Sitúa las cosas en su adecuada perspectiva. Sin embargo, al actuar de ese modo demostró usted que tenía una idea completamente equivocada acerca de mis motivaciones. —Se encogió de hombros —. No vamos a matar a *ese* jugador, Gosseyn. Lo único que queremos es compartir lo que él ha conseguido.

Gosseyn no dijo nada, pero sabía a qué atenerse. Estaba en la naturaleza del hombre Aristotélico no compartir nada voluntariamente. A través de toda la historia, la lucha por el poder, el asesinato de los rivales y la explotación de los indefensos había sido la realidad de la naturaleza del hombre sin integrar. Julio César y Pompeyo negándose a compartir el Imperio Romano; Napoleón, al principio un sincero defensor de su país y luego un insaciable conquistador: tales hombres eran los antepasados espirituales de Enro, que no estaba dispuesto a compartir la galaxia. Incluso ahora, mientras Thorson negaba su ambición, su cerebro debía refocilarse con esquemas y visiones de un destino colosal. Gosseyn se alegró cuando el gigante dijo:

—Y ahora, en marcha. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Después de todo, resultaba un alivio encaminarse hacia la crisis.

XXXIV

«Lo que uno dice que es una cosa, no lo es»… es mucho más. Es un compuesto en el sentido más amplio. Una silla no es simplemente una silla. Es una estructura de inconcebible complejidad, químicamente, atómicamente, electrónicamente, etc. En consecuencia, pensar en ella simplemente como en una silla es limitar el sistema nervioso a lo que Korzibski llama una identificación. La totalidad de tales identificaciones es lo que crea al individuo neurótico, anormal, demente.

Anónimo.

La ciudad de la Máquina había cambiado. Se había luchado en ella, y por todas partes se veían edificios derruidos. Cuando llegaron al palacio, a Gosseyn dejó de sorprenderle que Thorson hubiese pasado los días anteriores en Venus.

El palacio estaba en ruinas. Gosseyn anduvo con los otros a lo largo de sus desnudos pasillos y a través de sus destrozadas estancias con una nostálgica sensación de una civilización a punto de perecer. El tiroteo en las lejanas calles constituía una especie de contrapunto a sus movimientos, continuo, desagradable, irritante. Thorson contestó secamente a su pregunta:

—Son tan rebeldes aquí como en Venus. Luchan como fieras.

—Es un nivel de abstracción en el sentido No–A —declaró Gosseyn—. Una adaptación completa a las necesidades de la situación.

Thorson dijo «¡Aaaaah!», en tono aburrido, y luego cambió de tema:

—¿Siente usted algo?

Gosseyn agitó la cabeza sinceramente.

—Nada.

Llegaron a la habitación de Patricia. La pared que había contenido el Distorsionador boqueó delante de ellos, Las vidrieras de las ventanas estaban en el suelo, hechas añicos. A través de los marcos vacíos, Gosseyn tendió la mirada hacia el lugar en el que se había erguido la Máquina de los Juegos como una joya coronando la verde Tierra. Millares y millares de camiones de tierra habían sido descargados allí, tal vez con la intención de cubrir todos los rastros del símbolo de la lucha de un Mundo por la cordura. Pero no había ningún obrero trabajando y la tierra formaba dispersos montones, aparentemente olvidada.

No pudieron encontrar ninguna pista en el palacio, y la comitiva de hombres y máquinas no tardó en dirigirse hacia la casa de Dan Lyttle. Estaba intacta. No había sido alcanzada por ningún proyectil. Las habitaciones aparecían tan ordenadas y limpias como él las había dejado. La caja que había contenido el Distorsionador estaba en uno de los rincones de la sala de estar, con la dirección, «Instituto Semántico», vuelta hacia ellos. Gosseyn la señaló, como asaltado por un súbita idea.

—¿Por qué no allí?

Un ejército acorazado avanzó a lo largo de las calles de lo que había sido la ciudad de la Máquina. Flotas de roboplanos navegaban por los cielos, a baja altura. Encima de ellos planeaban naves espaciales, preparadas para cualquier contingencia. La comitiva llegó finalmente a la famosa plaza, y hombres y máquinas penetraron en el edificio a través de sus numerosas puertas. En el vestíbulo principal, Thorson señaló las letras esculpidas en el mármol. Con aire sombrío, Gosseyn se detuvo y leyó la antigua inscripción:

EL JUICIO NEGATIVO
ES LA CUMBRE DE LA MENTALIDAD

Era como un suspiro a través de los siglos. Algo de la realidad del significado, tal como afectaba al sistema nervioso humano, estaba en aquella frase. Incontables miles de millones de personas habían vivido y fallecido sin sospechar que sus creencias positivas habían contribuido a crear los cerebros desequilibrados con los cuales se enfrentaban con las realidades de sus mundos.

Unos hombres uniformados surgieron de la entrada más próxima. Uno de ellos habló con Thorson en un idioma sobrecargado de consonantes. Thorson se volvió hacia Gosseyn.

—Está desierto —dijo.

Gosseyn no contestó. Desierto. La palabra resonó a lo largo de los pasillos de su mente. El edificio Semántico desierto. Debió sospecharlo, desde luego. Los hombres que estaban a su cargo eran humanos, y no podía esperarse que permanecieran en una tierra de nadie entre dos fuerzas combatientes. Sin embargo, Gosseyn no había esperado aquello.

Se dio cuenta de que Thorson estaba hablando con los hombres que manejaban el vibrador. Sus pulsaciones, interrumpidas brevemente, volvieron a afectarle.

—Desconectaremos de nuevo el vibrador cuando pasemos al interior —le explicó Thorson—. No quiero correr ningún riesgo con usted.

Gosseyn sintió renacer sus esperanzas.

—¿Vamos a pasar al interior? —inquirió.

—Abriremos el edificio en canal —dijo Thorson—. Pueden haber habitaciones secretas.

Empezó a gritar órdenes. Siguieron unos momentos de confusión. Continuamente salían del edificio hombres que informaban a Thorson. Hablaban en el mismo idioma gutural, incomprensible, y hasta que Thorson se volvió hacia él con una aviesa sonrisa en los labios Gosseyn no pudo conjeturar lo que estaba ocurriendo.

—Han encontrado a un viejo trabajando en uno de los laboratorios. No conciben cómo pudo pasarles por alto antes, pero —agitó un brazo impacientemente— eso no importa. Les he dicho que le dejen en paz mientras decido lo que debemos hacer.

Gosseyn no dudó de la traducción. Thorson estaba pálido. Durante más de un minuto, el gigante permaneció pensativo, con el ceño fruncido. Finalmente, dijo:

—Ese es un riesgo que no voy a correr. Pasaremos al interior, pero…

Subieron por una escalera cuyos peldaños eran de oro de catorce quilates, y cruzaron las puertas de platino para penetrar en una antesala con millones de diamantes engastados en las altas

paredes y en el techo en forma de cúpula. El efecto era tan deslumbrante que Gosseyn pensó que los constructores se habían pasado un poco de la raya. La estructura se remontaba a una época en la que se desarrolló una gran campaña para convencer a la gente de que las llamadas joyas y metales preciosos, considerados durante tanto tiempo como la esencia de la riqueza, no eran más valiosos en realidad que otros materiales raros. Incluso después de centenares de años, la propaganda no resultaba convincente.

Anduvieron a lo largo de un pasillo adornado con rubíes, y subieron por una escalera de esmeraldas que resplandecía con verdosa iridiscencia. La antesala que había en lo alto de la escalera era de plata inoxidable, y más allá se extendía un pasillo del famoso plástico *opalescente* de brillante colorido. Había hombres por todas partes, y Gosseyn se sintió desalentado. Thorson se detuvo y señaló una puerta a unos treinta metros de distancia.

—Está allí.

Gosseyn notó que su mente estaba envuelta en una especie de niebla. Abrió la boca para pedir que le describieran al anciano que había sido descubierto. «¿Lleva barba?», quiso preguntar. Pero no pudo emitir un solo sonido.

Pensó agónicamente: «¿Qué se supone que debo hacer?»

Thorson se volvió una vez más hacia él:

—He ordenado a una compañía de desintegradores que le vigilen. Ahora le toca a usted. Vaya allí y dígale que el edificio está rodeado, y que nuestros aparatos no han captado ninguna fuente de energías radioactivas, de modo que no puede hacer nada contra nosotros.

Se irguió en toda su estatura; superaba en media cabeza la de su prisionero.

—Gosseyn —rugió—, le advierto que si da un paso en falso destruiré sin contemplaciones a la Tierra y a Venus.

Aquella salvaje amenaza despertó todo el ardor combativo de Gosseyn. Los dos hombres se miraron como dos animales de presa. Finalmente, Thorson rompió la tensión con una risa.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo—. Los dos estamos alterados. Vamos a olvidarlo. Pero recuerde que este es un asunto de vida o muerte.

Cerró la boca de golpe, haciendo chasquear sus dientes.

—¡Adelante! —dijo.

Gosseyn estaba frío, con la frialdad derivada del sistema nervioso. Empezó a andar lentamente.

«Gosseyn, cuando llegue a la alcoba que hay junto a la puerta, entre en ella. Allí estará a salvo».

Gosseyn dio un salto como si acabaran de golpearle. No había sido pronunciada ninguna palabra, pero el pensamiento había llegado tan claramente a su cerebro como si lo hubiera emitido él mismo.

«Gosseyn, todas las cajas metálicas a lo largo de los pasillos y en todas las habitaciones contienen energía acumulada equivalente a millares de voltios».

Ahora no cabía duda. A pesar de lo que Prescott había dicho en cierta ocasión acerca de la necesidad de establecer una similitud de veinte grados decimales con otro cerebro antes de que

pudiera existir una telepatía, él estaba recibiendo los pensamientos de otra persona.

El climax había llegado tan bruscamente, de un modo tan distinto a lo que había esperado, que permaneció inmóvil, como clavado al suelo. Más tarde recordó haber pensado: «¡Tengo que seguir avanzando! ¡Seguir avanzando!»

«Gosseyn, entre en la alcoba… ¡y anule el vibrador!»

Estaba avanzando ya hacia la puerta cuando llegó aquel pensamiento. Pudo ver la alcoba a tres pies de distancia, luego a uno; y entonces llegó el rugido de Thorson:

—¡Apártese de esa alcoba! ¿Qué es lo que trata de hacer?

«*¡Anule el vibrador!*»

Lo estaba intentando. Su cuerpo latió con silenciosa energía mientras quedaba sintonizado con el vibrador. Su visión se hizo borrosa, y luego se aclaró mientras un rayo artificial salía proyectado a lo largo del pasillo, directamente hacia Thorson. El gigante se desplomó, con la cabeza casi carbonizada, y el rayo fulguró por encima de él, alcanzando a otros hombres que aullaron agónicamente. Una bola de fuego descendió del techo y envolvió al vibrador circular, que estalló en una nube de llamas, destrozando a los hombres que lo habían estado manipulando y protegiendo.

Inmediatamente, el peso de las pulsaciones vibratorias dejó de gravitar sobre los nervios de Gosseyn.

«*¡Gosseyn, dése prisa! No permita que se recuperen. No les dé la oportunidad de avisar a los aviones para que dejen caer sus bombas. Yo no puedo hacer nada. Me han alcanzado con un desintegrador. Limpie el edificio y luego vuelva aquí. ¡Dése prisa! Estoy gravemente herido*».

¡Herido! En una agonía de ansiedad, Gosseyn imaginó al hombre muriendo antes de que pudiera arrancarle ninguna información. Localizó una fuente de energía… y en diez minutos barrió el edificio y la plaza. Los pasillos quedaron chamuscados por el fuego asesino que vertió a lo largo de ellos. Las paredes se desplomaron sobre hombres aullantes. Los tanques humearon y ardieron furiosamente. «Nadie de esta guardia especial —el pensamiento también era fuego— nadie de ellos debe escapar».

Nadie escapó. Un regimiento de hombres y de máquinas habían hormigueado en la plaza. Cadáveres ennegrecidos y metal destrozado era todo lo que quedaba de ellos. Gosseyn alzó la mirada hacia el cielo. Los aviones volaban a trescientos metros de altura. Sin órdenes de Thorson, no se decidirían a dejar caer sus bombas. Tal vez Crang se había hecho ya con el control de aquellas fuerzas.

No podía esperar a obtener una seguridad. Volvió a entrar en el edificio y corrió a lo largo de un pasillo humeante. Al entrar en el laboratorio, Gosseyn se detuvo en seco. Los cadáveres de los guardias de Thorson llenaban el suelo en todas las direcciones. Derrumbado en una butaca junto a un escritorio había un hombre anciano, barbudo. Miró a Gosseyn con ojos vidriosos, esbozó una sonrisa y dijo:

—¡Bueno, lo hemos conseguido!

Su voz era profunda, recia y familiar. Gosseyn le miró fijamente, recordando dónde había oído antes aquella voz de contrabajo. Reaccionó con una sola palabra.

—¡«X»! —exclamó en voz alta.

XXXV

Soy el rostro de la familia.
La carne perece, yo vivo,
Proyectando rasgo y huella
A través del tiempo de los tiempos,
Y saltando de lugar en lugar
Por encima del olvido.

T. H.

El anciano tosió. No fue un sonido agradable, ya que el hombre agonizaba. El movimiento apartó a un lado un pliegue de ropa chamuscada y dejó al descubierto la lacerada carne que había debajo. Tenía un boquete en el costado derecho, muy arriba, tan grande como un puño. Sangraba abundantemente.

—Todo va bien —murmuró—. Puedo soportar perfectamente el dolor, excepto el toser. Autohipnosis, ¿sabe?

Hizo un esfuerzo para erguir el cuerpo.

—«X» —dijo a continuación—. Bueno, sí, supongo que soy yo, si lo plantea usted así. Yo situé a «X» en las más altas esferas para que fuera mi espía personal. Pero él lo ignoraba, desde luego. Esto es lo hermoso del sistema de inmortalidad que he perfeccionado. *Todos* los pensamientos del cuerpo activo son recibidos telepáticamente por otros cuerpos pasivos del mismo…ejem… cultivo. Naturalmente, yo tuve que desaparecer discretamente cuando él salió a escena. No podían coexistir dos Lavoisseurs, ¿sabe? —Se echó hacia atrás pesadamente y luego, con un suspiro—: En el caso de «X» yo necesitaba a alguien cuyos pensamientos regresaran a mí mientras yo estuviera consciente, de modo que le lesioné y aceleré sus procesos vitales. Aquello fue cruel, pero le convirtió a él en el «mayor» y a mí en el «menor»: de ese modo yo recibía sus pensamientos. Aparte de esto, era independiente. Era realmente el granuja que creía ser.

Dejó caer la cabeza sobre su pecho, con los ojos cerrados, y Gosseyn creyó que había entrado en coma. Se sintió desesperado, ya que no podía hacer nada. El jugador se estaba muriendo, y Gilbert Gosseyn continuaba ignorándolo todo acerca de sí mismo. Pensó, lleno de angustia: «Tengo que sacarle alguna información». Se inclinó y sacudió al hombre.

—¡Despierte! —gritó.

El cuerpo se agitó. Los cansados ojos se abrieron y le miraron pensativamente.

—He intentado —dijo la voz de contrabajo— utilizar una concentración de energía para matar este cuerpo. No he podido hacerlo. Compréndalo, siempre fue mi intención morir cuando Thorson estuviera muerto… Esperaba que me mataran inmediatamente después de abrir mis defensas… Los soldados se portaron pésimamente. —Sacudió la cabeza—. Es lógico, desde luego. El cuerpo

es lo primero que se debilita, a continuación el córtex, y luego… —Sus ojos se iluminaron fugazmente—. ¿Me traerá usted un arma de uno de esos soldados? Me resulta cada vez más difícil combatir el dolor.

Gosseyn cogió un desintegrador, pero su cerebro funcionaba furiosamente. «¿Voy a obligar a un hombre herido mortalmente a permanecer vivo y a sufrir mientras le formulo preguntas?» El conflicto le trastornó físicamente, pero al final, ceñudamente, se dio por vencido. Sacudió la cabeza cuando Lavoisseur sujetó su mano. El anciano le miró intensamente.

—Desea información, ¿eh? —murmuró. Rió, con una risa extraña, divertida—. De acuerdo. ¿Qué es lo que quiere saber?

—Mis cuerpos. Cómo…

El anciano le interrumpió.

—El secreto de la inmortalidad —dijo— lleva implícito el aislamiento de un individuo de los duplicados potenciales que ha heredado de sus padres. Como mellizos, o hermanos muy parecidos. Teóricamente, la similitud puede ser alcanzada en un parto normal. Pero, de hecho, un ambiente adecuado sólo puede ser mantenido en condiciones de laboratorio, conservando los cuerpos inconscientes por medio de drogas hipnóticas en una incubadora electrónica. Allí, sin ningún pensamiento propio, masajeados por máquinas, alimentados con una dieta líquida, sus cuerpos se modifican ligeramente, pero sus mentes sólo cambian de acuerdo con los pensamientos que reciben de su *alter ego*, que se encuentra en el mundo. En la práctica, el proceso requiere un Distorsionador, y un aparato tipo detector de mentiras para eliminar ciertos pensamientos innecesarios: en su caso, prácticamente todos los pensamientos eran manipulados, de modo que no llegara a saber demasiado. Pero debido a esa similitud de pensamiento, aunque la muerte elimine cuerpo tras cuerpo sigue adelante la misma personalidad.

La leonina cabeza perdió de nuevo vigor.

—Eso es prácticamente todo. Crang le ha dado a usted la mayoría de los motivos, directa o indirectamente. Teníamos que desviar ese ataque.

Gosseyn dijo:

—¿Y el cerebro adicional?

El anciano suspiró pero no irguió la cabeza.

—Existe en embrión en todo cerebro humano normal. Pero no puede desarrollarse bajo las tensiones de la vida consciente. Así como en el caso de George, el muchacho–animal, su córtex no podía desarrollarse bajo las condiciones anormales de vivir con un perro, la simple tensión de la existencia activa resulta excesiva para el cerebro adicional en las primeras fases de la vida… Se convierte en algo muy fuerte, desde luego…

Se interrumpió, y Gosseyn le permitió descansar unos instantes mientras analizaba lo que acababan de decirle. Potenciales duplicados. Tenía que existir un cultivo de tales espermatozoides masculinos; la ciencia involucrada tenía una antigüedad de centenares de años. El desarrollo de la vida en incubadoras era incluso más antiguo. El resto era simple detalle. Lo importante era descubrir dónde eran conservados los cuerpos.

Formuló la pregunta con voz tensa, y al no recibir respuesta cogió el hombro del anciano. Ante

aquel contacto, el cuerpo cayó hacia adelante. Desconcertado, Gosseyn lo sostuvo suavemente hasta depositarlo en el suelo. A continuación se arrodilló y aplicó el oído al silencioso corazón. Gosseyn se incorporó lentamente. Y estaba pensando, y sus labios estaban formando las palabras inexpresadas: «No me ha dicho usted lo suficiente. Sigo a oscuras acerca de todos los puntos principales».

El pensamiento retrocedió de mala gana. Y Gosseyn se dio cuenta de que lo que estaba experimentando era la vida misma. La vida en la cual nada era explicado finalmente. Era libre, y esto constituía una victoria.

Volvió a arrodillarse y empezó a registrar los bolsillos del anciano. Estaban vacíos. Se disponía a incorporarse de nuevo cuando:

«*¡Dios mío! ¡Gosseyn, déme esa arma!*»

Gosseyn se sobresaltó, y luego comprobó con asombro que no había percibido ningún sonido y que acababa de recibir el pensamiento de un hombre muerto. Indeciso al principio, luego con más decisión, empezó a sacudir suavemente el cuerpo. Las células del cerebro humano eran sumamente perecederas, pero no morían inmediatamente después de que el corazón dejaba de latir. Si le había llegado un pensamiento, tenía que haber otros asequibles. Los minutos volaron. Lo que provocaba la demora era el intrincado proceso de morir, pensó Gosseyn. Había destruido ya parcialmente algo de la similitud que Lavoisseur había establecido entre ellos.

—Procure permanecer vivo una temporada, Gosseyn. El siguiente grupo de cuerpos tiene unos dieciocho años. Espere hasta que tengan treinta… eso es, treinta…

Aquello fue todo, pero Gosseyn tembló de excitación. Seguramente había estimulado una diminuta masa de células. De nuevo volaron los minutos, y luego:

—…La memoria resultó ser muy notable… Pero entre su grupo y el mío quedó rota la continuidad. Mi accidente fue algo excesivo para el proceso. Demasiado grave… pero, sin embargo, usted ya ha pasado por la experiencia de sobrevivir aparentemente como un individuo, de modo que sabe hasta qué punto…

Esta vez, la pausa fue más breve, y a continuación llegó el siguiente pensamiento:

—…Solía preguntarme si no existía alguien más. Pensaba en mí mismo como en una reina en el juego: en tal hipótesis, usted sería un peón en la séptima casilla, a punto de coronar. Pero luego quedé desconcertado, ya que una reina, por poderosa que sea, no es más que una pieza. En consecuencia, ¿quién es el jugador? ¿Dónde empezó todo esto? Una vez más… (incoherentemente)… el círculo se cierra.

Gosseyn luchó frenéticamente para retener la conexión, pero ésta se hizo borrosa, y luego… nada. Mientras trataba de captar más pensamientos, adquirió consciencia de que estaba haciendo algo fantástico. Se imaginó a sí mismo en este derruido edificio tachonado de gemas y de metales preciosos, tratando de leer la mente de un hombre muerto. Seguramente era un caso único en todo el universo. El pensamiento personal se desvaneció porque, una vez más… contactó:

—…Gosseyn, hace más de quinientos años… yo alimenté a No–A, que alguien había puesto en marcha. Estaba buscando un lugar para instalarme, y algo que debía ser más que una simple continuidad; y me pareció que lo que estaba buscando era el hombre No–Aristotélico… Desde

luego, nuestro secreto de inmortalidad no podía ser entregado a los hombres sin integrar que podían, como en el caso de Thorson, pensar en él como en un medio de alcanzar un poder supremo…

La conexión volvió a hacerse borrosa, y durante los minutos que siguieron se hizo evidente que las células estaban perdiendo su unidad de personalidad. Quedaban grupos de células desordenados, masas de neuronas reteniendo, cada vez con menos fuerza, sus imágenes dislocadas por la muerte. Finalmente, Gosseyn captó otro pensamiento coherente:

—…Descubrí la base galáctica, y visité el universo… Regresé y dirigí la construcción de la Máquina de los Juegos: al principio, sólo una computadora podía controlar a las indisciplinadas hordas que vivían en la Tierra. Y escogí a Venus como el planeta en el que los hombres No–A podían ser libres. Y luego, a pesar de mi pérdida de memoria, debida al accidente, fui capaz de volver a crear cuerpos distintos a mi propio género… género… género…

Aquello fue todo. Transcurrieron los minutos sin que la conexión volviera a establecerse. Finalmente, Gosseyn se incorporó. Sentía la ardiente excitación de un hombre que ha triunfado sobre la propia muerte. Pero era una lástima que no hubiese aflorado la información vital acerca del duplicado de cuerpos. A excepción de este y de otro detalle, estaba satisfecho. El otro detalle: se daba cuenta de que había dejado que un significado se deslizara y pasara junto a él. Pero ahora volvía a captarlo. Con todas sus implicaciones: «…*Entre su grupo y el mío quedó rota la continuidad*».

Durante todos aquellos minutos, extrañamente, la idea no había penetrado en él, debido a que no había pensado en la posibilidad de una conexión, ya que hasta entonces había tenido un concepto equivocado de «X». Y, sin embargo… la continuidad sólo podía ser, sólo podía referirse a… la memoria. Además, ¿qué otra persona podía ser él?

Febrilmente, fue en busca de pasta de afeitar. La encontró en uno de los lavabos. Con dedos temblorosos, frotó con ella el rostro inmóvil, muerto.

No le resultó difícil hacer desaparecer la barba con ayuda de una toalla. Gosseyn se arrodilló de nuevo y contempló un rostro que era más viejo de lo que había pensado: setenta y cinco, posiblemente ochenta años. Era un rostro inconfundible, que contestaba a muchas preguntas. Aquí, sin discusión alguna, estaba el final visible de su búsqueda.

Aquel rostro era el suyo.



ALFRED ELTON VAN VOGT, descendiente de holandeses, nació en Winnipeg, Canadá, en 1912. El 9 de mayo de 1939 contrae matrimonio con Edna Mayne Hull. Pocos meses después Campbell acepta un relato suyo. En el número de julio de 1939 de la revista *Astounding Science Fiction*, aparece publicado su primer cuento de ciencia ficción, «El destructor negro», considerado por muchos como el punto de partida para la llamada Edad de Oro de la ciencia ficción. Más tarde este relato formaría parte de *El viaje del Beagle Espacial*, que no sólo es un relato con peligrosos alienígenas sino que, además, el protagonista, Elliot Grovessnor, debe conseguir que se acepte su ciencia, el nexialismo, como medio para solucionar los problemas que surgen en la nave espacial de la que es tripulante. *El Viaje del Beagle Espacial* es base de algunas series de televisión, como Star Trek y la película Alien, el octavo pasajero.
Trabajó para el Departamento de Defensa Nacional, mientras ocupaba las noches en escribir su primera larga novela: *Slan*, que sería publicada a finales de 1940 en *Astounding*. En 1944 se muda, con su mujer, a los Estados Unidos, concretamente a Los Ángeles. Pero fue en 1945 cuando Van Vogt alcanzó la cúspide de su carrera, al iniciar en esta misma revista la publicación de la obra más famosa y controvertida de toda la ciencia ficción universal: The world of Null–A.
Tras la década de los 50's, van Vogt entrará en el movimiento de la dianética, motivo por el cual pasaría los siguientes años sin escribir casi nada. Finalmente, en los años setenta, regresó a escena, escribiendo novelas, pero nunca llegó a alcanzar el éxito antaño obtenido.
En 1975 muere su mujer, Edna, con la que llevaba casado 36 años. Ese mismo año, van Vogt publica *To Conquer Kiber*. Volvió a contraer matrimonio, esta vez con Lydia Brayman en el año 1979.

Su última novela, *Tyranopolis*, fue publicada por Sphere en 1989, unos cincuenta años más tarde de su primera obra publicada. En 1996 se le concedieron varios honores: el título de Gran Maestro de la «Science Fiction Writers of America» (SFWA), un premio en la Convención mundial de ciencia ficción de Anaheim, California, por sus seis decenios en el seno de la Edad de Oro de la ciencia ficción y, por último, figura en el «Science Fiction and Fantasy Hall of Fame».

Ya no escribió más. A. E. van Vogt fue víctima de la enfermedad de Alzheimer. Falleció de neumonía el 26 de enero del año 2000 en Los Ángeles, a los ochenta y ocho años de edad.

Notas



[1] En 1973 El Mundo de los No–A pasó a formar parte del prestigioso catálogo de la Colección J'ai lu (N. del E.). <<

[2] Aparecida en español en el número 41 de la revista Nueva Dimensión. (N. del E.). <<

[3] Publicada en esta misma colección. (N. del E.). <<



[4] El autor utiliza aquí un juego de palabras intraducibie, ya que «Go Sane», ir cuerdo, ir juicioso, tiene en inglés idéntica pronunciación que el nombre del protagonista, Gosseyn. (N. del E.). <<